© del texto y las imagenes :
Adoni Gonzalez

Primera edición: Septiembre 2020

Diseño de cubierta
y Maquetación: Eduardo Corria

Edita:

FUNDACIÓ REVOLUCIÓ DEMOCRÀTICA
www.revolucio.democratica.cat

dbcoop scci
c. Sant Lluís, 11, local 1 · 08012 Vila de Gràcia (BCN)
93 250 28 83 · administracio@dbcoop.cat
www.dbcoop.cat

Corrección: Marta Beltrán Bahón

Deposito legal: B-21.144-2020.

Imprime:
Zukoy5

CON PASADO Y CON FUTURO

Adonio González

«El hoy es malo pero el mañana es mío».
Antonio Machado
(y en memoria de Helena Lumbreras,
a quien le gustaba recordar este verso)

Dedicado a mis abuelas, a mis padres e hijas,
a mi nieta y nietos. Y a todas aquellas personas
que me ayudaron a ser lo que soy y como soy.

Guiándose por la estrella polar

Sostiene Adonio González: «Un marinero comunista me dijo que se guiaba por la estrella polar, pero que a veces hacían otro camino por los vientos y las tormentas, porque yendo recto se hundirían. Pero siempre siguiendo la estrella polar. Y eso es lo que debemos hacer los comunistas». El libro de memorias que el amable lector tiene entre sus manos bien podría ser resumido en esta sintética respuesta de Adonio a una reciente entrevista.[1]

Otro sí. Hablando del estilo de trabajo de los comunistas durante aquellos años de plomo de la dictadura y haciendo un elogio a Tomás Chicharro, sostiene Adonio González: «El único objetivo que le hacía feliz no era el poder, sino el *hacer*».

Si nos detenemos un poco sobre estos dos momentos del pensamiento del autor, veremos que no son anécdota, son categoría. Y la categoría que ambos pasos señalan es la siguiente: el autor de estas memorias considera el comunismo como el movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual. Es decir, como una filosofía de la praxis, no otra cosa dijera Marx en sus Tesis sobre Feuerbach y en el resto de su obra. Y, naturalmente, no otra cosa dijera Antonio Gramsci.

El renacimiento del movimiento obrero

Aquellos que, por edad entramos en la militancia en los entornos del proceso de Burgos (finales de 1970, inicios de 1971) empezamos nuestra militancia en una dictadura fascista. Pero lo tuvimos infinitamente más fácil que la generación de Adonio: caminábamos a hombros de gigantes. a hombros

1 Albert Blasco entrevista a Adoni González: «Em van detenir set vegades i vaig estar a la presó tres anys", https://www.llibertat.cat

de los miembros de una generación de que reconstruyeron la historia de nuestra clase, arriesgando el tipo, siguiendo el lema «para todos todo, nada para mi». Una generación que no se dejó domar, que no se dejó doblar ni domesticar. Esa generación estuvo en la base del formidable ciclo de lucha obrera desplegado en nuestro país entre 1960 y 1978.

Sostiene Adonio González: «El Mayo del 68 español fue mucho más importante que el francés, aunque se habla mucho de éste y poco del nuestro. El mayo francés tuvo el resultado de lograr más libertades individuales de las que ya tenían. El Mayo español fue por las libertades, por todas las libertades. ¿Cuándo los historiadores estudiarán nuestro 68? Mucho se sabe del mayo francés, pero muy poco del español. El campo, las fábricas, las universidades, las escuelas... todo el país estaba en lucha.»

Gracias al libro que el amable lector tiene entre sus manos las nuevas generaciones de comunistas, así como los historiadores del movimiento obrero y de la lucha antifranquista tienen una nueva y riquísima fuente para estudiar no sólo una generación sino ese mismo ciclo de luchas a partir de uno de sus protagonistas. En este caso localizado en la zona norte de la ciudad de Barcelona y de la comarca del Barcelonés Nord. Una nueva fuente que viene a sumarse a las ya numerosas auto-biografías y memorias que diversos militantes obreros han venido publicando en los últimos años.

Recordemos algunas de estas obras: *Textos biográficos* de Luis Romero; *Silencio roto* de Francisco Linán; *Camino de Dolores,* de Antonio González; *La senda de mi destino,* de Ginés Fernández; *Records d'un sabadellenc compromés* de Joan Molas; *O tots o cap, Laforsa una vaga que va fer història,* de Esteban Cerdán, Manuel González y Simón Ródenas; *Madrugadas de sangre* y *El Terror de las cárceles franquistas* de Rafael Lora; *Agustí de Semir en els seu vuitanta anys*; *D'un roig encès,* Margarida Abril; *Roman, l'home que va organitzar el PSUC,* Pere Meroño o, *La importancia de los etcéteras*. Por mencionar so-

lamente algunos de estos libros que debieran ser fuentes de gran valor para los historiadores.[2]

Muchos de estos libros han sido editados por los propios autores, lejos de las editoriales académicas o comerciales. Precisamente por ello, resultan fuentes imprescindibles para el estudio de la cultura obrera de esa generación y para completar el inmenso e incompleto *puzzle* de la acumulación de experiencias moleculares sobre la que se apoyó y sin la cual no se hubiera dado el inmenso ciclo de luchas obreras de esa época.

Entre 1957 y 1978 la clase obrera de España, uno de cuyos destacamentos más combativos fue la clase obrera catalana protagonizó un inmenso ciclo de luchas que permitieron su reconstitución como clase, tras la derrota y la depuración brutal de los primeros años de la dictadura fascista. Ese ciclo de luchas español y catalán formó parte del mismo ciclo de Francia, de Italia, de Alemania es decir del conjunto de Europa occidental.

Aunque en nuestro país tenía una característica especial: nosotros estábamos bajo una dictadura fascista. Y a pesar de ello, el nuevo movimiento obrero fue capaz de desafiar la dictadura y de forzar el cambio. Reivindicar hoy el rol de la clase obrera en la caída de la dictadura pasa por la reivindicación del rol de miles de cuadros obreros, muchos de ellos comunistas, con su trabajo paciente, molecular, capilar, difuso

2 Véase: Textos biográficos de Luis Romero, Barcelona, De Barris, 2010; Silencio roto de Francisco Linán, Barcelona, De Barris, 2011; Camino de Dolores, de Antonio González, Sabadell, 2016; La senda de mi camino, de Ginés Fernández, Sabadell, 2005; Records d'un sabadellenc compromés. de Joan Moles; Sabadell, Agrupació de Veïns de Gràcia, 2011; Esteban Cerdán, Manuel González y Simón Ródenas O tots o cap, Laforsa una vaga que va fer història, Manresa, Tigre de paper, 2014 o Rafael Lora, Madrugadas de sangre y El Terror de las cárceles franquistas, Palma del Río, FAPA Ediciones, (2005 y 2003); AAVV, (Manuel Moreno, coordinador) La importancia de los etcétera, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca, 2011; AAVV, Margarida Abril, d'un roig encés, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca, 2004; AA.VV., Agustí de Semir en els seus 80 anys, Barcelona 1997; Roman, l'home que va organitzar el PSUC, Pere Meroño, Barcelona, Fundació Pere Ardiaca, 2005 y tantos otros libros testimonio de una generación.

a través de las fábricas y de los barrios. Significa reivindicar el papel de la toda una generación. Una generación de la cual Adonio era un miembro más, pero al mismo tiempo un ejemplo paradigmático.

Si bien, el amable lector tiene entre sus manos un libro de memorias individuales tiene al mismo tiempo un pedazo de memoria colectiva. Leyéndolo asistirá a la creación de las CCOO en los años del desarrollismo, en los años de la implantación de los métodos científicos del trabajo que pretendían aumentar la productividad y arrancar los secretos de la producción a los trabajadores a costa de los viejos oficios. En el libro se podrán encontrar testimonios de primera mano sobre la resistencia obrera, molecular, frente a ese proceso y sobre la necesaria complicidad entre trabajadores para hacer posible todo ello. De como el sindicalismo de clase se construye en la lucha concreta por el poder real y de negociación permanente intersticial, molecular en el interior del propio proceso productivo. De las diversas empresas en que el autor participó es preciso desatacar la mítica Pegaso. Si el lector, cuando haya leído el libro quiere escuchar una narración el desarrollo de esta experiencia puede acceder a una entrevista al autor de estas memorias que Antonio Castan y Santiago Medina, miembros de un equipo que trabaja la memoria de clase de los trabajadores de aquella empresa.[3]

Al lado de los comunistas, secundando sus acciones, ofreciendo refugio en las parroquias, apoyando y en muchas ocasiones encabezando las acciones estaban los cristianos: los curas obreros, la cristianos por el socialismo y, más allá de ellos una capa amplia de cristianos que sin estar por el socialismo eran demócratas y consideraban que la doctrina social de la Iglesia no cuadraba con las condiciones de trabajo y de vida que padecía la clase obrera bajo el franquismo. Adonio

3 Fons Memòria Obrera de la Fàbrica ENASA (Pegaso). Entrevista a Adonio González a cargo de Antonio Castán Sanclemente y de Santiago Medina Morales http://mdc.csuc.cat/cdm/ref/collection/pegaso/id/4

facilita una nómina muy completa de estas gentes y de su acción en el área del Barcelonés Nord: Badalona, Santa Coloma y Sant Adrià del Besós. La capacidad demostrada de los comunistas de la generación de Adonio por colaborar y trabajar solidariamente en el mundo cristiano sin hacer una muralla china de las diferencias ideológicas desfila por muchas de las páginas del libro que tienes entre las manos. Una capacidad y una madurez políticas que forman parte del relanzamiento del movimiento obrero de aquellos años y de la crisis del régimen que obligó al cambio.

El lector encontrará en el libro numerosos datos de otro fenómeno histórico, sin el cual tampoco sería explicable crecimiento del movimiento obrero y popular de los barrios. Se trata del movimiento de las comisiones de solidaridad en las que Adonio, destinado por el partido, trabajó con empeño. Unas comisiones que realizaron una tarea inmensa durante el tardofranquismo en defensa de los presos políticos y en general de lucha por la democracia. Los datos aportados por Adonio podrían ser el inicio de una investigación que, si no ando equivocado, los historiadores aún no han abordado.

«Cuando la gente hablaba del partido era el PSUC».

La hegemonía del partido de los comunistas entre el pueblo trabajador en el tardofranquismo y hasta la transición es un fenómeno que hoy puede parecer insólito. Unos comunistas que no eran algo ajeno a la clase sino que formaban parte esencial de la misma, que con su acción y su organización expresaban el crecimiento de la conciencia y de la autonomía de esa clase. Una hegemonía, entendida como capacidad de intervención, de organización y de dirección no era impuesta desde fuera de la clase, sino que surgía en el seno de la misma.

Una hegemonía asentada sobre el propio proceso ascendente de la lucha de clases, que propiciaba y permitía el

surgimiento de miles de cuadros dirigentes comunistas directamente de la experiencia de lucha. Asentada en un estilo de trabajo que sumaba y construía. Adonio pone numerosos ejemplos de ese estilo de trabajo. Ese contexto y ese estilo de trabajo de los cuadros explican en gran manera que para las gentes «el partido» fuera el aquel partido: el PSUC. La lista de nombres que desfilan en este libro es inmensa. Algunos de ellos son muy queridos también por este humilde prologuista: Teresa Bohigas, Miguel Guerrero, Quim Boix, Manuel Sánchez Marín, Celestino Sánchez entre muchísimos más que el lector descubrirá a lo largo de la lectura.

La persona que ha recogido este inmenso elenco y los ha reseñado en este libro era uno entre muchos. De ahí proviene su insistencia, casi obsesión en que constasen en el libro las extensas listas de personas y grupos con los cuales Adonio y los suyos han construido la historia de nuestro país y de nuestra clase. El trabajo colectivo es para él la herramienta fundamental. De ahí su crítica radical a los «yoismos», al «yo, yo, yo... ». A ese fenómeno propio de la sociedad capitalista en la que el *yo* substituye al *nosotros*.

Adonio sostiene que lo que ha permitido a los comunistas ser unos resistentes y resilientes mantenedores del hilo rojo de la lucha obrera y popular por el socialismo y por la democracia ha sido nuestra capacidad de a pesar de las vueltas y revueltas del camino a pesar de lo largo de nuestro empeño, a pesar de las complicaciones de la situación política y social, de los momentos de auge y de caída. Aquello que nos ha permitido atravesar tantas dificultades ha sido nuestra capacidad de no perder el rumbo, nuestra capacidad de, siempre, guiarnos por la estrella polar.

Amigo lector, esa generación fueron y han sido nuestra estrella polar. Por que ellos han sido, nosotros somos y, esperemos que otros también serán.

Joan Tafalla
Sabadell, 12 de junio de 2020.

Dedicado también a:

Los nadie: los hijos de nadie, los dueños de nada.
Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo
la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:
Que no son, aunque sean.
Que no hablan idiomas, sino dialectos.
Que no hacen arte, sino artesanía.
Que no practican cultura, sino folklore.
Que no son seres humanos, sino recursos humanos.
Que no tienen cara, sino brazos.
Que no tienen nombre, sino número.
Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica
roja de la prensa local.
Los nadies, que cuestan menos que las balas que los matan.

Eduardo Galeano

Los «nadie»: aquellos que arrastran los bloques de piedra, que levantan las ciudades caídas, los albañiles que construyen murallas y arcos, los sin palacios, los esclavos ahogados, los que también conquistaron y vencieron, los que lloraron, los que cocinaron los manjares que otros consumieron. En definitiva, quienes pagaron los gastos.

Y para las preguntas de un obrero ante un libro de historia —o biografía en este caso—, que escribía Bertolt Brecht, sepan que, además de los líderes, había *otros* y *otras* que también estuvieron allí. Aquellos «nadie» de los que muchas biografías se han olvidado.

Demasiados «yoismos»: *yo hice, yo estuve, yo llevé, yo pinté, yo organicé...* ¿Acaso nadie más *hizo, estuvo, llevó, pintó, organizó...*? Demasiada cultura importada de «gringolandia», donde el yo se antepone al nosotros. Por mi parte, intentaré

no utilizar el yo ante el colectivo, y en la medida de lo posible, procuraré dar a conocer a quienes también hicieron, estuvieron, llevaron, pintaron u organizaron. Mi mayor propósito es no ningunear a nadie. Nadie sobrará, y mis disculpas de antemano por si algunos se me olvidan.

Con pasado y con futuro

Largo introito

Cuenta una fábula hindú que seis ciegos quisieron conocer cómo era un elefante. Situados junto a un elefante, cada uno de ellos alargó sus manos. El primero dijo: «Es como una pared de barro». El segundo afirmó: «Tiene forma de lanza». El tercero no dudó: «Es como una gruesa serpiente». El cuarto, seguro: «Es como una cuerda». El quinto, rotundo: «Se parece a un abanico». Y el sexto, convencido: «Tiene forma de tronco de palmera». El primer ciego había tocado el costado; el segundo, los colmillos; el tercero, la trompa; el cuarto, la cola; el quinto, las orejas; y el sexto, las patas. Cada uno se quedó con su verdad y dedujo que los otros cinco mentían. De haber sumado las seis verdades hubieran sabido que en verdad era un elefante.

Ninguno mintió. Los hechos, la vida, transcurren siempre en el espacio-tiempo. Una ausencia momentánea, llegar cuando se ya ha iniciado una asamblea o marchar antes de que termine un acto, haber perdido en un momento la atención, todos son elementos que pueden distorsionar la «verdad»; aunque nadie mienta. Cada uno nos dirá su «verdad», y quien escuche los plurales relatos, puede llegar a la conclusión de que alguien miente. Por ello, únicamente sumando, analizando y comparando entre sí todas las verdades, tal vez lleguemos a la VERDAD.

Digamos también que tendemos a aceptar las opiniones de aquellas personas que nos son afines por «fiables» y rechazar las de los otros por ser «interesadas» o «subjetivas». Algo, por otra parte, muy humano.

Tres ejemplos

El primero: a los aprendices de segundo curso de la Escuela de Formación Profesional de ENASA-Pegaso nos enviaban a la sección de planchistería para ayudar. Para llegar hasta allí desde la escuela había que pasar por delante de las oficinas centrales. Sobre las ocho o nueve de una mañana (los aprendices empezábamos nuestra jornada laboral a las ocho en punto), me dirigía junto a Antonio Martínez a la sección de planchistería cuando vimos dos o tres vehículos negros de lujo con gente bajando de ellos, a los cuales saludaban los directivos de la empresa. Se nos ocurrió inventarnos una historia y preparamos una broma con la complicidad de otros alumnos aprendices de la escuela, diseminándola en nuestros desplazamientos por la empresa. «Parecían alemanes que venían a comprar nuestra empresa, dispuestos a hacer una fuerte inversión». Eso sembramos, nada más. Al mediodía, en el comedor de la empresa era comidilla general. La gente comentaba en serio que eran alemanes, que eran de la Mercedes-Benz. Hablaban sobre el importe por el que comprarían la empresa y sobre el modelo de camión que íbamos a fabricar. El «parecía» se había esfumado, y en su lugar, «todos conocían» la historia de fuentes «fiables». ¡Estábamos alucinados!

El segundo: tras consultar entrevistas del Archivo de Comisiones Obreras, he constatado que algunos de los entrevistados hacen referencia al «núcleo». Pero no todos hacen referencia a quienes con ellos estuvieron. Con algunos de los mencionados coincidí, con otros no. ¿Puede alguien faltar a

la verdad al no coincidir en nombres? No. Lo objetivo: el «núcleo» duró cierto tiempo. Ignoro cuánto. Cuando me incorporé ya existía. Cuando dejé de acudir por ingresar en prisión, siguió existiendo. La VERDAD será la suma de todos aquellos que, en algún momento, formamos parte de él. Cuestión aparte será el análisis y opinión —objetiva o subjetiva— que tengamos del mismo. Qué sumará o qué no.

El tercero: ¿y las obras de arte expuestas en Milán para Comisiones Obreras (CCOO) y de las que hablaré más adelante? Para las preguntas de un obrero ante un libro, ¿llegaron a Milán milagrosamente? ¿«Nadie» aquí, en Barcelona, aportó algo?, ¿«Nadie» visitó a los artistas?, ¿«Nadie» de aquí recogió las obras?, ¿«Nadie» las embaló, ni las cargó en camiones, ni las trasladó? Por cierto, regresadas a Barcelona, ¿quién, cómo y dónde se custodian?

El porqué de mis memorias

Javier Tébar, director del Archivo Histórico de Comisiones Obreras, me acusó en cierta ocasión de apropiarme de una parte de la historia del sindicato que no me pertenecía: «Nunca estuviste en la primera asamblea de CCOO en Sant Medir, nadie te nombra en sus biografías». Textual. Y lo más inolvidable, el tono que empleó. Me acusaba de ser un impostor, como lo fue Enric Marco Batlle con la Amical de Mauthausen, y eso no podía tolerarlo.

Quiero suponer que su afirmación es equivalente a la mía, cuando afirmaba, hasta noviembre de 2014, haber visto a Ángel Abad en la asamblea de Sant Medir. Tal era mi convicción de que Abad había participado en esa asamblea que, al cuestionármelo Tébar, me dediqué a localizarlo para corroborar mi «verdad». En noviembre de 2014 coincidí en la sede de

CCOO con Abad con motivo del 50º aniversario del sindicato, y me manifestó que él había salido de la cárcel en agosto de 1964 y, en consecuencia, nunca estuvo en la primera reunión en Sant Medir. Cuando conocí a Ángel Abad personalmente y vi que cojeaba, erróneamente lo identifiqué con alguien que subió al estrado aquel día y que también cojeaba.

¡Que frustración la mía! Me queda mi única palabra. Aquella afirmación —textual, insisto— del historiador Javier Tébar me ha llevado a escribir mi propia autobiografía: la de un trabajador y militante comunista (en la medida en que soy capaz de serlo, comparado con muchos comunistas —ellos sí— a quienes procuro parecerme, aunque no es tarea fácil). Previamente al inicio de la Asamblea en Sant Medir y a través de algún compañero, fuimos presentados en la torre de la parroquia Ángel Rozas Serrano, Luís Moscoso Moscoso, Nicolás Albéndiz Barreda y Josep Sanchiz Pijoan. Como soy un terrible fisonomista, a Moscoso y Albéndiz siempre los confundo en mis recuerdos, así como a Xavier Folch «Nene», el más joven de todos los presentes. Sí sé que la idea de ese encuentro partió de Ángel Rozas.

En un intento de descargo, ¿subió alguien a la tarima que cojeara? Esa imagen sí la tengo en mi retina. Como testigo de mi presencia en esa asamblea, quien por fortuna aún vive es Miguel Guerrero. Allí estuve, como uno más de los más de doscientos presentes, escuchando intervenciones y aprendiendo. Pero si los únicos que hubieran estado en Sant Medir fuesen aquellos que aparecen nombrados en las biografías, allí no habría habido más de una veintena de personas, cuando fueron más de doscientas.

En varias ocasiones he oído hablar o leído de mí con algunas inexactitudes, sobre todo en cuanto a fechas —las cuales espero poder rectificar— o parcialidades. He aparecido en Google, libros, prensa, revistas... Y como las inexactitudes pueden crear confusión, he creído que lo mejor es aportar datos verificables, así como algún eslabón «perdido» en las

luchas de los «nadies» por nuestra sociedad. También he cometido el error de asumir una historia en la que no participé. Hora es de rectificar. Me refiero a que fui entrevistado por el director de cine Manuel Huerga sobre mis relaciones con Salvador Puig Antich: afirmé haber conocido también a Juan Paredes Manot «Txiki». No, no coincidí con Txiqui en la Modelo ni lo conocí personalmente. Lo que ocurrió es que después de la ejecución de Salvador Puig Antich me volqué todo lo que fui capaz en la suerte de Txiqui. Y ahí, como afirman los psicólogos, uno llega a confundir irrealidad con realidad. En mi descargo, si tal es posible, Huerga me entrevistó en una mala tesitura emocional y personal por graves dificultades de salud familiares. En verdad, no fue un buen momento.

Los primeros años

Nací el 15 de junio de 1938, si bien fui inscrito en el juzgado el día 19, ya que los días anteriores permanecieron cerrados a causa de los bombardeos sobre Badalona de la aviación italiana proveniente de Mallorca. En cualquier caso, mi cumpleaños en mi casa siempre se celebró —cuando se podía— el día 15.

Soy hijo putativo, título del que me honro y que nos asignaba la santa madre iglesia católica a los nacidos de padres que vivían en concubinato, es decir, no casados por ella. (Lo de santa madre, iglesia y católica no me sale escribirlo con mayúsculas pese al gran respeto y amistad que me une a muchos cristianos, incluidos sacerdotes). Para más pecado ¡No me habían bautizado! ¡No estaban casados y con un hijo sin bautizar! Un desastre, vamos. Éramos una familia —no para ellos— que no tenía por dónde cogerse.

Mis padres sí estaban casados. Se desposaron en Catalunya durante la Guerra Civil. Sin embargo, el gobierno —y la Iglesia— fascista no reconoció los matrimonios civiles llevados a cabo durante la República. Su boda católica y mi bautizo tuvieron lugar el mismo día, en la parroquia de Sant Josep de Badalona, el 19 julio de 1941, tras la salida de mi padre del Penal militar de la isla de San Fernando, en Cádiz.

Mi nombre proviene, al parecer, del dios de la fertilidad griego Adonis (¿Nominativo, vocativo, acusativo, ablativo?) ¿O es tal vez el Adón el que a su vez da origen a Adonis? Durante siglos, las tierras del actual Líbano, Israel y Palestina tuvieron

largas relaciones económicas e influencias culturales mutuas con Grecia. ¿Fue primero Adón o Adonis? ¿Derivan el uno del otro? Tal vez. Adonis fue adoptado por los romanos como Baco, y estos celebraban su fiesta con vino y bacanales, pues era también deidad de la fertilidad.

Dado que mis apellidos son tan corrientes, mi padre lo eligió al azar para que no fuera confundido «ni para bien ni para mal» con otra persona. La Iglesia presionó a mi madre para que mi nombre fuera cambiado por Antonio, pero mi madre se acogió a la legislación franquista que no autorizaba decisiones «fundamentales» a las mujeres sin autorización marital, y al que ya se haría cuando su «futuro» y todavía ilegal marido saliera del penal. ¡Faltaría más! A partir de 1956 lo «traduje» como reivindicación. Llevé a cabo una sencilla regla de tres gramatical: Antonio es Antoni, como Adonio es... Adoni. De este modo catalanicé mi nombre.

Mis predecesores

Mi familia paterna era predominantemente católica y de derechas; mi padre fue «la oveja negra por culpa de mi madre», decía el resto de la familia. Mi familia materna era predominantemente republicana, creyente, pero sin pasarse y nada practicante, y mis dos tíos varones sirvieron en el ejército de la República.

A mis abuelos no los conocí. Ambos habían fallecido cuando nací. Por referencias, sé que mi abuelo paterno, Felipe, era funcionario público, sin especificar más. Había ejercido en Sisante, provincia de Cuenca, donde al parecer, accidentalmente, nació mi padre, quien después fue trasladado a Valdaracete, provincia de Madrid. A mi abuela paterna, Guillerma, y materna, Juliana, las recuerdo con muchísimo cariño. Mi abuela Guillerma no tenía, curiosamente, buenas relaciones

con su único hijo varón, José —a quien llamaban Pepe—. Mi escasa vivencia junto ella así me lo hace suponer. ¿Sería por causa de su nuera, la mujer más beata que he conocido en mi vida? Guillerma no se sentía particularmente querida por ella. Mi abuela también tenía dos hijas: Josefa y Amparo.

Cuando tenía cuatro o cinco años, mis padres apenas podían alimentarnos a mí y a mi hermano mediano, que crecía débil y escuálido, así que, por recomendación médica, decidieron un cambio de aires y me dejaron bajo el cuidado de mi abuela en Valdaracete, con la esperanza que el cambio me ayudara a superar mi incipiente tuberculosis. La vivienda de mi abuela paterna —si es que merecía tal nombre— estaba llena de goteras. Cuando llovía se inundaba. Tendido en la cama boca arriba, veía las estrellas del cielo. Carecía de luz eléctrica y se alumbraba con un candil. Su mobiliario consistía en una mesa para comer y otra pequeña mesa con cajones donde guardaba los útiles de cocina, más dos sillas y una única cama en que dormíamos ambos. Cocinaba en un hogar con trébedes en el suelo y con leña que ella misma iba a recoger al monte. Llegué a finales de verano y allí pasé el invierno. Muchas veces nevaba y en sus calles la nieve se convertía en hielo. Tengo siempre presente en mis recuerdos cómo mi abuela ponía en el hogar unas piedras y con ellas calentaba la cama. El frío era terrible. La calle lateral a su casa por donde se bajaba a la escuela era una pendiente y se la conocía como la calle «arrastra culos», porque era normal caerse y bajarla en esa posición. Corría a la escuela y allí secaba la parte trasera de mi pantalón. Y no había periódicos y, menos aún, plásticos. Desde entonces, odio el frío. Llegada la festividad de Reyes, mi abuela me regaló una naranja. Rompí a llorar. Mi abuela, conmovida, recogió algunas «perras» («dinerillo», en argot popular) de sus hijos y con lo recaudado me compró un juguete de cuerda consistente en un caballito que arrastraba un carrito. Nunca olvidaré mi alegría… mi juguete… ni a mi abuela.

En Barcelona, junto a mi familia materna, todo era muy diferente. Allí, uno de mis tíos maternos, Antonio, empezaba a abrirse camino con un tenderete de juguetes bajo la estación de metro de la Plaça Catalunya, y llegada esa fecha me regalaba algunos juguetes. Mi madre, para obtener algunos ingresos, trabajaba para su hermano en esas fechas.

A mi abuela paterna la recuerdo como poco creyente y de mala gana. Cuando tenía que acudir a algún acto religioso siempre refunfuñaba. Tal vez por ello las malas relaciones con su nuera e, indirectamente, con su hijo.

A mi tío Pepe le conocí como jefe local de la Falange, y sus relaciones con uno de sus cuñados, Gavino, marido de Amparo y republicano, no eran precisamente cordiales. Mi tío Pepe era uno de los «poderosos» dentro de los límites de un pequeño pueblo, sobre todo por ser el jefe de la Falange. Prepotente, era propietario de tierras que él no trabajaba y que tenía arrendadas a otros campesinos. Nunca me interesé por sus dominios. La nuera de mi abuela y su hijo eran católicos beatos del Antiguo Testamento. Su dios, el dinero; y el «otro», para que los protegiera y ayudara con el dios dinero. Mis tíos Pepe y María no tenían hijos, y nada les ilusionaba más que alguno de sus sobrinos tomara hábitos religiosos. Hábitos y herencia iban unidos y a mí me tenían como el preferido para ello. Tal vez para reivindicar el buen nombre de la familia mancillado por mi padre y mi madre, que no eran santos de su devoción.

Cuando supieron de mi detención, en 1961, les faltó tiempo para remitir una carta a mis padres, acusándoles de ser responsables de mi encarcelamiento por su mal ejemplo y educación: «Qué se podía esperar de unos padres así y de su mal ejemplo». Otra carta me la dirigieron a mí, recriminándome por mi detención. En ella me preguntaban: «¿Qué piensas hacer si te dejo las tierras como herencia?». Mi respuesta fue doble. Primero, que «mis ideas [mis ideales comunistas] eran mías, dejad tranquilos a mis padres». La segunda

no fue «políticamente correcta»: que creía que la tierra era para quien la trabajaba. Que no las regalaría. Que se valorarían y se las vendería a sus braceros, pagándolas con su trabajo. Naturalmente, me desheredó, y nunca más supe de él hasta su fallecimiento.

Una de mis primas, Josefa, tuvo un hijo sacerdote y una hija monja. Me llegaron rumores de que ellos fueron los herederos. Ciertamente, lo desconozco, nunca me ha interesado saberlo. La hija mayor de mi abuela, Josefa, estaba casada con otro campesino, Justo. De ellos recuerdo poco, no así de mis primos, de quienes tengo recuerdos felices, tal vez porque con ellos jugaba mucho.

La hija menor de mi abuela, Amparo, era la esposa de Gavino, quien trabajaba sus propias tierras y era un «extraño» para mí durante mi infancia. Ateo absoluto y total, iba a misa por imposición. Se sentaba en la última fila ¡y a dormir! Siempre hubo que despertarlo al terminar el acto religioso. En Valdarecete, el poder del cura estaba incluso por encima del que tenían el alcalde o de la Guardia Civil. Se permitía multar a quienes no acudían a misa los días festivos o se ausentaban en varias ocasiones a novenas, maitines, etc. Por no ir a misa, ¡multaban!, tal era la fuerza de la Iglesia. Valdaracete era todo un ejemplo de la España profunda. Por convicción, tradición secular, porque no podían ni sabían ser otra cosa, era un pueblo enraizado en el pasado, y el nacionalcatolicismo era su santo y seña. Ello me lleva a otro recuerdo: mis tíos Pepe y María me inscribieron como monaguillo... ¿para redimir las «penas» de mis padres? No recuerdo cuánto duré, pero creo que muy poco. Sí me recuerdo aprendiendo a tocar las campanas y comiéndome, a escondidas, algunas hostias.

Mi familia materna provenía de un pueblo de la provincia de Cáceres llamado Aldeánueva del Camino. Mi abuelo materno, Antonio, al que tampoco conocí, era campesino y pequeño propietario que trabajaba sus propias tierras, ade-

más de republicano. Ignoro, ya fallecidos todos los hijos de mi abuela materna, cuándo emigraron a Catalunya, pero debió ser antes o durante la guerra, pues los varones lucharon con la República.

De mi abuela materna, al haber convivido con ella desde mi niñez, tengo más conocimiento: republicana, atea, jamás acudió a ningún acto religioso del tipo que fuera. Por guardar las formas, mi madre sí acudía de tarde en tarde a alguno. Mi abuela, ¡nunca! Entre mi padre y mi abuela nunca existió el síndrome yerno-suegra. Siempre la oí hablar muy bien de mi padre por el gran respeto que mostraba hacia ella. Con mi padre en el campo de concentración, mi abuela, ya viuda, se hizo cargo de mí mientras mi madre se dedicaba al contrabando y el estraperlo para mantenernos.

Cuando hablamos de estraperlo nos referimos al contrabando. La palabra proviene del acrónimo del austríaco Daniel Strauss y del italiano Perlowitz (Perlo) y Lowan Strauss, hermana de Daniel y esposa de Perlo, que organizaron en San Sebastián un casino con ruletas trucadas gracias al derechista gobierno del Partido Republicano Radical de Lerroux, durante la Segunda República, en el cual la práctica totalidad de sus miembros, incluido Lerroux y su hijo, salieron salpicados por corrupción. Mi madre, junto con otras mujeres en idéntica situación, para apoyarse y protegerse, se trasladaban en grupo a Valencia (ignoro si hacían referencia a la ciudad o a la provincia). Desde allí traían tabaco y comestibles que aquí escaseaban. Reservada una parte para el consumo propio, otra parte la revendían o intercambiaban. Todo el contrabando o estraperlo era de todas. Si alguna tenía la mala fortuna de ser interceptada por alguna pareja de la Guardia Civil que le incautaba cuanto llevaba, las otras la compensaban entregándole una parte de lo que llevaban. Al parecer, no todas las parejas de la Guardia Civil se comportaban igual. Unas se dejaban sobornar, otras les quitaban parte de la mercancía, y otras se lo quitaban todo. Y alguna que otra hacía que no las

veían. Mi madre, aprovechando que en su pueblo de origen quedaban familiares, viajaba hasta allí y se traía todo el aceite que le era posible acarrear. Ese aceite era de las tierras de mi abuela, arrendadas al resto de la familia. Si obtenía algún dinero «sobrante» de las ventas, mi madre lo utilizaba para ir a visitar a mi padre al Penal de la isla de San Fernando.

Había varios miembros, más lejanos, de la familia materna: militares profesionales y que habían luchado junto a Franco. Uno de ellos, del Servicio de Investigación Militar (SIM), al que consideraban familia a pesar de todo (aunque casada con la persona equivocada, cuando en realidad había sido al contrario), nunca le negó su ayuda. De esta manera le documentaban el aceite, que además era de los olivos de mi abuela, es decir, suyo. No se podía trasladar sin unos permisos especiales, que se firmaban, en este caso, por ser familia. De no haber sido así, la mercancía podía haber sido incautada.

Siempre me llamó la atención el gran concepto que tenían de la familia mis familiares maternos. Estaba incluso por encima de las ideas, pero como sucede en muchas familias, también había sus ovejas negras, y alguno de los hijos llegó a estar adherido años después a la Unión Militar Democrática (UMD), y pagó por ello. Vayan los unos por los otros.

De mis dos abuelas, Guillerma y Juliana, tengo algo importante que declarar: ambas sabían leer. Siendo más extraño en la paterna que en la materna dado el contexto en que vivían. En la choza de mi abuela paterna, pese a su extrema pobreza, siempre había algún libro. Ignoro de dónde lo sacaba, pero lo había. Para mi abuela materna era todo más normal. Mis padres compraban cada día un diario, generalmente, *El Noticiero Universal* y *La Hoja del Lunes,* y en casa entraban libros, sobre todo los que proporcionados por los vecinos anarquistas que habían conseguido salvar sus bibliotecas o parte de ellas.

¿La guerra ha terminado?

Febrero de 1939, tengo casi nueve meses de vida. *La guerre est finie,* así se llamaba un magnífico filme —prohibido en España, naturalmente— de Alain Resnais, con guion de Jorge Semprún e interpretada por Yves Montand, Genevieve Bujold, Ingrid Thulin y Michel Piccoli. «La guerra la perdimos todos», decían algunos.

Mentira. En febrero de 1939, ni la guerra había terminado ni la perdimos todos. La guerra duró todo el franquismo, de 1936 a 1977, aunque Franco muriera físicamente en 1975. Jamás hubo una amnistía. Franco murió ejecutando. Para un detenido que hubiera defendido la República, 20 y 30 años después de «terminada» la guerra, era un agravante a su condena. Aunque para ser correctos, Franco sí decretó una amnistía: para todos aquellos que cometieron delitos contra propiedades y ciudadanos afines a la República, incluidos delitos de sangre.

La guerra la perdieron toda la clase obrera y los campesinos, tanto los republicanos como aquellos movilizados de forma forzada por el fascismo; intelectuales honestos, maestros —estadísticamente el grupo más castigado—; catedráticos; militares honestos —que también los hubo—; miembros de la policía y de la Guardia Civil que lucharon y sirvieron a su pueblo... Es decir, la guerra la perdieron *los de abajo.* El pacto fascista entre *los de arriba:* alta burguesía, terratenientes, gran parte de una casta militar hijos de burgueses y terratenientes, de los antiguos señoríos feudales y la Iglesia vaticanista habían convertido España en un erial. El país perdió más de un millón de sus habitantes entre guerra, exilio, represión e inmigración forzada en los años siguientes. El campo, abandonado, apenas llegaba a las producciones de principios de los años 1930. La industria, casi paralizada, sin repuestos ni materias primas. Lo mejor de la intelectualidad del país huyó mientras pudo. Miguel Hernández y Federico García Lorca, entre otros muchos, no pudieron hacerlo. Aquí quedó una

intelectualidad mediocre, con alguna muy rara excepción en cuanto a su talento, pero sí mezquina y arribista como Camilo José Cela, que sirvió al fascismo como censor. O en Catalunya, Josep Pla, con algún mérito de recopilador costumbrista, pero literalmente, uno más. Pla fue posiblemente y durante muchos años el único al que se permitió el uso del catalán en sus trabajos públicos, si bien él optaba voluntariamente por escribirlos en castellano. Tal privilegio lo obtuvo por sus servicios al fascismo como estación[4] de espionaje en la retaguardia. Dalí, en sus orígenes, se posicionó del lado de los intelectuales republicanos españoles, y durante su estancia en los Estados Unidos y su relación con el mundo del cine mantuvo siempre una línea ciertamente progresista. Pero con la victoria de los amotinados, y dada la escasez de intelectuales en el fascismo, Dalí vio la posibilidad de hacer carrera junto a los vencedores. Y bien que la hizo. Pero quienes sabían y profesaban el arte de la pintura —y traté con bastantes entre los años 1968 y el final del franquismo— únicamente le reconocían grandes conocimientos en dibujo y, sobre todo, en el color. Reforzaban sus afirmaciones señalando cómo había sido el autor más falsificado de la historia del arte, a lo que algunos añadían que era tan fácil reproducir su obra porque tenía «negros» trabajando para él, los cuales producían lienzos que luego él y cuyas obras, firmaba. Tal vez sea exagerado.

¿Hay muchos más intelectuales del fascismo cuya obra haya sobrevivido a su vida física y merezcan ser conocidos nacional o internacionalmente? Al llegar aquí he recordado una de las marrullerías del franquismo. Ante la pujanza artístico-musical del cantante de Xátiva, Raimon, el régimen intentó promocionar una alternativa para desorientar a sus seguidores, y creó a «De Raimon», que cantaba canciones románticas de lo más ramplón. Duró unos meses y desapareció.

4. En los servicios de espionaje, recibían el nombre de «estación» quienes recogían la información de los espías y quintacolumnistas y la enviaban a la central de información, a la vez que llevaban a cabo el servicio inverso, de arriba a abajo.

Los mejores intelectuales y trabajadores de la cultura republicana huyeron de la barbarie fascista. Muchos aún son nombrados y recordados dentro y fuera del Estado. El franquismo, que lo intentó todo mediante presiones diplomáticas, no pudo evitarlo, tal era su mezquina categoría. Se puede contar a los intelectuales fascistas con los dedos de una oreja (sí, he escrito oreja); la de los republicanos es tan extensa que me es imposible recogerlos a todos aquí. Tampoco es el lugar.

La frase de «muerte a la cultura» del general José Millán-Astray en la Universidad de Salamanca fue para los vencedores una consigna que mantuvieron lo largo de todo su reinado. O el rebuzno del borracho (no es un insulto: es sobradamente sabido que lo era) Queipo de Llano, quien con el visto bueno y bendición de la Iglesia vaticanista, en sus discursos radiados o públicos lanzaba consignas como «masacrar sin piedad alguna a los leales a la República o violar a madres, esposas, hijas y hermanas de republicanos, sin temor alguno», pues nada sucedería —ni sucedió— a quienes así actuaran. Qué malvada actitud la de Queipo de Llano —e Iglesia— frente a la dignidad y nobleza del anarquista Peiró en particular, y de la República en general, prohibiendo primero y persiguiendo después «los ajustes de cuentas».

¿El ejército, Guardia Civil y policía? Numérica y proporcionalmente hablando, hubo más militares y guardias civiles fieles a la República que policías. Muchos militares —Franco y mi padre entre ellos—habían jurado fidelidad y servicio a la República. Mi padre cumplió.

¿Exagero con el fascismo? Una pregunta: ¿cuántas poblaciones bombardeó la aviación republicana? Ninguna.

Recuerdos de la niñez

Mantengo de mi niñez un recuerdo inolvidable. ¿Cuántos años tendría?, no lo sé. Pero sí recuerdo haber subido a un tren con vagones «borregueros» —porque también transportaban ganado— para trabajadores y perdedores en general, y vagones «normales» para los vencedores. Venían desde Mataró ya llenos e íbamos a Barcelona. ¿Cada cuánto tiempo pasarían los trenes? La gente subía como podía y los que todavía no habían podido subir empujaban desde abajo a los que lo habían logrado intentando hacerse hueco. Me subieron a uno de ellos. En los recuerdos, nunca he podido evitar asociar aquellos instantes a las imágenes vistas años más tarde de los vagones en los cuales los nazis trasladaban para su exterminio a sindicalista, demócratas, gitanos, judíos, anarquistas y comunistas. De todo hubo y más de uno unía en su persona alguno de aquellos agravantes. Viajábamos de pie en «olor de multitudes» ... y no solo.

A la altura del Campo de la Bota, donde los nacionales (bien podríamos entrecomillar lo de «nacionales») fusilaban a los fieles a la República, había una tapia para que desde el tren no se pudieran ver las barracas que había al otro lado... ni los fusilamientos. En la tapia había una consigna escrita y que permaneció muchos años. ¿Su texto?: «Hablad el idioma del imperio».

Hablemos de mis padres: siempre existió entre ellos un gran amor y respeto. Mi padre nunca acudía a ningún lugar sin mi madre. Se negaba a ir sin ella. Sin embargo, nunca se opuso a que ella saliera y fuese adonde quisiera. Por ejemplo, al cine. A mi padre no le gustaba. Si alguna vez iba era por la insistencia de mi madre. Así que mi madre cargaba conmigo, sobre todo, y ¡hala, al cine!

A mi padre le dio un ictus quince días después de jubilarse. Murió dos años menos veinte días después en un hospital, antiguo hotel, situado al final de la calle Balmes, y

conocido como «La Rotonda». Dos años menos veinte días permaneció mi madre al pie de su cama. Cuidándolo, lavándolo, afeitándolo, dándole de comer, jugando al dómino y al parchís, mientras él aún pudo coordinar. Cada día, ya fuese invierno o verano, ella estaba en la puerta del hospital antes de que abriera. Y cada día había que echarla cuando cerraba. Llegué a temer más por la vida de mi madre que por la de mi padre. La temía incluso antes, pues mi madre, diecinueve años antes, había sufrido una extirpación de mama a causa de un cáncer y llevaba un marcapasos incorporado.

Mi padre, Agustín González Pérez, nació en Sisante, provincia de Cuenca, pero él siempre se consideró de Valdaracete, donde vivió hasta su ingreso en alguna academia o escuela del ejército. Mi padre siempre fue lo que hoy se denominaría un anarcocomunista, y mi madre republicana de izquierdas, sin más.

Mi madre nació en Aldeanueva del Camino. Si lo relacionado con mi nacimiento era un lío, lo de mi madre... ¿Cuál era el nombre de mi madre?: ¿Basilia, Sagrario, Sagrario Basilia? Su madre, mi abuela, sus tres hermanos y el resto de la familia siempre la llamaron Basilia, y así la llamamos sus hijos cuando nos referíamos a ella. Fallecido mi padre, y al tramitar la documentación en 1978 para obtener los derechos de pensión como servidor de la República, aparecieron varias sorpresas: en la partida de nacimiento constaba como Sagrario. En el libro de familia también consta, en el apartado de matrimonio, como Sagrario, y en las tres páginas del mismo documento en que se nos inscribió a sus tres hijos, consta como Basilia. En mi partida de nacimiento, redactada en Badalona durante la República, consta como Basilia también. En todos los informes del Tribunal Militar, el temido TOP, Policía y Guardia Civil, al hacer referencia a mis progenitores, la nombran como Basilia. ¡Cuán grande fue la confusión en toda la familia! En sus DNI, a partir del momento en que falleció mi padre: «Sagrario Basilia», nombre con el que finalmente apa-

recería en su partida de defunción. Pero para toda la familia y para nosotros, sus hijos, era y será Basilia Mateos Moreno.

Para contextualizar, veamos las diferencias y similitudes entre los pueblos originarios de mis antepasados: Aldeanueva del Camino y Valdaracete. Aldeanueva, como es más conocida por sus habitantes y vecinos, era una localidad abundante en agua y rica en cultivos como el algodón, tabaco, azafrán, verduras y frutos. También tenía ganadería porcina, vacuno y aves de corral. En Aldeanueva, una terrateniente soltera, la señora Masides («la Señorita», como la conocían los vecinos del pueblo), controlaba una elevada parte de la tierra de la localidad y producía en régimen de monopolio tabaco, azafrán y algodón. Una gran parte del pueblo trabajaba para ella. La Señorita fue durante años trabajada por la Iglesia, por lo que, a su muerte, testó en favor de esta. La Iglesia, más interesada en la mera posesión que en la producción, y sumados los recortes en agricultura impuestos por la Unión Europea, ha acabado por no trabajar la tierra. Aldeanueva del Camino era tierra productiva; ahora, yerma, se ha convertido en arena.

Valdaracete, tierra de secano, era tierra casi de monocultivo: garbanzos, y sobre todo avena, centeno y algo de trigo. El monocultivo y la explotación intensiva de sus gramíneas condujo a sus pobladores en la misma dirección que a los de Aldeanueva: a la emigración. El resultado y consecuencias finales fue igual para ambas poblaciones. En ambas localidades, cerca del 75% de su población emigra tras el final de la Guerra civil.

Al salir mi padre del penal se volvieron a casar y a mí me bautizaron, el 19 de julio (no el 18) de 1941, en la Iglesia de San José (no Sant Josep, entonces), conservando mi nombre. Para entonces, ya nadie se acordaba de cambiármelo, y con él me quedé. Mis padres se fueron a vivir momentáneamente a casa de la hermana de mi madre, Petra, en la Rambla de Sant Joan, número 19, mientras él encontraba trabajo en la

Empresa Riviere S.A. Cuando mi padre ya trabajaba, se fueron a vivir en un bloque, el único que había en kilómetros a la redonda, situado en el actual Barri de Sant Jordi, limitado entre las calles Sant Brú (antes N-II), Eduard Marquina, Lola Anglada y Jacinto Verdaguer. Años más tarde fueron desahuciados todos los inquilinos de aquel edificio para convertirlo en cuartel de la Guardia Civil. Detrás del edificio había una escuela llamada Martínez Anido, famoso represor de obreros. Durante la República se le cambió el nombre, pero una vez derrotada tras la guerra volvió a ser Martínez Anido, y en la actualidad se ha convertido en el CEIP Lola Anglada.

Al ser ocupado el edificio por la Guardia Civil, a los inquilinos nos trasladaron a otras viviendas, así que de allí pasé a vivir a la calle Wifredo (hoy Guifré) o, popularmente, *dels arbres*. Nuestro nuevo domicilio tenía una enorme ventaja: en su parte posterior, como muchas viviendas de la zona, contaba con un *badiu.* Así se denominan en Badalona a los patios interiores. Mi padre tomó la decisión de sacarle provecho alimenticio: compraron en el zoológico de Barcelona unas gallinas de las razas Prat (de Llobregat) e indias, de muchas carnes una y muy ponedoras la otra. Adquirieron también algunos pavos, patos y conejos, unos normales y otros gigantes, que destacaban sobre los otros por su enorme tamaño, aunque eran menos reproductores que los «normales». Los conejos fueron enjaulados y las aves sueltas por el *badiu*. Posteriormente se cercaron, pues mis padres decidieron dedicar una parte a plantar judías tiernas, tomates, patatas... ¡Y hasta tabaco! El *badiu* a nuestra llegada ya tenía una higuera, un naranjero y un limonero que mi padre complementó con una parra. Higuera, naranjo y parra nos proporcionaban temporalmente el postre. Algún tiempo después, y en la medida en que todo aquello crecía y se reproducía, mis padres entraron en la economía del intercambio. En la lechería intercambiaban huevos por leche y mantequilla.

Hasta bien adelante de los años 1940, el gobierno prac-

ticaba el racionamiento de algunos productos básicos, que no siempre estaban disponibles en los estantes de las tiendas. A veces «desaparecían» porque existía un mercado negro paralelo. Para evitar ese mercado negro —que no se combatía, pues muchos gerifaltes del régimen estaban involucrados en él— el gobierno franquista había implantado unas cartillas de racionamiento que daban derecho —en teoría— a unas cantidades de subsistencia de los productos según el número de personas que integraban una familia. Los gerifaltes tenían la suerte de disponer de varias cartillas. Pero antes de ser más o menos autosuficientes en algunos productos, recuerdo mis idas al Auxilio Social. No sé cuántos de sus locales había en Badalona, pero por la proximidad a mi domicilio acudíamos al existente en la parte posterior de la Escuela Nazaret, en el cruce de la Avenida Martí Pujol con Ignasi Iglesias. Nunca se me olvidarán aquellos potajes —es un decir— de garbanzos «rellenos de carne». Había que atarlos para que no se escaparan. Y por lo general, había que evitar que cayeran al suelo, no fueran a romper alguna baldosa. Si se trataba de lentejas, parecían extraídas de una cantera más que recolectadas del campo por la cantidad de tierra que llevaban consigo. O berzas acompañadas de «carne verde» con patas. Todo en un plato militar de aluminio, más una sopa en un bol también de aluminio. Las cartillas de racionamiento eran semestrales y las había de varias categorías, ignoro el porqué. En cualquier caso, la nuestra era de tercera. En su interior había varios cupones. Los primeros, grupo B y semanales, daban derecho a aceite (en ningún tipo de cupón se especificaba la cantidad). En las siguientes páginas de cupones figuraban los «varios» y semestrales. No decían más. Los cupones de arroz y azúcar eran semanales. Supongo que en la categoría «varios» se incluían garbanzos, judías, lentejas, mantequilla... De este grupo, destacaban, pero sin olvidar los otros productos gramíneos, las lentejas. Cuando tocaban lentejas, estas se extendían sobre la mesa del comedor —y debajo el brasero, si era

invierno— y toda la familia que estuviese «libre» se disponía alrededor, separando la tierra de aquellas lentejas que contenían «carne» en su interior. En la tierra se incluían no pocas piedrecitas. Una vez se coló una y mi hermano José se partió un diente. Terminada de retirar la tierra, las piedrecitas y las lentejas «habitadas», podíamos perder entre un quince y un veinticinco por ciento del peso.

Como muchas otras gentes, los días de lluvia mis padres se iban muy temprano a la montaña a buscar caracoles. Había que madrugar, pues el hambre provocaba que los campos se llenaran de gentes a la búsqueda de tal alimento. Y *els pagesos* (campesinos) les permitían entrar en sus campos, a condición de que no estropearan nada, contentos de que les limpiaran sus huertos de tales plagas. El bacalao también era, junto a la sardina, el pescado más barato, la comida de los pobres. Pescado azul, de poca o escasa calidad, se decía. Los ricos comían pollo, que era prohibitivo para los pobres. Es de suponer que calidad y precio tenían mucho que ver entre sí, así que, cuando el pobre comía pollo, o estaba enfermo el pobre o estaba enfermo el pollo. Entre los tres hermanos competíamos a ver quién dejaba más transparentes las pieles o mondaduras de naranjas, plátanos, mandarinas, e inclusive restos de piel cruda de las patatas. Y los platos, después de terminada la comida, recibían tales repasos con la lengua que, si no hubiera sido por higiene, se podía prescindir de su lavado, tal era su brillo.

También recuerdo el gran dolor de mis padres al malvender vajilla, cubiertos y sillas de antepasados para, sencillamente, poder comer o para comprar libros, libretas o pantalones y camisas para ir «decentes» a la escuela. Una imagen que nunca se ha borrado de mi infancia eran los taxis alimentados con gasógeno hasta más allá de 1945. El gasógeno se producía por la combustión, en unas calderas especiales que llevaban incorporada los vehículos en su parte de atrás. Al quemar el carbón, leña u otros productos (lo que hoy se denomina bio-

masa), se producía anhídrido carbónico que al mezclase con otros combustibles proporcionaban más energía y ahorro que los combustibles fósiles como la gasolina y el gasoil, de los que España además carecía. En mi recorrido a la Escuela cultural pasaba por la *Plaça* de la Vila, donde había una parada de taxis, algunos de los cuales se alimentaban con cáscaras de almendra, y algunos taxistas a los que les caía bien me dejaban rebuscar en sus sacos de cáscaras, y en ocasiones encontraba almendras enteras. ¡Qué alegría!, ¡qué sabrosas! Esa era una de las raras ocasiones en que podía comer aquel manjar.

Mi padre no hacía horas extras ni trabajaba en domingos y festivos en la fábrica, pues través del tío Antonio, el hermano de mi madre que regentaba dos tiendas de juguetes y un almacén, empezamos a trabajar para él. Mi madre también tenía un hermano mayor, Ramón, casado con una cubana. Vivían en el Prat de Llobregat y entre los ocho y doce años pasé algunos veranos en su casa. Trabajar para mi tío Antonio permitió que nuestros padres robaran tiempo al tiempo para dedicarlo a nuestra educación. Mi padre me enseñó a leer y las cuatro reglas de las matemáticas a muy temprana edad. Con unos cartones de unos cinco centímetros de lado confeccionó todas las letras del alfabeto y los diez primeros números. Empecé a reconocer letras y a continuación a crear palabras. Desde muy pequeño, ya sabía que eme, pe más la letra a y dobladas hacían «mamá» «papá» y «yaya». Primero, palabras comúnmente usuales y luego más complejas. Lo mismo ocurrió con los números. En la Escuela Cultural, en la que ingresé a los cinco años, alucinaron. No se me olvidarán las largas tardes y noches trabajando, cada día, incluidos domingos y festivos, después de hacer los deberes escolares, rellenando de serrín unos muñecos —arlequines y *pierrots*—, así como una muñeca cuya mitad era blanca y, al girar sus vestidos, negra. El serrín estaba en unos barreños alrededor de los cuales nos sentábamos con mi padre para rellenar los arlequines. Había que apretar el serrín con unos palos redon-

deados por sus extremos para rellenarlos y que el serrín quedara bien compacto. Muchísimos años después aún conservaba los callos. Tampoco se me olvida una noche en la que, de agotamiento, me caí dormido, sin llegar a golpear en el suelo porque mi padre, raudo, me recogió al vuelo. Cuando fuimos cumpliendo cuatro o cinco años, se incorporaba a los hijos en las tareas de hacer juguetes, montando piezas, ensobrando globos, etc. Cuando llegábamos de la escuela, merendábamos y hacíamos los deberes que la escuela nos imponía para el día siguiente. Mis padres nos repasaban los deberes y una vez terminados, ¡al tajo!

Con los años, entendí el problema humano de los hijos que son el segundo de tres hermanos. Cuando las posaderas de los pantalones estaban muy gastadas, mi madre y mi abuela recortaban el tejido roído y confeccionaban unos remiendos que llamaban «libritos» con los trozos aprovechados de otras telas. A mí me compraban pantalones nuevos y otras prendas, y cuando envejecían por su parte trasera, se recuperaban mediante estos «libritos», y José, mi hermano mediano, las heredaba. Pero para el tercero, Julián, ya no llegaban, por lo que él también estrenaba pantalones. José siempre se quejó amargamente: «¡Yo nunca estreno ropa nueva!». Hasta que la situación económica no mejoró el pobre nunca estrenó nada. ¡Qué alegría el día que lo hizo! El mayor tenía preferencias por su estatus y el pequeño porque había que cuidarlo. José fue, involuntariamente, el marginado. Y si me pongo «dentro de sus zapatos», lo entiendo. Y hablando de zapatos, ¿qué calzábamos? Mi padre lograba de alguna manera llantas desechadas de algún vehículo. Las recortaba a medida de los pies de cada uno. Compraba retales de piel o cuero. Provisto de unos alicates, lezna, dedal y fina cuerdecita que iba engrasando con cera de restos de velas nos hacía sandalias y hasta algún zapato sencillo. Mi abuela, en la medida de sus posibilidades —se llegó a romper ambas caderas y andaba con bastones— colaboraba con «sus labores», compras diarias, barrer,

fregar, cocinar, confeccionar jabón, confituras y similares. Y por supuesto, cuidaba de sus nietos.

Mi madre, con la ayuda de mi abuela, llevaba adelante las labores del hogar, en las que en muchas ocasiones participaba mi padre, sobre todo los días festivos. También cosía las piezas que conformaban los muñecos y muñecas, para cerrarlos cuando ya estaban rellenos de serrín. ¿Curioso?, tal vez para mucha gente, pero mis padres ya eran entonces muy «progres». Si nuestras tareas de confección de juguetes terminaban antes que los cosidos de mi madre para los juguetes de la jornada siguiente, mi padre barría, fregaba y cocinaba —y por cierto, ¡muy bien!—. Cuando dejamos de hacer muñecos, empezamos a rellenar sobres con globos que después se vendían en quioscos. Terminada la jornada laboral diaria, a partir de las diez de la noche, mis padres y mi abuela escuchaban Radio Pirenaica, para lo cual se habían logrado una radio galena. Al llegar a cierta edad —que no logro recordar— a mí también se me permitió escucharla, razonándome la información y avisándome de que nunca debía hablar de ello con nadie. Toda la vida laboral de mi padre transcurrió en la empresa Riviere S.A. como peón, y pese a que en más de una ocasión le ofrecieron ser promocionado, nunca lo acepto.

De las otras actividades, además de las familiares, casi no sé nada. Es para mí una completa nebulosa. Durante el franco-fascismo (casi) nada se nos explicó a mis hermanos a y mí. A la muerte del dictador, ya no hubo tiempo. A finales de la dictadura, mi padre padeció un ictus y a consecuencia de ello perdió el habla —entre otras secuelas— muriendo dos años después de acabado el franquismo. Lo poco que sé de sus actividades al margen de la vida familiar me llegó por vías indirectas entre 1943 y 1945.

Solo mantengo dos recuerdos de infancia acerca de las actividades de mis padres. El primero, aproximadamente de 1945. Mi padre en ocasiones traía a casa un periódico editado por la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) llamado

Tú, así como propaganda del consulado de los Estados Unidos que había en la calle Junqueres de Barcelona, esquina con la Plaza Urquinaona, como *Volver* o *Life.* Otras, las menos, del consulado de la Gran Bretaña, y una (aunque tal vez hubo más) que nunca olvidé, de Suecia. Todas las revistas y propaganda, naturalmente en castellano. La revista sueca que nunca he olvidado me la dejó leer mi padre en su presencia y me la iba comentando. A través de ella, me enseño los conceptos de democracia, libertad e igualdad.

El otro recuerdo debe corresponder, por mi edad, al año 1942 o 1943. Recuerdo acudir con mi madre —tal vez por seguridad— a la Plaça Catalunya, junto al Banco de España, a recoger a un «tío» mío —tal era el grado de consanguinidad que debía decir si me preguntaban por él— que vino a vivir a nuestra casa, ya en la calle Wifredo. Un día se ausentó y entré en su habitación. De ella salí con una pistola entre mis manos diciendo «¡pum, pum, pum!». Mi madre y mi abuela se aterrorizaron y me gritaron que se la entregara o la soltara. No recuerdo qué hice. Mi padre, al regresar de su trabajo, se encerró en una habitación con mi «tío». Se le oía, medio en susurros medio en voz alta, irritado, decirle algo a mi «tío». Recuerdo —¿o tal vez son comentarios de mi madre que se entremezclan en mi memoria?—, ya en esta democracia y fallecido mi padre, que dos o tres días después apareció teñido de rubio. Recogió sus pertenencias y desapareció. Desde entonces mi padre se encerró políticamente en un silencio absoluto durante todo el franquismo, con excepción de sus charlas callejeras, sobre todo en verano, con nuestros vecinos anarcosindicalistas.

¿Qué sé entonces de mis padres? Decían…

Todos los veranos, vecinos, niños y mayores salíamos a las aceras. Los niños, a jugar en medio de las calles —apenas había circulación—, y los mayores «a sus cosas». Como la tele-

visión aún no había llegado a España, la radio y la prensa llenaban las conversaciones de los hombres, así como el fútbol y el ciclismo, con las vueltas de España y Francia. En el grupo con el que se reunía mi padre se hablaba de política, pero el deporte cubría las apariencias. Además, ¿por qué no hablar de ello? En invierno se turnaban por sus distintas casas. Para las mujeres, telenovelas radiofónicas y novelas gráficas con fotografías y los *Consejos de Elena Francis.* Los consejos de la Sra. Francis versaban sobre la pareja y el «hasta que la muerte los separe». La mujer, femenina, ¡que no feminista!, se dedicaba a las tres «c»: casa, cocina y calceta. Amante, obediente y «reposo del guerrero», los consejos, amén de muchas recetas culinarias, también instruían sobre cómo estar atractiva cuando el marido regresaba a su domicilio, agotado tras la dura tarea del día.

Los amigos con quienes se reunía mi padre conformaban un sexteto integrado por tres anarcosindicalistas, más Antonio, Manolo y mi propio padre. No recuerdo los nombres, curiosamente, de las tres familias anarquistas, pero lo suplo con el gran respeto, admiración y afecto que siento por ellos. Intento recordarlos por su vecindad a la casa de mis padres. A la izquierda del domicilio de mis padres vivía una familia de buenas personas, cuyo padre se había acomodado al sistema, y que tenía un trato muy parco con los demás vecinos. Dos puertas más a la izquierda estaban los valencianos, que eran anarquistas. A la derecha, una familia independentista, también buena gente. A continuación, «nuestro» barbero, anarcosindicalista. Le seguían dos hermanas, una de ellas separada (sobre la que hablaré más adelante, pues se lo merece), con un hijo y una hija, y a continuación otros valencianos, también anarcosindicalistas.

Los tres anarcosindicalistas y sus esposas eran unas personas maravillosas. Cultas, preparadas, respetuosas, trabajadoras y solidarias. Siempre leyendo y formándose. ¿Qué más se les podía pedir? Nunca los olvidaré. Habían logrado

ocultar varios libros que prestaban e intercambiaban con otras personas de su máxima confianza, posiblemente de su misma ideología, pero no en exclusividad, dada su amplitud de miras y respeto hacia los demás. Algunos de aquellos libros llegaron a mis manos: sobre los falansterios de Fourier, *Palabras de un rebelde* de Piotr Kropotkin, *Las ruinas de Palmira* y *Los hijos del pueblo* de Eugenio Sue, *Viaje a Icaria* de Etienne Cabet, *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, *Guerra y Paz* de Tolstoi, *La araña negra* de Blasco Ibáñez, *Los vivos muertos* de Eduardo Zamacoís, así como otros títulos del colombiano Vargas Vila, de Máximo Gorki, Antón Chéjov, Malatesta, Mijaíl Bakunin, etc. Algunos me fueron donados y los conservo con mucho cariño. No eran, como es evidente, lecturas para niños entre los doce y los quince años, pero era el mundo en el que desde muy temprana edad me vi inmerso.

Los anarcosindicalistas eran de «tendencia» Peiró, deduzco. Habían colaborado en la fundación de la CNT en Badalona y, al parecer, de la Cooperativa La Moral. Peiró había vivido varios años en Badalona. Durante la Guerra Civil, mientras los discursos de los católicos fascistas rezumaban odio y extermino, Peiró siempre llamó a la no venganza y al no emplear la violencia más allá de lo estrictamente necesario en combate, tal como corroboran algunos de sus escritos. Luego estaba Antonio, un catalán que había emigrado a Cuba y que había regresado casado con una cubana descendiente de españoles. Trabajaba en la misma empresa en que lo hacía mi padre, Riviere S.A. Muy buena persona, pero muy temeroso.

El grupo se completaba con Manolo. Me fascinaba todo lo que decían de él. ¿De dónde era? Hablaba castellano, era alto, que no grande, enjuto y de fuerte complexión. Decían (los demás del grupo, él nunca hablaba de sí mismo) que era un aventurero, que había sido cazador en África y que se volvió rápidamente a España tras el levantamiento militar para servir a la República. Tampoco puedo estar seguro de que tal

cuestión no la dijeran para alimentar mis fantasías respecto a él, pues nos caíamos muy bien. En la retirada se pasó a Francia. Los demás decían que ya en Francia había estado en el maquis francés y que, una vez detenido, fue trasladado a un campo de trabajo esclavo para la empresa que fabricaba los aviones *Messerschmitt*. Una noche se escapó, decían, y entró en el complejo industrial: robó unos planos —otros decían que un avión— y dedujo que el lugar donde menos buscarían al ladrón sería en el propio campo de concentración, por lo que volvió a entrar en él. Los planos estaban hechos en tela y, según el relato, se los cosió entre el forro de la chaqueta, por lo que al palparla no se notaba. Tiempo después se volvió a fugar, esta vez hacia España. Cruzó parte de Alemania y toda Francia. Llegó a Barcelona, se presentó en el consulado americano, entregó los planos... y se fue. Él era así. Un idealista anarquista entero, en el fondo y en las formas. Y un buen día, desapareció. Hubo versiones para todos los gustos.

De mi madre también se decía —y acabado el franquismo, ella misma me lo confirmó— que había sido espía de la República. Oficialmente trabajaba en una empresa conocida como La Goma, sita al final de la calle Garriga de Badalona. Al parecer nunca la pisó. La Goma había sido militarizada y se dedicaba, sobre todo, a la fabricación de balas y bombas. Años después la empresa sufrió un incendio y nunca más fue reconstruida, por lo que ese dato nunca podrá ser verificado. Al menos, decía, de allí provenía su nómina. Supongo que en el DNI de ningún espía del mundo pondrá «oficio: espía». Algún tipo de cobertura salarial y laboral tendrán. También decían que mi padre estaba en un departamento de claves del bando rebelde y que a mi madre se le asignó la misión de pasar esa zona y enamorarlo para sacarle información, pero que tanto lo enamoró que juntos decidieron regresar a la zona republicana, pasándolo así a la zona leal a la República.

Decían —y esto sí fue comentado en algunas reuniones familiares y corroborado por mi madre, una vez muerto mi

padre— que enviaron dos aviones para evitar su pase de líneas. Los aviones comenzaron a disparar sus ametralladoras y mis padres tuvieron que cubrirse entre los árboles en la posición contraria en que venían los aviones con sus giros, hasta que a estos se les acabó la munición o vieron la imposibilidad de alcanzarlos y se fueron. Al fin, llegaron a zona republicana, su destino. Mi madre tampoco nos explicó, ni a mis hermanos ni a mí, como llegó hasta mi padre ni desde dónde; nosotros tampoco preguntamos «a que más se dedicaron» durante toda la contienda. Desde el suceso de «mi tío» en el maquis, en nuestra casa se hizo el más absoluto silencio sobre sus pasados. Supongo que para que los hijos no incurriéramos en imprudencias. Manolo también afirmaba que mi padre «tenía algo que ver» con el traslado del oro desde Madrid a Valencia para el pago de las armas adquiridas a la URSS. Mi padre me explicó cómo *se había hecho*, no cómo *lo habían hecho*. Cargaron unos camiones en Madrid y se inició su traslado hacia Valencia. En ciertos puntos de la ruta, se cambió la escolta o la carga de camiones, nunca ambas cosas a la vez. Así hasta su destino final.

Eran, en cualquier caso, gente para querer y no olvidar. Y «ella»: Angelina Coulubert. Vivía tres puertas a la derecha de mi domicilio, entre el barbero anarquista y una de las familias valencianas, también anarquista. No participaba de las charlas (por cuanto mujer, no hubiera estado bien vista su participación en aquellas conversaciones, pues los tiempos eran otros), pero su actitud era todo un ejemplo. Estaba separada de un franquista e «importante señor» de la burguesía catalana y tenía dos hijos, August y Angelina, que permanecieron junto a ella mientras fueron pequeños y hasta su mayoría de edad. Y todo ello sin ayuda, pues fue marginada y represaliada. Había trabajado para la Generalitat, era una gran pedagoga, seguidora y propagadora de la Escuela Moderna de Ferrer Guardia. Estaba entre el catalanismo, el trotskismo (había tenido contactos y vivencias junto

a Andreu Nin) y el anarcosindicalismo de los vecinos. Sobre Andreu Nin siempre comentó que, probablemente, lo habían matado los comunistas. Nunca lo afirmó rotundamente, pero todos los datos e información apuntaba a ello. No daría la vida por esa afirmación, pero sí un brazo. Mujer de gran dignidad, se negaba a aceptar —de forma equivocada, en realidad— ninguna forma de ayuda. Se ganaba la vida dando clases de recuperación a alumnos con atrasos en sus materias escolares. Ello permitía, en verano, sobre todo, tener varios alumnos; pero durante el curso ya no era lo mismo, por lo que aceptaba cualquier tipo de trabajo sin importarle el que no fuera «digno» de su categoría o conocimientos. Y de ello mis hijos sacaron enorme provecho. Dado que no aceptaba ayuda, cuando ella estaba en situación de necesidad y tantas veces como mi economía me lo permitía, la contrataba como «canguro» para mis hijos. Cuidaba de ellos y los formaba. Pocos niños habrán tenido una pedagoga tan buena persona y excelente profesional. Todo un ejemplo. Pero con la llegada de la «democracia» ... la perdimos.

La informé y ayudé para que se le aplicara la amnistía y tramité su documentación a la par que lo hacía con mi madre, ya viuda, para que le fuera reconocida su dedicación al servicio de la Generalitat. Afortunada y merecidamente, sus derechos le fueron reconocidos y me llena de felicidad haberla podido ayudar, porque se lo merecía. Cobró una bonita cantidad para aquel entonces y, además, su pensión como funcionaria jubilada actualizada. Así acabaron sus privaciones, que fueron muchas y como las de todos los represaliados, injustas. Sus hijos, que poco se acordaban de ella, entonces sí se acordaron, y se la llevaron. Y mis hijos perdieron a una gran, enorme persona: Angelina Coulubert.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Franco estaba preocupado y al principio temió que los vencedores llevaran a cabo represalias, tal como habían amenazado, «contra las dictaduras que habían convivido con el nazismo alemán y

el fascismo italiano allá donde estuvieren». Hasta entonces, Franco únicamente era reconocido por el Vaticano, dominado y controlado por Pio XII, buen amigo de Hitler y Mussolini; por Portugal; la República Dominicana dominada por Leónidas Trujillo; Cuba, bajo la dictadura de Batista; Nicaragua bajo la de Somoza y Perón en Argentina. Es decir, todas las dictaduras hispanoamericanas, como se decía entonces —lo de «latinoamericanas» es muy posterior— y varios de los países árabes y musulmanes. Pero el tiempo pasaba y nada sucedía. La prensa lo definía como «el centinela de Occidente» y, por si fuera poco, al parecer nunca dormía en su habitación, «siempre había una luz encendida». Por si «venían». ¿Quiénes?

Era reconocido internacionalmente por su antisovietismo en particular y anticomunismo en general, pero no solo. El dictador Franco siempre tachó de comunista a cualquier opositor. Era mejor tener un solo opositor que dar reconocimiento a varios. Astuto siempre fue. Con tal *currículum vitae*, Franco empieza a ser reconocido y aceptado aproximadamente en 1947-1948. Reino Unido actúa punta de lanza de las demás naciones burguesas que, sin prisa pero sin pausa, empiezan a reconocerlo. En 1952, Franco y Eisenhower firmaron el Pacto de Ayuda Mutua. Más bien la entrega de territorio español para bases yanquis. A cambio, el franquismo recibió gran cantidad de restos de armamento en desuso que Estados Unidos había utilizado durante la Segunda Guerra Mundial y la de Corea; maquinaria pesada, sobre todo, para la construcción de carreteras, puertos, campos de aviación, etc. Es decir, les compramos su chatarra sobrante de la industria de guerra. También excedentes de boca no caducados, procedentes también de la Segunda Guerra Mundial y que tanta falta hacían en España a consecuencia del motín militar convertido en Guerra Civil y que, junto a la emigración, habían vaciado el campo español. Entre los alimentos predominó la leche en polvo. Y Franco empezó a ser reconocido internacionalmente por los aliados y satélites de Estados Unidos.

Mi padre

Según nuestros vecinos —y mi padre nunca lo negó— en el momento de la insurrección militar estaba en un departamento de claves de la zona rebelde. Al parecer, a partir de la petición de mi madre para acogerse a los beneficios de la Amnistía por la Ley 46/1977 y dirigida a la Dirección General de Seguridad, en la documentación adjunta aportada a la solicitud, se hace referencia a dos Boletines Oficiales de la misma con fechas 10 y 15 de Abril de 1936 en que consta como datos «que en fecha de 18 de septiembre de 1935 procedía del Ejército y se le nombraba Guardia 2ª del Cuerpo de la Guardia Civil», y que «había asumido ese cargo en fecha de 22 de agosto» del mismo año. Es decir, del ejército pasaba a la Guardia Civil. Luego mi padre en el momento de la rebelión estaba en zona rebelde.

Posteriormente, fue ascendido a cabo y poco después a sargento. Carezco de datos escritos, tan solo sus palabras, pero mi memoria no me permite confirmar si esos posibles ascensos lo fueron en territorio rebelde o en territorio de la República o de la Generalitat. Él afirmaba haber renunciado a los cargos al pasarse a la zona leal republicana. Ya en esta zona, se hace referencia a él en el *Diari Oficial de la Generalitat de Catalunya* de dissabte, 27 de novembre de 1937, nº 331, any 5: volumen IV, página 875, en que es asignado al 35 Grupo – 135 Compañía del Cuerpo de Seguridad y Asalto. Nada más. Insisto: en abril de 1936 mi padre estaba en zona rebelde. En noviembre de 1937 en zona leal. ¿Qué sé de él entre esas dos fechas? Nada. Apenas entre el 27 de noviembre de 1937 y la retirada a Francia. Mis hermanos tampoco. Únicamente tengo recuerdos de lo que mencionaba en las charlas callejeras con los vecinos anarquistas.

Otro aspecto verdaderamente atípico de mi padre: no le gustaba ir solo a ninguna parte. No le importaba que ella saliera sola, pero jamás recuerdo que él saliera si no le acom-

pañaba mi madre. Eso si creó más de un enfado entre ambos. ¿Por qué él la obligaba a salir con él y al revés no podía ser? En aquel entonces, en el Cine Nuevo de Badalona daban los días laborables una doble sesión de cine, y en sábados, festivos y tal vez jueves, *varietés* (hasta los años 1950, «puro» flamenco). A mi madre le encantaban, pero mi padre lo odiaba. Era «circo franquista, la España de la pandereta que se nos quiere imponer». Nunca cedió. Una vez que mi padre tomaba una postura, era una tarea titánica intentar hacerle cambiar. Al cine iban juntos, pero si había *varietés* de «la España de la pandereta», no. Pero tampoco le importó que mi madre acudiera y me llevara a mí. ¡Nunca por imposición paterna!, sino porque estaba mal visto y mi madre quería evitar comentarios «bien intencionados» de la gente. Casi el cien por cien de las actuaciones de las *varietés* eran de carácter andaluz y alguna que otra, de tarde en tarde, del resto del Estado. La primera canción en catalán fue en los años 1950: *Ros,* o *Llevantina* o *L'emigrant.* El público, de mayoría inmigrante, aplaudía a rabiar. Parecía que el edificio se hundía. Una parte pequeña del público silbó. La bronca fue fenomenal y quienes silbaban casi tuvieron que esconderse. Al día siguiente era comidilla de toda la ciudad. Con el paso del tiempo las canciones en catalán ya no eran tan anormales. Y seguían aplaudiéndose.

Sus libros preferidos o más nombrados eran *Los vivos muertos* de Eduardo Zamacois, que conservo en una edición de 1943 en la Argentina —posteriormente entró de forma clandestina—; *Sebastopol,* de León Tolstói; *Los Hijos el pueblo,* de Eugenio Sue; *La vida es sueño,* de Calderón de la Barca; *El Conde de Montecristo* y *Veinte años después,* de Victor Hugo, entre otros. Curiosamente, también le gustaban las novelas «del Oeste», versión Zane Grey o James Curwood. Y para sus hijos: Julio Verne. En *20.000 millas de viaje submarino* me enseñó a localizar calculando meridianos y paralelos en qué lugares del universo ocurrían las aventuras narradas a lo largo de la novela. Lo mismo ocurrió con *Cinco semanas en globo.*

También me habló de la Guardia Civil. De ella decía: «No hay guardias civiles regulares o medianos. O son buenas personas o son malas». Argumentaba para ello que la práctica totalidad de los guardias civiles provenían del campesinado. Ello me hace recordar que cuando fui detenido por la Guardia Civil de Santa Coloma de Gramanet y me entregaron a la Brigada Político-Social, estos comentaron «quiénes eran aquellos destripaterrones, desertores del arado para meterse en su trabajo». Un verano, estando en Valdaracete, tengo un recuerdo muy humano de la Guardia Civil que mi padre me mostró para recordarme lo que él siempre me había dicho de «los buenos guardias civiles». No, verdaderamente no todos son iguales, aunque al hablar de ellos naturalmente generalizamos. Y me incluyo. El cuartelillo de la Guardia Civil, el Ayuntamiento y uno de los bares o casinos del pueblo estaban en una misma pequeña plaza. Cuartelillo y bar, frente por frente. Cada mañana, temprano, los guardias civiles entraban a tomarse un café antes de iniciar la ronda. El bar estaba lleno de personas desocupadas, sin tierra, o si las tenían no era tiempo de riego, siembra o recolección. Siempre tiempos de hambre. Allí comentaban con el dueño por dónde iban a hacer el recorrido. Les habían informado de cazadores furtivos por las fincas de fulano o de zutano. Nunca hablaban con nadie más de los presentes, y se marchaban. Cinco minutos después no quedaba nadie en el café. Por la tarde, mientras la Guardia Civil seguía patrullando en busca de furtivos, había gentes despellejando liebres. En pocas casas no había galgos. Cada día era igual al anterior. Guardias civiles yendo al bar, comentarios de recorridos con el propietario, el bar vacío y tardes despellejando liebres. Pero al que cogían *infraganti*... ¡Porque había que tener pocas luces! Ya que vuelvo a hablar de Valdaracete, otra forma de combatir el hambre en ese pueblo era acabada la recolección del garbanzo. Familias enteras, incluidos niños, acudían a los campos a rastrear entre la tierra buscando aquellos restos que durante la recolección

habían quedado dispersos y cuya recolección no justificaban un pago salarial.

Del «decían» sí hay algo que recuerdo vagamente. Hacia finales de la guerra mi padre tuvo que trasladarse a Binefar. ¿Por qué también nosotros? ¿Que hacíamos allí? Sí sé que estuvimos en Binefar, ya que guardo entre mis recuerdos infantiles vivencias que años más tarde sigo recordando. Sobre todo, lo relacionado con un perro lobo (al parecer, descendiente de mezcla real con un lobo) que cuando me «protegía» era peligroso para los demás. Lo encontró mi padre en las montañas, herido, lo llevó a casa y lo curó. Ya sano, quiso devolverlo a la montaña, pero era inútil, siempre regresaba. Así varias veces, hasta que al fin se quedó definitivamente. Esas vivencias quedan muy marcadas en el cerebro de un niño. Sí recuerdo (¿formaría parte del mismo instante?) que mi padre nunca tuvo un comentario agradable con los campesinos leridanos. Me decía que la mayoría de ellos se aprovechaban de las necesidades de quienes se retiraban a Francia por aquellas tierras, cobrándoles excesivos y leoninos precios por vituallas vitales para quienes huían. Decían, y mi padre, aceptaba, que se habían trasladado a Francia (¿quizás por Binefar?) a recoger un cargamento de armas, pero que el Gobierno francés se negó a entregarlo. Ignoro —nunca se me explicó— si mi padre permaneció allí y nos llamó, y ya desde allí cruzó la frontera hacia el exilio, o si se quedó en Francia tras el fracaso de la recogida de armas. Tal vez llegase a la conclusión de que llevarnos a mi madre y a mí al exilio era más complicado, dificultoso y problemático, y que en España quedaba familia de mi madre que la protegería, por lo que puede que la última versión sea la más probable. Mi padre jamás habló bien de los franceses. Nunca tuvo buena opinión de ellos. Para él, los franceses eran en gran medida culpables y colaboradores del triunfo de Franco.

Algunos de estos recuerdos, lo reconozco, son memorias deshilvanadas. Algo más me explicaron nuestros vecinos, pero

no puedo informar con más detalle al carecer de suficientes fuentes o versiones como para narrarlo. Esto es lo poquísimo que sé de mi padre. Nunca me atreví a preguntarle. Cuando terminó la dictadura franquista, momento en el que tal vez hubiera podido, él llevaba dos años sin poder hablar y con sus facultades mentales muy mermadas como resultado de un ictus, del cual falleció pocos meses después de muerto Franco (que no el franquismo). Fallecido mi padre y ya en esta democracia, en algunas ocasiones en que visitaba a mi madre, al preguntarle por su pasado, sin extenderse, insistía en el «decían...».

¿Por qué mi padre regresó del exilio y salvó su vida y todo quedó en unos años en el Penal de la Isla de San Fernando en Cádiz? Como decía, toda la familia paterna era franquista, así como familiares lejanos de mi madre. No así sus hermanos, quienes eran republicanos. Volvió con la garantía de su apoyo familiar y de que intercederían por él, y su alegación defensiva fue que, al recibir su nombramiento, permaneció fiel a la bandera que juró, la republicana. El honor fue siempre una constante en él. ¿Tal vez influencia permanente de su paso por la Guardia Civil y la Guardia de Asalto creada a partir de guardias civiles fieles a la República? Mi padre era un hombre recto, pero no duro. No intransigente... salvo en el honor. Las ideas de mi padre, de alguna manera, siempre han influido en mí. Estas son algunas de ellas. Por lo que respecta a la Guardia Civil, y además de lo expuesto anteriormente: de alguna manera, su impronta lo marcó. De civil lo seguía siendo. Siempre recto. Nunca impositivo ni intransigente. Razonando. Siempre serio. Nunca le vi reír y pocas veces sonreír. Nunca más allá.

Siempre remarcó lo que decía que era el artículo número uno de su Código de la Guardia Civil, y que nunca compartí: «El honor se pierde una vez y no se recupera jamás». Siempre me pareció una barbaridad. Todo humano, incluido un guardia civil, tiene derecho a equivocarse y recuperar su honor si, primero, toma medidas para reponer el daño cau-

sado, y segundo, si tiene el firme propósito de no volver a cometer el error. En ese apartado nunca nos pudimos poner de acuerdo. En cualquier caso, no niego que en alguna medida el concepto del honor lo asumí. Cuando fui trasladado desde la cárcel Modelo para ver a mi madre moribunda, acompañado por la Guardia Civil y a la vista de lo ocurrido, al verme mi madre esposado y entre los dos guardias, estos reaccionaron humanamente —¡gracias!— soltándome y dejándome toda mi movilidad bajo palabra de honor de no escaparme. Nunca se me ocurrió hacerlo ni me lo planteé. La vergüenza de mi padre, seguro, hubiera acabado con él. Y peor: nunca me lo hubiera perdonado. Para él había dos tipos de guardias civiles. Por un lado, los que renegaban de sus orígenes campesinos, por sentirse «privilegiados y elegidos», sobre todo entonces, y por ello mismo sádicos peligrosos y perseguidores «de los suyos», pues hacían todo lo posible e imposible por ganarse la confianza —y galones— de quienes servían. Por otro, los que nunca renegaron de sus orígenes. Buenos cumplidores con sus deberes contra los delincuentes comunes, «no veían» las pequeñas «maldades» que los pobres llevaban a cabo para subsistir. En particular, si no estaban presentes superiores en el escalafón de mando. El problema es que las maldades de los deshonestos siempre serán más conocidas que las buenas. Entre otras razones por la disciplina y control impuesta por los superiores. Los humanos comportamientos de los inferiores son considerados generalmente por el orden dominante como debilidades.

Mi padre vivió con y entre militares. ¿Qué pensaba de ellos? En varias ocasiones, no una ni dos, cuando por algún motivo o situación surgía alguna conversación sobre ellos, decía: «León Tolstói los definía en *Guerra y Paz* con cinco atributos: borrachos, mujeriegos [y violadores: las mujeres siempre han sido conquista de guerra], jugadores, ladrones y asesinos. Si carecían de esos atributos, no serían nunca militares. Se envuelven en una bandera para esconder sus malda-

des. Jamás respetan la vida ajena ni las de sus soldados. Estos son simples medios para sus propósitos. Medallas, sueldos y reconocimiento social eran su máxima meta. No existían mandos por encima del teniente, y muy rara vez capitán, de origen obrero o campesino. A los obreros y campesinos los sacrifican por la patria, pero ellos no la tienen. A lo máximo que puede aspirar un obrero o campesino es a una medalla por algún miembro perdido en batalla. O una para una madre por un hijo perdido. No hay más». Si le preguntabas «¿no los hay honrados?», siempre respondía: «Si. Pero más temprano que tarde lo pagan, y muy caro. Como los que lucharon por la República. Por ser honrados, Franco no perdonó a ninguno. No todos los militares éramos iguales, pero, desgraciadamente, los que nos considerábamos: con, de, para, por, desde... [usaba muchas preposiciones] el pueblo, siempre fuimos y seremos una minoría. El ejército, en general, es una clase, una casta, y gran parte de su oficialidad, ambas cosas. Tienen *su* patria (que ellos pronuncian con mayúscula), sus galones, logrados la mayoría de las veces sobre la vida del verdadero pueblo, propio y ajeno. Vida que, para los mandos, carece del mínimo valor, únicamente valen para sus carreras militares». Añado yo, desde mi experiencia y vivencias: ¿será por eso por lo que el firmar una pena de muerte —que no visionarán, además— no les importa? Total, qué eran Puig Antich, Txiki y tantos otros, ¿un cero coma cero por ciento sobre millones de muertos? ¿Por qué no firmar?

Mi padre amaba la paz y odiaba la violencia. Los poderosos son violentos porque les sirve para apropiarse de bienes ajenos. Lamentablemente, decía, mientras el ser humano no alcance el anarquismo, serán necesarios. Servicio militar obligatorio; lo contrario es un ejército mercenario que cobra por matar, no importa a quién. Él defendía la existencia de un ejército del pueblo, con el pueblo y para el pueblo. No servir nunca a una distancia mayor de 25 o 50 kilómetros de sus domicilios. Únicamente quien vive en su territorio lo domina

estratégicamente. Únicamente quien vive cerca de su familia y propiedad la defiende con ahínco. Pero no creía en los militares de profesión. Aunque mientras existieran, sus ingresos no debían ser mayores a los de un obrero cualificado y nunca superar el doble para los altos mandos. Asimismo, su imagen externa de vida y propiedades, suyas o de familiares directos, debían ser controladas. En cualquier caso, mi padre siempre opinó que cualquier persona cuyas decisiones afectaran a la mayoría del pueblo, trabajadores, gobernantes, dirigentes políticos, jueces y gentes armadas (ejército, policía, guardia civil...) deberían realizar años «sabáticos» en trabajo manuales con salarios base en las condiciones laborales exactas a que los llevan a cabo trabajadores normales durante períodos no inferiores a un año.

Sobre la pérdida de la Guerra Civil y el bloqueo

La guerra estaba perdida ya antes de empezar. El gobierno republicano era un gobierno débil, compuesto por personas con buenas ideas e intenciones, pero incapaces de enfrentarse a los «suyos». Para ellos, los «otros» eran parte de ellos mismos. Burgueses, al fin y al cabo. Antes del 18 de julio, era *vox populi* el motín militar y nada hicieron. Con el motín en marcha, tarde y mal, ya era demasiado tarde. Los más afortunados se exiliaron; los menos, fueron ejecutados. La burguesía reaccionaria no perdonaba a «traidores». La República se negó al principio a armar al pueblo para enfrentarse a los amotinados. (Lástima. Posiblemente Allende no debió conocer la experiencia española). El gobierno republicano aceptó entre los mandos de su ejército al capitán Rojas, quien dirigió a los guardias civiles que entraron a sangre y fuego en Casasviejas. Naturalmente, a la primera ocasión, se pasó al bando fascista. Por si fuera poco, a los anarquistas les preocu-

paba más la revolución social que ganar la guerra. ¿Qué podía esperarse de un gobierno que había nombrado a Franco, el carnicero de Asturias, como director de la Academia Militar?

Algún biógrafo afirma que el nombre original del golpista rebelde era Francisco Franco Baamonde, quien luego lo cambió por Bahamonde). El padre era «algo» de izquierdas. Al parecer, Franco no acudió ni a su sepelio cuando murió en 1942 «por asuntos importantes que atender». Franco, durante el bienio negro del derechista Alejandro Lerroux masacró a los mineros asturianos en las huelgas de 1934. Nunca en España hubo, ni ha habido, tanto trabajador en las cárceles. El cinismo de Franco era tal que, al conmemorar el 25 aniversario de su victoria, sin que le cayera la cara de vergüenza, pues no la tenía —tampoco sentimientos humanos—, afirmaba que nunca había habido en España tantos obreros represaliados como durante la República. ¡Los metió él! Eso sí que no lo dijo.

Sobre el «bloqueo», Gran Bretaña y Francia, y según mi padre también Estados Unidos, presionaron a la práctica totalidad de los países e impusieron la no intervención. La «Gran Mentira», decía mi padre. La «no intervención» nació de una propuesta del presidente francés, León Blum —¡atentos!—, quien pertenecía al Partido Socialista Francés. Los países de la «no intervención» bloquearon los puertos de la República, deteniendo los barcos provenientes de la URSS con ayuda militar, médica y alimenticia. El control sobre la ayuda soviética fue total. No ocurría lo mismo con los buques alemanes e italianos. Nunca eran vistos. La ayuda a Franco era un coladero. Las naciones «neutrales» contaban en el Mediterráneo incluso con la ayuda y colaboración fascista de Italia, que combatían en España para cortar la ayuda soviética. ¿Otro ejemplo? El desplazamiento a Francia, antes mencionado, para recoger un cargamento de armas que finalmente no trajeron porque los franceses las incautaron para ellos. Órdenes del socialista presidente francés León Blum.

Por último, la desunión, de la que la Batalla del Ebro fue el mayor ejemplo. Franco era un inepto a nivel militar. Cruel, muy hábil en dividir y manipular las diferencias ajenas. Decía mi padre que en el ejército del Ebro había cuerpos de anarquistas, socialistas y comunistas, cada uno por su lado. Cuando Franco atacaba a los comunistas, anarquistas y socialistas se lo miraban. Cuando atacó a anarquistas, quienes se lo miraban eran socialistas y comunistas. Y cuando atacó socialistas, quienes se lo miraban eran los anarquistas y comunistas. Años después, curiosamente, escucharía con matices en ENASA-Pegaso ese mismo hecho en boca de viejos obreros luchadores por la República de la Sección de Experiencias. Sí, mi padre tenía razón, la guerra estaba perdida. Los de la «no intervención» pidieron, exigieron, la salida de las Brigadas internacionales. Y estas salieron. Nunca se hizo lo mismo con los alemanes e italianos. Sus pilotos y aviones estuvieron activos prácticamente hasta última hora, ensayando materiales y métodos de guerra que luego aplicarían en la Segunda Guerra Mundial, con bombardeos masivos sobre poblaciones civiles como Guernica. Pero no fue la única, en la provincia de Valencia, y sobre todo en la de Castellón, repitieron sus «hazañas» más de una vez sobre diversas poblaciones. Jamás la aviación republicana llevó a cabo un bombardeo sobre población civil. La República carecía, prácticamente, de aviones de bombardeo. Como cierre, el gobierno de la República lo integraban y controlaban mayoritariamente una cierta burguesía e intelectualidad progresista, pero temerosa del proletariado, que nunca se tomó la rebelión muy en serio. Así les fue. Solo habían transcurrido 19 años de la revolución soviética. Franco murió en 1975, y por cómo está evolucionando nuestro país, cada vez se parece más al «ayer».

Mi padre pensaba de los anarquistas que su gran error era ser anticomunistas. Para mi padre, el comunismo era un sarampión inevitable de transición al anarquismo. Cuanto

antes llegase y se superase, mediante lo que el definía como anarco-comunismo, antes se llegaría al anarquismo. Al anarquismo, como filosofía y actitud humana o pleno humanismo, decía, no se puede llegar desde el capitalismo, pues este carece de humanismo. Pero no es el único ni el menor de los errores. Su falta de control de sus militantes y simpatizantes fue lo que le causó —y siempre causará— que sean un coladero de quintacolumnistas. No cabe la libertad personal sobre la colectiva, pues la libertad individual debe estar siempre supeditada a aquella. Es la filosofía y educación burguesa la que impone al individuo por encima del colectivo. Decía: en mi empresa, Riviere S.A. trabajan más de 200 personas. ¿Puede aceptarse que no haya coordinación? ¿Con decisiones asamblearias constantes? ¿Cientos y miles en grandes empresas en asamblea (¿dentro o fuera de la jornada laboral?) para decidir quién trabaja, cuándo, dónde, qué cantidad y calidad? ¿Y si a algunos no les gusta? ¿Quién decide cuánto y cuándo se cobra? ¿Salarios iguales para un peón y un ingeniero que ha tenido que dedicar parte de su juventud al estudio? ¿Quién valora y de qué modo la dedicación juvenil al estudio? ¿Cada uno entra, sale, produce aquello que a él le gusta o lo que le conviene al colectivo? ¿Cómo coordinar sectores y colectivos económico-sociales entre sí sin coordinación ni estructura y, por tanto, sin dirigentes elegidos democráticamente? ¿Por qué fracasan —decía— las cooperativas pese a siglos de experiencias desde los *falansterios* hasta la actualidad? Hechos, afirmaba.

Sus opiniones fueron reforzadas por la experiencia vivida a través de su hijo menor, mi hermano Julián. Mi hermano trabajaba en una empresa fabricante de básculas y pionera en España en su sector por su tecnología, Mobba S.A., pero una mala gestión la hundió. Sus trabajadores la colectivizaron. El gobierno aportó millones de pesetas para salvarla... que no se invertían y que, ¡en asambleas!, los trabajadores decidían repartirse. En el colectivo no se aceptaban jefes, coordinadores, mandos o supervisores, nadie quería serlo, por-

que «nadie era más que nadie, y a mí tu no me das órdenes, ni me controlas, ni me dices qué y cómo tengo que hacerlo». La autodisciplina era una quimera. La eficiencia no estaba en ver quién producía más y mejor, sino en quién escurría el bulto y holgazaneaba más. En muy pocos años la empresa cerró definitivamente. Mi hermano se quedó con más de cincuenta años con tres hijos, sin trabajo y sin apenas ayudas. Todos eran empresarios autónomos. Hoy, a mi hermano Julián, que era más idealista que yo, mejor no hablarle de cooperativismo ni de colectivización. Podría acordarse de la madre del interlocutor. Los capitalistas no quieren controles (gobiernos) sobre ellos, salvo un aparato, al que le conceden y respetan el nombre de «gobierno» represor de la clase obrera. Quienes hemos pasado por las cárceles, no conocemos caso alguno en que un delincuente no se declare «anarquista». Los delincuentes, todos, son muy exigentes con su libertad individual. Todos están contra cualquier forma de control y represión, esta es una verdad incuestionable.

En cuanto a que la CNT-FAI, era un coladero por su falta de control de elementos facinerosos, sostenía mi padre: «Cuando muchos se dieron cuenta, ya era demasiado tarde. Los más afortunados se exiliaron; los menos, fueron ejecutados». «Aquí, en Badalona, el sindicato fascista de la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS) lo organizaron anarquistas como Alcaina Caballero, pero no solo él. Para mayor escarnio, los colores de la CNS y de la CNT-FAI eran los mismos». Nuestros vecinos anarquistas asentían y siempre se sintieron traicionados. Un apunte, mis vecinos no eran *faistas*. Mi padre admiraba a Durruti. «Al que mataron ellos mismos (los anarquistas). No les interesaba vivo. Quería un frente único con los comunistas». Y ahora mi opinión: creo que todo comunista lleva dentro de sí un anarquista. Pero no siempre ocurre lo mismo al revés.

Los socialistas siempre fueron la «bicha» de mi padre. Jamás habló bien de ellos. Me decía de ellos que «eran la tabla

de salvación de la burguesía cuando la derecha pura y dura no era suficiente. Los capitalistas, cuando se ven perdidos, se hacen socialistas u organizan partidos socialistas. En la Edad Media, cuando los señores feudales tenían más de un hijo, a uno lo situaban en el ejército y a otro en el clero. Actualmente, uno se integra en un partido a la derecha y otro en un partido socialista. Muchos son familiares entre sí y militan en partidos de derecha e izquierda. Nunca conocerás a ningún dirigente socialista que no sea anticomunista. Y si algún militante de base no es anticomunista, es que se ha equivocado de partido». Los partidos socialistas no marxistas carecen en sus direcciones de obreros natos. Sus direcciones están formadas por capitalistas (sí, capitalistas), terratenientes, concejales, alcaldes, funcionarios públicos, profesionales, etc. Y asalariados en las bases. El imperio, cuando los necesita, los saca del armario, y cuando no hay peligro, los devuelven al mismo. Siempre en reserva, serán el bastón de apoyo al cual la burguesía recurría cuando los considera necesarios contra la izquierda real. Y para llegar a las direcciones, sea local, territorial o nacional, han de ser visceralmente anticomunistas. Quien no lo sea, nunca progresará dentro del escalafón de un partido socialista no marxista.

Casi nunca pactan con los partidos a su izquierda, siempre con su derecha. Y si en alguna ocasión, rara, pactan con su izquierda lo es para obtener cargos y, una vez obtenidos, traicionarán sus alianzas. A la hora de las luchas, ¡nunca están! A la hora de apropiarse de los sacrificios de quienes lucharon, ¡siempre! Me remarcó —y aprendí sin olvidar— una parte de la historia del Partido Socialista Obrero, señalando que si en sus bases había socialistas y obreros, en sus direcciones ninguno, algo que siempre destacaba. Personalmente, creo que hoy en día sigue igual. Mi padre abundaba con otros ejemplos: mientras que comunistas y anarquistas eran perseguidos y encarcelados por el dictador Miguel Primo de Rivera, el PSOE era respetado y colaboraba. Cuando en diciembre

de 1930 se iba a llevar a cabo un golpe en un intento por implantar la República, los miembros del PSOE que debían dar la señal en Madrid mediante el lanzamiento de unos cohetes no lo hicieron. Unos alegaron que «se habían dormido»; otros, «que se les había olvidado». Los capitanes García Galán y Hernández, entre otras personas, lo pagaron con sus vidas. Franco ocupó Madrid con las cárceles llenas de comunistas. Los habían detenido y encarcelado el PSOE creyendo que así salvarían sus vidas, a costa de las de otros. Muchos lo pagaron con las propias. Franco nunca pagó a traidores. «Observa —me decía— todos los dirigentes de cualquier partido socialista en el mundo son burgueses ¿Acaso tiran piedras sobre sus propios tejados? Son la tabla de salvación del capitalismo».

«La burguesía siempre cuenta con dos partidos, uno de derechas para ganar y otro "socialista" para no perder». «Son bastón de apoyo cuando cojean. En no pocas veces, no es que los "socialistas" no ganen, es que obran para perder y que gane la derecha». Mi padre y los vecinos afirmaban que cuando Franco entró en Madrid, sus cárceles estaban llenas, sobre todo, de comunistas que el gobierno socialista de Besteiro hizo detener y encarcelar. La casi totalidad fue ejecutada. También decía que la burguesía cuenta siempre con dos partidos, uno de derechas para ganar y otro «socialista» para no perder. Así pensaba mi padre de los socialistas y yo nunca lo he olvidado. Tras mis experiencias directas con ellos, le doy la razón. Nos ningunean, ocultan, mienten, tergiversan o sacan del contexto todo aquello que nos hace referencia. Nunca recogen nuestras aportaciones o se apropian de ellas. La inmensa mayoría de ellos las luchas desde la televisión o el balcón, o lo más que se aproximan es a las aceras «a ver pasar». Nunca participan. Pero luego hablan o escriben los hechos en primera persona. La vida me ha mostrado, como decía mi padre, que la práctica totalidad de sus dirigentes son cargos públicos, funcionarios, profesionales o intelectuales promocionados y protegidos.

Con los intelectuales se cumple muy bien aquello que un grupo de asesores recomendaba a Reagan, en un famoso documento que se llamó Informe Santa Fe (que la desaparecida revista *La Calle* reproducía en su último número), sobre cómo tratar y relacionarse con los intelectuales, cuáles y cómo debían ser promocionados. El Informe Santa Fe, en su apartado «F. Educación – Preposición», dice: «Debe ser iniciada una campaña para capturar a la "élite" intelectual iberoamericana mediante radio, televisión, libros, artículos y folletos, más donaciones, becas y premios». Consideración y reconocimiento es lo que más apetece a los intelectuales. Es evidente que su programa persiste y en la actualidad no se limita a América Latina. El capitalismo compra a quien esté dispuesto a venderse. Por sus escritos e intervenciones en radios y televisiones los conoceréis. ¿No hay militantes honestos en los partidos socialistas? ¡Sí!, decía. En sus bases, entre quienes no aspiran a cuotas de poder ya sea como funcionario público o de la administración. El PSOE, con más de 35 años desde el final del franquismo, nunca ha propuesto un pacto al Partido Comunista, ni siquiera contra la derecha. Sin embargo, el Partido Popular (PP) y el PSOE siempre se han prestado votos mutuamente cuando les ha hecho falta. Hasta el año 2015 el PSOE ha pactado en 235 ocasiones; 232 con el PP y únicamente en tres ocasiones con otras fuerzas. Llegando a pactar, en agosto de 2014, en 24 horas y con nocturnidad, el artículo 135 de la Constitución. El PSOE únicamente pide colaboración al PCE cuando lo necesita para obtener o recuperar cargos y puestos. A excepción de José Luis Corcuera —el de «la patada en la puerta»— no ha habido ningún obrero en las direcciones del PSOE/PSC ni gobiernos «socialistas». ¿Qué han socializado en sus años de gobiernos? ¡Nada! Pero sí han privatizado, y mucho. La Constitución sí permite nacionalizar. El artículo 128.2 de la misma dice: «Se reconoce la iniciativa pública en la actividad económica. Mediante ley se podrá reservar al sector público recursos y servicios esen-

ciales, especialmente en el caso de monopolios, y así mismo acordar la intervención de empresas cuando así lo exigiere el interés general». Los gobiernos del PSOE/PSC nunca necesitaron «acordar la intervención de empresas cuando así lo exigiere el interés general», ni en una sola ocasión a lo largo de los distintos gobiernos «socialistas». Pero sí privatizaron decenas de importantes empresas estatales, y rentables. Gran parte de dirigentes del PSOE/PSC han participado en mayor o menor escala y medida de las «puertas giratorias». Felipe González y Gas Natural es uno de los ejemplos.

En 1984 se destapó en la prensa alemana, y de ahí a la española, que el empresario alemán Flick, miembro del Sozialdemokratische Partei Deutschlands, SPD (¿habrá algún partido socialista en el mundo cuya dirección no esté copada por empresarios, nobles, banqueros...?), había hecho una donación de un millón de marcos —le debían sobrar— al Partido Socialista Obrero Español. Felipe González al principio lo negó, aunque finalmente terminó reconociendo que sí, pero que ello había tenido lugar un año antes de la prohibición de que los partidos españoles recibieran donaciones de partidos extranjeros.

El PSOE en ocasiones presenta a «sus» represaliados por el franquismo. Todos ellos han sido tránsfugas del PCE/PSUC, partidos en los que militaban cuando fueron represaliados. Del PSOE/PSC, ¡ninguno! ¿Cómo pudo el PSOE integrar la práctica totalidad de la policía político-social de la dictadura, conocida como la Brigada de Investigación Social (BIS), en las estructuras policiales de la democracia? Algunos, como Antonio González Pacheco, alias «Billy el Niño», condecorado en cuatro ocasiones y su sueldo aumentado en un 50% por los gobiernos ¿democráticos? Incluido el PSOE. ¿Tal vez porque ninguno de ellos fue nunca detenido, y por tanto, jamás fue torturado? ¿Dónde estuvo el PSOE durante la dictadura? ¿De vacaciones? En el año 2008, el gobierno «socialista» decide y ejecuta la acción de hacer desaparecer la Prisión Provincial de Carabanchel, por la que tantos luchadores antifranquistas

habían pasado, para «hacer desaparecer los rastros dejados por el franquismo que perturbaban la paz y la convivencia entre los dos bandos». ¿Por eso?, ¿o porque otros podrían mostrar que allí donde los antifranquistas habían luchado contra el fascismo no pasó ningún socialista en 40 años?

Algunos datos

El dictador Franco muere el 20 de noviembre de 1975 y se inician dos años aproximados de «transición» en los que tienen lugar los siguientes sucesos:

- Entre los días 15 y 18 de abril de 1976 la UGT celebra en Madrid su XXX Congreso. Han pasado cinco meses tras la muerte del dictador.
- El 11 de febrero de 1977 se legaliza el PSOE. Anteriormente, Felipe González había remitido un escrito al gobierno aceptando que no reconocía el PSOE «histórico». Es la primera formación política legalizada.
- El 10 de marzo de 1977 se legaliza el PCE.
- El 29 de abril de 1977 UGT, CCOO y otros sindicatos se inscriben en el registro legal.
- Un 4 de mayo se legaliza el PSUC.
- El 15 de junio de 1977 tienen lugar las primeras elecciones a las Cortes españolas.

Me reservo mi opinión de cara a mis lectores; saquen ustedes las suyas propias. Pero sí añadiré un dato contrastable: los libros, artículos, documentos, etc. editados o escritos por dirigentes e intelectuales de la socialdemocracia de UGT

y PSOE/PSC, cuando hablan de las luchas antifranquistas y de sus represiones, habitualmente lo hacen en términos generales, sin aportar datos ni nombres, salvo la de algún tránsfuga del PCE/PSUC y CCOO.

¿Y en el resto del mundo?

Benito Mussolini había sido un alto dirigente del Partido Socialista Italiano. Adolf Hitler llamó a su partido nacionalsocialista ¿Casual? La palabra «socialista» tiene muchas y muy buenas aceptaciones por la derecha. Y sin que ningún Partido «socialista» del mundo se alterara, Bettino Craxi, tras destruir al Partido Socialista Italiano, acusado de corrupción y habiendo amasado una enorme fortuna (una vez más: ¿cómo es que en el mundo hay tantos dirigentes «socialistas» millonarios?), huyó a Túnez, país gobernado por el también socialista y miembro de la Internacional Socialista Zine El *Abidine Ben Ali*, que lo acogió con los brazos abiertos. Zine El *Abidine Ben Ali* fue derrocado durante la «primavera árabe», siendo Túnez el origen de tal movimiento. Hosni Mubarak, otro miembro de la Internacional Socialista, también derrocado. En sus 63 años de existencia, tanto el Fondo Monetario Internacional (FMI) como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) han estado dirigidas por «socialistas», entre ellos Javier Solana, quien a su vez se sitúa entre las grandes fortunas de España. Pero ¿habrá algún obrero entre las dirigencias mundiales socialistas?

Volvamos a España. Además del pacto PP y PSOE por el Artículo 135 de la Constitución ya referido, ya habían pactado con anterioridad cambiar el Artículo 57.1 de la Constitución, que dice: «La sucesión en el trono seguirá el orden... el varón a la mujer...». Con ello abría la puerta a que la princesa Leonor fuera reina, aunque sus padres tuvieran posterior-

mente un hijo varón. ¿Quién dice y sostiene que la Constitución «no se toca»? Será cuando no conviene según a quién. Por lo demás, recordemos que el PP hizo campaña contra la Constitución. De forma desvergonzada, como es tan natural en ellos, hoy se autoproclaman sus defensores.

Como represaliado, detenido en siete ocasiones, cinco encarcelado y bárbaramente golpeado, me pregunto: ¿cómo pudo el PSOE integrar la práctica totalidad de la policía político-social de la dictadura, conocida como la Brigada de Investigación Social (BIS), en las estructuras policiales de la democracia? ¿Muy posiblemente porque ninguno de ellos fue jamás detenido y por tanto torturado? ¿Dónde estuvo el PSOE durante la dictadura? ¿De vacaciones?

Ejemplos próximos de «buenos socialistas» cerca de nosotros. En el Barcelonés Nord tenemos dos claros ejemplos de «socialistas» anticomunistas. En Santa Coloma de Gramanet, quien fuera su alcalde «socialistas», Bertomeu Muñoz, fue aceptado como garantía de buen «socialista» por el PSC al tratarse de un probado anticomunista. Muñoz fue implicado en el caso Pretoria por blanqueo de dinero, fuga de capitales y fraude fiscal. Su padre, Blas Muñoz, fue el último y más recordado alcalde fascista que ha tenido la localidad de Santa Coloma de Gramanet, y prueba de ello fue su comportamiento durante la detención y actos de solidaridad con Francisco Téllez, obrero de la construcción afiliado a CCOO, que fue torturado. Pues bien, el PSC, en lugar de cuestionar el ingreso de Bertomeu Muñoz en su organización, lo presentó como alcalde de esa ciudad. Otro de los casos que nos afecta en Badalona tiene relación con Fermín Casquete, dirigente máximo de la Unión General de Trabajadores (UGT) en la zona, aupado por el Partit dels Socialistas de Catalunya (PSC). Fue gerente de la compañía de autobuses TUGSAL (TUBSAL en sus orígenes), con el cual conviví durante diecisiete u dieciocho años en la empresa Industrias Fleck. Más adelante volveré sobre tal personajillo «socialista». Los socialistas, aquí y afuera, atacan el

comunismo para destruirlo, y al capitalismo únicamente lo critican para poder reformarlo y para que reconsidere sus excesos de cara a perdurar por los siglos de los siglos.

Me contaba también mi padre sobre los socialistas: «En nuestra retirada hacia Francia y ya a punto de cruzar la frontera, un mando de una columna socialista me exigió que le entregara mi ametralladora. Le puse el cañón en el estómago y le dije: «Si te atreves, cógela por la boca». Desistió. Y nunca solté mi ametralladora. Incluso dormía con ella como cabecera. No solté el arma hasta que no pisé territorio francés. Que un fascista no te quite nunca el sueño. Está frente a ti. Es tu claro enemigo. Pero tampoco le des nunca la espalda a un socialista».

Por cierto, al recabar copias de documentos que me afectaban a través del Departament de la Memòrial Democratic de la Generalitat de Catalunya, entre ellos había varios de los SIGC (Servicio de Información de la Guardia Civil). Uno con fecha del 24 de mayo de 1967 y como resultado de una de mis detenciones decía: «No se le sabían familiares huidos ni exiliados... si bien su padre fue expulsado de la Guardia Civil a raíz de la depuración efectuada». ¿Acaso no eran los soviéticos quienes «depuraban»?

Mi madre y su actitud humana

Toda la semana, de lunes a viernes, «sus labores». Los sábados, limpieza total y a fondo. La participación de mi padre era total y absoluta. Totalmente anormal en aquellos tiempos. Y los hijos nos incorporábamos a medida que fuimos creciendo. Cocinaba cuando no tenía que coser los muñecos y muñecas que hacíamos. En ese caso cocinaban mi abuela o mi padre, ¡y cómo! Cuando el tiempo se lo permitía, después de zurcir y recuperar ropa de un hijo para otro, cocinar, lavar

—a mano, claro está—, barrer y fregar el suelo —de rodillas—, coser juguetes y otros trabajos en casa y llevar a los niños al colegio los primeros meses. Leía literatura cuando encontraba, lo cual no era fácil entonces, y si cogía el periódico la primera ¡estábamos perdidos!: se leía hasta los anuncios. Ella administraba toda la economía. Mi padre le entregaba su salario íntegramente. Se cobraba entonces en efectivo y en sobre cerrado, en el que se reflejaban todos los conceptos salariales y el total, y llegaba a poder de mi madre sin abrir. Así hice yo también cuando empecé a trabajar, hasta que tuve novia; entonces me entregaba una parte de mi salario. Jamás mi padre le preguntó a mi madre cómo administraba el dinero. De él aprendí a hacer lo mismo. Incluso solicité y conseguí que mi nómina fuera ingresada directamente a una cuenta a nombre de mi compañera. Los trabajos que se hacían en casa los cobraba mi madre directamente. Cuando disponía de todos los ingresos semanales, a nuestro padre y a sus hijos nos entregaba una paga para nuestros gastos. Nunca faltó dinero para nuestra formación, periódico, material escolar. Libros, los estrictamente necesarios. Y mucha asistencia a la única biblioteca pública que entonces existía en Badalona, en el cruce de la calle del Templo, por donde se entraba, con Francesc Layret. Entre los años 1950 y 1953 fui distinguido como el niño con mejor asistencia y comportamiento del año.

En 1961 fue operada de un cáncer de mama que le fue extirpado. Tenía 47 años. Y vivió 32 años más. Se negaba a morir. No tenía tiempo. Muerto mi padre, se puso a estudiar catalán, repasar el bachillerato, hacer macramé, participar en un coro, llevar la biblioteca del Casal d'Avis de Pomar, donde acudía cada día, ¡andando!, desde su domicilio en la calle Guifré; no menos de tres kilómetros cuesta arriba. Al amanecer, salía de casa; al anochecer, regresaba. Fuera verano o invierno. Los médicos de oncología de la residencia del Valle de Hebrón llevaban sobre ella un especial control. Fue invitada a dos Congresos sobre el tema en Barcelona para

que explicara su experiencia y vida. Murió de un derrame cerebral interno como consecuencia de un golpe en la cabeza a causa de una caída. Tenía 79 años. Muy sacrificada a lo largo de su vida, lo demostró en su día a día. En su corazón nunca anidó el odio y siempre estuvo dispuesta a perdonar. Más allá de lo lógico, incluso.

¿Por qué me extendido tanto hablando de mis padres? Porque he intentado seguir, en lo que he podido y sabido, sus enseñanzas y consejos, actualizándolos. Porque sin la tremenda humanidad de mi madre y la enorme capacidad de observación de análisis que mi padre me inculcó y que he intentado reproducir, mi vida y comportamiento y carecerían de sentido.

Prosigue mi infancia

Un recuerdo sobre mi catalanidad. Tenía entre cinco y siete años. Estaba jugando en la calle con otros niños. Por alguna razón yo exclamé a mis compañeros: «Soy castellano». Afortunada y oportunamente, mi padre me oyó y me dijo: «No, tú eres catalán. Un catalán que habla castellano, pero catalán. Esta es tu tierra. Es la tierra que has de amar». Tal vez fue porque vivíamos en una zona céntrica de Badalona donde en no menos de doscientos metros alrededor —y debo quedarme corto— nadie más que nosotros hablaba castellano, y como «los castellanos» éramos conocidos. El resultado ha sido que soy un catalán que habla dos idiomas; escribo uno y el otro lo intento. Nacionalista, creo en un Estado catalán. No independentista y partidario de una República Federal Española que en un lejano futuro tal vez llegue a ser una Federación Ibérica Republicana.

Durante el final de la Segunda Guerra Mundial, mi padre y los vecinos anarquistas, que eran con quienes más se

identificaba, mantenían sus tertulias. En las casas, durante el invierno, y en interminables partidas de dominó a la sombra, en la calle, durante el verano. Muchas de sus conversaciones giraban sobre desarrollo de la guerra. Todos ellos era gentes inteligentes y perspicaces. Empezaron a detectar que, después de la batalla de Stalingrado, en la prensa del régimen hubo un cambio en la forma de redactar las noticias. Ya no hablaban de «golpes», «ataques», «asaltos» de las tropas alemanas, ahora hablaban de «contragolpes», «contraataques», «contraasaltos», «resistencia» de las tropas alemanas. Algo estaba cambiando. Alguien llevó un plano de Europa a las reuniones y fueron verificando cómo la situación había dado un giro de 180 grados y cómo los combates eran cada vez más próximos a las fronteras alemanas. Así, junto a ellos, empecé a aprender a analizar toda información bélica que me ha llegado desde entonces a través de la radio, prensa y televisión, y a analizarla sobre un plano lo más completo posible. Siempre con un mapa delante.

Tenían alguna esperanza —poca— en la influencia de la derrota del nazi-fascismo, y entre quienes menos tenían estaba mi padre, que acostumbraba a hacer un análisis más global sobre los acontecimientos y su posible evolución. Ello no impedía, desde la perspectiva del franquismo, de ciertos temores mientras maniobraban para resituarse.

Como la guerra «había terminado», para el régimen era necesario enmascarar su filofascismo con otras noticias que atrajeran la atención de quienes que leían la prensa y oían las emisoras. Tres fueron los temas más socorridos de la prensa y radio entre 1945 y 1952, año en que se firmó el primer Tratado de Ayuda Mutua con los Estados Unidos. Primero: los periódicos se empezaron a llenar de noticias de lo más extraordinario. Gatos (sobre todo) y perros con alas, grandes cuadrúpedos con dos cabezas, toros con cuatro cuernos y un largo etcétera. Sí, así era. ¡Ah!, y el monstruo del lago Ness. Y todo ello sucedía en los pueblos más recónditos e inexpugnables de la

por entonces España más profunda. Además, como no había prensa alternativa, ni móviles, ni internet, tales noticias siempre iban acompañadas de fotografías. Por cierto, todas las olas de frío invernales procedían entonces de la URSS. ¿Giraba la tierra entonces al revés? El segundo tema eran los ovnis, que aparecieron bajo las más variadas conjeturas y a centenares por todos los rincones del mundo. Rara era la semana que no aparecía uno, y siempre con fotografías. Un día, poco después de acabada la Segunda Guerra Mundial, sobrevoló Badalona un pequeño reactor, por el tamaño supongo que un caza. Vaya uno a saber su procedencia y destino, pues en aquellos años España no los poseía. Los primeros llegaron después del tratado militar con Washington firmado en 1953. Aquello llenó de asombro y espanto a la población, que salió en masa a verlo. Naturalmente, para las gentes poco informadas y que nunca habían visto volar nada tan alto, imposible de distinguir y con una estela de humo que desprendía, era un ovni. El tercer motivo periodístico de la época fue «Gibraltar español». Había que reconquistar el territorio que Gran Bretaña, la «Pérfida Albión» nos había robado, ocultando que a la muerte del rey Carlos II se había acordado su entrega mediante el Tratado de Utrecht, que ponía fin a la Guerra de Sucesión. Gibraltar se convirtió en tema cotidiano en todos los periódicos —en realidad, variantes de una única prensa—, que culminó en «espontáneas» manifestaciones toleradas frente a la embajada británica encabezadas por la Falange. Todas ellas muy lejos de Gibraltar, donde nunca se aproximaron. Se dice que después de una manifestación algo más subida de tono y conflictiva de lo normal, el Ministro de Exteriores o del Interior llamó al embajador preguntando «si deseaba que le enviara policía para proteger la embajada», a lo que el embajador contestó: «me conformaría con que no me enviaran ustedes más manifestantes». Se terminaron las manifestaciones.

Tal vez sea un buen momento para hablar sobre los medios de comunicación entre 1945, fin de la Segunda Guerra

Mundial, y 1951. En aquellos años, destacó muy por encima de los demás un semanario con formato de periódico llamado *El Caso*, dirigido por un policía muy ligado al franquismo y que llegó a batir varios récords de ventas. Todas sus noticias versaban sobre crímenes, robos, asaltos o violaciones. Es decir, carnaza para un pueblo inculto y atrasado. Los otros periódicos, ya fueran estatales o locales, se podían comprar con los ojos cerrados. Todos decían lo mismo, e inútiles para quienes no supieran leer entre líneas o esperar noticias posteriores que dieran pistas sobre la veracidad de una noticia anterior.

Lo mismo ocurría con las emisoras, que al estar varias horas en antenas se llenaban con historias tipo *El Caso:* seriales lacrimógenos para «marujas», como *Los ricos también lloran*; programas casposos y cómicos (en muchas ocasiones ambas cosas) y concursos (en plural) que eran verdaderas estafas. Una emisora premiaba a quien llevara el garbanzo más grande con otro de su mismo peso en oro. ¿Se imaginan el beneficio de la emisora, que recibió cientos de kilos de garbanzos grandes y hermosos? Similares, y con reproducciones en plata, fueron los concursos de la patata más grande o la calabaza más grande. También eran carne de prensa los folclóricos y folclóricas. Y Franco inaugurando pantanos: España era un mar. Para terminar el folclore… Andalucía; España era Andalucía y Andalucía era España… de pandereta. Aunque eso ya venía desde el final de nuestra Guerra Civil. Múltiples cines hacían doble sesión cinematográfica, y entre película y película canto y baile flamenco, y alguna vez, muy de tarde en tarde, alguna jota.

Otro detalle periodístico hasta bien entrados los años 1960. En el mes de junio o julio, toda la prensa publicaba una nota de Gobernación «recordando» a las mujeres que las prendas de baño de dos piezas «estaban rigurosamente prohibidas». Para evitarlo, la Guardia Civil patrullaba por las playas multando a las «mujeres indecentes». Recuerdo que cuando me detuvieron en 1961 me preguntaron si conocía, entre otros y otras,

a María Rosa Borrás, «una p… que se baña con un bañador de dos piezas».

Mi infancia, más allá de la «aceptación» como oyente callado de las historias, vivencias y conversaciones de mis vecinos en verano, transcurría entre juegos callejeros, partidos de fútbol entre equipos de chicos de distintas calles en el campo de Don Bosco o en plaza La Plana. En vacaciones, antes de los diez años, mis padres me «depositaban» con sus familiares, ya fuera en Aldeanueva del Camino, ya fuera en Valdaracete; entre los diez y doce años, en el Prat de Llobregat. En Badalona acudía a catequesis en la Iglesia de Sant Josep —¿para ser «aceptados» por el medio hostil general o tal vez por las meriendas?— y veíamos películas. Entre Charlot, Buster Keaton, Mack Sennett, Fatty, Stan Laurel y Oliver Hardy, Ben Turpin y el perro Rin Tin Tin transcurrió parte de mi infancia.

Seguía y asumía las enseñanzas de mi padre: «La cultura y el conocimiento te ayudarán a ser libre y a defender a los tuyos». Era un ratón de biblioteca, y acabaron permitiéndome el acceso a todo tipo de libros, no solo infantiles. Y gracias a mi padre y vecinos aprendí a «saber leer», es decir, a analizar y entender todo lo que se lee. Saber leer iba más allá de unir letras, es cuestionar todo, el cómo, el porqué, el cuándo o quién… En los veranos en que aquellos vecinos y mi padre se sentaban en la acera a jugar al dominó y a leer y comentar las noticias de la prensa aprendí con ellos ese tipo de lectura: quienes defienden al imperio y sus satélites son siempre «valientes», «mártires», «fieles» y «héroes»; cuando los fieles al imperio matan a civiles, son bajas colaterales. Quienes combaten al imperio y los gobiernos títeres son siempre «rebeldes», «cobardes», «terroristas» y «asesinos», y sus opiniones no aparecen nunca en las noticias; sus armas matan sobre todo a civiles, destruyen y mutilan. Nunca vemos lo que hacen las armas de los amigos del Imperio. ¿No las usan?, ¿disparan chocolatinas y caramelos? En aquellas

tertulias aprendí a distinguir entre «atacar y contraatacar», «retirada y huida», «golpe de mano y atentado», «valiente y cobardes, «mártires y asesinos», «defensor de la democracia y terrorista», «héroe y asesino»... Cuando en la prensa y radio franquista empezaron a narrar «las tropas alemanas contraatacan», los vecinos dedujeron que antes habían sido atacadas, que se reorganizaban porque antes habían huido; «si habían sufrido atentados» es que existía una resistencia en los territorios ocupados, etcétera. Los soldados del eje eran «valientes, mártires y héroes, atacantes o resistentes»; los soviéticos y guerrilleros «huían, atentaban, eran terroristas y asesinos». Y aparecieron los mapas.

Los mapas decían cosas que las noticias no decían. Los enfrentamientos tenían lugar cada vez más lejos de Moscú y más cerca de Berlín. Por cierto, con Vietnam me ocurrió algo similar: según los noticiarios franquistas no había día que los invasores americanos no destruyeran varios puentes. En dos o tres meses llegué a contabilizar más de sesenta. Vietnam no era un país, ¡era un puente! En la actualidad nada ha cambiado. Hoy en día, en las televisiones, la voz no debe distraernos de todo el conjunto de la imagen. Debemos prestar atención más allá de la imagen central, ver los alrededores de la imagen. Las imágenes conforman no solo aquello que la voz nos dice, sino lo que aparece a los lados y al fondo de la imagen principal.

¿Otros ejemplos de la lectura informativa? La revista *Hola* y las esquelas eran importantes fuentes de información. En *Hola*, cada boda, bautizo o cumpleaños informaba de quiénes eran los familiares e invitados. Naturalmente, el sistema también aprende. Por ejemplo, en *Hola* y similares ya no aparecen los personajes equivalentes a los de entonces. El 1% más rico y poderoso del país ha desaparecido de los medios, solo aparecen esporádicamente y si resulta imposible ocultarlo. Y aun así con grandes manipulaciones. En la actualidad han sido desplazados por famosillos y famosillas

horteras de medio pelo y los folclóricos y folclóricas de turno. A través del afán de autobombo de las esquelas, los familiares de los fallecidos incluían sus relaciones amistosas, económicas y sociales entre ellos. Saber leer aquellas informaciones era importante para saber quién era quién o cómo se desarrollaban los acontecimientos económicos y militares. Quién ganaba y quién perdía según su frecuencia de aparición, número de páginas o su ubicación en las primeras o las últimas...

Y el pueblo venció

1951, uno año más e igual a los anteriores desde la victoria rebelde, hacía doce años, contra el legítimo gobierno de la República, traía consigo algunas sorpresas. Todo era caro: alimentos, calzado, ropa, transportes... todo, y los salarios muy bajos. Trabajo no faltaba, pues era mucho lo que se había destruido durante la guerra, y la agricultura y la ganadería tampoco se habían recuperado. Terminada la contienda, entre muertos en el frente, en los bombardeos fascistas, ejecutados al final de la Guerra civil, exiliados y muertos de hambre y enfermedades —sobre todo en la zona republicana—, España había perdido más de un millón de habitantes. Casi el 4% de su población. España, en los 15 años anteriores a la guerra había aumentado su población a un ritmo de 10,5%. Los precios se dispararon y la escasez también. Para aumentar sus ingresos, la población trabajadora llevaba a cabo jornadas agotadoras de 12 horas —y aún más si se podía— de lunes a domingo.

En esa situación llegó la huelga de tranvías de 1951, cuyos precios de los billetes subieron de golpe el 40%, y con esta huelga mi primera actividad «política». Y mi baño activista. Los chicos del Instituto Albéniz venían a la Escuela Cultural, que estaba cerca, buscando «escribientes» entre los niños que

ya sabíamos escribir lo suficiente como para que nuestras letras fueran entendidas. Nos proporcionaban varios papelitos y uno de ellos con una corta consigna que nosotros debíamos reproducir. Éramos lo suficiente pequeños para no saber ni entender qué era lo que hacíamos ni para qué servía, pero el hecho de que nos lo pidieran los chicos mayores del Instituto nos hacía a nosotros sentirnos útiles e importantes.

Llegó un momento en que, o ellos no daban abasto para repartir todas las octavillas, o para protegerse recurrieron a nosotros para que las distribuyéramos. O ambas cosas. Posiblemente debieron pensar que como nosotros ni los conocíamos ni podíamos dar noticias de ellos, si la policía o la Guardia Civil nos cogía lo más que nos podía ocurrir era que nos las quitaran y nos dieran alguna bofetada... para escarmentar. Si ocurrió con alguno de mis compañeros de clase, no lo sé. En mi caso, nunca tuve tal encuentro. La huelga fue total y absoluta. Nadie, nadie, los utilizaba, por ninguna razón, causa ni motivo. La huelga fue dura. Se militarizaron todos los servicios de transportes. Junto cada conductor o maquinista situaron una pareja de la Guardia Civil (se rumoreó que también militares). Se sabe que hubo, cuanto menos, dos muertos, uno de ellos un niño. Los estudiantes colocaban grandes piedras en las vías, arrancaban e inutilizaban los troles y se llegó a incendiar algún tranvía. Distribuyeron octavillas y pintaron pasquines informando de la amistad del gobernador Díaz Alegría con la *vedette* Carmen de Lirio. Durante el franquismo, sus dirigentes tenían «amigas» y el resto del pueblo, casados o no, si tenían alguna relación extrasentimental, lo era con amantes.

Se consideró que más del 95% de la población secundó la huelga. En las horas anteriores y posteriores a las largas jornadas laborales las calles parecían llenas de manifestantes con aquellos miles de personas marchando y regresando de sus casas al trabajo a pie. Al séptimo u octavo día había un importante partido de fútbol en el antiguo campo de fútbol del Barça, «Les Corts»; y empezó a diluviar como pocas veces lo

ha hecho en Barcelona. El gobernador Díaz Alegría tuvo una luminosa idea que creyó haría claudicar a los huelguistas. Ordenó que toda la flota de tranvías estuviera a las puertas del campo de «Les Corts» al final del partido. Terminó el encuentro y nadie subió a los tranvías. Nadie rompió la huelga. Todos los aficionados volvieron a sus domicilios, mojándose, aguantando la lluvia hasta calarse los huesos, nunca mejor dicho, a pie. Al día siguiente las tarifas del transporte volvieron a los precios anteriores a la huelga. ¡El pueblo unido jamás será vencido! Pocas semanas antes la VI Flota de los Estados Unidos en el Mediterráneo, y por primera vez en su historia, había visitado la ciudad de Barcelona; desde allí se trasladó a las Baleares y durante los días en que duró la huelga de los tranvías, permaneció en las proximidades de la ciudad. Se llegó a afirmar que alguno de sus buques regresaron durante el conflicto al puerto de Barcelona «a repostar». Dos años después, en 1953, Franco y el gobierno de los Estados Unidos, con Eisenhower como presidente tuvo lugar el primer Pacto Militar entre ambos gobiernos. En diciembre de 1954, con el apoyo de Estados Unidos y sus satélites, España ingresa en las Naciones Unidas.

El año 1951 el Fútbol Club Barcelona, «El Barça» —al que por cierto se le había obligado a españolizar su nombre, se llamaba entonces Club de Fútbol Barcelona— había ganado la liga española de fútbol. Y tres copas: la Copa del Generalísimo, Copa Eva Duarte de Perón y la Copa Latina, y, al parecer una quinta, pues siempre se ha hablado de la «Cinc Copes». Tal vez de nuevo la liga. De ellas, de carácter internacional, la Eva Duarte de Perón y la Copa Latina contra un equipo francés de la ciudad de Niza. El Caudillo y Generalísimo se trasladó expresamente a Barcelona deseoso de enaltecer el españolismo de tales victorias. Y como era su costumbre cada vez que venía a Barcelona, el Caudillo y Generalísimo pasó por debajo del Arco del Triunfo. Pero a Barcelona no acudió él únicamente, acudieron gentes de toda Catalunya, incluida

la Catalunya Nord, a homenajear al Barça. Lo que ocurrió en aquel momento, y según diversas versiones fue espontáneo. Alguien lo inició y otros imitaron.

Los futbolistas entraron en la ciudad en autocar y acompañados de una caravana de coches y otros autocares. A medida que toda la caravana avanzaba, los ciudadanos iban cortando los cruces de las calles encauzándola para pasar por debajo del Arco del Triunfo, tal como había hecho el Caudillo y Generalísimo. Como venganza, Franco tomó dos decisiones: la primera fue que ordenó ajardinar todo el alrededor y centro del Arco del Triunfo. Compárense fotografías anteriores a 1951, y entre 1951 hasta el final del franquismo, en que el Arco del Triunfo aparece cercado. En la actualidad, de nuevo se puede circular bajo él. La segunda fueron los sorteos de encuentros entre equipos de fútbol, que sufrieron, estadísticamente, una extraña metamorfosis. Nunca más durante todo el franquismo el Barça jugó su último encuentro liguero fuera de su ciudad. Durante el resto del franquismo, nadie saldría a recibirlos ni a celebrar una victoria, a excepción, si no podía evitarse, de la llamada Copa de España, cuya final se jugaba en Madrid. ¿Es verdad o no que el Barça jugó su último partido en su propio terreno? Quien quiera saber si es verdad o no, que consulte los calendarios y «sorteos» de fútbol desde ese 1951 y resto del posfranquismo. El Barça tardó unos 20 años en poder ganar una liga de fútbol. ¿Otra casualidad? Estadísticamente, ¿es creíble que, durante más de veinticinco años, un sorteo dé como resultado quien jugará su último encuentro en su campo? Y el Madrid, también por casualidad, empezó un recorrido histórico que cubrió toda la dictadura, durante la cual las malas lenguas —sobre todo en Catalunya: sería la puñetera envidia— decían que el Real Madrid estaba protegido por Franco: los árbitros, los gerifaltes del régimen, obtenía facilidades en sus fichajes...

Mi pubertad

En los primeros años que pasé en la Escuela Cultural, antes de entrar por la mañana a clase, después de los recreos matutino y por la tarde, a la vuelta a la escuela, los alumnos y alumnas, que íbamos a aulas separadas, debíamos formar alineados y de mayor a menor altura y separarnos cubriendo con el brazo derecho extendido hasta alcanzar el hombro derecho de quien teníamos delante.

Alcanzado el objetivo, cantábamos el *Cara al sol* y muchas veces algún que otro himno patriótico, como el *Oriamendi*, *Yo tenía un camarada*, etc. Estas formaciones antes de entrar en clase, los cantos y la asignatura de «Formación del Espíritu Nacional» desaparecieron a partir de 1945 con la derrota de la Alemania nazi. Una vez en el aula, mañana y tarde, rezábamos el *Padre Nuestro* y el *Ave María.* En Semana Santa y fiestas religiosas muy señaladas nos llevaban a la iglesia Santa María, casi anexa a la escuela; debíamos acudir a misa y rezábamos rosarios, vigilias... Así fue hasta la derrota de las potencias del eje: Alemania, Italia y Japón. Los tiempos cambiaban. Su director, el Sr. José Roig, catalán, era muy de derechas. A los hijos e hijas que teníamos padres «rojos» nos hacía pagar mucho más caro los errores en el aprendizaje, despistes y pequeñas travesuras. Se ensañaba con nosotros, tenía dos varas —nunca mejor dicho— para castigar físicamente a los alumnos. Los castigos físicos estaban tolerados. A los hijos de adictos al franquismo o «neutrales» les castigaba de rodillas, y si el castigo era más duro, les pegaba con una regla plana en la palma de la mano. Pero esto sucedía muy rara vez, mientras que con los hijos de los republicanos y no neutrales era constante. Nos colocaba con los brazos en cruz de rodillas y daba palmadas utilizando una regla cuadrada de color negro, de un centímetro de grosor y con los cantos de cobre, latón o bronce. Nos obligaba a juntar los dedos y doblar la mano, —la cual quedaba como una pera— y descargaba su rabia. En

no pocas ocasiones pegaba con el canto de la regla y más de uno sangró. Otra de sus imposiciones era celebrar su santo con una merienda ¡que pagábamos los demás! Consistía en una chocolatada (es un decir) con más agua (no leche) que chocolate. Evidentemente, para él era una forma de obtener una paga extra no prevista en su salario. Curiosamente, en lo que en su día debió ser el patio de armas de la casa-castillo, frente a la entrada a la escuela, había un escudo de armas que durante su regiduría fue cambiado por un sucedáneo. ¿Por qué, cómo y cuándo? Nada se puede afirmar, pero sí que fue cambiado.

De aquellos años en la Escuela Cultural únicamente tengo tres buenos recuerdos. Un profesor, que duró «menos que un caramelo a la puerta de una escuela». Era amable y afectuoso; todos le queríamos. Lo despidieron por «rojo». Los alumnos no sabíamos qué era ser «rojo», pero intuíamos que debía ser algo malo. Al demonio siempre lo pintaban de rojo. Su sistema de narrar la historia era dialéctico. Lo supe cuando empecé a estudiar marxismo. Gracias a él empecé a amar la historia. Otro, un profesor de dibujo, corrió la misma suerte que el anterior. Desde entonces, el dibujo artístico, que no se me daba del todo mal, nunca más me «entró».

El tercer personaje era un sacerdote, ya anciano, lo recuerdo con todo su pelo blanco; de la parroquia de Santa María, junto a la escuela. Nunca quiso utilizar el catecismo de Ripalda, obligatorio entonces. Nunca nos habló de infiernos ni de castigos divinos. No nos disertaba, hablaba con nosotros de ética y moral, en el sentido más amplio de la palabra. No le recuerdo clases de religión en el sentido estricto de la palabra. Tampoco contra los «rojos». En el patio jugaba con nosotros. Se decía que al producirse el motín militar unos anarquistas fueron a detenerle para darle el «paseíllo». Él, ante la posibilidad de su muerte, les regaló su biblioteca, que estaba repleta de libros de autores anarquistas. Inteligentemente, quienes iban a detenerle se llevaron los libros y deja-

ron al sacerdote, que durante toda la contienda permaneció en su parroquia. Gozamos de su compañía muy poco tiempo. No recuerdo un entierro tan masivo como el suyo. Lamento no recordar su nombre. De los demás profesores y profesoras nada recuerdo de ellos que merezca la pena.

Terminada la primera enseñanza a los catorce años empecé a estudiar bachillerato y en dos años hice los cuatro primeros cursos, bachiller elemental y reválida. Los exámenes tenían lugar en el Instituto Ausias March, entonces en la calle Montaner de Barcelona. Los dos primeros años los estudié en una panadería en la calle Guixeras, llamada con el nombre del dueño, Salvador Bombei (o Bombehi) y su hermana y profesora, Josefina. Las clases empezaban aproximadamente sobre las nueve de la mañana. Tenían lugar en el mismo obrador en que su hermano y ayudante habían acabado de elaborar el pan del día. Y a la tarde volvíamos, hasta el atardecer, en que su hermano volvía a encender el horno para iniciar la cocción del día siguiente, y en muchas ocasiones, durante las clases veíamos al hermano amasar o cocer el pan. Algún tiempo después compró o alquiló un local en la calle Garriga esquina con Alfons XII y allí terminé el bachillerato y la reválida. A la escuela, privada, la llamó «Lepanto». Era exigente, pertinaz, muy disciplinada y nacionalcatólica. Estudiábamos, librescamente, más por el temor a los castigos que nos imponía que por lo que nos aportaba. Había sido monja en Manresa, de donde provenía su familia, y por razones que nunca supimos abandonó los hábitos. Su nacionalcatolicismo nos imponía ir a misa todos los domingos. Los lunes nos preguntaba por el evangelio y cómo había vestido el sacerdote. Nos prohibió ir al baile. Tenía a chicos y chicas separados y nos prohibía hablar entre nosotros. Nunca salíamos juntos de la escuela y vigilaba que ningún chico o chica se retrasara y esperara a nadie del otro sexo. Si llegaba a sus oídos que alguno a alguna había ido a un baile, era un pecado terrible... ¡Más nos valía que no se enterara!

En aquel entonces, el bachillerato comprendía dos tramos, el primero, de cuatro cursos y el segundo de dos. Al terminar el primer tramo y tener acceso al segundo, tenía lugar un examen, llamado reválida, cuyo temario comprendía los cuatro primeros cursos. Estos cuatro cursos y la reválida los hice en dos años. Aproximadamente, en 1953-54. Recuerdo a algunos compañeros de la escuela: Santiago Flores, Juan Aguilar, Bornay, Segundo Martínez... Todos, a excepción de Segundo —dos o tres años mayor que nosotros— estábamos entre los 15 y 17 años, y junto a algunos amigos de cada uno, nos planteamos «algo distinto», pero sin idea de qué ni cómo. Deseábamos ir más allá de la enseñanza escolar y pusimos en marcha un colectivo que se reunía los viernes o sábados por la noche. Segundo Martínez era un falangista «hedillista». Los hedillistas eran los seguidores de Federico Manuel Hedilla. ¿Y quién era Hedilla? Podríamos definirlo como un creyente y obstinado fascista. Para entenderlo con perspectiva más actual, equivaldría al peronismo en el que tenían cabida desde derechistas hasta «izquierdistas». Era el sucesor natural de José Antonio Primo de Rivera a la muerte de este. Pero el dictador, pocos meses después de fusilado José Antonio, lleva a cabo el Decreto de Unificación (19-11-1936) de todos los grupos y sectores de la falange y requetés, arrebatándole la sucesión a Hedilla, al cual se le compensa con un importante cargo burocrático que no acepta. Su rebelión ante Franco le comportaría dos penas de muerte, que no son ejecutadas por el temor de Franco y los suyos a una rebelión del falangismo. Se le destierra a Canarias, y de allí a Mallorca, donde morirá «olvidado» y en el más profundo ostracismo. La participación de Segundo en nuestro grupo no fue prolongada.

El grupo fue creciendo con los amigos de los amigos. Bautizamos al colectivo como «Tertulia». En cada encuentro, uno de nosotros daba una charla sobre un tema libre, el que quisiera: historia, literatura, pintura, técnico, etc. Había una

regla sagrada: el ponente tenía siempre la última palabra, se estuviera o no de acuerdo con él. Predominábamos los compañeros de la escuela Lepanto, y nos reuníamos en algunas ocasiones al salir de clase y en cualquier lugar improvisado: bar, casa particular, etc. Donde podíamos y nos dejaban. Nuestro primer local «fijo» fue un bar sito en la Plaça de la Vila y que a su vez era la sede del «Club Vespa», moto muy popular en la época y actualmente un Frankfurt; Bar Can Serra frente al anterior y esquina con calle Sant Anastasi; Circul Católic, frente al Bar Serra y Centre Excursionista de Badalona, anexo al Circul Católic. Y de allí al Museu, aún en construcción. Tenía únicamente un «techo» de obra vista, y en su parte baja, las termas. Ignoro —o no puedo recordar— quién o cómo nos conectó al museo, muy posiblemente por su estatus social y económico. Seguiré tratando de la tertulia y su evolución más adelante.

De mi pubertad tengo —aunque ya no la padezca— una gran frustración. Tenía 15 años y quería ser piloto, así que me apunté a un curso de vuelo sin motor. A finales de octubre pasé el examen médico en el Ministerio del Aire en Madrid. ¡Y a Monflorite, Huesca! Llevaba un mes más o menos volando cuando mi profesor, el capitán Ara, natural de Lérida, me comentó: «Pareces y tienes un cuerpo y cara muy aniñado para tener 18 años». «No los tengo. Solo tengo 15», contesté. El planeador pegó un brinco a la vez que él. Extrañado (creo que solo eso) volvió a preguntar o exclamar. «¡Cómo que solo tienes 15! ¿No tienes 18?». «No —respondí—, tengo 15». Aterrizamos de inmediato y llamaron a Madrid. Desde allí respondieron. «Háganle ahí un nuevo reconocimiento médico y si lo aprueba, que siga volando». Pasé el examen y seguí volando. Al parecer, al escribir 15, el cinco lo debí cerrar mucho por debajo, y a quien le tocó revisar mi documentación, o no prestó suficiente atención o debió creer que era un ocho. Lástima, a finales de noviembre una espesa niebla cerró el campo a los vuelos. Pocos días antes recibía un telegrama sobre el grave

estado de salud de mi madre, y ante la práctica imposibilidad de reiniciar los vuelos, abandoné la escuela y regresé a mi casa. La enfermedad de mi madre comportó muchos gastos. Los ahorros, producto de las ventas de unas tierras de mi abuela, se fueron. Y nunca más volví a una escuela de vuelo. Tal vez hubiera sido el piloto más joven de España.

Pero la aviación seguía —sigue— atrayéndome y en marzo de 1956, junto a otra persona, gané un concurso promovido por la revista *Avión.* El concurso versaba sobre temas relacionados con la aviación que aparecieron durante los 12 números del año anterior de 1955. Fue tal mi atracción por la aviación que al cumplir los 68 años me autorregalé un salto en paracaídas, que repetí en tres ocasiones más, y un vuelo en parapente. El parapente es más bonito, pero el salto en paracaídas más emocionante. En ambos casos, paracaídas y parapente, salté acompañado de un monitor.

El gran salto adelante

A partir de este momento, debo aclarar que en mi relato biográfico (años 1954-1961) se solapan mis actividades de estudio, cines club, Partido o vida sentimental, porque todo ocurre dentro del mismo espacio-tiempo.

Lo oculto. El silencio. De lo que no se habla. El grupo Tertulia y el Cine Club Studio de Badalona son un claro ejemplo del ninguneo y de ocultar a «los otros». En este caso, de cómo ciertos intelectuales de Badalona ocultaron toda referencia al PSUC en la ciudad y se apoderaron de la «verdad» y la manipularon en su favor.

Llegada Semana Santa, lo que nos permitía disponer de varios días para organizar algunas actividades, desde el grupo Tertulia organizamos unos estudios de campo sobre algún tema concreto. No recuerdo el cómo ni el por qué, tal vez por sorteo, y a propuesta de Segundo —creo que era de allí— me tocó ir a Albacete y hacer un trabajo sobre un barrio gitano que existía alrededor de la cárcel. Por primera vez en mi vida y con 15 o 16 años me permitían viajar solo y lejos de mi casa.

Asombra hoy pensar que, en aquellos tiempos, mis padres me autorizaran tal desplazamiento y que me entregaran una carta expresando su consentimiento «ante las autoridades pertinentes», pues sin permiso paterno, un joven de mi edad no podía viajar solo. Cuando la Guardia Civil—-que entonces patrullaba por los trenes— me paraba, examinaban mis papeles y se asombraban de mi precocidad.

Pero la experiencia de aquel viaje me impactó. Los gitanos vivían en grutas alrededor de la cárcel y por debajo del nivel del suelo. Visité dos o tres de ellas. Estuve en el interior de una, en la cual vivían abuelos, padres y cuatro o seis hijos. Había dos «habitaciones», una de ellas tenía ventilación al exterior ¡y en ella habitaba el burro! En la otra, sin ventilación, toda la familia.

Mostré mi extrañeza, y me dieron una respuesta llena de lógica: «El burro es nuestro medio de vida. Sostiene a toda la familia. Si morimos uno de nosotros, nos apenamos y lloramos, pero la vida sigue. Si se nos muere el burro es el fin de todos nosotros». Cruel y trágico raciocinio, pensé. Vi también un niño de unos seis u ocho años que se desplazaba «andando» sobre los muñones de sus manos, pues sus piernas estaban entrelazadas como una cruel equis por debajo de sus muslos. También vi gitanos guardia civiles. Naturalmente, me extrañó. Y me dieron una explicación lógica. «No hay peor cuña que la del propio árbol. Conocen perfectamente nuestro idioma, el caló. El significado de nuestras señales y códigos. Nuestros hábitos, costumbres y maneras de actuar. Son los más eficaces servidores del sistema represivo de la Guardia Civil».

En esos tres días se despertó en mi la toma de conciencia.

Con las nuevas incorporaciones, el colectivo Tertulia se fue transformando en algo más que una simple reunión y nos vimos en la necesidad de buscar un lugar estable donde citarnos. Poco a poco se fue entrando en la política. Descubrimos que todo estaba ligado a ella; que nuestra educación y vidas dependían de la misma; que en cada momento histórico y en cada forma de gobierno la educación y la vida no eran iguales. Y aparecieron jóvenes católicos, algún comunista, algo que al principio casi todos ignorábamos, un falangista (supongo, por sus planteamientos hedillistas, parecidos a los de Segundo) y otro del Opus Dei, algún que otro independentista

y, la mayoría, sin una ideología concreta, pero a los que el régimen no les convencía y quienes estaban deseosos de intercambiar de opiniones. En general lo que nos unía era que lo «real» en el Estado español a todos nos era, de una manera u otra y con mayor o menor intensidad, «extraño». Nada más allá de eso. Al principio.

Al Museo *(Museu)* de Badalona fuimos a partir de 1955 o tal vez 1956 (pues las Termas hacía muy poco tiempo que habían sido descubiertas y cubiertas), después de rodar por el Centre Excursionista, un bar sito en la Plaza del Ayuntamiento y entonces centro del Club Vespa, bar Serra, etc. Es decir, seguíamos reuniéndonos donde podíamos.

En el *Museu* al principio fuimos bien acogidos por su director Josep M. Cuyàs i Tolosa, desconocedor entonces de nuestra actividad. Consideró que únicamente éramos un grupo de estudiantes que hablábamos de «nuestras cosas». ¿Y quién era Josep M. Cuyàs i Tolosa? Culto arqueólogo y muy conocedor e interesado desde su especialidad en la historia de nuestra ciudad y su cultura en general, y de la arqueología en particular. ¿Su problema? Para el grupo, «la prudencia en exceso». Era catalanista y tal vez fuera independentista. Pero como muchos independentistas, se refugió en una cultura catalana aséptica, no comprometida. Exponiendo hechos, ¿todos?, pero no cuestionándolos ni analizándolos. Cuyás pertenecía a una generación que el franquismo había marcado profundamente, de ahí que años después nos desterrara del *Museu*. Nuestras reuniones tenían lugar abajo, en las termas, que muy pocos meses antes Cuyás había descubierto, y sin nada que objetar por su parte mientras nuestras actividades se llevaron dentro de las paredes del *Museu*.

Por Tertulia había aparecido una chica, la primera, llamada María Rosa Solé, que vivía en la calle Sant Rafael. En 1962 se exiliaría junto a su novio, luego esposo, Jordi Borja Sebastià y a su regreso del exilio ejerció de profesora en la Escuela Jungfrau en la Avenida Coll i Pujol. Con María Rosa Solé

y su novio fueron llegando otros y otras. Unos de paso, invitados ocasionales, y otros con mayores frecuencias: Isidor Boix, María Rosa Borràs —compañera de Isidor—, Jordi Solé Tura, Fariñas, Joaquim e Isidro Molas, Francesc Vallverdú, Vicente Valverde, Manolo Vázquez Montalbán, Pep Termes, Guillén Sánchez, Quim Sempere, Federic Sánchez Julià, Tomás Alcoberro, Triadú...

Fue posiblemente en el Cine Club y el grupo Tertulia donde también aparecieron Domingo Armora y Federic Sánchez Juliachs —y otros más, sobre todo a través de Jordi Borja—, con quienes coincidí en 1962, tras mi detención en septiembre de 1961, en la Modelo de Barcelona. De Badalona, y entre muchos otros: Marius Díaz, Joan Argenté, Carles Puigvert, crítico de cine en el semanario *La voz de Badalona*; Jordi Monés, Padrós, Jaime Ballesteros, Enric Sió, Gloria Boada, novia y luego esposa de Sió; Antonio Valero, que por aquel entonces también colaboraba en *La Voz de Badalona*; Josep Gual i Lloveras, Abilio Campos Lapeña, Joan Calzada, Arnaldo Licer (hijo del anarquista barbero vecino)...

Gracias a las charlas de Arnaldo que llevó a cabo en Tertulia empecé a conocer algo de pintura y a distinguir, a veces, a Monet, Manet, Kandinsky, Picasso... realismo, impresionismo, expresionismo...

Debo ahora hacer una aclaración obligada. Por Tertulia, Cine Club Tertulia, Cines Club Studio, Cine Club Studio 66 y Juventuts Musicals se entremezclan muchos nombres de las mismas personas, pues algunos colaboraron en más de uno de los colectivos y en distintos momentos, hasta que cada cual se fue dedicando a uno de ellos definitivamente, por lo que hay que tener muy buena memoria —y yo ya no la teng— para recordar quién y en qué momento estuvo en una u otra organización. Por aquellos tiempos coincidimos muchos jóvenes que cuestionábamos la enseñanza que estábamos recibiendo y que fuimos coincidiendo en las mismas actividades, a través y junto a «los amigos de los amigos». También apareció

un joven, Abel, de Dikayos, organización ligada al Opus Dei y que, creo recordar, tenía su sede en la Escuela de Maestría Industrial de nuestra ciudad, sita en la calle Pare Claret. Pero no duró más de cuatro o seis sesiones. Pronto detectó que allí acudían comunistas y su presencia no le era grata. Por cierto, tal vez a mí me viera todavía muy «verde» para ser comunista, por lo que me regaló un tomo de *Camino*, el libro de Escribà de Balaguer, que leí, no me convenció y devolví.

Mención aparte haré de Joan Calzada, Arnaldo Licer y Abilio Campos Lapeña por la amistad personal que me unía a ellos. Joan Calzada, junto a Abilio y otros jugaban todos los días del año, si no llovía, al fútbol en la playa, y luego se bañaban. Era abogado y trabajaba en o para el Ayuntamiento, más concretamente para el alcalde. Vivía en la Calle del Mar, frente al Teatro Zorrilla. Arnaldo Licer pintaba y sus charlas versaron sobre ese tema. Fue de los primeros en participar en el grupo Tertulia. Respecto a Abilio Campos Lapeña, su padre, Gregorio, y el mío habían sido Guardias de asalto durante la República en Barcelona, e igual que mi padre, anteriormente Guardia Civil. Su padre y su madre, Juana, eran dos maravillosas personas. Nosotros vivíamos realquilados en la casa de la hermana mayor de mi madre en la Calle Latrilla, cuando mi padre, ya regresado del penal, encontró una vivienda en Can Canyadó. Cuando llegamos, los padres de Abilio ya vivían allí. ¿Fue casualidad o tal vez fuimos allí a parar porque se conocían y Gregorio lo facilitó? Allí conocí a Abilio y a sus tres hermanos; él era el menor. Al ser desalojadas todas las familias de aquel edificio, ellos fueron recolocados en una vivienda en la calle Magatzem («Almacén», entonces) que por detrás daba a la Rambla de Badalona. Y nosotros a la calle Wifredo (Guifré), popularmente conocida como Carrer dels Arbres. La amistad y los encuentros entre ambas familias duraron la vida de ambas.

«Tertulia» se convierte en cine club y más…

Al crecer el colectivo, tanto en integrantes fijos activos como en quienes acudían periódica o simplemente como asistentes a nuestras actividades, se nos impuso la necesidad de llevar a cabo una división del trabajo. En cualquier caso, a alguien se le ocurrió la posibilidad de crear un cine club como una de las secciones culturales del Museu, y se lo consultamos al Sr. Cuyás. Le pareció bien y aceptó.

Por cierto, creo poder afirmar que Manolo Vázquez Montalbán, formando parte del grupo —y que en una época vino bastante a Badalona— hace aparecer allí el cadáver del holandés ahogado con el que inicia su novela *Tatuaje*. ¿Por qué tal afirmación? *Tatuaje* arranca su narración así: «La muchacha dorada se había zambullido desde el patín…». ¿En cuántas ciudades y poblaciones mediterráneas existían, entonces, patines? El patín es un medio deportivo marítimo inventado por dos badaloneses y prácticamente exclusivo entonces de nuestra ciudad y, salvo excepciones, sigue siéndolo. Otra pista: el hecho narrado transcurre, no en un puerto deportivo, sino en una playa, y la descripción se corresponde al punto donde nos reuníamos, próximo a la Platja del Pont d'en Butifarra, donde había un chiringuito propiedad del padre de uno de nuestros tertulianos y donde fuimos a parar después de nuestro destierro del Museu y de dar tumbos por varios bares. Afortunadamente, era verano.

Quienes formábamos el grupo inicial de Tertulia pusimos en marcha un cine club al que, en un principio, le dimos el propio nombre del grupo. Más adelante, para diferenciar el grupo de charlas del cine club legalizado, aunque éramos prácticamente los mismos, le cambiamos el nombre al cine club, que pasó a llamarse Estudio. Nuestra opción fue mantener ambas alternativas, pues ignorábamos las posibilidades del Cine Club.

Hablar de Tertulia y del Cine Club Estudio (CCE) requiere

una introducción a mi experiencia personal de todo cuanto mi padre me había aleccionado sobre los socialistas, incluyendo por mi propia experiencia a la burguesía «progresista», el *Partit Socialista de Catalunya* (PSC), y a *Convergencia i Unió* (CiU), aunque como tales no existieran en aquellos años. Dos caras de la misma moneda. En Cataluña, policías buenos y malos respectivamente. Resulta curioso que ciertos historiadores locales militantes o compañeros de viaje hayan ninguneado a quienes proveníamos del *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC) o estábamos, entonces, próximos a él. Aunque en mi caso no era consciente de ello. María Rosa Solé, Jordi Borja Sebastià, Isidor Boix y María Rosa Borras me enseñaron que la palabra «socialista» no tenía el mismo significado en el PSC que en el PSUC. Y me incorporé al PSUC. Ellos, y todo el colectivo que desde Barcelona acudía a nuestras reuniones, nos ayudaron a poner en marcha el Cine Club Estudio.

El ninguneo a que se nos han sometido resulta más meridiano cuando historiadores locales que vivieron aquellos hechos, o, cuanto menos, debieron informarse de los mismos en sus investigaciones, nos ignoran y ocultan. Sí hacen referencia a Tertulia y el Cine club Estudio Jordi Monés i Pujol en su autobiografía (*Els meus records*), Ana Ruíz Banch en sus artículos en *Carrer dels Arbres* de marzo de 1961 y Joan M. Montornes en el suyo de la *Revista de Badalona* nº 2052 del 15 de noviembre de 1978. Sin embargo, quienes vivieron aquellos momentos nos silencian.

Josep Manel Sabater Chéliz, en su artículo publicado en *El carrer dels Arbres* nº 16, nos cita como algo distinto al Cine club Estudio, al afirmar: «*Ja que quasi paral·lelament el grup Tertulia va organitzar una proyecció al cinema Aya (l'actual Teatre Zorrilla), Los golfos* de Carlos Saura». Pero prefirió omitir a «los otros». Y no ha sido el único. Josep M. Cuyás Tolosa, el director del museo, nos aceptó el cine club como una de sus secciones culturales, lo cual le daba mayor prestigio, y a nosotros nos exoneraba de legalizaciones y permisos como

Cine club Tertulia. Al principio, eso de tener unos jóvenes que se preocupaban por la cultura, a la vez que atraían público al Museu, le agradó. Creo que ni el Sr. Cuyás ni nosotros preveíamos las consecuencias del cine club. Por aquel entonces, el Museu de Badalona estaba todavía en construcción —para ser más exactos, con la construcción paralizada, pero tenía un techo—. Como nos reuníamos en las tardes-noches de los viernes o sábados no interferíamos en el rescate que se estaba llevando a cabo de los restos romanos. Más adelante, al adelantar la edificación del Museu, en verano las proyecciones se llevaban a cabo en la terraza de este. El grupo crecía, y la presencia de gente en el Museu con ello. Entre las personas que sucesivamente se fueron incorporando a Tertulia estaba un Padrós, miembro de una familia badalonesa de derechas tolerante y progresista —dentro de los parámetros y situación del país— dedicada a la construcción. El Padrós que conocí y traté vivía en la calle Marina esquina con la Plaza de los Caídos. Padrós, junto a otros compañeros de Tertulia y del cine club, derivaron, fundaron y se legalizaron como Juventuts Musicals (JJMM) (la Plaza de los Caídos siempre había sido conocida popularmente como «La Plana», pero un mal día los franquistas de la ciudad decidieron rebautizarla. Hoy en día vuelve a llamarse La Plana. Con Padrós coincidía en muchas ocasiones, pues para trasladarme desde mi domicilio al Museo, o a la inversa, debía pasar por delante de su domicilio.

El resultado de dar luz al CCE fue que Tertulia como foro de discusión cultural colectivo se fue diluyendo en el cine club, el cual absorbió todas sus cualidades anteriores e inclusive las amplió, colaborando en exposiciones, conferencias sobre temas diversos, etc. En particular y sobre todo con JJMM, que en tales actividades solían ser los promotores y nosotros, colaboradores. Aunque el CCE y JJMM eran organizaciones independientes, en ocasiones eran complementarias.

Desde mi perspectiva, JJMM se interesaba de la cultura por la cultura, casi nunca la relacionó con la situación política

y social. En cualquier caso, no dejo de reconocer que su labor fue muy valiosa para la ciudad al abrir un abanico de posibilidades de las que Badalona carecía. A Cine club Estudio sí le importaba la interrelación entre la cultura (cinematográfica o no) y la situación sociopolítica. Siempre consideramos que la cultura dominante lo es del poder económico dominante, y ello nos llevó por caminos distintos, que no opuestos. Nosotros acudíamos a sus actos y ellos a los nuestros. *No problem.*

Con ellos supe de Marçel Marceau, Ninna Ricci... supe de los orígenes del folk en general y del americano en particular, del gospel, de la *La pell de brau* de Salvador Espriu y mucho más. En general, los filmes proyectados por el cine club Tertulia primero y el Cine club Estudio después giraban en torno al neorrealismo italiano (*Roma citta aperta*, de Rossellini; *El ladrón de* bicicletas, de De Sica*; Las noches de* Cabiria, de Fellini; *Rocco y sus* hermanos, de Visconti; *El* federal, de Luciano Salce...) y la *nouvelle vague* francesa (*El año pasado en Mariembad* y *Los 400* golpes, de Trufaut; *Al final de la escapada,* de Godard; *El bello Sergio,* de Chabrol...). Pero no solo. También visionábamos películas del cine soviético (*El acorazado Potenkin, Octubre, Ivan el Terrible y La Rebelión de los boyardos,* de Eisenstein); del cine estadounidense (*El crepúsculo de los dioses,* de Wilder; *Las uvas de la ira,* de Ford; *Tiempos modernos,* de Chaplin); de directores independientes, como Bergman y Kurosawa; del cine cubano (*Cumbite, Lucía, La muerte de un burócrata*) y, naturalmente, cine español (*Surcos,* de Nieves Conde; *Los golfos,* de Saura; *La muerte de un ciclista* y *Calle Mayor,* de Bardem; *Bienvenido, Mr. Marshall* y *Calabuch,* de Berlanga o *Los olvidados* de Buñuel).

La censura franquista estaba harta de nosotros. Cada presentación (obligatoria) de las películas al censor era una irritación para él; tal vez le llegamos a provocar una úlcera estomacal. No nos lo podían prohibir: todas las películas que proyectábamos eran legales. Ninguna de ellas hacía ataques al franquismo, apología del comunismo, aceptación del «en-

cornudamiento» o del divorcio. Respecto a la infidelidad, la censura había recortado o anulado cualquier referencia: por ejemplo en *Las minas del rey Salomón* , en *Lady Hamilton*, o en *Mogambo* en la que se transformaron una infidelidad en un incesto entre hermanos... ¡Lo cual debe de ser menos inmoral! El público quedaba anonadado al ver las afectuosas muestras de cariño y afecto entre hermanos, que en los filmes originales eran esposos. ¡Toma ya! Las películas que pasábamos «únicamente» hacían referencias al nazismo o el fascismo, o a otras formas de vida, sociedad o libertades alternativas.

Era en los foros donde reconducíamos el discurso cinematográfico desde lo censurado a la realidad del original fílmico. Nuestra última película proyectada en el Museu fue la italiana *El federal* de Luciano Alce. Al censor le brillaron los ojos de alegría al ver el título. No se me olvidará su exclamación: «¡Por fin! Una película como Dios manda. ¡Como debe ser!». ¿Cómo será una película como Dios manda? ¿Por qué meterían a Dios en esos berenjenales? Pobre. El título le confundió y creyó que se trataba de una película «del Oeste». De los «federales» tejanos del Far West. Pero no: en la organización fascista Falange Española sus encuadramientos eran «Balilllas», «Flechas», «Pelayos»... Y en *fascio* italiano una de ellas eran los «Federales». Se trataba de un federal al que «les había costado veinte años formarlo y costaría otros veinte deformarlo», por lo que le encomendaban la misión de conducir a un catedrático universitario comunista de una prisión a otra. Los veinte años necesarios para el cambio del protagonista, el guionista y el director lo reducen a pocos días. En el tiempo de trasladarlo de una prisión a otra, el pobre «federal» se llena de dudas... El censor abandonó la sala, es decir, las termas, con una exclamación amenazante:

«¡Me las pagareis!». Y vaya si lo hizo. No recuerdo si la proyección tuvo lugar un viernes o un sábado, pero sí lo que ocurrió el lunes siguiente: Cuyás Tolosa nos echaba del Museu: «le dábamos demasiados problemas y dolores de ca-

beza». Era alcalde de Badalona el fascista Felipe Antoja Vigo. Fascista. La reiteración no es una errata. Las relaciones entre los Señores Antoja Vigo y Cuyás no eran precisamente muy idílicas. Lo sabíamos.

Éramos todos jóvenes cuyas edades estaban, en general, por debajo de los veinte años, con el empuje natural que cabe suponer a esa edad. Si hubiéramos previsto las consecuencias, tal vez no hubiéramos llegado tan lejos (ni éramos conscientes de que llegábamos «tan lejos»). Y el Sr. Cuyás Tolosa nos echó a cajas destempladas. Fue un «¡Ya!», sin darnos prácticamente tiempo a recoger nuestros enseres ni buscar un local alternativo. Él quería sobrevivir con el régimen y nosotros le rompíamos su proyecto. Sin embargo, nuestra intención nunca fue «morder la mano que nos daba de comer». Como resultado de ello, Jordi Borja y otros provenientes de Barcelona tramaron y llevaron a cabo una venganza sobre el señor Cuyás. No me extenderé en ella. Transcurridos los años, creo que tanto el señor Cuyás como nuestros compañeros se excedieron.

Y empieza un nuevo vía crucis. Estando en el chiringuito playero, alguien conecta con el «Coro Marina» (Cor Marina actualmente). Posiblemente fuera a través de Joan Calzada, por la ligazón con el Cor, el cual nos acogió y con el cual llegamos a 1961. Asumimos que nuestra única alternativa en ese momento era legalizarnos. El Museu ya no nos cubría. Dimos forma a unos estatutos y nombramos una junta que se remitió al Gobierno Civil. El Cine Club Estudio (en castellano) se ve forzado a legalizarse y a inscribirse en la Federació Catalana de Cines Club. Según documentos que constan en los archivos del Museu, el 14 de julio es legalizado, y el 28 del mismo mes aparece el primer boletín, ya con el nombre de *Cine Club Studio* (CCS).

El Cine Club tras mi detención

Al salir en libertad en abril de 1962, cumplida la condena de mi primera detención (momento fundamental que más adelante narraré), una de las primeras cosas que hice fue reincorporarme al cine club. En la segunda o tercera ocasión que aparezco por allí recuerdo que coincidí (¿o fue intencionado por parte de ellos?) con Ignasi Vidal y otro, ¿Josep Manel, «Pepe» Sabater? Ignasi Vidal me pidió que: «no apareciera por el CCS, pues estaba «contaminado» y les comprometía». ¡Qué diferente actitud respecto a la que pocos días antes había tenido conmigo Jaime Ballesteros y que luego narraré!

La verdad es que le hice caso... por poco tiempo. No estaba dispuesto a convertirme en un apestado y separarme de nada ni de nadie, si no se me exigía que podía comprometer a mi Partido. Y a ellos no les comprometía. Además, sentía el cine club más mío que de ellos, pues era uno de los fundadores del CCS desde los tiempos de Tertulia y ellos habían llegado bastante más tarde. ¿Qué edades tendrían en 1954-1956? Ellos nunca fueron ni serían de mi Partido, antes bien fueron todo lo contrario. Si alguien por seguridad debe estar en guardia ante dirigentes (o aspirantes) socialistas, fiel a los consejos de mi padre, era yo.

Sería verano de 1963. Muy posiblemente JJMM y CCS habían programado unas charlas que debían tener lugar en el Cor Marina, las cuales llevaban como título «Catalunya Segle XX», y cuya primera conferencia debía correr a cargo del catedrático Fabià Estapé. Pero finalmente Fabià Estapé excusó su no partición. Al no haber participado en la organización del evento, ignoro los motivos. En su lugar se programó que le sustituyera Josep Benet. En tal punto, apareció la policía secreta y clausuró el acto bajo el pretexto de que «la persona que iba a intervenir no era la anunciada en principio». Algunos días después, una orden del Gobierno Civil suspendía todas las conferencias «por razones de seguridad y hasta nueva

orden». ¿Razón del argumento? Los actos debían tener lugar en el sótano del local, al cual se accedía bajando por unas cortas escaleras fijadas a las paredes y al aire en sus dos o tres escalones últimos. Casual y curiosamente, en aquel mismo local y sótano, la semana siguiente tenían lugar los campeonatos de Europa de billar. Sin problemas de seguridad.

En el Museu de Badalona guardan libros de actas del Cor Marina de fechas posteriores a las referidas conferencias en que aparece el nombre de Joan Calzada en relación con una multa y reparaciones «por obras de seguridad». Nada más dice. ¿Sería la escalera? También guardan documentos que muestran que se vuelve a solicitar la legalización del cine club al Gobierno Civil, ya como Cine Club Studio, el 14 de enero de 1964, y otro del 30 de septiembre de 1964 al Ministerio de Gobernación y Turismo de Fraga Iribarne, solicitando la continuidad del cine club. En ese acta no aparecen más datos a excepción de los gastos. Debíamos llevar muchos años en el ojo del huracán. De hecho, la línea seguida entre 1961 y 1964 seguía siendo la misma, lo que llevó a que «alguien» escribiera un artículo en la *Revista de Badalona* del 21 de marzo de 1964, titulado «¡Basta, señores!», donde se denunciaba la «carencia de dones patrios de unas ideas que a punta de espada se echaron por la borda, hace de ellos veinticinco años» (el 1 de abril se celebraban los gloriosos veinticinco años de Paz de nuestro Glorioso Caudillo). Comentaba también *El proceso* de Orson Wells, que, por sus comentarios, posiblemente no había visto. De Buñuel hacía referencia a un filme de contenido «pornográfico y antirreligioso». Debía referirse a Viridiana, que se estrenó clandestinamente años después, traída por Pere Portabella en los bajos de las Escuelas Pías de la calle Balmes esquina con Valencia. El artículo lo firmaba un tal Ginés de Tera, posiblemente un seudónimo, pues nunca antes ni después volvió a apareció su firma.

De 1966, en los archivos del Museu aparecen nuevas actas: 67, 72, 75, 78 y 82 del año solicitando reconocimiento y

legalización del cine club como Cine Club Studio 66. Pero la historia que sigue al cine club a partir de 1964 ya no me pertenece, salvo una pequeña anécdota. Correría el año 1982 cuando Luís García Manchón, militante del PSC de Badalona, el cual gobernaba entonces la ciudad —si bien yo le conocí anteriormente como próximo al anarquismo— y Anna Estrems me transmite que deseaba reiniciar las actividades del Cine Club Studio. Precisaban de mi renuncia documental como apoderado del cine club, pues debió ocurrir que, cuando nos constituimos en junta, confeccionamos nuestros estatutos y al legalizarnos se me designó este cargo. Todos éramos cada uno y cada uno éramos todos: éramos un colectivo y los cargos o responsabilidades la verdad es que debieron ir un poco al voleo. Mi sorpresa fue enorme, e insistí en que debía tratarse de un error, pues desde 1964 estaba desligado del CCS. Pero ellos insistían en que no: al parecer mi responsabilidad como apoderado seguía en vigor y para que el cine club pudiese continuar, debía firmar mi renuncia. Como no tenía razón de ser conservar una legalidad que ya no me pertenecía, firmé el documento de renuncia que pusieron ante mí. ¡Había seguido ligado al cine club, sin saberlo, más de 25 años!

Pequeñas historias sobre los cine club

Fuimos premio Sant Jordi en 1962 (hay quien lo sitúa en 1963) por «la mejor proyección de cines club» de aquel año. Cuando en 1965 proyectamos el filme cubano *Cumbite*, la presentación la llevó a cabo el propio cónsul de Cuba en Barcelona, Manuel Estévez Pérez. El día de la proyección apareció un matrimonio cuya estridente voz cantante la llevaba una señora muy enjoyada y elegante. Habían sido, en sus propias palabras, terratenientes expulsados de Cuba por la revolución castrista. En una de sus increpaciones le lanzó

al cónsul: «Si los campesinos [protagonistas de la película] tenían problemas, que los hubieran solucionado». Y la respuesta no vino del cónsul —no le dio tiempo— sino de uno de los presentes, Jaume Ballesteros, quien les dijo: «Eso es lo que han hecho. Y les echaron a ustedes». Las carcajadas en la sala tal vez aún resuenen entre las paredes del Cor Marina. La pareja se levantó, muy ofendida, y abandonó el local. También proyectamos las cubanas *Lucía*, *La muerte de un burócrata* y alguna película más dentro de un ciclo dedicado al cine de este país.

Las relaciones con los cines Nuevo y Aya (que había sido y volvió a ser Teatro Zorrilla) fueron magnificas. Tan es así que en no pocas ocasiones nos prestaron sus salas para algunas proyecciones. Precisamente en el Aya se proyectó *Los Golfos* de Carlos Saura, presentada por él mismo, y por él supimos cómo la censura manipulaba el cine. El final proyectado no era el previsto. En el final previsto por Carlos Saura, «los golfos», niños-jóvenes marginales, pero no delincuentes, de un barrio obrero, abandonan sus sueños y esperanzas vencidos, pero unidos. En el final impuesto, so pena de no estrenarse jamás la película, eran la amenaza, y «los golfos» eran detenidos por la Guardia Civil. El régimen Franco-fascista no podía tolerar que no acabaran sin ser detenidos.

Mi detención tuvo otras consecuencias colaterales. A Joan Calzada, secretario del alcalde Santiago March Blanch, que en ocasiones acudía a nuestro cine club porque le gustaba el cine, le costó el puesto. Perdió la confianza del alcalde y fue «depurado». El error de Calzada fue no preguntarnos a los miembros del cine club si éramos comunistas. A mí, único comunista de allí, aunque representante legal del cine club, me hubiera situado en una disyuntiva. ¿Debería descubrirme?

Otro de los asistentes era Arnaldo Licer, quien llegó a secretario de otro alcalde (José Torras Trías o de Felipe Antoja Vigo). ¿Sería el cine club un banderín de desenganche o «purga» de secretarios de alcaldes? En cualquier caso, me

siento en la obligación de aclarar, para evitar también interpretaciones erróneas, que ninguno de los dos fueron comunistas, ni anticomunistas: fueron no-comunistas, grandes personas, buenos amigos y personas honestas. ¿Sería por ello que los purgaron? Calzada, un buen católico, o mejor dicho, buen cristiano. Arnaldo era digno vástago de sus padres: muy buena persona, honrado y honesto. Era hijo del barbero y esposa anarquistas, aquellos vecinos de mis padres a los que ya me referí.

El síndrome de los ciegos y el elefante

En verdad os digo a quienes habéis palpado los elefantes-cines club que, si honestamente deseáis conocer toda su naturaleza, unáis vuestras verdades. A muchos historiadores e investigadores les es imposible llegar al total conocimiento del pasado, ya sea por falta de documentos o por ignorar que existen o porque están fuera de su alcance. También porque ya es demasiado tarde para preguntar a quienes vivieron los hechos. Optan, en consecuencia, por ignorar cómo es el elefante. Únicamente están interesados en que se conozca «su» verdad, la de los suyos (que puede serlo) e ignorar las verdades de los demás, y optan por el ninguneo de aquellos que participaron en la historia pero que no les son afines. Son las «Preguntas de un obrero ante un libro de historia» de las que nos habla Bertolt Brecht.

Resulta también curioso —y constante— cómo «historiadores revolucionarios» narran historias que no han vivido, y que lo han hecho desde sus casas, con bata y pantuflas, pero que nunca osaron vivirlas en las calles. Recogen y narran aquello que le es grato al poder —el que sea— e ignoran y ningunean el resto, particularmente si son marxistas. ¿Mi versión entra en contradicción con lo expresado por otros? A

excepción de la de aquellos que practican el «ninguneo», en absoluto. Es tan solo otra. Un dado tiene seis caras, y ninguna contradice a las demás; suman para saber lo que es un dado. Los hechos, los sucesos, las historias ocurren, sencillamente, unas antes y otras después. Se trata de analizar y recomponer las historias en el espacio-tiempo.

Hasta que se me entienda, aunque no se me comprenda: me gusta participar en la creación y puesta en marcha de nuevas actividades y, cuando ya funcionan con normalidad e inercia, un sentimiento interno me lleva a convertirme en un «nadie». Pero me niego a que otros me ninguneen y me reduzcan a «nadie». Entonces me rebelo.

Entro en el mundo laboral

En 1964 oí hablar de CCOO y mi relación con el Cine Club Studio fue desnivelando la balanza de mis sentimientos: entre mi dualidad de obrero que estudia, la real, y la de un estudiante que trabaja, opté por la real, y paulatinamente fui cerrando mi vida y relaciones con los cines club e implicándome más en el mundo laboral.

Había finalizado el bachiller elemental. Cuatro cursos en dos años iniciados en 1952. Por necesidades económicas familiares, aparqué mis estudios de bachiller e ingresé en la Escuela de Peritos Industriales de Barcelona, cuyo examen de ingreso había aprobado. Únicamente se necesitaban los cuatro primeros del bachiller y la reválida aprobada.

A principios del año 1954 había presentado una petición de ingreso en la Escuela de Aprendices de la Empresa Nacional de Autocamiones Sociedad Anónima (ENASA), más conocida por Pegaso por ser su anagrama o logotipo el mitológico caballo alado de la mitología griega. ENASA-Pegaso era la antigua, famosísima y mundialmente conocida Hispano Suiza, empresa pionera entre las industrias automovilísticas europeas. El gobierno franquista la había nacionalizado y colocado bajo el control del Instituto Nacional de Industria (INI), dependiente del Ministerio de Industria.

En junio o julio fui convocado a unos exámenes previos selectivos, pues las plazas convocadas aquel año eran únicamente veinte y los presentados, dado el prestigio de la em-

presa, decenas o centenares. El aprendizaje abarcaba cuatro años, y de hecho correspondían a la Maestría Industrial, pero sin titulación oficial por ser desarrollada por la propia empresa. Entre las veinte plazas, solamente dos estaban destinadas a soldador eléctrico. No tenía ni idea de lo que tal profesión significaba —ni de ninguna de las otras, a decir verdad—. Había que elegir una entre tres o cinco profesiones ofertadas. Ignorándolas todas, elegí esa al azar y aprobé. De hecho, una vez dentro, me dijeron que era posible que nunca llegase a ser soldador eléctrico, que rellenar las solicitudes era puro trámite, pues nunca se conocían las necesidades reales a cuatro años vista.

La formación consistía, al principio, en cuatro horas de teoría y cuatro de prácticas. A medida que avanzaban los cursos disminuían las horas de teoría y aumentaban las de práctica. En el primer año la práctica era única y esencialmente de ajuste o «lima». En el segundo, el ajuste y el inicio al aprendizaje al uso de ciertas máquinas: torno, fresa, rectificadora... a la vez de ir a algunas secciones —sobre todo a «Planchistería»— a ayudar a los operarios y a la sección de Montaje. En el tercero, y sobre todo en el cuarto curso eran ya de una especialización concreta con menos teoría y muy especializada, y mucha práctica. En mi caso, de los pocos, la previsión de transformarme en un especialista en la soldadura eléctrica en la que me inscribí, sí se cumplió. Si no fui el único, casi.

La Escuela de Aprendices de «Pegaso» tenía dos encargados de los talleres en los que se nos formaba en mecánica. Por mando, el principal, Escuer, y Arrufat. Nuestro horario se iniciaba a las ocho de la mañana. Aproximadamente entre las 9 y las 10 uno de ellos se ausentaba e iba a su despacho privado, después el otro. Durante esas casi dos horas, los aprendices aprovechábamos para desayunar, pues nos estaba prohibido hacerlo. Extraña prohibición, pues casi todos llegábamos con el almuerzo en la mano y al mediodía nadie lo tenía. Eran

buenos profesionales y personas, aunque más recto Escuer. Este nos avisaba de tanto en tanto de manera clara o velada sobre la prohibición de ciertas lecturas y de sus posibles consecuencias, o de la prohibición de juntarse más de tres o cuatro aprendices. Arrufat, siempre se hacía el distraído cuando pasaba esto, y si venía alguna visita imprevista nos llamaba la atención: «Guarda eso» o «venga, no juntaros tantos».

En el primer año de aprendiz recuerdo que ganaba 48 pesetas semanales y me gastaba 52 en transporte. Pero ENASA-Pegaso era una empresa «para toda la vida». A partir del segundo curso se me destinó a la Sección de Experiencias, en la cual, como su nombre indica, se experimentaban y desarrollaban todos los prototipos de camiones y motores, civiles y militares. Los de vehículos de competición y deportivos de lujo se desarrollaban en otra sección denominada «CETA» (Centro de Estudios Técnicos Automovilísticos), y «Z» coloquialmente. A esta sección iba a veces de prestado. Años después debo reconocer que fue una suerte para mí ir a parar a aquellas secciones «Z» y «Experiencias» por la calidad humana y profesional de sus trabajadores. Eran operarios muy seleccionados.

En la sección Experiencias, a la que puedo referirme con más conocimiento de causa, el personal estaba movilizado en mayor o menor medida. El abanico ideológico iba desde carlistas a comunistas y anarquistas. Usualmente, todos leían la prensa y la mayoría, por su edad (podría ser nieto de más de dos y de tres), habían participado en la Guerra civil y de ella hablaban en más de una ocasión. Incluido el carlista, que estuvo en la zona republicana, pues era catalán y muy catalanista, y que al estallar la rebelión estaba en Barcelona.

La conversación que más me afectó por ser idéntica a cuanto mi padre me explicaba, hacía referencia a la Batalla del que Ebro. Decían: «Cuando Franco atacaba a los (supongamos, por este orden) socialistas; los anarquistas y comunistas se quedaban inactivos mirando; cuando atacaba a los

comunistas, los inactivos y mirones eran los socialistas y anarquistas; cuando atacaba a los anarquistas, la actitud de comunistas y socialistas se repetía». Dos versiones tristemente coincidentes. La falta de unidad de la izquierda me ha marcado tanto que mi principal preocupación política siempre ha sido la unidad. Siempre he tenido muy claro que quien esté a mi izquierda —marxistas y anarquistas— podrán ser electoralmente mis rivales, pero nunca mis enemigos. El reparto de la piel del oso se lleva a cabo después de cazado, nunca antes. ¿Cómo repartirse lo que no se tiene o no trabajar por la unidad bajo el temor de que «los otros» se queden con la mejor o mayor parte de la piel? Así, por miopía, todos se quedaron sin nada. No se puede decir «contigo/vosotros, no. Tenéis otro concepto del Estado». Aquellos comentarios de viejos luchadores por la República no puedo ponerlos en duda. Se referían a aquellos hechos con queja, con un «te acuerdas cuando...», y narraban lo que he expuesto o cosas muy similares.

Todos ellos me transmitieron mucho cariño y conocimientos. Sobre todo los operarios directos a quienes fui asignado: Pere Ardiaca, sencillamente conocido como «Ardiaca», y «mi» operario, de quien dependía y era el responsable de mí y de mi formación profesional. Otros operarios a quienes también ayudaba eran Pere (otro Pere), Josep Guardiola y García, si Ardiaca podía prescindir de mí. Ardiaca estaba considerado por la empresa y todos los demás compañeros como el mejor de su profesión. Entre más de sesenta, lo demostró en múltiples ocasiones. Todo primer trabajo o tarea complicada en su especialidad que pudiese surgir en la empresa le era asignado. Entre las muchas cosas que aprendí de él, además de las estrictamente profesionales, fue el darle importancia tanto al estudio como a la práctica. Siempre decía: «La práctica es un 1 y la teoría un 0. Con la teoría sola, no haces nada, y con la práctica algo haces, avanzas. Pero juntos son 10». Y este ejemplo también sirve en las actividades políticas, sociales, solidarias y sindicales. Tengo mucho que admirar y

agradecerle. Si llegué a ser, en poco tiempo, otro buen profesional, no lo fui solo por mí sino por ellos.

Ardiaca y Guardiola, sobre todo Guardiola, eran discretamente comunistas. Pere era de izquierdas. García era «otra cosa» que nunca llegué a ver clara. Te daba una de cal y otra de arena. En la huelga de 1958 y en la Sección de Experiencias fue uno de sus promotores. Algún tiempo después de terminada la huelga, García acabó independizándose y montando un taller... que trabajaba para ENASA. ¿García actuó dirigiendo la huelga porque existían razones objetivas para ello, o defendiendo otros intereses? Esta duda siempre ha permanecido conmigo. La huelga en sí, como decía, estaba más que justificada. Pero había un gran *stock* de camiones sin vender. El fin de la huelga coincidió con el fin de los *stocks* y terminó con victoria obrera. Escasa, eso sí, pero victoria.

Desde Badalona a la ENASA-Pegaso, en el barrio de Sant Andreu de Barcelona, se iba en el en tranvía número 70, que pasaba cada diez o quince minutos, hasta Sant Adrià de Besòs (el autobús era caro). Y desde allí no menos de veinte minutos andando, hasta un punto conocido como «El Molinet», nombre de un restaurante en el margen izquierdo del río Besós. Cruzábamos el río sobre una pasarela de tablones que una persona del barrio de Bon Pastor (Buen Pastor, entonces) instalaba. Cruzado el río y ya en Bon Pastor, estábamos en Barcelona. Bon Pastor era un barrio totalmente de inmigrantes. «Gozaba» del peor servicio de autobuses de la ciudad. Que también funcionaba cada diez o quince minutos. En Bon Pastor tomábamos «la carraca» (nunca conocí su número), el peor autobús de la ciudad, hasta Sant Andreu, y nos dejaba en el Paseo de Fabra i Puig, a unos 200 metros de la empresa. Total, no menos de hora y media de recorrido, acortando. Cuando llovía mucho no había tablones y el agua se los llevaba. Entonces la alternativa era ir hasta la Plaza Urquinaona en el mismo tranvía de la línea 70 y allí tomar un autobús, que pasaba cuando quería, pero que tenía parada ante la puerta

principal de la empresa, o el metro de la línea 1, más frecuente y rápido, pero que entonces terminaba en la Sagrera, con lo cual había que ir desde allí hasta la fábrica andando. Total, no menos de dos horas y media en el recorrido (y más caro) si hacía mal tiempo. Así que las monedas que depositábamos en el capazo que los fines de semana estaba instalado al final de los tablones, en el margen derecho, estaban muy merecidas.

¿Volver del trabajo a casa a comer y regresar? Imposible. Había por tanto que quedarse a comer en el comedor de la empresa, que también estaba abierto para los turnos de tarde y noche. Por un precio muy módico: 1,50 pesetas. Aun dando tiempo a desplazarse resultaba más barato que los viajes, así que para prácticamente todo el personal, incluidos quienes vivían cerca, comer en Pegaso era una forma de ayudar a la familia.

El mundo laboral era para mí aquel mundo totalmente desconocido y extraño. Tímido, desde el primer día me senté en el externo más lejano y apartado «para ver dónde estaba y con quién». Pero allí no fui bien recibido.

Los aprendices íbamos al comedor media hora antes que el resto de personal. Media hora después, seis y ocho operarios se sentaron allí. Les había invadido «su» territorio e iniciaron todas las maniobras posibles —que no voy a relatar, para echarme de allí. Lo que ellos no conocían era mi capacidad de resistencia. No entendía su interés en echarme. No molestaba a nadie. Llegaba, comía y me iba. Al final desistieron. Al principio hablaban de fútbol y poco más. Poco a poco sus comentarios empezaron a evolucionar, e iban entrando en el terreno laboral, social y político. La persona principal de todo el grupo era Emilio Fernández. Supongo que a medida que iban hablando les debía asombrar que no me inmutara, callara y escuchara. Fueron ganando más confianza en mí. Al detectar la evolución de sus conversaciones y mi dada mi experiencia en las charlas vecinales, era entendible su interés en echarme, pero no era solo eso.

La empresa comprendía varias naves, y estas a su vez varias secciones y departamentos. Una de ellas era «Cañones», llamada así porque durante la Segunda Guerra Mundial se habían fabricado (y por entonces aún se fabricaban), ametralladoras antiaéreas calibre 22, así como algunos motores de repuesto para los aviones Messerschmitt–109, que todavía utilizaba la aviación militar española. Durante la contienda mundial, el Gobierno español había vendido las ametralladoras calibre 22 ¡a Alemania!, ¡y a Gran Bretaña los Spitfire! También se fabricaban camiones anfibios militares. Tal era el supuesto y argumento para que la empresa, por aquel entonces, siguiera militarizada. Dejó de estar militarizada sobre 1958/1960, cuando se abandonó la producción coincidiendo con el desarrollismo. Pero el control de los trabajadores siguió militarizado.

Todo el personal de ENASA tenía la obligación de llevar en la solapa y de forma visible una chapa de unos cinco centímetros de diámetro con el logotipo del caballo alado Pegaso, en blanco y en el centro. El «caballito», o «Pegasín», como se le conocía al Pegaso que figuraba en la chapa insignia, iba a su vez rodeado por un círculo de un color distinto para cada sección. Con la chapa, el personal de seguridad, que circulaba entre las calles que separaban las distintas secciones o departamentos, sabía si estabas dentro de tu demarcación o fuera de ella. Así mismo, podían llevar hasta tres barras transversales y también de distintos colores. El color de las barras distinguía entre técnicos (químicos, peritos, ingenieros, etc.), administrativos o mandos de dirección. A más barras, más mando. Quienes no tenían mando ninguno, los trabajadores, no llevaban barra alguna. Los aprendices llevábamos chapa, sin rayas, pero el color que nos distinguía nos permitía circular libremente por toda la empresa, ya que en ocasiones teníamos que desplazarnos a distintas secciones para llevar a cabo prácticas y adquirir conocimientos, ayudar a operarios, recoger herramientas o materiales que

necesitábamos para nuestras prácticas, etc. Esta libre circulación que nuestra chapa nos permitía jugó en muchas ocasiones, como veremos, un papel importante. Provistos de su chapa identificadora, aprendices, técnicos y mandos podían circular libremente por toda la empresa, excepto... los trabajadores. Para salir de la Sección o zona asignada los trabajadores «de base» debía llevar, además de la chapa visible, una autorización escrita del mando superior de aquella sección que identificaba quién era el obrero, de dónde a dónde se desplazaba y el motivo de tal desplazamiento. De no ser así, podría sufrir un castigo o sanción.

Hablando de castigos y sanciones. Regía en ENASA un código de conducta disciplinario, expuesto en un librito de entre quince o veinte páginas. Menos las dos últimas, las de los derechos, todas las demás eran de obligaciones. Tales obligaciones prohibían decir palabras soeces, cantar, ausentarse del puesto del trabajo sin autorización (se controlaba hasta los tiempos «excesivos» en los lavabos), las riñas, comer durante el trabajo, vestir «indecorosamente», etc. Y un listado de sanciones por cada falta. Este librito era entregado a todo el personal el primer día de su ingreso en la empresa. El personal de seguridad eran gentes elegidas entre quienes habían servido al franquismo como excombatientes, excautivos y falangistas, sobre todo, y a quienes el régimen ahora recompensaba. Aquello debía ser lo más parecido a lo que suponemos era un campo trabajo forzado nazi. Para los cargos de cualquier nivel del franquismo, verdaderas regalías; los soldados, simple trabajadores. Los escalafones pervivían. Los vigilantes eran especialmente elegidos por su probada fidelidad al régimen. No podían parecer más tétricos. Vestían total y absolutamente con ropas al estilo nazi que tanto hemos conocido a través de fotografías y cine. Sus gabanes o abrigos —largos hasta casi rozar el suelo y de anchas solapas— y gorras recordaban a las tristemente famosas SS. Ahí no cabía aquello de que: «Todo parecido con la realidad es

pura coincidencia», pues no había ninguna casual coincidencia. Todos ellos eran confidentes de la Brigada Investigación Social (la BIS), también conocida como la «Político-Social», la policía secreta del régimen fascista de Franco. Que eran confidentes puedo afirmarlo porque en Experiencias había hecho amistad con un trabajador hijo de uno de esos vigilantes, y cuyas relaciones con su padre eran peor que fatales. Él me proporcionó una lista de unos quince confidentes de la BIS dentro de la empresa y de quienes nos teníamos que guardar. Estaban coordinados por el médico de la empresa, el señor Villalón, que se rumoreaba estaba en el mercado negro de la penicilina. Los vigilantes tenían orden de controlar que nadie circulara por el interior sin la chapa bien visible y la correspondiente autorización escrita.

Volvamos al comedor. Era el único lugar y momento para intercambiar pareceres sobre la situación laboral de la empresa y del país. Y allí, entre aquellos trabajadores, era un «no» invitado inesperado. Dentro del grupo, creo recordar que estaban Albert Badía Mur, Pedro Lara González, Josep Cotillas Tomás, Escribà y Palmer; destacaba sobre todo Emili Fernández. ¿Quién y cómo era? Era la persona más respetada de todo el personal de todos los talleres. De él recuerdo dos consignas que nunca olvidé: «Debemos trabajar lo mejor que sepamos y nuestro comportamiento deberá ser modélico para los demás compañeros. Y, si cumplimos, tenemos fuerza para exigir». También: «Los comunistas, cuando hay café, nos ponemos los últimos de la cola, y si cuando llega nuestro turno no hay, mala suerte. Y cuando sabemos que no hay café para todos, ni nos ponemos en la cola». Emili trabajaba en la Sección de Fundición, que entonces era la sección más atrasada tecnológicamente de Pegaso. La de mayor índice y más graves accidentes. Llevaba decenas de años sin apenas otra inversión que no fuera más allá de algunos «parches». Las goteras de la nave provocaban que, con las lluvias intensas, el suelo, que era de tierra, se encharcara. Se

justificaba que el suelo fuera de tierra por si el «caldo» o material fundido se vertía, para que se estancara lo más posible y no se desplazara por el suelo. El calor, inevitablemente, era intenso. El desgaste a través de sudor exigía beber grandes cantidades de agua. El personal más próximo a las bocas de los hornos y los que transportaban y llenaban los moldes, por cada hora de trabajo, necesitaban de otra de descanso para reponerse. En la fundición trabajaban personas muy preparadas, muy necesitadas de dinero o los trasladados por castigo. Los mandos, en cualquier caso y en general, preferían el personal más cualificado por rendimiento, seguridad y calidad, y evitaban a los castigados en lo posible, pues podían resultar caros en rendimiento y calidad. Trabajar en tales condiciones hacía que aquellos operarios fueran duros y combativos. Emili era el dirigente natural de toda la sección. Nada ni nadie se movía ni se hacía sin su consentimiento. Sus compañeros lo apreciaban y respetaban. Sus jefes lo respetaban. Era el mejor y más cumplidor.

Otro buen operario y persona era Vicenç Faus Abad, en Planchistería. Prácticamente todos los aprendices a partir del segundo curso teníamos que ir con él como ayudantes. Vicenç terminaba de retocar a los «tejadillos» (techos) de los camiones. Las prensas de aquel entonces eran muy primarias y no hacían buenos acabados. Como los tejadillos eran grandes, mientras él los retocaba cuatro aprendices, uno por cada esquina, los sosteníamos.

Dos recuerdos inolvidables de mi paso por la escuela de aprendices, ambos relacionados con el nacionalcatolicismo: las asignaturas de Formación del Espíritu Nacional y la de Religión. De la primera asignatura, no puedo olvidar el fervoroso patriotismo del falangista que nos impartía la asignatura que no dejaba de señalar dos consignas, que «España era una unidad de destino universal» y que «España debía recuperar nuestro imperio arrebatado y en el cual no se ponía el sol». Cuba y Filipinas secuestradas por Estados Unidos; del

resto no decía por quién. Ambas consignas estaban así escritas en los libros que se nos proporcionaba. ¡Y transcurrían los años 1954 al 1958! ¿Qué pensarían de ello Filipinas y toda América Latina?

En religión teníamos un profesor, el padre Torres, que venía de la cercana Escuela Profesional del Clot. Años después llegó a ser el director de esta y, años más tarde, el máximo responsable de los jesuitas en Catalunya. Frente a la puerta principal de Pegaso había en aquel entonces un descampado donde los aprendices que nos quedábamos a comer en la empresa íbamos a jugar al fútbol. A continuación, unas vías de tren, que todavía existen y donde se está construyendo parte de la nueva estación del AVE de La Sagrera, cruzadas estas por una larga extensión de barracas conocidas como «La Perona». Años después, en aquel descampado, entre «La Perona» y ENASA, y en el que los aprendices jugábamos al fútbol, se construyó una escuela de Formación Profesional acelerada. Por aquel entonces mantenía buenas relaciones de amistad y confianza con varios compañeros de curso y miembros de la Juventut Obrera Católica (JOC), y en especial con Jorge García, gran persona y compañero. Era creyente, pero él iba más allá que sus compañeros de creencias. En lo que a mí respecta, yo había leído a algunos autores cristianos, como Bernanos, Malroux, y *Cristo se detuvo en Éboli*, de Carlo Levy, que trataba de un profesor durante el fascismo italiano, desterrado a un pueblecito de la Italia profunda. En un momento de la obra, el profesor afirma: «A los pobres, antes que hablarles de Dios hay que darles de comer y ponerles una camisa». Y eso mismo afirmé un día ante de toda la clase. El padre Torres me mandó salir a la tarima del profesorado y me ordenó arrodillarme, a lo que me negué. Me dio entonces una gran bofetada ante toda la clase y me ordenó sentarme. Su actitud fue peor que la de una represión. Fue un error. Me radicalizó. Mis compañeros se solidarizaron conmigo. Nadie quiso acudir a escuchar hablar de dios en aquellas barracas donde

malvivían. El suceso tuvo lugar en 1955 o 1956. Años después, en 1964, coincidimos varias veces en la Escuela Profesional del Clot cuando ya era su director. Él, y al menos una parte del profesorado y muchos alumnos, se movían y colaboraban con el movimiento obrero en general, y muchos pertenecían a las Comisiones Obreras. Según me contaron, él se había situado del lado de los partidarios de la Teología de la Liberación. Sin tener nada que ver con aquel suceso de la bofetada, mi visión de las creencias religiosas también ha cambiado. Aquel hecho pudo haberme convertido en «no creyente». Muchas personas acaban definiéndose como no creyentes al descubrir la manifiesta connivencia de todas las religiones con los poderes económicos dominantes, y con el capitalismo en la actualidad. En realidad, más que no creyentes son anti Iglesia-institución-estructura de poder al servicio de otro poder superior, el capital. Mi evolución en cuanto a la religión no es coincidente. Tengo amigos sacerdotes y cristianos-católicos. Sencillamente, no puedo creer en Dios. No soy anti, soy promaterialista. La ciencia me impide aceptar la existencia de Dios, pero creo que con aquellos que han podido superar el Antiguo Testamento y tienen como base el Nuevo, podemos trabajar juntos por un Hombre Nuevo.

Los operarios que más influyeron políticamente en mi fueron —además de Emili, por supuesto—: Guardiola, en Experiencias; uno de mis operarios, Walther (también comunista, su apellido inglés, por parte de un abuelo que vino con las tropas inglesas contra Napoleón y desertó), en Cañones; Vicens Faus Abad, en Planchistería y varios que no consigo situar en sus talleres y secciones, como Palmer, Antoni Mullor o Tomás Antón —que había participado en Festival de la Juventud en Moscou—, Badía, Lara, Escribà y otros.

A medida que Emili y todos los demás fueron confiando en mí me ficharon para el PSUC y fueron encomendándome ciertos «trabajillos», que en general consistían —aprovechando, como expliqué más arriba, que a los aprendices nos per-

mitían circular libremente por toda la empresa— en trasladar notas verbales o escritas a contactos en otras secciones. Me aclararon que ello comportaba un compromiso y en consecuencia un peligro. Cuando me lo ofrecieron, nada les dije de mis contactos y relaciones con estudiantes militantes del PSUC en Badalona. Les pedí un tiempo para pensármelo, el suficiente como para poder hablar con Jordi Borja y plantearle la situación. Éste, días después me dijo adelante. Le dije sí y desde ese momento pasé a ser un componente «no activo». Ello significaba que, solo ocasionalmente, me pasaban alguna nota verbal o escrita. Alguna vez también propaganda que llevaba a otros camaradas: Faus (sobre todo) en Planchistería, Guardiola, Walther, etc.

En 1956 ya estaba destinado como aprendiz a la Sección de Experiencias. Durante los dos años anteriores, en 1953, se implanta el Reglamento de los Jurados de Empresa, que en 1954 inicia su aplicación en las empresas de más de mil trabajadores. Los salarios aumentan entre el 10% y el 30%, dependiendo de la zona (España estaba cuarteada en zonas y en cada una de ella existía una diferente escala salarial), y los «puntos» el 100%. Los puntos eran una cantidad dineraria que se percibía por cada hijo menor de 14 años. A partir de esa edad se podía empezar a trabajar, por lo que se dejaba de percibir esa ayuda familiar. En ENASA, las elecciones para Jurados de Empresa tienen lugar el 20 de mayo de 1954, pero estaban tan carentes de medios, garantías y tiempo —debían reunirse fuera de la jornada laboral— que era difícil coordinarlas y coordinarse, con lo que el secretario y presidente del Jurado no lo eran por votación sino que les nombraba la empresa por su fidelidad al sistema. Falangistas, vamos. El voto, eso sí, era secreto. Ganaron Marilyn Monroe y «Chita» (la mona de Tarzán), no recuerdo el orden de la votación, pero ganaron de goleada, muy lejos quedaron todas las demás candidaturas.

Estábamos en plena autarquía, la cual nos había sumido en una profunda crisis económica. La semana laboral teóri-

ca era de 48 horas, pero en la realidad se situaba sobre las 52 horas. Había entonces muchas fiestas patrióticas, «santorales» y «puentes» que había que recuperar, de ahí la diferencia entre la jornada teórica y la real. Como los salarios eran tan bajos, la práctica totalidad de las plantillas de todas las empresas hacían horas extras, llegándose a las 12 horas diarias de jornada. Y en algunos casos, nada excepcionales, había quienes doblaban la jornada laboral, llegando a las 16 horas al día de trabajo. Y si se podía, se trabajaban sábados y domingos. Quienes trabajaban los domingos podían disponer de dos o tres horas —pagadas— para acudir a misa, pero debían justificarlo con un documento firmado por el párroco confirmando la presencia. Las vacaciones, para quienes las hacían, eran de siete días y la forma de incrementar el salario base era a través de la «prima». La prima era una cantidad complementaria al salario y consistente en una tarifa determinada para cada pieza concreta producida. «*Preu fet*», precio por pieza hecha. Por cada pieza, dependiendo de la cantidad estimada que diariamente se podía realizar, se pagaba una cantidad. Naturalmente, a más piezas producidas, mayor cantidad dineraria, y esta prima tenía una gran importancia en la cantidad salarial total a percibir pues, en no pocas ocasiones, permitía doblar, e incluso más, el salario base. Este dato *preu fet* se suple a partir de 1958 por otro totalmente ligado al tiempo empleado, y que en el desarrollismo será muy determinante en los acontecimientos que se sucederán a partir de esa fecha hasta hoy en día.

En aquellos años, todo el personal estaba descontento, incluidos los afines al franquismo, a los cuales se había proporcionado trabajo como pago a sus servicios de guerra. En los primeros días de abril de 1956 estallan huelgas en el País Vasco, que rápidamente se trasladan a Barcelona a partir del día 12: la Maquinista Terrestre y Marítima (MTM) que producía máquinas de tren a vapor y motores náuticos; ENASA (autocamiones), Fabra y Coats (textil); estas tres, situadas en Sant Andreu, solían ser las iniciadoras de las huelgas. Luego

las demás grandes empresas —o parte de ellas— las seguían: MACOSA (producción naviera y por ello ligada a la MTM); Hispano Olivetti (HO) (máquinas de escribir); La España Industrial (textil); Lámparas Z, Vulcano (naviera); Casa Batlló (textil). Cuando hubo huelgas, más o menos este era el orden en que se sumaban a ellas.

Al día siguiente, el gobernador Acedo Colunga se presenta en ENASA, donde se le recibe con una fuerte pitada y abucheos. Indignado y amenazante, se marchó. La policía intentó entrar en la empresa, pero fue rechazada con el lanzamiento de tornillos y pequeñas piezas. Los trabajadores volvieron a sus secciones encerrándose en la empresa. En esa huelga, como en otras, los aprendices jugamos un papel importante para el resto de los trabajadores. Gracias a aquellas chapas que nos permitían circular libremente por la factoría, llevábamos recados y noticias por las distintas secciones. O comida. Desde el exterior, familiares y otras personas solidarias, por lo alto del muro existente en la calle Dublín y la Plaza Nadal, lanzaban víveres para los huelguistas, que los aprendices llevábamos a los interesados y que estos repartían con los demás. Desde mis recuerdos y mis actividades internas en que se me pidió colaborar, Emili Fernández era posiblemente el máximo dirigente de la situación. En la mayoría de secciones había alguien a quien dirigirnos y transmitir: «Emilio Fernández dice...», o se nos preguntaba: «¿Qué dice Emilio Fernández...*?*

Al finalizar la jornada del día 13, los turnos de mañana y turno «normal» o partido abandonan la fábrica. Al turno de tarde y noche la policía les cerró el paso y no les permitió incorporarse. La empresa declaró *lock-out* (dejar fuera). La maniobra consistía en cerrar las empresas para dispersar a los trabajadores, para que no tengan lugar donde reunirse, evitando así que sea la propia empresa el lugar de encuentro de los trabajadores en lucha. El día 14 ENASA-Pegaso amaneció cerrada, y todas las demás empresas, en huelga. Era la forma

en que el gobernador Felipe Acedo Colunga preveía que podía cortar la extensión de la huelga a otras fábricas. El día 17 es reabierta. Curioso, por aquel entonces se sabía que había habido una huelga pues la prensa informaba «ha terminado la huelga...». ¿Cuándo había empezado? Como hoy y siempre era importante «aprender a leer» la prensa. La huelga en Barcelona terminó con unos 20 o 30 detenidos. De Pegaso, con seguridad, Antoni Mullor y Escribà, que fueron torturados, y los despedidos de todas las empresas en huelga, que fueron varias decenas. Mullor y Escribá fueron puestos en libertad gracias a la solidaridad y combatividad de sus compañeros. Tales éxitos dependieron mucho del grado de solidaridad interna en algunas empresas y la posibilidad de represión en cada una de ellas. También fueron readmitidos todos los despedidos de ENASA-Pegaso gracias a la solidaridad y combatividad de sus compañeros. Ese año de 1958, en el mes de abril, la revista de la Escuela de Aprendices me publicó un reportaje de varias páginas sobre los éxitso de los Sputniks I y II lanzados por la URSS al espacio.

Caben destacar también otros extraños sucesos con los que convivimos en ENASA. Entre el 23 de octubre y el 10 de noviembre de ese año tiene lugar un motín derechista y antisocialista en Hungría. El gobierno español decidió solidarizarse con los amotinados. Desde ENASA partieron camiones repletos con cajas con el sello de la Cruz Roja y «Solidaridad con Hungría», que volvían con máquinas: tornos, fresadoras o rectificadoras, mucho más modernas de aquellas que disponíamos nosotros. Fue de hecho nuestra primera modernización. ENASA tenía todavía en uso por aquel entonces maquinas provenientes de lo que fue la colonia cubana. No, no es exagerado, recuerdo haber visto llorar a un operario de la vieja sección de engranajes que había empezado a trabajar con aquella máquina. Él se jubilaba y la máquina seguía. A los pocos días de ese trasiego delante de la sección de experiencias oímos gritos y un gran escándalo. Los que trabajábamos

en «Experiencias» salimos ante tanto griterío. Los conductores de los camiones, empleados de Pegaso, estaban fuera de sí. Afirmaban que al descargar una de las cajas se les cayó y dentro de ellas iban armas. Y gritaban: «Si nos descubren las fuerzas del gobierno, ¿cómo decimos que nosotros no sabíamos nada de lo que transportábamos? ¿Quién evita que nos ejecuten?». Nunca más ni chóferes ni camiones salieron de ENASA-Pegaso con carga alguna con destino a Hungría. Uno de los más importantes dirigentes de la revuelta húngara fue el cardenal Jozsef Mindrzenty, que había sido nombrado cardenal por Pio XII en 1944, durante la ocupación nazi. Según la propia iglesia vaticana, ayudó con comida y medicinas a los represaliados. Nunca hablaron de protección u ocultación de nazis. Los judíos húngaros lo habían denunciado por pasivo, indiferente y, algunos, por colaboracionista con los nazis. Aplastada la revuelta, se escondió en la embajada de Estados Unidos en Budapest; desde allí, mediante acuerdos políticos, fue extraditado a Austria, donde murió.

Seguimos en 1956, ocurre otro hecho «curioso» pero coherente con el sistema de corrupción franquista. Primero, situémonos: las presiones internacionales —es decir, de Estados Unidos— habían obligado a Franco a reconocer la independencia de Marruecos, quien en febrero del año siguiente firma un tratado con Muhammad V, reconociendo la propiedad territorial de España sobre Sidi Ifni, Melilla, Ceuta y el Sáhara. A los habitantes de Sidi Ifni al parecer la idea no les agradó, por lo que en noviembre de aquel mismo año se rebelaron. Franco, con el apoyo de Francia desde su colonia argelina, con miles de legionarios coloniales y decenas de aviones, reinicia la recuperación de su dominio colonial. El gobierno franquista movilizó la sensiblería nacional-patriótica-españolista contra «los rebeldes», quienes nos querían arrebatar «nuestras propiedades». Como las navidades estaban próximas, promovió una campaña de recogida de alimentos y regalos para las tropas allí situadas y sitiadas. Para

quien disponga de tiempo, resulta fascinante ver las noticias de prensa de aquellos días para conocer las toneladas de alimentos más variados, que incluían pavos, conejos, turrones, coñac de buenas marcas y demás regalos recogidos. Un compañero, al que entonces no conocía y que había estado destinado a «Experiencias», Alfredo Belda Lou —con quien años después coincidiría al ser contratado como director en Industrias Fleck. S.L.—, estaba en el ejército destinado a Sidi Ifni como alférez (era una graduación destinada a quienes estudiaban; cumplían su servicio militar en períodos de tres o seis meses, haciéndolo compatible con sus estudios), nos vino a visitar. Nos congregamos todos a su alrededor pidiéndole noticias. Resumiendo, estas fueron: «Fuimos trasladados desde Canarias a Sidi Ifni en gabarras. Sin armamento. Las únicas armas eran mi pistola y mi espada de mando. Donde nos desembarcaron estuvimos rodeados hasta que la legión extranjera francesa proveniente desde Argelia, su colonia, acudió a nuestro rescate rompiendo el cerco. Si los marroquíes hubieran dispuesto de unos buenos servicios de información y espionaje, allí hubiera habido una masacre. En Nochebuena, Navidad, Noche Vieja y Año Nuevo cenamos lentejas —pocas y malas—, bocadillos y lo que podíamos». ¿Dónde irían a parar las toneladas de ricos alimentos recogidos con la solidaridad altruista del pueblo español?

El año terminó con dos aumentos salariales (sobre un 30%) para intentar calmar la tensión laboral.

Mi vida sentimental

El 29 de septiembre de 1958 conocí a la que sería mi esposa y compañera: Feli Castellano Blázquez. Con ocho años había quedado huérfana a causa de un accidente de coche en el que su padre falleció. Para subsistir la familia, y como era

habitual entre las gentes del campo, sacaron a la niña de la escuela y la pusieron a servir. Primero en su propio pueblo, dos o tres años cuidando un niño casi mayor que ella. Luego en Madrid, «traspasada» por quienes eran sus patrones en su propio pueblo a otros familiares que tenían en la capital, con lo que dejó de ver a su familia salvo en verano, durante esos años en que la familia para quien trabajaba se trasladaba a Aldeánueva del Camino de vacaciones. De Madrid fue rescatada por su familia cuando les llamó por estar siendo acosada por un hijo seminarista de la familia a quien servía. Pero de nuevo la alejaron de la familia para enviarla a servir a Béjar (Salamanca), a la que pasó de ver cada semana o quince días, si la iban a buscar.

En una visita a Aldeánueva del Camino, un socio de mi tío Antonio llamado Longines, natural de la misma localidad, conocedor de que mi tío precisaba de una sirvienta por razones de salud de uno de sus miembros, acordó con la familia de Feli su traslado a Barcelona. Allí cumplió los 16 años. Y fue en casa de mi tío donde un día la conocí. Empezamos a salir sin informar a nadie, pero, como era lógico, terminaron enterándose. Primeros consejos: «A ver qué hacéis. Que sea en serio. Que sois familia». Pues sí. Podíamos tener problemas de consanguinidad, lo cual dificultaba nuestra relación. Mi madre y ella «eran primas». Como ocurre en la mayoría de los pequeños pueblos, todos son tíos, primos y sobrinos en alguna medida. Cuando iba a Aldeánueva a mí mismo me salían «primos» hasta de debajo de las piedras. Media docena de apellidos suman, más o menos, la mitad de los nichos del cementerio. Hubo que preguntar y verificar partidas de nacimiento y bautismo. En el Ayuntamiento y la Iglesia, en los dos, aparecía un cruce cinco o seis generaciones atrás... No había problema. Y seguimos... hasta hoy.

De la autarquía al desarrollismo

1958, otro año importante para la evolución del régimen del Generalísimo. Franco reestructura su gobierno y sustituye a la Falange por tecnócratas del Opus Dei, al que era próximo Carrero Blanco. Se puso así fin a la autarquía y se inicia la etapa del desarrollismo. Son nombrados ministros Laureano López Rodó, Alberto Ullastres, Mariano Navarro Rubio, entre los más influyentes pero no únicos opus-deístas. Desde 1956-57 el Opus Dei inicia el asalto al poder en España y comienza a desplazar a los falangistas. Se invertían las situaciones, los políticos se habían convertido en banqueros y ahora los banqueros se convertían en políticos. Con el «desarrollismo español» del Opus se inauguraban planes que nos aproximaban más a la Europa industrial, pero para ello era necesario y urgente una mayor producción y la capacitación de personas mínimamente preparadas. 1958 será el año definitivo para el abandono de la autarquía al entrar en vigor el 1er Plan de Desarrollo y «Ley de Convenios Colectivos». El Estado dejaba de funcionar como patrón y a partir de ese momento el Gobierno se desentendía de los asuntos internos de las empresas. Cada empresa pactaría con sus plantillas los salarios, sistemas de primas o de remuneración, productividad y rendimientos, etc. El desarrollismo exigía —más bien imponía— a la patronal la necesidad de negociar con los verdaderos representantes de los trabajadores. Ahora, el gobierno franquista se convertía «únicamente» en guardián represor del sistema capitalista y siempre dispuesto a servirle cuando este se lo pidiera. Era la retaguardia del sistema y su último recurso.

Ese año, en Asturias, aparecen las Comisiones Obreras en la mina La Camocha. Nunca oí a nadie gritar «viva CCOO» ni «viva La Camocha», pero en mis recuerdos sí figura que nunca había oído a tanta gente cantar por las calles «Asturias, patria Querida». Unos la cantarían intencionadamente y otros por mimetismo, pero se cantaba todo el tiempo. Los obreros

bien preparados hacía años que habían empezado a emigrar a la República Federal Alemana y sobre todo a Francia, Bélgica, Holanda (la Guerra Mundial les había dejado exhaustos de profesionales y necesitaban reponerlos), Canadá y Australia. Pero esa emigración provocó a su vez un déficit en nuestro país para enfrentarse a los Planes de Desarrollo programados por los ministros opusdeístas, así que se pusieron en marcha formaciones urgentes de nuevos profesionales para los nuevos tiempos. El Gobierno estimuló, con lo métodos más diversos, a que muchos campesinos se desplazasen a las ciudades y a las grandes industrias para reponer el personal emigrado; para ello se crearon en las principales ciudades industriales varias escuelas de formación profesional, y en las grandes empresas, como ENASA-Pegaso, Maquinista Terrestre y Marítima (MTM), SEAT, etc., ellas mismas tomaron la iniciativa de formar al personal que llegaba inmigrado con cursos propios de formación acelerada a finales de 1959 y 1960. Para llevar adelante los planes del desarrollismo, en ENASA se habían incorporado a la empresa varios cientos de personas. En cuanto a mí respecta, había terminado mis cuatro cursos de formación como aprendiz a finales de mayo o junio de 1960. Previamente a ello, en 1957, la empresa me requirió para participar en un concurso en la Escuela Industrial de Barcelona en la calle Urgell, en la especialidad de soldadura eléctrica entre aprendices de las grandes empresas, para designar aquel año al mejor aprendiz de Catalunya. Quedé segundo. Pero hubo error o trampa. De las cuatro pruebas que había que realizar, por lo menos dos de mis trabajos se habían situado a la cabeza de la clasificación (había hecho una pequeña muesca en mis piezas para distinguirlas, tal y como me aconsejaron mis operarios). Lo comenté con los responsables de ENASA y su respuesta fue «déjalo».

Pocos días después me propusieron que me hiciese cargo de la formación acelerada de soldadores eléctricos, lo cual acepté. En la propuesta de elección tal vez influyó el no recu-

rrir la decisión de jurado del concurso. En cualquier caso, mi éxito era el éxito de los competidísimos maestros-operarios que había tenido. Con la avalancha de nuevos trabajadores, entre 600 y 800 según versiones (entre el 15% y el 20% del total de la plantilla), la empresa se ve necesitada de su urgente preparación profesional para asignarlos a los puestos que se debían cubrir. La empresa me ofreció que me hiciera cargo de la formación de aquellos que necesitara como soldadores eléctricos. Se me formó junto a otras personas en Formador para formadores, y en otro posterior y complementario, como formador en la especialidad de soldadura eléctrica. Ambos cursos duraron unos tres o cuatro meses y se me asignaron entre doce y quince trabajadores para que los formara. Terminado de impartir el curso de formación que se me asignó, y como reconocimiento a lo que consideraron un buen trabajo, pasé de operario de 3ª con que se salía de la Escuela de Aprendices a operario de 1ª, cuando lo normal es que después de largos años se ascender de 3ª a 2ª categoría y de 2ª a 1ª. Entre mi propia formación y el tiempo que dediqué a la formación de otros pasaron poco más de seis meses.

Terminado mi curso, se me designó definitivamente a la Sección de Experiencias, donde solicité y conseguí que mi horario de trabajo, para poder matricularme e iniciar mis estudios de peritaje, fuera de turno de tarde, de 14.00 a 22.00 horas. Ello comportaba levantarme cada día a las seis de la mañana, e ir en el tranvía 70 hasta la calle Trafalgar junto a plaza Urquinaona; allí tomaba otro tranvía hasta la escuela. Mis clases terminaban a las 13.00 horas. De allí a la plaza Francesc Macià (antes Calvo Sotelo), donde me subía a un trolebús que me llevaba hasta Sant Andreu y me dejaba delante la puerta principal de la empresa. Llegaba apurado, pero a tiempo para iniciar mi jornada a las 14.00 horas. Durante el trayecto me comía un bocadillo.

¿Cómo y cuándo estudiaba? Hasta las 19.00 o 20.00 horas trabajaba al máximo que era capaz, hasta alcanzar la produc-

ción mínima exigida —y algo más—. A partir de ese momento, en un rincón, me ponía a estudiar. Todos los compañeros —y encargados— lo sabían y me protegían. Si alguien imprevisto aparecía, inmediatamente me avisaban y me ponía en mi puesto a trabajar. Lo que hacía de más quedaba para el día siguiente. Sábados, domingos y festivos los pasaba en mi casa estudiando. ¿Diversiones? Ninguna. El primer curso fue bien. El segundo era naturalmente más exigente, pronto empezó a hacer mella en mí. Estaba siempre cansado, agotado, malhumorado... Una noche de frío invierno de 1960 —debían ser la una o dos de la madrugada— el brasero, nuestro único medio de calefacción, ya hacía rato estaba apagado. Estaba con un frío terrible encima... Había terminado un dibujo — el dibujo técnico o industrial siempre se me dio muy bien, pese a que tenía que dibujar sobre una mesa tras esperar a que todos hubieran cenado—, al recoger mis herramientas, se me cayó el tintero sobre el dibujo. Grité, lloré, maldecí... Mis padres se despertaron alarmados. En los días siguientes me llevaron a un neurólogo. Este me prohibió estudiar, ni tan siquiera leer. Si iba al cine, únicamente debía ver películas intrascendentes, lo cual cumplí hasta (casi) en el Cine Club. Varias veces solicité una beca que nunca obtuve. Mis notas no eran suficientes. Sin embargo, sí las obtuvieron otros compañeros (ahora caigo, en toda la escuela no había ni una sola chica) por ser hijos de padres muy bien remunerados o clase media, que no trabajaban y disponían de profesores privados de refuerzo.

Cierto día padecí un accidente laboral «colateral». Las piezas que fabricábamos eran ejes delanteros para el nuevo modelo Pegaso de 5 Tm «Barajas» (ese modelo estaba previsto producirlo en la nueva fábrica instalada en la población del mismo nombre, próxima a Madrid). Estaban amontonadas, alcanzando una altura de tres o cuatro metros, junto donde las soldábamos. Un compañero llevaba a cabo alguna actividad agachado junto a ellas. Por alguna extraña razón, el montón cedió. El compañero se levantó rápido, sosteniendo las

piezas a la vez que pedía socorro. Era la persona que estaba más próxima, por lo que llegué el primero y ayudé a soportar el peso hasta que llegaron más compañeros y empezaron a descargar por arriba. En un momento determinado, en el que estaba solo con el accidentado, noté cómo mi columna vertebral crujía. Una vez liberado del peso, apenas podía andar, por lo que fui trasladado a la enfermería, donde me inyectaron calmantes. El esfuerzo me trajo consecuencias permanentes, pues me causó una desviación medular por la cual estuve más de seis meses de baja. Los médicos diagnosticaron que no era posible que siguiera desarrollando mi trabajo cotidiano. Al reincorporarme, la empresa consideró que no podía seguir trabajando en mi especialidad, planteándome dos alternativas: una de ellas era despedirme por considerarme inútil laboral para seguir desarrollando mi trabajo cotidiano; la otra, participar y formarme en unos cursos de «organización científica del trabajo». El desarrollismo imponía la necesidad de incrementar todo lo posible la productividad de las empresas y como resultado de ella, la producción (ENASA-Pegaso producía por entonces dos unidades diarias).

En España, cumpliendo los planes de los ministros del Opus Dei y Pedro Gual Villalbí, sobre todo, (ministro sin cartera al frente del desarrollismo industrial), empezaron a aparecer las primeras empresas internacionales expertas en la organización «científica» del trabajo. Existían varios sistemas: Bedaux, Centesimal, RASA, etc. Cada empresa optaba libremente por aquel que le parecía más conveniente y ENASA-Pegaso se decantó por el sistema francés Bedaux.

Sería uno de los primeros y más jóvenes Técnicos de Organización Científica en España. No tenía idea de lo que era, pero entre la opción de jubilarme y esta acepté convertirme en Técnico. ¡Qué término tan rimbombante para denominar de otra manera a la extracción de una mayor plusvalía a los trabajadores, como fui descubriendo a lo largo del curso! ¡Qué dominio del lenguaje han tenido siempre los capitalistas!

Debo reconocer que la Organización Científica del Trabajo es una profesión de interés. Con ladrillos se pueden hacer hospitales y cuarteles. Con la energía atómica, medicina y armas. Los medios en sí no son buenos ni malos, sino el uso que se hace de ellos. La organización del trabajo incluye ergonomía, planificación, organigramas y gráficos, cargas y saturaciones, costos, PERT(s), buenos conocimientos de estadística, entre otras cuestiones, cronoanálisis.

Aclaración necesaria. ¿Cuál es la diferencia entre un cronometrador y un cronoanalista? Un cronometrador es el que, por ejemplo, mide en una competición el tiempo entre el inicio y el final. Un cronoanalista debe analizar, además del tiempo, el cómo, cuándo, dónde, por qué, quién, etc. de los participantes, tanto vencedores como no ganadores, y mejorar o buscar alternativas: al calzado utilizado, el estado de la pista, ropa del corredor, dirección y velocidad del viento, estructura corporal, forma de pisar, zancada... El problema de muchos cronoanalistas es que actúan a la voz y deseos de sus amos y «obtienen» los resultados que las empresas desean, omitiendo, más que falseando —aunque también—, muchos condicionantes, y lo subjetivo del análisis del trabajo se lo pasan por el forro y lo convierten en objetivo, convirtiéndose en mercenarios: «Quién paga manda».

El curso de formación como Técnico de Organización duró seis meses de lunes a sábado, y durante toda la jornada laboral completa. Éramos doce o quince, de los que aprobamos aproximadamente diez. Aquel curso me aportó además un bagaje importante, y dialéctico, que desde entonces, involuntariamente y por deformación, siempre me ha acompañado. Ya al inicio del curso nos entregaron varias tarjetas algo mayores que un DNI que debíamos cuidar y tener siempre presentes. Y que aún conservo. Una de ellas contenía y desgranaba todo un cuestionario:

¿*Qué* se hacía o iba a hacer?

¿*Por qué* era necesario?

¿*Cómo* se podía hacer de otra manera?
¿*Quién/es* era/n la/s persona/s idónea/s? ¿Podía/n ser otra/s?
¿*Dónde* podía estar el lugar idóneo?
Eliminar lo superfluo, lo innecesario.
Simplificar, hacerlo sencillo, comprensible, etc.

Se trataba de cuestionarlo todo. No aceptar nada ni nada por hecho o definitivo. Ser siempre críticos, lo cual también era útil en la vida militante: ser siempre dialécticos.

Creo no equivocarme al decir que todos los compañeros aprobados, y aquellos que ya lo eran por selecciones anteriores (otros diez o doce, pero insuficientes para los nuevos planes gubernamentales y de la empresa sobre el desarrollismo) eran casi en su totalidad peritos (actualmente Ingenieros Industriales) y, en cualquier caso, personas que, salvo alguna rara excepción también habían sido trabajadores manuales o antiguos aprendices.

Yo era el más joven. Tenía 18 años y ninguno de los demás tenía una edad inferior a los 25 años. Al parecer, era el más joven de España. Todos mis compañeros lucían bata y corbata. A mí me daba un enorme apuro vestirme así y pasearme por los distintos talleres donde había tenido mis operarios-maestros-formadores-amigos-camaradas, o que simplemente me conocían con mi mono de trabajo como soldador. Y ahora, ¿vestido con bata y corbata? No, no podía presentarme ante ellos vestido de aquella guisa. Por lo demás, la empresa nos autorizaba a no controlar a nadie que fuera familiar, excompañero de tareas, amigo, etc. Así que, como ninguno de mis jefes y superiores se opuso, seguí con mi mono o prenda de trabajo «de toda la vida». Algunos de mis nuevos compañeros se lo tomaron a risa; otros, más benevolentes, como una ocurrencia de un joven.

Empecé a ir por distintas secciones: «Línea del porvenir», una nueva sección de estructuras o largueros de los camiones, Engranajes, Montaje, Térmica, Fundición y otras. Los

responsables de la Producción y Organización de la empresa acabaron detectando que mi presencia no era tan rechazada por el personal, mientras que con muchos de mis compañeros se producían, en ocasiones, graves tensiones. Y, cada vez que ello ocurría —muchas, demasiadas— me enviaban como «apagafuegos». Por todo ello, tales responsables acabaron recomendando que las batas fueran sustituidas por la misma vestimenta que el resto del personal de los talleres, que poco a poco fue imponiéndose.

Debo reconocer que no todos los compañeros de la nueva profesión eran iguales. Algunos eran duros —por emplear una forma elegante de referirme a ellos—, lamentablemente, la mayoría; y de derechas. Otros, la minoría, éramos más o menos iguales entre nosotros, menos exigentes y más tolerantes. Y ¿curioso? «no tan de derechas». Pero todos eran técnicamente grandes profesionales. Mientras en el grupo mayoritario, algunos, honestamente, obtenían sus éxitos a través del cronómetro y rebajando los tiempos, el grupo minoritario buscaba mejoras técnicas, procesos, usos, movimientos y ergometría, y después, el cronómetro. Debo, asimismo, reconocer que nuestro jefe directo, Ramón Pallás, Ingeniero técnico, era un gran profesional y persona. Mucho mejor que algunos de mis compañeros. Demócrata, catalanista y amante de su país. Nunca se pronunció como separatista. Mostraba un gran respeto y tolerancia ideológica hacia todos los demás. Como jefe absoluto, por encima de todos, estaba Albert Callís: católico, persona muy estricta y, debo añadir, justo en su profesión. Profesión en la que se debe distinguir bien lo justo de escaso y lo justo de justicia. Me veo en la necesidad de incluir a Albert Callís en mi historia porque, años después y como colaborador de CCOO en mis tareas como técnico de organización, me he encontrado con él. ¡Qué cambio! ¡Quién lo ha visto y quién lo ve! Naturalmente, asesoraba empresas, pero era fácil tratar-negociar con él. Una de las raras excepciones. Como él, y con él, a lo sumo, no más de cuatro. Y he

conocido decenas de técnicos en la organización científica del trabajo. El Papa Juan XXIII le había influenciado mucho. Ya no era solo católico, era cristiano. Justo es reconocerlo.

La organización científica del trabajo… y la plusvalía

El nudo gordiano de esta forma de productividad era la organización del trabajo a través del cronometraje; las mejoras metodológicas y las técnicas eran determinantes para la obtención de la prima a la producción. Antes, las primas iban en función de la propia producción: *preu fet* o destajo (al cual ya me referí), y consistían a un tanto dinerario por unidad producida: pieza, litro, kilo, metro, etc. Con el desarrollismo, se implantan los sistemas de salarios basados en el «ahorro de tiempos» según normas «científicas» de trabajo o productividad.

De a «tanto por pieza» se pasa a «tanto por tiempo ahorrado». Es decir, para cobrar sobreproducción hay que rebasar unos mínimos de tiempo exigidos por unas cantidades estipuladas (por debajo de ellas cabe la sanción). Por encima del mínimo exigido, se empieza a cobrar por el tiempo ahorrado entre el tiempo mínimo utilizado y el total empleado, incluyendo la sobreproducción para la cantidad estipulada. Supongamos: sea la exigencia producir 480 unidades en 480 minutos al día (8 horas a 1 pieza por minuto). Si se alcanzaba el objetivo de 480 unidades en 400 minutos, lo que cobraba el obrero como prima será el equivalente a los 80 minutos ahorrados o, lo que es lo mismo (480'-400'), un 20% más del salario base. Pero, si habiendo de producir 480 unidades/día, el obrero produce 479, por el sistema de «ahorro de tiempo» o productividad no cobra nada y las 479 piezas realizadas son propiedades netas de la empresa. Y además, le pueden sancio-

nar. El trabajador que iba a *preu fet* cobraría sus 479 unidades. Por tanto, en el sistema de «tiempo ahorrado» es donde más claramente se pone de manifiesto el carácter de la plusvalía. Pero, eso sí, no debemos emplear la palabra plusvalía, hay que llamarla Rendimiento o Productividad. Llamarla plusvalía es de rojos marxistas.

¿Qué es la plusvalía, entonces? Esa palabra maldita tan olvidada por la patronal, naturalmente; y por los sindicatos... Intentaré una explicación sencilla.

Es el valor extra que un asalariado, al vender su fuerza de trabajo —físico o intelectual—, aporta a una mercancía.[5] Los asalariados, si no se quiere hablar de clases, de explotadores y explotados, de trabajadores y patronos, somos «los de abajo», evitando otro escamoteo lingüístico/semántico al denominarnos «la parte social», como algunos sindicatos de clase aceptan. Y responde a la pregunta*:* ¿Qué hace que una mercancía aumente su valor? Intentemos ahora una explicación numérica también sencilla:

Volvamos al ejemplo anterior y supongamos que una persona debe producir una unidad de pieza, kilo, metro, litro, etc. cada minuto, y el precio a que se le paga cada unidad es de 0,10€. Una jornada diaria en condiciones «normales» es de 8 horas = 480 minutos.

A «*preu fet*» (a unidad terminada):

Si produce 1 unidad por minuto y percibe 0,10€ por unidad producida, cobrará = 480/u x 0,10 €/u = 48 € por jornada de 8 horas o de 480'.

Para producir 600 unidades a 1 minuto por pieza, debería emplear 10 horas. Es decir, 8 horas de jornada normal más dos horas extras para alcanzar los 60 euros. Así de sencillo.

En el sistema «Rendimiento» o por tiempo: hemos supuesto que el obrero «normal» en su horario «normal» y con

5 La plusvalía puede ser «relativa» o «absoluta». En el ejemplo que expongo a continuación lo hago sobre la relativa, pero sirve como ejemplo para entender su funcionamiento en ambos casos.

un salario diario de 48€/día por las 480 unidades, e igual al supuesto para el operario que trabaja a *preu fet*. Por lo que el patrón, de inicio, ya tiene 480 unidades aseguradas sin abonar nada más que el salario base. Para cobrar la prima, debe siempre superar la cantidad mínima exigida de 480 unidades. Ni una menos.

Si produjera menos, la cantidad realizada pasaría a poder del patrón mientras que el trabajador perdería la parte del salario base correspondiente al tiempo empleado en la producción mínima «no obtenida» por «incapaz» o por negarse a producir lo exigido (versión patronal).

La valoración del ritmo de trabajo «normal» fue una idea anglosajona —más bien yanqui, ellos iniciaron tal sistema en el taylorismo—, y aceptado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT): «Un hombre (no mujer), de 1,80 metros de altura que en perfectas condiciones meteorológicas avanza por terreno llano con pasos de 0,80 centímetros realizando 4,8 kilómetros por hora es capaz de andar hasta un 33% más deprisa, es decir, hasta los 6,8 kilómetros por hora». Llanamente, es una valoración a los ojos de quien lleva a cabo un cronoanálisis totalmente subjetivo. ¡Toma ciencia!

Es importante ahora determinar, al máximo, la cuantía del salario base, dado que en los sistemas «científicos» determinados por el ahorro de tiempo, un trabajador «normal» puede producir si lo desea hasta un 33% más de su capacidad sin atentar a su salud.

En el sistema de rendimiento por tiempo, el obrero, al realizar 480 unidades, cobraría únicamente su salario base, que debe negociar, si puede, para que sea el máximo que pueda obtener. En general, está aceptado —y aplicado— que el porcentaje dinerario a percibir por encima del salario base se corresponda al porcentaje del rendimiento obtenido, o del tiempo ahorrado.

A un 1% de rendimiento le corresponde el 1% más de salario; al 10% más de producción; un 10% más en salario,

etc. Pero en ningún caso puede superar el 33% del salario base.

Reitero el ejemplo anterior. Supongamos que el trabajador solo quiere producir y ganar un 25% más (es libre de hacerlo). Producirá por tanto en 8 horas 600 unidades.

Calculémoslo: si, a tiempo medido, o rendimiento, un operario produjera 600 unidades (480/unidades x 1,25% más de producción), nada ni nadie garantiza que cobraría 600€, sino el 25% más de su salario base. Primera trampa. A *preu fet* o destajo, por 600 unidades producidas invirtiendo cualquier tiempo de dedicación laboral (7, 8, 10 horas...), cobraría 600€. He aquí por qué es importante luchar por un salario base lo más elevado posible.

Quien trabajaba a *preu fet* o destajo las 600 unidades las obtenía en 10 horas (o menos), y quien lo hace a rendimiento o ahorro de tiempo las 600 unidades las debe hacer en 8 horas. No es lo mismo dividir todos los costos de la empresa por 480 que por 600.

El coste unitario no es el mismo, ¡segunda trampa! Aunque tampoco son las únicas trampas. Pero no vamos a ir más allá que los economistas puros. En general, en el viejo sistema (*preu fet*), casi todos los gastos generales se incrementan en dos horas (8 horas+2 horas = 10 horas): consumos de energía, salarios de personal indirecto obligados a permanecer dos horas más (jefes, almaceneros, personal de seguridad, oficinistas varios, etc.); en el nuevo sistema (por rendimiento o ahorro de tiempo), todos los gastos generales se distribuyen en 8 horas para la misma producción. A mayor permanencia dentro de la factoría más posibilidades de accidentes.

El precio unitario por pieza disminuye al aplicar el sistema por rendimiento. Se podría argumentar: ¿que impide al trabajador a *preu fet* a que alcance la producción de 600 unidades en 8 horas? Nada, absolutamente nada. Él producía la cantidad que podía o deseaba alcanzar y cobrar. El trabajador a tiempo está obligado a producir un mínimo por el salario

base. Y será a partir de cumplir ese mínimo que podrá cobrar un porcentaje sobre el salario base en función de la producción de más alcanzada. Para la empresa, no es lo mismo calcular el precio unitario, en que permanecen prácticamente todos los costos constantes e iguales, y en que únicamente se modifican los variables (el tiempo en salario base ahorrado más la materia prima consumida) por 480 unidades; 600 unidades (Rendimiento 125); o 638,4 unidades (Rendimiento 133, máximo posible, y que no menos del 95% de los trabajadores deberían poder alcanzar según la Organización Internacional del Trabajo).

Esto nos lleva a una reflexión. Sí a un salario base lo más elevado posible, pero ¿no sería más rentable para el trabajador volver al sistema de *preu fet*, o tanto por pieza, en que empezaría a cobrar desde la primera unidad que produjera, sin que el patrón pueda —con o sin cronometraje— situar muy alto el listón para que el trabajador no cobre la prima y quedarse él la producción? Un hecho real, «curioso» e indignante: en más del 90% de las empresas, las mujeres a duras penas alcanzan los mínimos exigidos y, por tanto, no cobran prima alguna. Sobre todo en aquellas empresas que recurren a asesores externos sobre Organización y Productividad. ¿No es extraño y alarmante, cuando según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) deben poder alcanzar los rendimientos del 133%? ¿Dónde está la «ciencia» de la organización?

Por otra parte, no es de extrañar si el patrón de la medida es un hombre anglosajón... Otro indignante detalle es que las mujeres tienen reconocidos —¡que no aplicados!— factores de corrección superiores a los hombres, lo cual innumerables técnicos patronales omiten u ocultan.

Aun así, esa falacia de que los Estados se «desentienden y no intervienen» se desmorona cuando los Estados, en la práctica, establecen leyes laborales al margen de patrones (pero siempre favorables a ellos) y a la clase obrera, amén de

límites a los incrementos salariales. En cualquier caso, es a partir del desarrollismo que la cuestión de las clases debería haber quedado más clara. Pero no, los sindicatos han renunciado a su propio lenguaje, ya no existe ni plusvalía, ni clase obrera ni patronos, ni explotados ni explotadores. Ahora quienes negocian son la parte social y la parte económica.

Confío haber sabido y podido explicar claramente el problema de la plusvalía a quienes trabajan a rendimiento.

Un conflicto

Volvamos a ENASA-Pegaso. Como ya relaté, durante un tiempo fui desplazándome por diversas Secciones: Engranajes, Tornillería, Montaje, Fundición y otras. Un día, jefes por encima de Pallás —pero en su presencia— me propusieron cronometrar a quienes montaban y acoplaban los chasis de los camiones, aunque eran sabedores de que todos me conocían por haber sido el aprendiz de Pere Ardiaca y de haber trabajado con él en Experiencias, y con alguno de aquella línea de montaje, y que, en consecuencia, podía negarme a hacerlo. No les dije ni sí ni no. Lo consultaría con ellos, les informé, y estuvieron de acuerdo con que así fuera. En la misma consulta pactamos —sí, pactamos— cuánto tenía que salir: algo más de la mitad. Volví con la respuesta afirmativa sobre llevar a cabo aquella tarea.

Para comprender la importancia que este trabajo tuvo para mí y toda mi vida laboral posterior me extenderé a continuación en él. Fue, de hecho, determinante. ¿En qué consistía el trabajo? ¿Cómo y quiénes lo llevaban cabo? Se trataba de ensamblar dos largueros del chasis del camión unidos por varios ejes perpendiculares a ambos, y todas las piezas tenían una «premecanización», aunque llenas de imperfecciones dadas las condiciones técnicas de la época. Para ello se conta-

ba con un equipo de cinco personas que tenían que hacer su trabajo de manera muy coordinada. Para ensamblar los ejes y travesaños había que lograr que los orificios de todos los componentes encajaran perfectamente. Una vez encajados, los unían con una ligera soldadura eléctrica inmovilizándolas y, a continuación, se introducían los roblones o remaches a través de los orificios.

Y ahora empezaba lo bueno. Dentro de un pequeño hornillo de material refractario, un primer operario calentaba los remaches con un soplete a la temperatura de trabajo. Y lo hacía a ojo. No podían estar fríos, pues no se podrían remachar —color más o menos oscuro—, ni demasiado calientes —color cereza demasiado claro—, pues se quemaban y la estructura interna de los remaches quedaba rota, siendo un peligro real posterior en el uso del vehículo, al existir el peligro de ruptura. Quien calentaba trabajaba con unas gafas especiales verdes para protegerse la vista y, a través de ellas, distinguía por el color si los remaches estaban en condiciones de ser usados o no. El segundo operario, previsto con unas tenazas de entre 75 centímetros y un metro, lo trasladaba y lo introducía en un orificio, si acertaba, y donde el tercer operario previsto de un martinete mecánico iniciaría el remachado, mientras el cuarto operario, previsto de un contra-martinete manual y completamente vertical al anterior, sostenía el remache introducido evitando que cayera al suelo a la vez que le daba forma. Una vez remachado, el cuarto operario, previsto de una escarpa y un martillo, recortaba todo el material sobrante.

Aunque la memoria me puede traicionar, creo recordar que el tiempo total para el total ensamblaje de un bastidor o chasis era aproximadamente de unas 8 horas, es decir, un día laborable. Había visto cómo aquellas personas se apostaban un café o cerveza, marcaban una línea con tiza en el suelo a medio metro o más y lanzaban los remaches introduciéndolos por el agujero. Mi pacto con los operarios era dejar la tarea en algo más de cuatro horas totales. Estuve dos o

tres días tomándoles tiempos. Hice mis cálculos y «arreglos musicales» (así lo denominábamos entre nosotros, puliendo aquellos tiempos que por alguna razón nos parecían extraños) y volví a comentarlos con ellos. Me pidieron algunas modificaciones y así lo hice. Una vez aprobado entre nosotros lo comuniqué a mis superiores. Pallás nada dijo y lo dio por bueno. Pero no ocurrió así con quienes estaban por encima de él. Y fui convocado por altos cargos, entre quien estaba el Jefe de producción, que me espetó: «¿Sabe que le han tomado el pelo?». Quedó estupefacto cuando le respondí: «Ya lo sé, pero no toque nada». Montó en cólera. Y ordenó cronometrarlo de nuevo por otras personas.

Un día después, tres compañeros míos de los más duros, dos técnicos y un cargo del sindicato vertical, asumían la tarea que había llevado a cabo solo. El Jefe de producción iba acompañado de dos o tres personas más como testigos. Ramón Pallás, que en cuanto pudo se marchó —visto lo que veía— alegando «obligaciones ineludibles», y el Jefe de Taller de montaje, conocido como el «bombero» por sus salidas verbales, en ocasiones un poco ortodoxas, pero buena persona y buen profesional, también se ausentó —visto lo visto también— alegando la misma causa. Las «obligaciones ineludibles» fueron una epidemia. El primer operario que calentaba los roblones o remaches, o los dejaba fríos o los quemaba. Al segundo o se le caían o no acertaba en el agujero. El cuarto se adelantaba al tercero y hacía salir el remache del agujero cayendo al suelo, o ambos no ponían sus respectivas herramientas en perfecta verticalidad. El quinto, si el remache no estaba perfectamente remachado, o era defectuoso por estar frío o quemado, lo arrancaba y... vuelta a empezar. Acudí a ver cómo iba todo. ¡Qué desastre! Me acerqué al Jefe de producción y le dije: «¿Sabe que le están tomando el pelo?». No me contestó, se puso rojo y marchó inmediatamente sin volver a aparecer más. Hubo varios días de tiras y aflojas. Los afectados querían el nuevo tiempo, ¡superior al anterior! Tenían como testigos a

los delegados sindicales de la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS). Al final, los operarios se avinieron a «razones» y aceptaron el tiempo previo a nuestro pacto.

Creo que esta larga disertación era necesaria porque expone cómo eran mis actuaciones profesionales como militante activo. Y mi rumbo profesional posterior por decisión de las autoridades máximas: se me enviaba sistemáticamente a «arreglar» los desaguisados que los duros de mis compañeros creaban y a las secciones más difíciles o conflictivas. Por ello fui a parar a la Sección 2, Tornillería. Necesité poco tiempo y hechos para ganarme la confianza de todo el personal de aquella sección. El más anecdótico y puntual fue quizás durante una noche de invierno. Hubo un apagón general en toda la empresa. En invierno y de noche, las líneas no soportaban el consumo a que eran sometidas y cuando esto ocurría, todos los técnicos de mi profesión se recogían en nuestra oficina. Hice lo opuesto. Precisamente estaba en la oficina, salí de ella y me fui al Taller-2, Tornillería. El personal estaba sentado en un círculo contando chistes. Nadie se percató de mi presencia hasta que dije: «¿Puedo contar uno?». Se hizo un silencio. Alguien preguntó: «¿Qué haces aquí?», a lo cual contesté: «En la oficina, a oscuras, no puedo hacer nada, y me aburro». Y allí, sentado con ellos, permanecí hasta la vuelta de la energía eléctrica.

En otra ocasión hubo un enfrentamiento con un operario nuevo en la sección. ¿El motivo? Un engaño superior al que debía tolerar, pues una cosa era pactar y otra que se me tomara por tonto. Y no cedí... más allá de lo que estaba dispuesto a hacer. Sí supe algún tiempo después que el resto de los compañeros se habían enfrentado a él y que los jefes le amenazaron con devolverlo a la sección de donde provenía. Estaba «de prestado». Transcurrido algún tiempo, cuando ya nos conocíamos más, me pidió perdón y llegamos a ser buenos amigos. Nunca más tuve problemas con él. En otra situación, aunque mi jornada laboral terminaba a las seis de la

tarde, cada día hacía dos horas extras, hasta las ocho. Al terminar mi jornada, todos me daban los datos de la producción obtenida, defectos, causas, etc. A partir del 29 de septiembre de 1958, los jueves, todos los compañeros a las seis de la tarde me daban las producciones que iban a realizar hasta las ocho. Ese día, los jueves, salía con Feli —que en 1962 sería mi esposa. Volveré, como es natural, a hablar de ella—. Si por alguna causa los datos no se cumplían, naturalmente a la baja, al día siguiente se esforzaban más hasta lograr «tapar» el dato dado el día anterior. La complicidad y colaboración entre todos nosotros, con personal y jefes de la Línea 2, era absoluta. Con ellos aprendí muchas cosas que los libros no ponían. Me acordaba mucho de Ardiaca y los demás, a quienes no dejaba de ir a visitar. La práctica es un 1 y la teoría 0, juntos 10.

Buscaba nuevas maneras de aumentar la productividad mediante ingenios, herramientas, movimientos, métodos o ergonomía, respetando siempre sus múltiples trucos y habilidades que ellos utilizaban para engañar a los técnicos de organización, lo cual ellos agradecían, y nos daba confianza mutua e incluso nuevas ideas que me ayudaban, mejorando mi cualificación ante mis jefes.

Un día o dos antes de Navidad acudí a la Sección 2 de Tornillería a desearles muy buenas fiestas al personal de la sección máquina por máquina. Me comentaron: «Si íbamos a venir nosotros a felicitarte. Siempre hemos ido a las oficinas a felicitar a nuestros jefes». Y les contesté: «No. La dirección de la empresa me había felicitado por los buenos resultados obtenidos en esta sección y sin vuestra colaboración no habría sido posible, así que me corresponde a mí felicitaros a vosotros». Ocurrió algo inaudito. Nadie fue aquella Navidad a las oficinas a felicitar a ningún jefe. Para finales de año volví a la sección para transmitirles mis mejores deseos para el Nuevo Año. Me dijeron: «Todos los jefes pasaron por nuestros puestos momentos antes de terminar la jornada a desearnos

una feliz Navidad». En la vigilia del Año Nuevo ocurrió igual. Así fue desde entonces.

Como «apagafuegos» y en situaciones conflictivas, Ramón Pallás se acostumbró a invitarme a suplir a compañeros técnicos conflictivos —por su intransigencia— en situaciones altamente conflictivas (no es redundancia). La más tensa, que recuerde, me ocurrió supliendo a Antonio Garrido, duro entre los duros. Presumía de católico, y no lo dudé nunca; lo que no era es cristiano. Su catolicismo no iba más allá del Antiguo Testamento, creo que nunca debió leer el Nuevo. Su jornada laboral transcurría desde las 14.00 a las 22.00 más o menos, y estaba destinado a la Sección de Térmica, que debido a sus fabricaciones y componentes permanecía abierta las 24 horas del día durante 365 días al año a la temperatura constante de 23/24º. Y por la responsabilidad de sus tareas, la integraban operarios muy competentes. Sobre las 16.00 o 17.00, Pallás me convocó a nuestras oficinas para que supliera a Antonio Garrido, quien alegaba estar «indispuesto». Este me informó de a qué persona y puesto de trabajo debía acudir, a la vez que me advertía de que «el operario era muy difícil y que, si no me obedecía, le sancionara». En cuanto se fue, Pallas me dijo que hiciera «lo que pudiera». Me puse en guardia.

Llegado al puesto de trabajo y presentado al encargado y operario me quedé con este. Seguía el método de trabajo exigido, pero sus ritmos, siempre a voluntad del operario, los variaba como y cuando quería. Imposible de seguir. Nos acercábamos a las 20.00 horas, en que el turno de tarde parábamos para cenar. Por su edad, le pregunté al operario si estaba casado y tenía hijos. Me contestó que sí, y me fui. Poco después de cenar vino el encargado a preguntarme por qué no había vuelto y sobre la breve conversación mantenida con el operario. Le comenté que me habían dicho de que si no cumplía le sancionara y que por mi parte no lo iba a hacer, si me sancionaban a mí no tenía importancia. Era soltero y, por tanto, sin hijos en aquel entonces. El encargado se marchó y

al poco volvió diciéndome que podía ir a cronometrar a aquel trabajador. Fue facilísimo. Con el tiempo llegamos a ser buenos amigos. Al día siguiente, cuando Garrido se incorporó al trabajo, lo primero que me preguntó fue: «¿Has tenido que sancionar al operario?» y le contesté: «No, todo ha ido como la seda». No entendió nada.

A esa sustitución de Antonio Garrido siguió alguna más, siempre que la situación se volvía conflictiva. Colaborando ya CCOO en dos ocasiones me encontré frente a él: había montado una empresa de asesoramiento a otras empresas. Seguía siendo el católico —que no cristiano— borde de siempre.

Pero no todo eran flores. Tenía mis «enemigos». Mis camaradas del PSUC alertaban a los trabajadores contra mí. Cuando de mí se hablaba, siempre recomendaban no fiarse, que si con mi actitud lo que buscaba era ganarme la confianza de la gente, pero que tarde o temprano, cuando la hubiera logrado, iría con la guadaña. En una ocasión llegaron al máximo. Estando en la sección de Montaje, uno de ellos —no recuerdo su nombre, ni me importa— se situó junto a mí con un reloj despertador de grandes dimensiones. Fue una situación graciosa, pero los demás compañeros no aceptaron la broma. Después, reunidos, todos nos reímos, aunque no dejé de decirle al autor: «Te has pasado». Sus ataques, contrariamente a sus intereses, me favorecían, y cuanto ellos más embestían contra mí, más confiaba la empresa en mí. Y hablaban ante mí de proyectos, intenciones, sobre sus controles y sobre quién, etc. Siempre les alarmó cómo el comité y los trabajadores «más rebeldes» iban un paso por delante de los proyectos de la empresa, sin afirmaciones, con un «tal vez», «a lo mejor», «quizás la empresa pretende...».

Cuando en 1961 soy detenido, la empresa descubre el topo. ¡Menudo cabreo! Su cabreo llegó al extremo de que, en la Amnistía laboral, ENASA-Pegaso se la aplica a todos los trabajadores afectados con una única excepción: para mí no habrá amnistía. Pero de ello hablaré más adelante.

RRHH en ENASA Pegaso… y en todas las empresas

Quiero decir y reconocer que las empresas actualmente son más sinceras. Han transformado las RR.HH. de «Relaciones Humanas» a «Recursos Humanos». El filósofo romano Marco Tulio Cicerón designaba a los esclavos como «máquinas que hablaban». ¿Cuál es la diferencia entre «relaciones» y «recursos»? Las relaciones se dan entre personas. Los recursos son cosas.

ENASA tenía una ficha de todos y cada uno de sus trabajadores. Todo lo más exhaustiva y completa posible de quienes eran miembros de los Jurados de Empresa y de aquellos trabajadores que consideraban más conflictivos. En las fichas, además de figurar los datos más elementales, tales como; edad, profesión, antigüedad, etc., había otros más personales: si fumaba, cuál era su tabaco preferido, el deporte o equipo al que era afín, religión —si la tenía—, su posible o potencial tendencia política, etc.

El proceder de la empresa en cuanto a las reuniones con los miembros del Jurado seguía siempre el mismo patrón con algunas pequeñas variantes. Invitarles a sentarse en sillones bien cómodos. La relajación calma las tensiones. Los responsables del personal procuraban entrar con una charla aparentemente anodina: el tiempo, la salud personal o familiar de alguno de los componentes —de la que la empresa ya se había informado—, del partido de fútbol del domingo anterior —si había ganado, lo bien que lo habían hecho, o si había perdido, si era error de alguno de los jugadores o culpabilidad del árbitro, etc.—. La empresa evitaba tratar no con todo el jurado en bloque —hay que reconocer que, por el número de miembros del jurado, las reuniones no eran fluidas—, sino con una comisión del mismo y, a ser posible, conociendo anticipadamente a sus componentes. Con este detalle conocían quién era quién entre los que se iban a recibir y, lo más importante, el eslabón más débil de aquella

cadena de delegados. A través de él la empresa iba a intentar romper la unidad de la comisión. Al hacer dudar al que tenía más dificultades en expresarse o comunicarse, ponía a la defensiva a todo el jurado.

Se les invitaba a fumar. El responsable de la negociación por parte de la empresa tenía varios tipos de tabaco, y siempre tabaco rubio, caro y difícil de encontrar salvo de contrabando. A los camaradas que participaran en alguna reunión de negociación con la empresa les aleccioné sobre cómo combatir tales maniobras. Había que repartirse las tareas. La división del trabajo aplicado a comisión negociadora. Uno o dos, los menos preparados o formados, centrarían constantemente la razón de su presencia y evitar salirse del guion bajo ningún pretexto. Si la empresa pretendía salirse por los cerros de Úbeda con temas como el tiempo, la salud de alguno de los componentes o el fútbol, se reclamaba el centrase en el tema que los había llevado allí. Otros planteaban los temas motivo de la reunión, y los terceros rebatían los argumentos de la empresa. Cada uno en el rol asignado, sin invadir nadie la función de los demás. Ello permitía centrase y procurar que fuera la empresa quien estuviera a la defensiva.

¿Y el Partido?

Mientras tanto, el Partido Comunista de España (PCE) y el *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC) habían acometido nuevos cambios a sus orientaciones políticas, que se resumen en dos frentes. En 1956, el PCE había lanzado la consigna de la Reconciliación nacional. Resumiendo lo más posible: era un intento de superar la división secular y posiblemente centenaria de la dos Españas, de los vencedores y los vencidos. De Perogrullo: los vencidos habían sido los que ya sabemos, pero ¿quiénes eran los vencedores?

Al final inmediato de la Guerra civil, los soldados «vencedores» también fueron graciosamente recompensados. Se les dio trabajo, pero a medida que transcurría el tiempo, iban cayendo. A muchos de aquellos que lucharon, convencidos unos, esperanzados otros y movilizados forzosos otros muchos, una vez nacionalizada la Hispano Suiza y convertida en ENASA, se les colocó en función de su rango político-militar. Otros obtuvieron puestos de trabajo «preferentes» por haber sido excombatientes, excautivos, mutilados o familiares directos de muertos en el bando rebelde. A mayor rango, mejor puesto. Y los que no habían pasado de soldados, fueron asignados como trabajadores. Ellos también eran «los vencidos». El régimen ya no los necesitaba. Eran clase obrera. Así, con el tiempo, se vieron inmersos en los mismos problemas laborales y salariales que todos aquellos trabajadores que durante la República y la Guerra Civil habían permanecido trabajando en la Hispano Suiza.

Por mí mismo puedo dar fe de que dos o tres de ellos que trabajaban en Experiencias, cuando había conflictos o huelgas, no eran reacios a incorporarse a ellas, ya fuera por sentirse mal recompensados, o por haber terminado dándose cuenta de que ellos también eran explotados. Porque, en definitiva, estaban abajo. La política de Reconciliación Nacional se dirigía, pues, a todos aquellos que en alguna ocasión creyeron que Franco iba a ser el salvador de algo y que acabaron cayendo del burro, ya que en definitiva Franco no era otra cosa que la versión española del fascismo. La Reconciliación Nacional llevaba implícita la amnistía total y absoluta para todos los españoles, independientemente del bando en que lucharon durante la Guerra Civil.

Otra campaña fue la constitución y organización de un sindicato alternativo al vertical del régimen, la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS), por otro, clandestino, creado desde la base y por los propios trabajadores, la Oposición Sindical Obrera (OSO). Desde el principio la OSO estaba

condenada al fracaso. Nacía con varios inconvenientes. El primero y principal, que estaba condicionado por sus orígenes, pues no iba más allá de ser una correa de transmisión del PCE y del PSUC. Quienes participaran en él debían ser militantes o simpatizantes de alguno de ambos partidos. Eso ya era un gran hándicap. El otro, no menos importante, cuanto menos para los trabajadores de las grandes empresas, es que se producía una dicotomía. Las células del Partido (PSUC en Catalunya), cuando era posible organizarlas y contaban con más de cinco trabajadores, se subdividían; fuera y dentro de los centros de trabajo. Así, aparecía de hecho una «doble» militancia para las mismas personas: ora se reunían como partido, ora se reunían como tendencia sindical. Si todas las células de una empresa, y aún peor de varias, se reunían como Central Sindical Obrera (OSO), demasiados camaradas se hubieran conocido entre sí. Y ello no era conveniente por razones de seguridad. Por ello, poco a poco, la OSO se fue diluyendo y la aparición de las Comisiones Obreras (CCOO) en Asturias en la mina «La Camocha», en 1958, significó un salto cualitativo importantísimo en las luchas obreras.

Nuevo salto cualitativo en las luchas obreras

En jugar al escondite de las palabras y los conceptos ya tenía experiencia el franquismo. Igual se ocultan tras las palabras «patronal» y «clase obrera», «parte económica» y «parte social» a patronos y obreros. La festividad del Primero de Mayo que el franquismo, al reimplantarla después de la Segunda Guerra Mundial, llamaba sin ninguna concesión al ridículo, en honor al obrero carpintero padre de Jesús, «Día de San José Artesano».

Estábamos a finales de abril de 1958, los trabajadores se declararon en huelga, en solidaridad con Asturias —nunca

durante el franquismo se habían llevado a cabo huelgas de solidaridad con otras empresas en lucha— y por reivindicaciones laborales y económicas. En Barcelona y su cinturón industrial había gran tensión. Se habían recogido firmas en demanda de aumentos de salario y contención de los precios. Para el Primero de Mayo se declara una Huelga General en el metal. Hubo más de cuarenta mil huelguistas y múltiples acciones. Por aquellos días era normal oír a gentes silbando o cantando una canción legal: «Asturias patria querida».

El personal de ENASA-Pegaso se concentra en el patio central de la empresa o de los naranjos, por lo árboles allí plantados. Llega la policía con el gobernador civil Acedo Colunga al frente. Se llevan a cabo algunas detenciones de militantes del PSUC. De nuevo, como en 1956, se declaró por parte del gobernador y la empresa el «*lock-out*». Durante los hechos, la policía llevó acabo más de doscientas detenciones. De ENASA-Pegaso fueron despedidos dieciséis trabajadores y varios de ellos ingresaron en prisión: Escribá, Antoni Mullor, Vicens Faus, Badía, Tomás Antón, Emili Fernández, Lara, Palmer... Asumí que en ENASA-Pegaso no podía desaparecer el Partido. Descabezado, disuelto lo poco que se había podido salvar del PSUC, tomé la determinación de reconstruirlo. Pedí ayuda al Partido a través de Jordi Borja. Él, Isidor Boix, Mª Rosa Solé, Mª Rosa Borràs y otros me ayudaron a reconstruirlo.

Les expuse mis intenciones a varios compañeros aprendices y exaprendices de confianza: Miquel Mazarico, Liberto Faura (se cambió el nombre por el de Alberto cuando ascendió profesionalmente en la empresa), Salvadó (compañero en la Sección de Experiencias), Lozano, Cumplido, Villegas... más algunos camaradas que se habían salvado de las detenciones o despidos como Ardiaca, Guardiola, Walther y otros.

De hecho, con aquellos que se habían salvado acordamos que por razones de seguridad no se reincorporarían activamente, pero aquellos que quisieran —y fueron mayoría— pagarían una cuota y se les proporcionarían materiales del

Partido. Y gracias a los jóvenes se recuperó el PSUC. Por cierto, una de mis grandes alegrías fue haber acertado con la capacidad de entrega y trabajo de Miguel Mazarico. Al principio era un poco pasota, pero muy responsable en el cumplimiento profesional y solidario como pocos. Por ello se le invitó a participar en las charlas de formación que nos daban Borja y otros camaradas, pero nunca sabíamos cuándo acudiría. Mazarico provenía de la «terra ferma». Era un buen profesional, con gran capacidad de aprender. Gran compañero y muy solidario. Por todo ello me fijé en él. Pero aunque era muy normal para cualquier joven, únicamente acudía a las reuniones si no tenía otros compromisos: baile, playa, cine... Nunca le presioné, pero empezó a transformarse. Sus otros compromisos fueron disminuyendo, y su dedicación al Partido y a la formación política, aumentando. Poco tiempo después, yo sufriría mi primera detención y Miguel Mazarico asumió la responsabilidad de dirigir el Partido en ENASA. Empezaron a impartirnos seminarios de formación marxista, y él, poco a poco, fue interesándose más en los problemas laborales y sociales, hasta que su presencia se hizo permanente.

Jordi Borja me había sugerido por entonces que fuera a la República Democrática Alemana (RDA) para recibir unos cursos de formación política. Le contesté que, si así lo creía conveniente, el Partido acudiría (el concepto de disciplina en la clandestinidad, lógicamente, era muy importante), pero decliné en favor de Mazarico, comentándole que él podría llegar a ser un cuadro importante. Le dije, ¡y no me equivoqué!: «Mira, Mazarico vale más que yo. Está destinado a ser un gran cuadro del Partido. Mejor que vaya él. No nos arrepentiremos». Miguel Mazarico fue en mi lugar a la RDA. Afortunadamente, llegó a ser un gran líder y un ejemplo, como en su día lo fue Emili Fernández. Lo demostró con creces. Él organizó y dirigió con gran éxito la huelga de marzo de 1962.

Uno de los problemas de la militancia era dónde y cómo reunirnos. Solíamos acudir a lugares muy públicos algo sepa-

rados de la gente, pero no tanto como para llamar la atención; solo lo suficiente parta poder hablar y oírnos entre nosotros. Íbamos a veces a algunos bares próximos a las facultades de la universidad, a los que acudían estudiantes, por lo que poner papeles sobre una mesa y hablar era normal. Pero sobre todo, a uno llamado Oro del Rihn, que existía en el chaflán de la Rambla de Barcelona con el Paseo de Gracia, pegado al cine Coliseum. Era un bar de la burguesía. Íbamos los domingos y días festivos a media mañana. Madrugar allí sería extraño. Esos días nos vestíamos lo más bien que podíamos y allí nos preparábamos. Algunas tardes, acudíamos al bar Zúrich, de la Plaça Catalunya, donde en su altillo acostumbraban a acudir estudiantes para charlas o intercambios de apuntes, por lo que, igualmente, tener papeles u hojas sobre la mesa o tomar notas era algo normal. En alguna ocasión nos reunimos en un canódromo que por entonces existía en la Plaza de España, y una o dos veces en la montaña de Nou Barris. Al final convinimos en que, en un canódromo, jóvenes hablando e intercambiando papeles era un poco extraño, y no digamos en una montaña, así que creímos que lo más prudente era estar donde estaba la gente y entre ella: El Oro de Rhin y el Zúrich.

La vida y las actividades siguen

Ese año de 1958 alteré, involuntariamente, una vieja costumbre en ENASA. El personal acudía en las fiestas navideñas a las oficinas de sus jefes a desearles unas «Felices Fiestas de Navidad». En los días anteriores a Navidad, fui felicitado por la dirección de los progresos en producción y actitud del personal del Taller-2 (Tornillería). Un día o dos antes de Navidad, de buena mañana, me pasé por todas las máquinas, deseándoles a los compañeros sus «felices fiestas». Me dijeron: «Si íbamos nosotros a pasar por tu oficina». «!No!», e

insistí en que lo hacía por mi iniciativa y los motivos por los que lo hacía: «He sido felicitado por la dirección por lo bien que estoy llevando mi labor aquí con vosotros, y es a quienes os lo debo agradecer». Mí éxito era su éxito. No hubiera sido posible sin su colaboración.

En aquellos años las fiestas navideñas se limitaban al día de Navidad y San Esteban. El día 27, al reincorporarme al trabajo, me enteré de que nadie había ido a desearles las buenas fiestas a ningún jefe. El día 31 volví a pasarme puesto por puesto a desear a mis compañeros un «Próspero Año Nuevo». Llegaba la hora de plegar y nadie iba por los despachos de los jefes... Finalmente, estos salieron de sus jaulas de oro y fueron a felicitar a los trabajadores. Se había roto una tradición. En verdad que no imaginaba que mi decisión tuviera aquella repercusión, pero nunca me arrepentí de sus consecuencias.

En 1959, nuestra célula lleva a cabo su primera y única acción en la calle, ajena a nuestra actividad laboral y que, para mí —y supongo que para toda la célula—, significó nuestra primera acción o actividad «catalanista».

Barcelona, sobre todo, ardía en un fervor de reivindicación nacionalista. El director del periódico *La Vanguardia*, nombrado por el «Generalísimo» el Primero de Mayo de 1939, Don Luis Martínez de Galinsoga i de la Serna, más conocido como Luís Galinsoga, asistía a un acto religioso el 21 de junio en la iglesia de Sant Ildefons. Al conocer que la misa iba a ser en catalán acudió a la sacristía a pedir explicaciones. Y las tuvo. Se le informó de que, pese a que la mayoría del vecindario asistente era de origen catalán, se oficiaban seis misas en castellano y dos en catalán. Y se mantuvo el oficio religioso. Al principio, en la posguerra, las misas eran todas en latín. Pero cuando el sacerdote oficiante inició el sermón en catalán se levantó irritado, le tiró su tarjeta al sacerdote y exclamó que él y todos los catalanes eran una mierda. No conforme con tal estulticia, una vez fuera del templo, explotó: «Mierda de catalanes». La noticia corrió como un reguero de pólvora

por toda Barcelona y más allá. Al día siguiente se iniciaron acciones contra él y *La Vanguardia*. Así fue hasta febrero del año siguiente. Se tiraban octavillas llamando al boicot del periódico. De unos ochenta mil ejemplares se pasó a unos treinta mil, y alrededor de veinte mil suscriptores se dieron de baja. Se quemaban ejemplares del periódico públicamente en las calles y, nosotros, en un par de ocasiones cuanto menos, llevamos a cabo la quema callejera de *La Vanguardia* y lanzamos octavillas. El 2 de febrero de 1960, el Generalísimo nombró nuevo director del periódico: don José María Aznar, abuelo de quien, en esta larga transición, llegaría a ser presidente del país, con el mismo nombre del abuelo. El que, «en privado», hablaba catalán.

Permítaseme una cuña e incluir a una joven camarada, que fue ejemplo de combatividad pese a su corta edad. Tenía catorce años. Ella y su lucha merecen ser conocidas. En julio de 1959, en Badalona, tuvo lugar una lucha obrera y femenina poco conocida, pues el sistema y su prensa lo ocultó. El gobierno fascista, coincidiendo con el día de su victoria, el día 18 de julio, para que el pueblo la recordara y celebrara, había instaurado una paga extraordinaria. Se trataba de la huelga mantenida por unas trabajadoras de la empresa textil Can Ribó, situada frente a la comisaría de la ciudad de Badalona. Salvo tres o cinco trabajadoras mayores y algo concienciadas, el resto apenas llegaba a los dieciocho o veinte años. El dueño abonó la paga extra con salario equivalente al año del pronunciamiento militar, 1936. Se formó una comisión de trabajadoras (los hombres no participaron) que exigieron e impusieron entrevistarse con el dueño, el cual las amenazó con llamar a la policía. Ellas no se echaron atrás y aceptaron el reto. El patrón acabó abonando la diferencia dineraria. El dueño era de una estricta moral católica en cuanto a carne y piel humana se refería. Tal moral no le impedía, no obstante, incumplir sus obligaciones sobre cuestiones salariales, higiénicas o de seguridad. Ahí su moral católica ya no era tan es-

tricta, ni mucho menos. Las trabajadoras debían vestir unas batas cerradas por el cuello, mangas hasta las manos y faldas largas (hasta unos 20 centímetros por debajo de las rodillas). Un día de verano, Teresa Bohigas —que así se llamaba la muchacha— no estaba dispuesta a transigir con aquel atropello y decidió pasar a la acción. Le cortó todo lo que le «sobraba» a la bata. Rebajó su cuello, cortó las mangas a la altura de los hombros y por encima de las rodillas. Todas las demás la secundaron. El patrón llamó a la policía, que únicamente tenían que cruzar la calle, y detuvieron a la rebelde promotora. Pero sus compañeras se declararon en huelga. La policía tuvo que soltar a la joven y el patrón, readmitirla y abonar su deuda. Teresa era hija de un anarquista que años más tarde ingresó en el PSUC y que en 1961 conocería en prisión.

Recapitulemos. En ENASA, en 1960-1961, después de despedir a la casi totalidad del personal eventual que había sido contratado en 1958, la producción diaria alcanzaba las diez unidades. Cabe recordar que en 1958 la cifra era de dos unidades diarias. En dos años, la producción había aumentado un 500%. Y así seguiría con casi el mismo número de trabajadores que al principio.

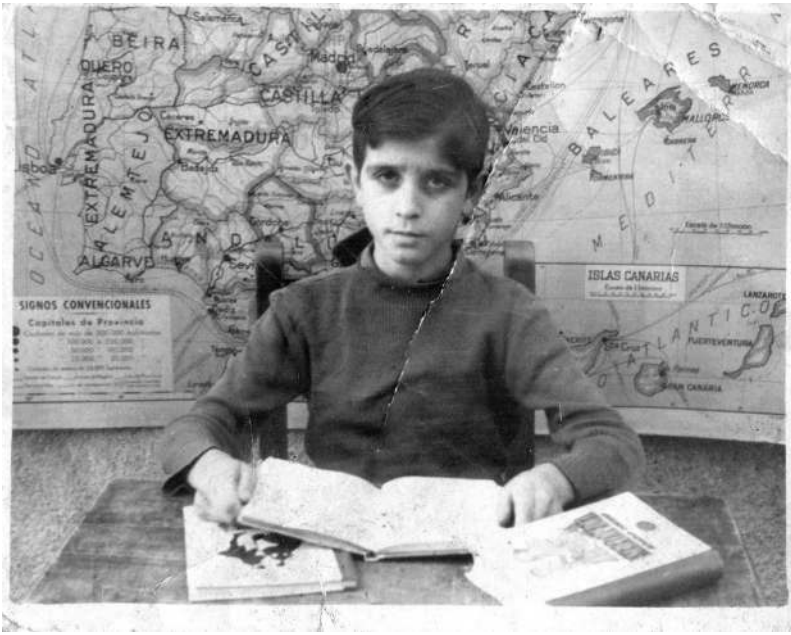
En febrero o marzo de 1961, el ejército me convoca para cumplir mis obligaciones. Informo a mis camaradas, a la empresa y a mis compañeros de la Sección de Tornillería, los cuales llevan a cabo un acto de despedida. El hecho es noticia en toda la fábrica. Naturalmente, también para la dirección, la cual se alarmó. ¿Obreros de base homenajeando a su controlador? Los compañeros me regalaron un llavero con un libro grabado, que todavía conservo, con una inscripción que dice: «En recuerdo de tus compañeros». «Tus compañeros» siempre me ha llenado de orgullo. No era ningún mando ni jefe ni superior, era un compañero con unas funciones específicas. Nada más. Y una pluma preciosa, que por desgracia no conservo. Un día la dejé a la vista en mi taquilla/armario del vestuario... y hasta nunca.

Mi destino era el cuartel de Ingenieros Zapadores «Lepanto», en la Gran Vía (durante el franquismo, Avenida de José Antonio), y frente al Barrio de la Bomba, que años después pisaría, conociendo a Felipe Cruz (en Sant Medir, y con quien coincidí en «La Modelo» después) y a su compañera Pura. Al segundo día de estar en el cuartel me ocurrió una extraordinaria casualidad ¿Existirán los dioses? Estábamos en la enfermería del cuartel para ser medidos, pesados, vacunados... Mientras guardaba mi turno, en una fila oí una conversación entre una persona mayor vestido con una bata blanca y dos chicos de mi edad, también con una bata blanca. En la conversación, aquel hombre se quejaba ante los jóvenes de su desgracia con un hijo que tenía una extraña enfermedad cuyo nombre no recuerdo. Pocos días antes, había leído en la prensa que un laboratorio de Barcelona sito en la Plaza Sagrada Familia y chaflán con las calles Provenza y Sicilia había descubierto una medicina, justamente contra aquella enfermedad. Me acerqué a él y le di la información. Me miró de arriba abajo y me dijo, más o menos: «Te doy dinero y ahora mismo sales del cuartel, muestra este pase a la guardia, que yo te doy permiso —me cumplimentó un pase, y te vas a ese laboratorio. Si me traes ese fármaco te acordarás de mí, y si no me lo traes también, por meterte donde no te llaman». Salí de cuartel, volví, le entregué el producto, pasé los tramites de reconocimiento que había dejado en suspenso e informé de mi accidente laboral. Durante las dos o tres semanas siguientes hice mi vida militar con normalidad. Un día me comunicaron que debía trasladarme al Hospital Militar. Allí estuve aproximadamente una semana. Me hicieron una radiografía de la espalda, pero no recibía explicación alguna de por qué estaba allí. Otro día me dijeron: «Baja, has de pasar por el tribunal médico». ¡Lo presidía quien era el oficial médico del Cuartel de Lepanto! Salí de allí como inútil para el servicio de armas. Regresé al cuartel, recogí mis pertenencias y devolví las del ejército. Cuarenta días habían transcurrido entre que llegué y mi marcha.

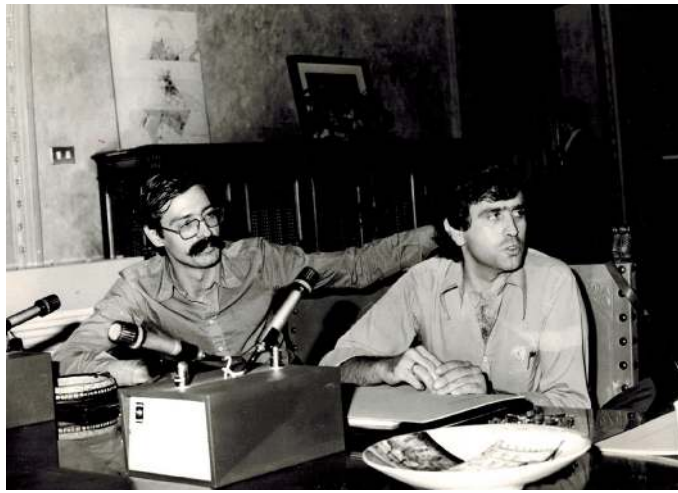
Me tomé una semana de vacaciones y volví a presentarme en ENASA-Pegaso. Ingresé de nuevo. Al primer día de mi incorporación me entregaron una reclamación de un operario de la Sección de Tornillería y me informaron de que volvía a asumir la responsabilidad de aquella sección. Hacia allí me dirigí. Fui recibido con una gran jovialidad. Abrazos y preguntas por doquier por mi rápido regreso. Y me informaron. Al día siguiente de mi marcha me había sustituido Jorge Pardo como responsable de la Sección o Línea 2, apoyado por uno o dos más como refuerzo, todos ellos de los más estrictos y «huesos» de mis compañeros. Para Jorge Pardo ser un «hueso» no era por maldad, sino por una necesidad intrínseca. Era una persona de una inteligencia y memoria asombrosa. Para él todo era personal. Su ego no le permitía aceptar que ningún trabajador fuera capaz de engañarlo. Pero ¡si hubiera sabido las veces que lo fue! Cuando su fama se extendió, para más de un trabajador se convirtió también en un reto engañarlo. Se sabía cientos de cifras, algunas de hasta diez y doce dígitos de memoria. Estaba en reto permanente consigo mismo para demostrar su inteligencia. En la Línea 2, desde su presencia, las reclamaciones y tensiones habían aumentado exponencialmente. Después de las salutaciones me dirigí a hacia la máquina y un operario. Charlamos. Llevaba mis «herramientas» de trabajo. Las preparé y me dijo: «Voy a cronometrarte. Traigo aquí una reclamación tuya». Le respondí: «Ah, no. Que venga Pardo». Y contestó: «Pardo no vendrá». «Ahora vuelvo a estar definitivamente con vosotros». Su respuesta: «Entonces retiro mi reclamación». Sonreí, ¿o tal vez me reí? Le miré actuar. Alimentaba la máquina deprisa, tal como le hubieran exigido muchos técnicos. Además, la máquina había sufrido una ligerísima alteración, solo perceptible para quienes conocen bien «su» máquina, sobre todo cuando ésta es ya vieja. Hay trabajos, como ese, donde lo que menos necesitan es rapidez o fuerza, y donde es necesario conocer a las máquinas muy viejas,

pues tienen sus «achaques». Esas y otras muchas cosas que ellos sabían y me habían enseñado eran sus habilidades o trucos, que siempre respeté. La máquina en cuestión —una rectificadora sin puntos— lo que menos necesitaba era rapidez. A mayor rapidez en la alimentación manual peor trabaja la máquina y, por tanto, hay una mayor introducción de la pieza entre las muelas. Resumiendo, se acaba gastando más tiempo. Nos echamos a reír y me marché.

Era frecuente en esos casos que los operarios alegaran «peros» para cumplir las órdenes de los técnicos. Forcejeaban verbalmente con ellos. Y al final y a regañadientes, «obedecían», «cedían». ¡Habían llevado a los técnicos al terreno donde ellos querían al cuestionarles sus decisiones! Y los técnicos terminaban ufanos su trabajo, pues sus decisiones y conocimientos se habían impuesto. Debilidades humanas. En mi enseñanza profesional aprendí que cuando centraban tu atención en un punto menor, en el que acabarían cediendo, era porque el engaño mayor estaba en otro punto. Volví a mi oficina central y le dije a Ramón Pallás. «El operario ha retirado la reclamación». Pallás, del que ya dije que era un gran profesional y muy inteligente, se mantuvo en silencio. Pero sí asombró a algunos de mis compañeros y jefes de «más arriba», máxime cuando, por si fuera poco, la totalidad de reclamaciones en curso de aquella sección fueron retiradas. La Sección de Tornillería volvió a ser «mi» sección en exclusiva, además de dedicarme a otras tareas, o a ejercer, como siempre, de apagafuegos.



Fotografía escolar, 6/8 años.

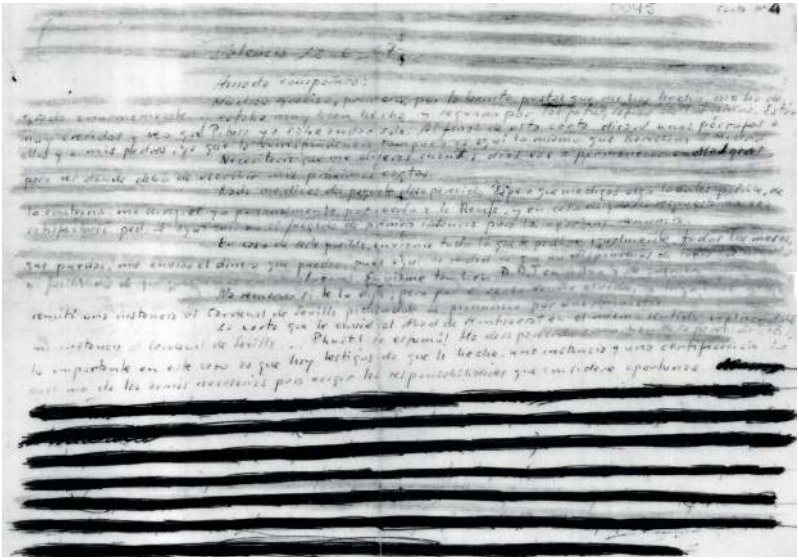


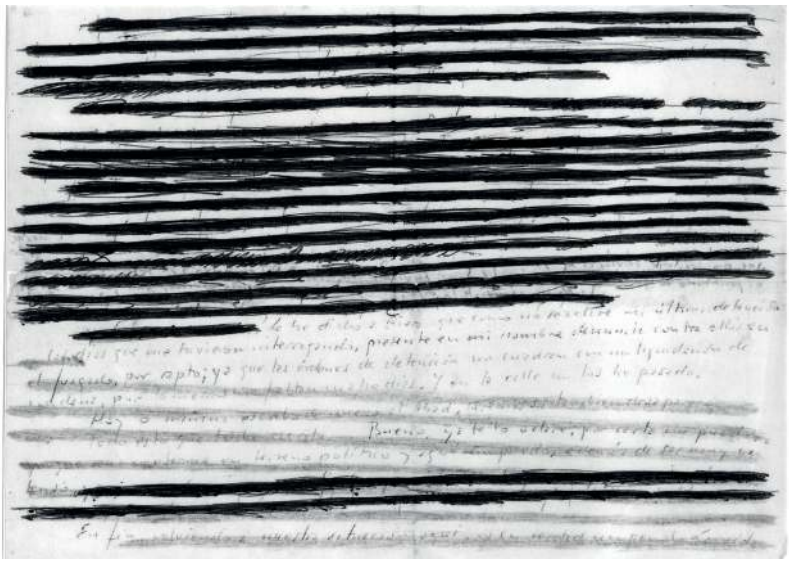
Sala de actos del Ayuntamiento de Prato, Italia. Acto relacionado con las Brigadas Internacional. 1975

Sala de actos del Ayuntamiento de Prato, Italia. Asistentes al acto relacionado con las Brigadas Internacional. 1975

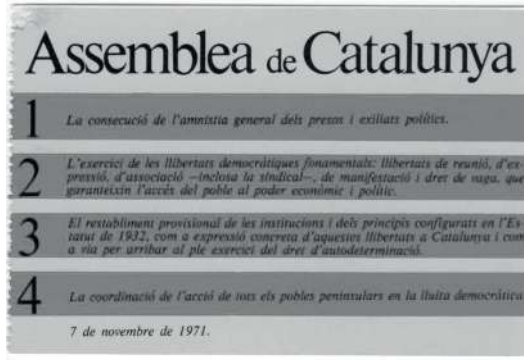
Socours Populaire Français: Presentación en Hotel Baltimore.
Merienda hijos presos.

Socours Populaire Français: Esposición de ejemplares
de boletines de las CSSCC





Carta censurada a la salida de "La Modelo". 1966/1968



Assemblea de Catalunya

1 *La consecució de l'amnistia general dels presos i exiliats polítics.*

2 *L'exercici de les llibertats democràtiques fonamentals: llibertats de reunió, d'expressió, d'associació –inclosa la sindical–, de manifestació i dret de vaga, que garanteixin l'accés del poble al poder econòmic i polític.*

3 *El restabliment provisional de les institucions i dels principis configurats en l'Estatut de 1932, com a expressió concreta d'aquestes llibertats a Catalunya i com a via per arribar al plè exercici del dret d'autodeterminació.*

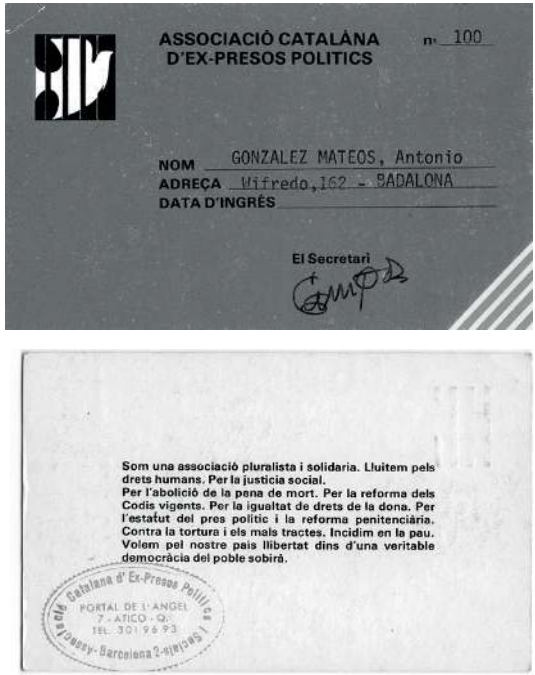
4 *La coordinació de l'acció de tots els pobles peninsulars en la lluita democràtica.*

7 de novembre de 1971.

Carnet: *Assemblea de Catalunya.* 1971

Aministía: Pegatinas "*Sobreseïment*" "*Llibertat*". 1973

Dos monedas de "curso legal" en La Modelo, Barcelona. 1975



ASSOCIACIÓ CATALÀNA D'EX-PRESOS POLITICS

nº 100

NOM GONZALEZ MATEOS, Antonio

ADREÇA Wifredo,162 - BADALONA

DATA D'INGRÉS

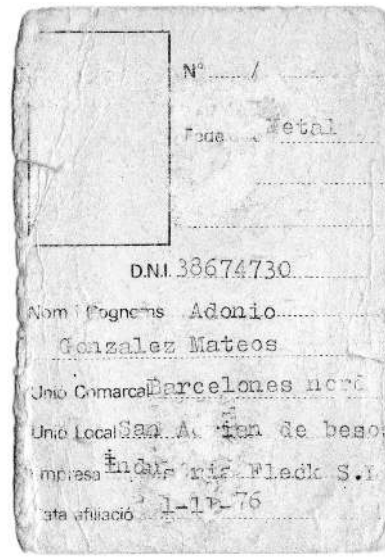
El Secretari

Som una associació pluralista i solidaria. Lluitem pels drets humans. Per la justicia social.
Per l'abolició de la pena de mort. Per la reforma dels Codis vigents. Per la igualtat de drets de la dona. Per l'estatut del pres politic i la reforma penitenciària. Contra la tortura i els mals tractes. Incidim en la pau. Volem pel nostre pais llibertat dins d'una veritable democràcia del poble sobirà.

Associació Catalana d'Ex-Presos Polítics
PORTAL DE L'ANGEL
7 - ATICO - Q.
TEL. 301 96 93
Barcelona 2-Espanya

Carnet: *Associació Catalána d'expresos polítics.*1975

Camino de San Sebastian/Easo. Encuentro de fuerzas políticas del Estado. 1975



Carnet: 1er, carnet de CCOO. 1976

ACAPS: 1ª Llegada de niños saharauis. Arenys de Mar. 1979

Semana dedicada a Nicaragua. Antiguo Hospital de Barcelona. 1981

Foto familiar. 1988

SCANIA
111

ACAPS: Caravana al Sahara. 1993

Descanso durante el rodaje de "Tierra y libertat" de Ken Loach.

CCSSCC: Algunos miembros en el domicilio de Maria Antonia Pelauzi

Foto familiar. 2008

1ª Acción "Iaioflautas". 2011

GASTRONOMIA PÁG. 4
Un any sense Santi Santamaria
Primer aniversari de la mort del gran cuiner

URBANISME PÁG. 5
El PP ofereix desbloquejar Glòries
Defensa no anul·lar el túnel del tren

LA TERRASSA PÁG. 6
Els 85 anys de la 'vieille dame' Gréco
Sagarra retrata aquesta diva de la cançó francesa

GENT PÁG. 8 A 11
Els Gaudí de cinema s'allunyen del glamur
La gala ha d'adaptar referents estètics

viure

Dissabte, 12 febrer 2012
LA VANGUARDIA

En acció. Alguns dels membres del col·lectiu d'activisme social autodenominat Iaioflautas, que es reuneix a l'Ateneu Roig de Gràcia

"Ara són els nostres temps"

● **L'activisme social dels 'iaioflautes' il·lustra una nova manera de veure la participació ciutadana entre els més grans**

LUIS BENVENUTY
BARCELONA

Els iaioflautes es van donar a conèixer fa poques setmanes quan van passar un matí a la sucursal d'un banc. La van prendre. "Com que el nus jove té sessanta anys i escaig la policia no es va atrevir a desallotjar nos", diu una dona entre riallles entrenaliades. Després van ocupar la seu al passeig de Gràcia d'una agència de qualificació. Més tard van segrestar un autobús per protestar contra les noves taxes. Contra les pressions que van enfonsar l'economia. Pel futur dels seus néts. Pel de tots la gent, argumenten. Els detalls del proper cop es definiran en una reunió secreta dels fundadors. Cinc dinaves en un restaurant xinès. I van escoltar. Esperanza Aguirre que qualificava de rentaflautes els del 15-M. Llavors se'ls va ocorrer les idea de crear el grup iaioflautes.

"Nosaltres estem bé. Tenim la vida resolta. El metro ens surt de franc. Ho fem per la joventut... Quan tots els detalls de la seguent acció estiguin clars, el mateix dia, convocarem els nostres seguidors. D'aquesta manera no ens trobaran la policia abans d'hora".

En aquesta assemblea també hi ha representants de la Comissió de Gent Gran del 15-M i dels avis que fa mes de cent dies que estan atrincerats al CAP Marina

CONTINUA A LA PÀGINA SEGUENT

VIVIRVIP.com
70% Dte. Sent l'adrenalina! Condueix un Ferrari
Compra un pla de 299€ per només 89€
Apunta't gratis a www.vivirvip.com
LA VANGUARDIA
Viu la teva ciutat amb descomptes de fins el 70%.

Iaioflautas. l'Ateneu Roig de Gràcia. 2012

Encuentro alternativo de fundadores de CCOO en su 50º Aniversario. 2014

Soy detenido. Una nueva etapa

A finales de julio de 1961, el PSUC llevó a cabo una campaña de boicot al transporte por una nueva subida del precio del transporte público. Un domingo al amanecer, el día de mayor afluencia a las playas, antes de que la gente empezase a acudir a ellas, la organización del Partido había decidido llevar a cabo una «siembra» (así se llamaba al lanzamiento de octavillas) en Badalona, llamando al boicot del transporte. Se habían decidido dos zonas. Desde la Calle del Mar a la izquierda y desde la Calle del Mar a la derecha. La izquierda, en dirección a Montgat y contraria al cuartel que la Guardia Civil tenía en la playa, frente a la estación de ferrocarriles, quedaba asumida por Mª Rosa Solé, Jordi Borja y Abilio Campos. Este grupo iniciaría su siembra unos 15 o 20 minutos antes que la otra, para atraer a la Guardia Civil en caso de que se enterase. El segundo grupo, entonces, iniciaría su «siembra» en dirección al Pont del Petroli, y debía pasar por delante del cuartel, el cual se suponía que la Guardia Civil abandonara en se persecución del primer grupo —como así fue— sin que finalmente pudiese detenerlos, dado que el recorrido era corto —unos 500 metros—, rápido, muy próximo a sus viviendas y a múltiples calles perpendiculares a la playa. Pronto terminaron y desaparecieron. El segundo grupo, que estaba integrado junto a Mª Rosa Borràs e Isidor Boix, tenía ya el camino expedito.

Normalmente y por razones de seguridad, no debería haber participado, pues mi militancia estaba en ENASA-Pegaso y no en Badalona. Pero me eligió Jordi Borja, quien sabía que militaba en la fábrica, porque dos eran pocos. Además, él vivía muy próximo a la playa y conocía las posibles salidas en caso de huida. Previamente, siempre en guardia sobre respetar las medidas de seguridad, el «no saber lo que no debes saber y el no explicar a lo que los demás lo que no deben saber», pedí no formar piquete con Abilio, a quien jamás había contado nada sobre mi militancia en la fábrica, aunque yo sabía que era militante, pues había intentado captarme. Terminada felizmente la «siembra», cada uno a sus cosas.

Pero pocos días después de esa jornada, Josep Gual i Lloveras se pone en contacto conmigo en el Cine Club y me dice: «La policía ha detenido a Abilio —eran vecinos, Josep no militaba, lo había hecho durante la República en Esquerra Republicana de Catalunya y en la legalidad ingresó en el PSUC— y están buscando a Borja». Gual debía suponer que con Borja nos veíamos con cierta frecuencia, pero posiblemente ignoraba mi propia militancia. Aunque tal vez la supusiera. En cuanto a mí, nada dijo. Durante los años que conviví con Gual mantuvimos una gran amistad (llegó a dedicarme un poema en mi detención), por lo que me preocupé por Jordi, pero no tomé ninguna medida para conmigo.

Aunque sabía dónde vivía Jordi —me había reunido en alguna ocasión con él en su casa— consideré más prudente no ir a su domicilio y esperar a ver si aparecía en la cita, concertada en la línea de autobuses BS (actualmente B-25), en la entonces llamada Riera Matamoros de Badalona. Apareció, bajó del autobús. Le dije: «Han detenido a Abilio y a ti te están buscando». Subió al mismo autobús en que había llegado y desapareció. Días después tuve noticias de que se había exiliado a Francia junto a Mª Rosa Solé. Seguí tranquilo. En enero de 2015, durante la celebración del 50º Aniversario de CCOO en Vía Layetana, supe a través de Isidro Boix que él también

huyó en aquel momento junto a Mª Rosa Borrás. Con Jordi, años después, al salir en libertad de mi primera condena, me escribía con cierta asiduidad. Estaba en París.

El 3 de septiembre por la tarde, la Brigada de Investigación Social (BIS) me detenía en ENASA-Pegaso y era trasladado a la Jefatura superior de policía en la Vía Layetana. La BIS era comúnmente más conocida como «la Político Social».

¡Alto! Aprovecho para hacer una declaración de principios. En demasiadas ocasiones, molestándome, he oído decir: «Siempre estabas en la cárcel, Adonio». Ingresé varias veces. Según datos oficiales; con sumarios, cuatro; para cumplir condenas, dos —que estaban incluidas en dos sumarios—; retenciones, otras dos. ¿Por irresponsable? ¿No fueron detenidos por azar o no ser conocidos? ¿Por no acudir a las movilizaciones a las que el Partido convocaba? Que cada uno se responda a sí mismo. Tiempos de condena: aproximadamente dos años y medio entre 1961 y 1973. Aunque lo cierto es que en mi procesamiento de 1973, el cuarto y último (de momento), el fiscal pedía ocho años, pero la muerte del dictador evitó tal posibilidad.

En mi primer ingreso en prisión, debí ser el último en ser detenido, o casi. La caída fue conocida como «la del duro y la hoja». A Abilio Campos Lapeña le encuentran una lista con nombres de personas que le daban un duro para ayudar a la familia de un preso político —Manuel Moreno Mauricio—, a cuyo hijo conocía de ir a los mismos baños, y de darme, «de tanto en tanto», algún *Mundo Obrero* o *Treball* que nunca rechacé (y que tampoco dije que recibía por otro conducto, pues hubiera sido darle pistas sobre mi militancia; le decía, al contrario: «que se los podía ahorrar y dárselos a otra persona, pues yo, estudiando y trabajando, apenas tenía tiempo para leer otras cosas». Así pues, para Abilio, yo no militaba ni mantenía deseo alguno de hacerlo.

Me ayudó ser fiel a la consigna de «nunca digas lo que los demás no deban saber, ni nunca preguntes lo que tú no

debas saber. Lo que no se sabe, nunca se dirá». Ello, y una anécdota que después explicaré, me salvó de peores consecuencias. Abilio era amigo de infancia, e hijo de un compañero de mi padre en la Guardia de Asalto. Nuestros padres habían coincidido viviendo en el hoy conocido como Barri de Sant Jordi, frente a una fábrica de cristal, bloque del que nos echaron a todos los vecinos para convertirlo en cuartel de la Guardia Civil. En su quinta declaración acabó cediendo. «No sabía dónde vivía —sí lo sabía—, pero sí donde trabajaba». Tal vez creyó que allí no me irían a buscar, con tanta gente... Pero allí me fueron a buscar. Antonio Juan Creix, José María Olmedo, Cano, Peña, Navales, Pedro Polo y algún otro estaban desorientados con mi presencia allí. La casi totalidad eran obreros y ningún estudiante. «¿Quién era y qué pintaba allí?», preguntó alguien. Sus preguntas fueron muy generalistas. No se cansaban de repetir que lo sabían todo, que Abilio lo había dicho todo. Pero nada concretaban que demostrara que Abilio «lo había dicho todo». Me preguntaron por mi salario, y uno de ellos exclamó: «¡Coño, es mayor que el mío! ¿Como te has metido en este lío?».

Segunda anécdota. En esas estábamos cuando alguien entró en el despacho y dijo: «Dejadlo para mañana. Va a empezar el Partido Barcelona (No Barça) – Madrid». Acordaron no bajarme a los calabozos con los demás. Debían suponer que si conocía o me conocía alguien pudiera acordar alguna declaración —los calabozos estaban llenos y con varios detenidos por celda— y me trasladaron a la Comisaría de Sants. ¡Nunca imaginé que un partido de fútbol Barça-Madrid pudiera aportarme tantos beneficios! Allí, solo, tuve ocasión de meditar y llegar a la conclusión de que de mí y de Pegaso ¡no sabían nada! En la comisaría de Sants me retuvieron ocho días. Después me devolvieron a la Jefatura. Nuevo interrogatorio, con amenazas y algún golpe. Dejaron de sondearme sobre Badalona y ENASA-Pegaso en concreto e intentaron sondearme en otra dirección. Como estaba estudiando y como

fueron sabedores de que algunos estudiantes iban por Badalona orientaron en esa dirección el nuevo interrogatorio. Sobre una mesa extendieron varias fotografías. Allí estaban Jordi Borja, Rosa Borras, Isidor Boix, Manuel Vázquez Montalbán, Rosa Solé, José Fariñas, Jordi Solé Tura hasta quince o veinte fotografías; varios conocidos, otros no. El subconsciente me advertía de que si prestaba especial atención a alguno de ellos, me preguntarían sobre él, así que pasé la vista sin prisa, pues detectarían que quería evitar conocer a nadie, pasando mis ojos a una velocidad suficiente, como si buscase reconocer a alguien. Finalmente dije: «No, no conozco a nadie». Ellos terminaron diciéndome: «Te vas a tirar una temporada preso. Para que aprendas y no vuelvas a meterte en líos». Firmé una declaración en que reconocía entregar un duro de ayuda para un preso político y de que a cambio recibía alguna vez, para no contrariarle como amigo, propaganda. Y de allí, ¡a la Modelo!

Cuando ingresé en La Modelo todavía no era del todo comunista, sino «comunista». Más bien era un romántico, posicionado «contra algo» que no me gustaba. En la cárcel aprendí a posicionarme «en favor de algo» que me gustaba. En la cárcel me hice comunista de verdad.

Al describir mi vida releo un acta de mi declaración del 5 de mayo de 1967 ante la BIS, que recoge: «Se considera firme en su ideología comunista y no renunciará a ella». El acta está redactada por los Creix. Los Creix eran cuatro, al parecer: Antonio Juan Creix, especializado en el mundo obrero y jefe de la Brigada de Investigación Social (BIS); Vicente Juan Creix, especializado a su vez en estudiantes e intelectuales; Juan Juan Creix, bajo las órdenes de Antonio, y un cuarto que pocos años antes patrullaba por los trenes identificando pasajeros. Los Creix siempre ocultaron su primer apellido, Juan. Supongo que para desorientar. En mis distintas detenciones se implicó sobre todo Antonio Creix; en alguna ocasión Vicente Creix.

De un total de 92 detenidos todos eran obreros, en el sentido usual del término, a excepción de Vicente Cazcarra Cremallé, de mí mismo, pues era técnico, y dos o tres autónomos. No cayeron únicamente del Barcelonés Nord, sino además de Barcelona, Cerdanyola, Ripollet, Montcada... Asimismo, de los 92 detenidos, tres eran catalanes: Josep Bravo Almansa, Joan Flos Sariol y Salvador Queralt Falcó; y un servidor, *xarnego* (como se denominaban entonces a los catalanes hijos de inmigrantes). Históricamente, el origen de la palabra era el de hijo de catalana e invasor francés en 1802, pero a principios del siglo XX se hizo extensivo a todo inmigrante que llegaba a trabajar en la que fue la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, y el mote o apodo llegó, por lo menos y que recuerde, hasta la década de los años 1950-1960. Esto le llevó a gritar a Antonio Creix, cuando reivindiqué que yo era catalán: «¡Qué coño PSUC, dónde están aquí los catalanes!».

El juicio tuvo lugar en la Comandancia Militar de Barcelona el 9 de diciembre de 1961, y la Sentencia fue dictada el 7 de enero de 1962. 62 detenidos habían sido puestos en libertad. Los procesados fuimos 30. 19 condenados y 11 absueltos. Las condenas resultantes fueron: Vicente Cazcarra Cremallé, 17 años; José Cámara de la Hoz, Antonio Torres Báguenas y Juan Solé Trías, 10 años; Manuel Vicente Arcas, Carmelo Rubio Pérez y Miguel Morón Fernández, 8 años; Pascual Pérez Alvarado, Buenaventura Ruiz de la Casa, Antonio Guzmán Navarro y Bernardo Fernández Pérez, 6 años; Abilio Campos Lapeña, 2 años; José Bravo Almansa, Antonio López Martínez, Manuel Martínez Cañadas, José Molinero García, Antonio Nieto, José Manzanera Gómez y yo mismo: 1 año. «Para que escarmentara y eligiera mejor mis amistades», me había vaticinado Antonio Juan Creix.

Vicente Cazcarra Cremallè merece un recuerdo especial: no existieron «debilidades» cometidas por «otros» en relación con su detención. Esta vino dada porque a José Cá-

mara de la Hoz le encuentran una nota con una cita en el Paseo de Fabra y Puig. ¡Nada más! Era un paseo de kilómetro y medio o dos, y su encuentro debía llevarse a cabo a la altura de la plaza Virrey Amat (aunque eso no constaba en la nota), con un periódico bajo el brazo. Se recomendaba no llegar nunca a las citas ni cinco minutos antes ni permanecer más de otros cinco de la hora señalada. En vista de que Cámara de la Hoz no aparece, Vicente abandona el lugar e inicia su marcha hacia la parte opuesta del paseo... donde la policía se había llevado a Cámara. Sorprendido de repente al verle, reaccionó yendo hacia él, sin percatarse, además, de que Cámara no llevaba el periódico bajo el brazo. Intentó huir, pero no lo consiguió. Le pusieron una pistola en el pecho y dijo al policía que le encañonaba: «Guárdesela, que puede hacer daño a alguien». Así fue y así lo reconocieron ambos en la cárcel, cerrando falsos rumores sobre si alguno de los dos había cometido algún error en su detención. Fue casual y así lo confirmaron ambos. Vicente Cazcarra estuvo más de 32 días siendo interrogado por la bestial Brigada de Investigación Social. Nunca lo había visto hasta coincidir con él tras los 40 días de período en el patio de la cárcel, y todavía era muy visibles el trato que sus torturadores le habían aplicado. Durante mucho tiempo no pudo calzarse por la hinchazón de sus pies golpeados. Su estómago, que no quería mostrar, pero que vimos cuando nos llevaron un día a la ducha colectiva, era de un azul negruzco. ¿Cómo aquel frágil cuerpo había logrado resistir tanto? Evidentemente, su fe ideológica le proporcionaba la fortaleza que su físico le negaba. Decían otros compañeros presos que desde los calabozos de los sótanos de la Jefatura se oían los golpes, pues se resistía a adoptar las posturas que le exigían y que tenían que doblegarle a la fuerza. Y los gritos. Sus torturadores le gritaban: «¡Tú sabes mucho y nos lo vas a decir!». Y él respondía: «¡Si, pero para mí y mi partido!». A lo que seguían más golpes y mayor tortura.

Era inteligente, Muy inteligente. Lector y pensador empedernido, hábil con las lenguas. En la Modelo empezó a estudiar ruso, del que nada sabía, pero en el que al parecer avanzaba vertiginosamente. Si sé que a los seis meses mantenía alguna conversación con marroquíes presos. Siempre meditando, ¡y con aquella mirada! Retadora, incisiva, buscando con ella aquello que las palabras no le decían. Nunca he olvidado su mirada. Sus paseos por la acera del patio, arriba y abajo. Cabizbajo. Pensando. ¿En qué pensabas? Un día vino a visitarle alguien del consulado o embajada de los Países Bajos y le preguntó cómo estaba, qué necesitaba o qué podían hacer por él. Quedamos todos extrañados. Indagamos, preguntamos. Supimos entonces que había practicado la natación y que había llegado a ser campeón de España en alguna de las especialidades natatorias. Y que, en cierta ocasión, un barco holandés a la deriva se hallaba en peligro. Vicente era marino y cuando el hecho ocurrió estaba movilizado por su edad y enrolado en un buque de guerra de la marina española como oficial. En los mares en que ocurrió el suceso abundaban los tiburones. Pero él había leído —¡y se lo creyó!— que los tiburones no atacaban cuando oían golpes. Así que se ató montones de planos militares de aluminio alrededor el cuerpo. Luego se ató un cable metálico y se lanzó al agua hasta alcanzar el buque holandés en medio del oleaje. Quizás sea verdad que los tiburones no atacan cuando oyen sonidos, pero... ¡qué valor! El gobierno holandés le concedió un nombramiento y una medalla. Su lucha y vida están merecidamente recogidas en *El héroe agotado* de Javier Delgado Echevarría y en *Vicente Cazcarra y el Aragón de su tiempo,* recopilación de 18 entrevista llevadas a cabo por Manuel Ballarín, y que incluye una vergonzosa y pusilánime carta de pésame de Santiago Carrillo, para quien fue uno de sus más fieles colaboradores y en el que Vicente creía y confiaba ciegamente.

«Ni dioses, reyes, ni tribunos», nos dice la Internacional. Pero ¿del «Partido»? ¿Qué o quién es el «Partido»? Siem-

pre se habla de él cual cosa etérea. Que, como un dios, está «ahí». Que todo lo ve, sabe y no se toca, olvidando que lo conforman e integran hombres y mujeres de carne y hueso. Seres, en definitiva, humanos. Para bien y para mal. Y al Partido se le obedece siempre si no se quiere caer en los infiernos. Lo dirija quien lo dirija. Periódica, desgraciadamente, y siempre, independientemente de la distancia en el tiempo, quienes opinan distinto actúan para hacerse con su control. Así, ellos serán el Partido y obedecidos.

Santiago Carrillo se lo llevó con él. Para Vicente, disciplinado, el Partido y Carrillo eran lo mismo. Obedecer siempre. Vicente se convirtió en su escudo y espada. Martillo de herejes. Tarde, demasiado tarde, Vicente se dio cuenta de que había sido manipulado, utilizado por el Partido-Carrillo. Cayó en una grave depresión. El 22 de junio de 1962 se suicidó en su ciudad natal, Zaragoza. Leer, entre todas las cartas de pésame que se enviaron a su familia, la de Santiago Carrillo era de vergüenza ajena. Él no la debió sentir al firmar algo tan anodino, oficialista y neutro. ¿Miento? ¿Exagero? Invito a quien quiera y pueda a leer la carta (contenida, reitero, en *Vicente Cazcarra y el Aragón de su tiempo*, de Manuel Ballarín). El Partido, ahora sí, el Partido perdió a una de sus mejores personas y militantes.

El juicio militar sumario 107-VI -61 por Espionaje y Otras Actividades (E. y O.A.) tuvo lugar en Barcelona a finales de año. La farsa de juicio debía haberse llevado a cabo en el mes de octubre. Todos los juicios militares son una farsa y aquel no iba a ser una excepción. Los acusados están siempre en inferioridad «jurídica». El (supuesto o pretendido) defensor debe ser siempre, obligatoriamente, de rango inferior a la del presidente del «jurado». Por lo si enfrentas o cuestionas las intervenciones de tu superior, más temprano que tarde pagas las consecuencias. A lo largo de todo el sumario publicado, de todo el tribunal, únicamente aparece el nombre como juez instructor del comandante Bernabé Ábalos

Fernández. Las malas lenguas decían que su nombramiento había sido un regalo del dictador, pero que nunca había concluido sus estudios jurídicos, lo que, en un país verdaderamente democrático, aun en el supuesto de existir tribunales militares, sería ilegal. Nuestro defensor iba a ser un capitán impuesto a dedo y con el que solo algunos llegaron a hablar y muy superficialmente. En mi caso se limitó a confirmar mis datos personales.

Pero surgió un imprevisto. Estamos en 1961, y ¡un comandante que vivía precisamente en Badalona y en la calle Museu, aproximadamente entre los números 42 y 46, se ofreció a defendernos! Ello provocó el aplazamiento del «juicio» para nombrar un coronel, grado superior al de comandante, para que presidiera el jurado, diera y cortara palabras y tiempos de intervención, es decir, mantener la disciplina del funcionamiento, pero permaneciendo el Comandante Bernabé Abalos Fernández como fiscal acusador. Peor para el Tribunal: no podía empezar el «juicio». Nuestro defensor afirmó que nosotros cuestionábamos la legalidad de aquel Tribunal y juicio, lo cual, naturalmente, era cierto. El pretendido tribunal no salía de su asombro y escándalo. El coronel-presidente llamó al orden a nuestro defensor. ¡Empezábamos bien! El presidente del tribunal manifestó que, por decreto, el tribunal era «legal». Lo que siguió no fue, como es de suponer, más que una farsa. A nuestro defensor no le dejaban llevar a cabo su tarea, cortándole reiteradamente la palabra. Nada pudo hacer, por mucha voluntad que en verdad puso. Cuando salí de la cárcel, y dado que su domicilio estaba más o menos a 500 metros del mío, fui a agradecerle su interés en nuestra defensa. No pude verle. Lo habían trasladado a un pequeño destacamento de remonta perdido en pleno Pirineo. Por cierto, ni en el informe de las «pruebas» ni en el fallo aparece su nombre. No había existido. Lamento no recordar su nombre.

Vivencias en la Modelo

A mi llegada a la Modelo, después de todos los trámites de identificación, nos retiraban el cinturón (pues al parecer algún preso se había ahorcado con uno en Carabanchel, al igual que con la corbata). Tras vacunarme, me introdujeron en una celda.

Pasé mi primera noche durmiendo en el suelo con otras ocho o doce personas. Sin hablar con nadie, aunque algunos hablaban entre sí, pues se conocían, pero yo no conocía a nadie, así que permanecí callado toda la noche. No me fiaba de nadie, y supongo que ellos de mí tampoco. Al día siguiente me trasladaron a una celda con dos delincuentes comunes, también en período «sanitario». Buenos tipos que me fueron preparando y aleccionando durante los cuarenta días que duró y que consistían en no salir de la celda.

Terminado el período nos fueron redistribuyendo. Logramos que a Abilio, mi único conocido, y a Manuel Martínez Cañadas, amigo de Abilio y que casualmente acudía cada mes por casa de mis padres a cobrar unos recibo, nos pusieran juntos. También estaba con nosotros otro detenido que trabajaba en una empresa llamada Platerías Reunidas. El pobre hombre se pasaba las horas sollozando que él no había hecho nada. ¡Qué paliza le habían pegado al pobre! ¡Cómo estaba! La BIS estaba dispuesta a hacerlo hablar por todos los medios. ¡Y lo habían detenido por error!

Ocurrió así. Uno de los detenidos tenía un contacto del que únicamente sabía que trabajaba en Platerías Reunidas. Allí lo trasladaron en un coche a la hora de salida de los trabajadores. Desde allí señaló a uno... y la policía se equivocó deteniendo a aquel pobre hombre. Cuando coincidieron en el patio de la cárcel se pudo aclarar el error. Había otro detenido, disminuido mental, al cual detuvieron recogiendo propaganda del suelo, no tirando. Pese a su deficiencia, visible, fue trasladado a la prisión. A ambos los soltaron después

de varios días detenidos y de todos los trámites burocráticos. ¿Acaso algún policía habría leído *El proceso* de Franz Kafka? Imposible. Su maldad es enorme, pero su inteligencia no superior a aquel que recogía octavillas del suelo «porque lo ensuciaba». ¿Sería aquel pobre para ellos otro tipo «duro»? Nadie les libró de unos quince días de cárcel, además de los que pasaron en la jefatura de policía. ¡Pobre hombre! Cuando los pusieron en libertad ni se despidieron de nadie. Por lo demás, él no conocía a nadie y nadie lo conocía a él. Luego nos pusieron otro compañero, Ramón Rius, y volvimos a ser cuatro. Podía haber uno, tres o más presos en una sola celda, pero nunca dos, para evitar la homosexualidad, decían los funcionarios. En tiempos del franquismo, la homosexualidad —de los demás— estaba muy perseguida.

En el patio, nos fuimos conociendo unos a otros. Como eslabones, más de la mitad ya se conocían entre sí antes de ingresar en el Partido. La mayoría por ser del mismo pueblo, por trabajar en la misma empresa, ser vecinos, por dos o más razones unidas. Además, y eso sí fue grave, por tener la mala costumbre de reunirse en bares mezclándose unos y otros y hablar de todo sin guardar las normas de seguridad estructurales exigidas y vitales para la seguridad del Partido en la clandestinidad. Demasiados sabían demasiadas cosas que no debían saber. Ello facilitó la infiltración de un tal Mesa. Al parecer, porque hablando unos con otros de cómo y por qué había ocurrido la caída, de las debilidades en los interrogatorios de cada uno, algunos, en plural, sí reconocieron ante la BIS haberle conocido y hablado con él y, extrañamente, no había sido detenido. Después, en prisión, se rumoreaba que el tal Mesa, unos días antes de iniciarse las detenciones, fue objeto de un asalto por unos desconocidos detrás del Matadero de Badalona, pero pudo escapar... y desaparecer para siempre. Nunca más se tuvo noticias de él. Pero, también al parecer, hubo otras causas extrañas en aquella detención a las que luego me referiré.

Durante el primer mes, 62 presos fueron paulatinamente liberados. La efectividad de la policía había sido escasa. Demasiados detenidos para tan pocos resultados. Mucha base-base y nulos resultados por arriba. Cuando por fin salí al patio, la mayoría ya habían sido puestos en libertad. Al ser uno de los últimos, o tal vez el último, en ser detenido, empecé el período carcelario también de los últimos y de los últimos lo terminé. Vicente Cazcarra Cremallé evitó males mayores, cortando la caída hacia arriba. Fue un muro contra el que chocó la policía pese a sus «científicos» métodos.

Cuando terminó el goteo de las excarcelaciones y únicamente quedamos 30 empezamos a organizarnos. Las comunas, como años después descubrí, funcionaban en Carabanchel y en los penales a los que generalmente trasladaban a los presos políticos: Burgos, grandes condenas, generalmente condenas superiores a seis años; Zamora, sacerdotes y seminaristas; Guadalajara, mujeres; Cáceres, condenas medias entre dos y cuatro años; Jaén y Palencia, pequeñas condenas. A los que teníamos un año o menos de condena y llevábamos ya parte de las condenas en las cárceles iniciales o preventivas, ya no nos trasladaban.

Al margen de Burgos, Zamora y Guadalajara, el cumplimiento de las condenas por su duración dependían también del domicilio o procedencia del condenado. Trataban de desplazar a los condenados lo más lejos posible de sus familias y parientes. En las cárceles, y Barcelona no era una excepción, no funcionaban las comunas, pero sí la solidaridad, además de la externa, y la redistribución interna entre los presos siempre funcionó perfectamente.

Junto a Vicente, éramos los únicos que teníamos alguna formación superior a otros. Organizamos cursos para enseñar gramática, alguno a leer y escribir y aritmética. Responsabilidad que recayó sobre mí. Con ello conseguíamos dos cosas: aumentar el nivel cultural de los compañeros y, más importante, tenerlos ocupados estudiando, y con ello que no

se comieran el «coco» en sus penas. Historia, economía a nivel muy sencillo y marxismo. Vicente aprovechó un libro que me introdujeron —y que aún poseo— a través del cual se había iniciado en el marxismo, y que los censores de la Modelo permitieron su entrada por estar escrito por el jesuita Jean-Ives Calvez, alumno del jesuita Pierre Teilhard de Chardin : *El pensamiento de Carlos Marx.*

Para poder entrar en la prisión todo libro debía recibir el visto bueno de los censores del centro. Que, por cierto, no debían de estar muy al día. Solo se fijaron en que el autor era un sacerdote, y ello les bastó. Pero el tal sacerdote era marxista. Con una visión al final de cada capítulo, cristiana pero marxista, o al revés. Y por ello nos servía. Con el libro delante nos reuníamos en grupo en el patio. Nunca tuvimos problema alguno, pero allí estaba yo, por si algún funcionario inquisidor se acercaba para oír que hablábamos. Dentro del libro estaba su autorización de entrada en la cárcel. Los funcionarios siempre estaban expectantes respecto a nosotros. Distantes, pero sin perdernos de vista.

Había un funcionario que se escapaba de la norma. Cada tres días, cuando empezaba el servicio (los funcionarios hacían guardia 24 horas y libraban 48 horas) traía su desayuno, un bocadillo que se comía en el patio envuelto con un periódico completo *de La Vanguardia*. Terminado su desayuno lo tiraba en una papelera, ¡y ningún preso común recogía! En cuanto nos dimos cuenta empezamos a recogerlo.

Como era imposible que lo leyeran los 92 detenidos al principio, ni los 30 procesados después, únicamente lo leía Vicente y algún otro además de mí mismo, en la celda, durante la comida. No había peligro, pero lo hacíamos ocultándonos para proteger al funcionario, y a la tarde lo devolvíamos a la papelera. Ello motivó que asumiera la responsabilidad de exponer, a pequeños grupos de cuatro a seis presos, el resumen de lo que nosotros habíamos leído. Así fue durante todos los meses que estuvimos en la Modelo.

Además de mis compañeros de detención, coincidí con algunos otros presos políticos de otras detenciones anteriores que estaban terminando sus condenas y otros a punto de ser trasladados. De los detenidos antes de mi ingreso en la cárcel y sus trasladados poco puedo decir, fueron muy escasos días de coincidencia, por lo que mis recuerdos con ellos están muy diluidos y no quisiera equivocarme ni en datos ni en nombres.

De los otros cuatro o seis, sí conocía a uno, a Antonio Mullor Márquez, compañero de ENASA. Con él establecí una buena amistad además de la relación de camaradas, y a través de Mullor hice amistad con algún otro, de entre los que destaco a Ramón Ríus, de Barcelona, pequeño empresario que vivía en el barrio de Sants, y a Agustín Romero, que vivía en Terrassa, en el barrio de Can Anglada y frente al domicilio de Cipriano («Cipri») García Sánchez. Ramón Ríus, años después, fue unos de los principales promotores de las PYMES.

Agustín era otro ejemplo de responsabilidad y conciencia. Había recogido propaganda que trasladaba con su moto, pero a causa de la lluvia caída durante la noche resbaló y cayó, con tan mala suerte que fue ayudado por la policía —su cuartel estaba pocos metros de su domicilio—, tras lo cual se apercibieron del material que transportaba. Detenido —y duramente torturado— su declaración no pasó de que se «había encontrado el paquete y lo recogió sin saber lo que había dentro». Y de ahí no lo movieron.

Creo recordar, pero ahí podría equivocarme, que en aquella ocasión también coincidí con Felipe Cruz, aunque tal vez sucediese en otra de mis detenciones.

Detalles de la vida carcelaria

Advertencia previa: la Modelo que se mostró en jornadas de puertas abiertas a la población a inicios de 2018, pero

solo en parte se parece a la que vivimos y conocimos los presos, tanto políticos como comunes, durante el franquismo.

Su estructura física la componían seis galerías y seis anexos. Las galerías eran las siguientes: la primera «Talleres», en la cual estaban los presos, condenados o no, que iban a trabajar a los talleres carcelarios. La segunda, «Período», en la que permanecían los presos veinte días nada más ingresar en prisión (se había llegado a estar en cuarenta), más o menos aislados y en «observación sanitaria». Esto era muy relativo, pues en una celda en ocasiones había cuatro o más presos juntos. Aquí también se retenía a buena parte de los presos político-sociales: estudiantes, intelectuales, profesionales... nunca obreros manuales en el sentido llano de la palabra. La tercera galería era la destinada a «Reincidentes»; únicamente los que habían reincidido en la provincia de Barcelona. Es decir, que podían ser reincidentes múltiples en todo el Estado, pero no en Barcelona. En la cuarta galería se disponían los «Blancos», que eran los detenidos por primera vez... en la provincia de Barcelona (kafkiano). La quinta galería era la de los «Fuguistas y peligrosos». Estaba reservada para quienes habían intentado fugarse en alguna ocasión: atracadores, delitos de sangre y político-sociales de origen obrero. Muy «peligroso» debía ser un estudiante o intelectual... Había categorías, pues. Los presos de la quinta galería no podían salir nunca si no iban acompañados por algún funcionario. No podían ir a la escuela, ni a los talleres o al cine, etc. Y, por fin, la sexta galería, «Menores»: reservada para menores de dieciocho años. Allí eran habituales las violaciones, especialmente a los nuevos, y fuera cuales fuesen sus delitos y reincidencias, lo cual era traumático y condicionaba sus conductas posteriores.

Cada galería tenía su propio patio, en el que el deporte por excelencia era el frontón. Como norma se evitaba todo contacto, directo o indirecto, entre los presos políticos obreros y no obreros. Los anexos consistían en un patio central con pista de baloncesto y un campo de futbol. Allí traslada-

ban a todos los presos de todas las galerías excepto a los de la quinta, los sábados y domingos.

Otras secciones de la cárcel eran:

Talleres: donde los penados iban a ser explotados en condiciones insalubres y peligrosas en ocasiones, sin seguridad social y sueldos de miseria. Producían bisutería, objetos de adorno, forja, marroquinería, productos todos ellos que precisaban gran aporte manual, y que proveían a las grandes cadenas comerciales como El Corte Inglés, así como encuadernaciones para grandes editoriales. Las luchas de los presos políticos hicieron que a partir de finales de los años sesenta o inicios de los setenta (no en 1968, pero sí en 1973) los presos estuvieran asegurados, con el salario mínimo vigente garantizado y cobertura médica para sus familiares.

Cine y biblioteca: anexos situados encima de los «Talleres». Los presos podían ir al cine por turnos establecidos según las galerías los sábados y los domingos. Todos los filmes proyectados eran violentos. Un dato psicológicamente curioso: los presos comunes celebraban con vítores la victorias del «bueno» sobre el «malo». A los presos políticos no se nos permitía ir a la biblioteca. Curiosamente, en 1968 se nos obligaba a ir los días festivos por la mañana durante los horarios de culto, cuando nos negamos a acudir a la misa. Por cierto, la biblioteca poseía ediciones muy interesantes, y no por viejas, aunque la mayoría lo eran. ¿Qué habrá sido de ellas?

Economato: donde podíamos ir a tomar café, té u otros refrescos, menos bebidas alcohólicas, y adquirir productos alimentarios que no requerían ser cocinados al mismo precio que en la calle.

Hospital: edificio enrejado situado a su vez dentro de un espacio totalmente enrejado (cárcel dentro de la cárcel), en el que trataban, peor que mejor, a reclusos enfermos, heridos o accidentados. Más bien era un almacén. Algunos, como Salvador Puig Antich y Santiago Soler Amigó estaban ubicados

en habitaciones-celdas a su vez enrejadas (rejas dentro de rejas, dentro de rejas. Como las famosas matrioskas).

Palomar: tenía ese nombre por dos razones: la principal, por estar ubicado encima del «hospital». La otra, porque allí encerraban —y se suponía que trataban— a los presos dementes o con problemas psiquiátricos.

La censura en las cárceles

Hasta 1968 no entraron los periódicos en las cárceles (aunque las revistas siguieron sin estar permitidas), y únicamente la prensa más de derechas que proporcionaba la propia dirección del penal. Todo libro pasaba por una selección de censura, compuesta por algunos miembros de la dirección de la cárcel, el maestro y el cura. La correspondencia era abierta y leída por ellos a su entrada, y la de salida había que entregarla abierta con el mismo fin. Los censores tachaban con plumas de tinta las palabras y párrafos que consideraban «no oportunas» o «que atentaban al sistema penal». También recortaban algunos artículos de la prensa.

Un día Cazcarra nos explicó un detalle, el invento del bolígrafo se debió a que, cuando un navío o avión caían al mar, el agua borraba los cuadernos de bitácora o de navegación. Así que hubo que inventar algún medio que impidiera tal hecho. Por él supimos que la tinta del bolígrafo no se borra por efecto del agua, así que pasamos a escribir nuestras cartas con bolígrafo y con la tinta «normal» los funcionarios tachaban aquello que, a su entender, no era oportuno. Cuando las cartas llegaban a los destinatarios, estas eran sumergidas en agua, que limpiaba la tinta «normal» y hacía emerger su contenido original. En 1968, las cárceles, por casualidad o no, ya habían descubierto la treta, con lo que pasaron a censurar con bolígrafo. Aún conservo una carta censurada… pero ya tachada con bolígrafo.

El negocio interno del dinero

En la cárcel era importante también el mercado negro del dinero, pues toda moneda que ingresaba en la cárcel, metálica o en papel, era canjeada por unos cupones. Se les llamaba «cartones» por el material en que estaban hechos, y eran de distintos colores según su valor y de unos cinco a siete centímetros. Equivalían a 0,25; 0,50; 1,0; 5,0; y 25,0 pesetas según su color. Con ese «dinero» se llevaban a cabo compras en los economatos de las cárceles. Las compra-ventas y apuestas entre presos y apuestas estaban prohibidas, y todos los trabajos en los talleres carcelarios eran pagados con ese tipo de moneda.

¿Qué ocurría con el dinero real? Era administrado por la gerencia de la prisión y, cuanto menos en intereses bancarios, algo rentaría. Debía haber también un mercado negro con la inflación impuesta por el trapicheo con la droga. Que la había, sobre todo grifa (marihuana). Quien la introducía en prisión no cobraría, evidentemente, en cartones, sino en dinero real, lo que necesariamente debía imponer ese mercado negro de moneda.

El otro mercado negro era el «ir en bola» o «rodar», es decir, salir en libertad condicional. Por las tardes, casi siempre, funcionarios de los juzgados citaban a los locutorios de «jueces» a presos, donde se les informaba que para salir en libertad provisional debía depositar, por ejemplo, 10.000 pesetas en unos pocos días. El preso debía obtener la cantidad en dinero real. El funcionario judicial, evidentemente, no podía cobrar en cupones, porque ¿qué hacía el juzgado con 10.000 pesetas en cupones? ¿Y quién tenía dinero real en la cárcel?

Algunos funcionarios —no todos— les «prestaban» esas cantidades a los presos, pero exigían entre un 25 y un 50% de intereses inmediatos. Así que el preso le entregaba al funcionario 12.500 o 15.000 pesetas en cupones y este le entregaba 10.000 pesetas de curso legal, quien a su vez lo entregaba al

funcionario del juzgado. Posteriormente, el funcionario de prisiones entregaba los cupones a la caja de la prisión y esta le reintegraba a él el dinero real de la transacción. Todo en dos o tres días. Negocio rápido y redondo. ¿Quién dice que solo son delincuentes los delincuentes?

Convivencias y hechos extraños

Del estilo de relación y vivencias carcelarias se autoexcluyó Juan Solé Trías, que solicitó y obtuvo una celda para él solo. ¡Fue el único! Nunca, desde nuestro ingreso en prisión, se relacionó con ningún otro preso de aquella detención. En prisión se supo que Juan Solé Trías que era el responsable de finanzas; nunca entregó al Partido las cantidades recaudadas. Ya juzgados, un buen día aparecieron en el patio dos detenidos más, anarquistas, con los que inmediatamente se relacionó, y colocaron a los tres en una misma celda. Los nuevos detenidos anarquistas no estuvieron encarcelados más de una o dos semanas. Después desaparecieron. Nunca supimos ni quiénes eran ni la razón de su presencia en prisión. Desaparecieron igual que aparecieron.

Carmelo Rubio Pérez relató que días antes de la caída el conductor de un coche con letreros de Sigma, una marca de coser, le habían preguntado por él mismo. Se habían parado a su altura y preguntado: «¿Sabe Ud. donde vive Carmelo Rubio? Traemos para él una máquina de coser que nos ha comprado». Prudentemente, no se identificó y contestó: «No». Se alejó con cautela y a escondidas fue observando cómo preguntaban a más personas. Después desaparecieron. Durante algunos días permaneció alerta, sin que nada ocurriera... hasta que fueron a detenerlo.

En la cárcel convivíamos todos, sin problemas, amistosa y solidariamente todos con todos, pero unos tenían más in-

timidad y confianza entre ellos. Casualmente, el grupo que tenía más complicidad lo conformaban casi todos aquellos que provenían de la Guerra civil española o tenían antecedentes políticos por detenciones anteriores y Vicente Cazcarra (o al revés). Siempre tenían mejor humor, carácter y predisposición positiva que el resto; intentaban elevar constantemente la moral, y lo conseguían. El grupo lo componían, aunque no todos con la misma intensidad: Antonio López Martínez, Juan Flos Sariol, Salvador Queralt Falcó, Antonio González Córdoba, Francisco Morer Villacampa, Evaristo Paredes Herrero, José Lupión Fuentes, Emilio Segura González, Antonio Nieto Nieto y Juan Manzanera Gómez. Este último no venía de la Guerra civil ni tenía antecedentes políticos, pero su relación con Antonio López era muy fuerte y, al parecer, antigua. De entre ellos, y que recuerde, el núcleo más compacto lo integraban: Antonio López, sin duda en primer lugar, Antonio Manzanera, Antonio Nieto, González Córdoba, Evaristo Paredes, José Lupión, Salvador Queralt y Joan Flos. Ninguno había conocido personalmente a Vicente, pero todos lo apoyaban.

Todos los datos que siguen a continuación están obtenidos del Sumario nº 107-IV-61, folios 955 a 958. Lo leí y guardé cuando, después del juicio, me fue entregado. Ahora al escribir mi pasado lo volví a leer y he detectado algunas cuestiones que me han llevado a releerlo varias veces y, sobre todo, a analizarlo a partir de aquello que voy a explicar a continuación. He hecho constar que en prisión había dos niveles de actitud y comportamiento entre quienes eran reincidentes y los novatos. De los reincidentes, seis lo eran por condenas como resultado de la Guerra civil. José Lupión Fuentes había sido condenado a 30 años; Antonio González Córdoba, a 20 años; Antonio López Martínez había sido comisario político y condenado a 16 años; Joan Flos Sariol, 12 años; Antonio Nieto Nieto, a 9 años; Emilio Segura González, a 6 años.

Otros dos con antecedentes posteriores a la Guerra civil eran: José Bravo Almansa, obrero textil de la empresa

Vila S.A. y que había sido detenido y condenado a dos años de prisión en 1958, y José Manzanera Gómez, del que solo contaba que tenía antecedentes. Salvo Bravo Almansa, Antonio López, José Manzanera y José Nieto fueron condenados a un año de prisión. González Córdoba, José Lupión y Emilio Segura fueron saliendo en libertad progresivamente sin ser procesados. Hay que destacar también que, como resultado de sus declaraciones, nadie resultó detenido. Se limitaron a reconocer haber dado dinero para ayudar a presos o cuotas y aceptar propaganda.

Un inciso. Situémonos con algunas precisiones previas. Recuérdese que desde hacía muchos años el PCE (y el PSUC) habían renunciado a la lucha armada, y aproximadamente hacía cinco años que su programa político descansaba en la «Reconciliación Nacional». Al parecer, Antonio Juan Creix, más conocido como Antonio Creix, había afirmado a algún detenido: «Tenéis suerte, os hemos detenido a tiempo».

En los primeros meses de 1961 y hasta tal vez llegado el verano, un grupo anarquista encabezado por Valentín González Valiente había llevado a cabo una serie de atentados en algunas líneas de ferrocarril. De varios de ellos dio constancia la prensa franquista, incluido uno, por lo menos, en la línea de la costa Barcelona-Mataró entre Badalona y Montgat. En aquella primavera-verano, la Guardia Civil del cuartel sito en la antigua carretera nacional II y barrio de Sant Jordi había apresado un camión cargado de armas, y donde años antes a la familia de Abilio y la mía nos habían echado para ubicar su cuartel. Esto no apareció en la prensa, pero fue comentario de muchos trabajadores de la empresa Riviere S.A., donde trabajaba mi padre, que para regresar a sus domicilios debían pasar por delante de tal cuartel. El rumor-y solo rumor- es que los detenidos habían afirmado a la Guardia Civil que las armas eran «para combatir al enemigo común, los comunistas». En cualquier caso, el atentado fue real, y en septiembre ninguno estaba ya en la Modelo.

Cuando los encausados en el sumario Sumario nº 107-IV-61 quedaron libres y los condenados fueron trasladados a los penales para cumplir sus condenas, quedamos en la Modelo cinco: José Bravo, Antonio López, Antonio Nieto, José Manzanera y yo mismo. José Bravo Almansa fue puesto en libertad el primero. Las condenas se iban cumpliendo y contaban a partir del día en que uno había sido detenido. Fui, por tanto, el último en salir.

Antonio, Manzanera y Nieto formaban un grupo muy compacto. Ahora, en el recuerdo, muy posiblemente fueron ellos quienes me brindaron su confianza y amistad, ya antes de quedarnos solos. Fueron tanteándome y ganándose mi confianza. Finalmente me explicaron qué esperaban de mí y me pusieron en antecedentes. El Partido había detectado una infiltración anarquista que intentaba ensuciarlo y comprometerlo mediante el uso de armas y que algunas de estas ya estaban dentro. Me preguntaron si estaba dispuesto a llevar a cabo esa tarea, pues yo era «nuevo» y menos conocido. Les dije que sí.

Tal tarea consistía en ir a una dirección en la carretera de La Roca de Santa Coloma de Gramanet, a la altura del espacio que actualmente ocupa el cementerio o parte de él, o bien unos bloques que entonces no existían junto al cementerio. El cualquier caso, la barraca-vivienda, pues eso era, ya no existe. Lo he verificado. Allí vivía en una humilde barraca un camarada por ellos conocido de tiempos de la guerra, que también había sido comisario político junto a Antonio López. Aquel camarada me mostró armas inútiles. A él se las llevó «alguien en nombre del Partido» que resultó ser José Solé Trías. Reconstruidas, se podían obtener algunas «útiles». Al parecer, aquel camarada había sido experto en armas durante la guerra. Le extrañó por dos motivos. El primero era cómo habían llegado hasta él. Además, el Partido había abandonado la línea violenta y estaba por la «Reconciliación Nacional». Aquello no cuadraba. Así que se lo comunicó a Antonio, y este

quién sabe a quién. El caso es que las alarmas se dispararon en el Partido.

Debía verificar también si en la calle Amilcar de Barcelona (entre el barrio de Horta y Sant Andreu), a la altura aproximada del número 70, vivía un capitán del ejército. Antonio decía que dependía del comandante Aimar. Pregunté en las proximidades, no en el propio edificio, leí los buzones de correos como si buscara a alguien, pero dando otro nombre por si alguien me interpelaba con el «¿a quién busca?». No ocurrió, y encontré que su nombre aparecía en un buzón.

También había que verificar si en la Ronda de Sant Pere de Barcelona, entre las calles Roger de Llúria y Bruc, había una representación industrial de una empresa, y si allí se reunían quienes estaban actuando contra el Partido. En efecto, existía, en la acera del lado montaña, y donde actualmente tienen su cabecera los autobuses B-25 que enlazan con Badalona. Además, la oficina industrial era de una empresa de Badalona, Bomba Prat o Mobba. Otra de mis confusiones, por lo que no recuerdo cuál de ellas era. Los datos recogidos se los debía entregar a un vigilante de una joyería del Paseo de Gracia, por encima de la calle Aragón, en un chaflán de números impares (esa joyería actualmente no existe). Hecho lo cual, debía informar a Manzanera, que vivía en el barrio del Maresme, no en Santa Coloma, como constaba en el sumario. Y así lo hice.

Preguntas que me surgen tras analizar el sumario: ¿quién era «Alberto», al que únicamente conocían Abilio Campos, Martínez Cañadas y José Solé Trías? Únicamente aparece en las declaraciones de ellos. En ninguna más de entre 92 detenidos. ¿Quién era el tal «Alberto», que tenía acceso directo con ¡José Serradell!, y podía presentarse en París ante él acompañado de José Solé Trías en una tienda de pinturas que este regentaba? ¿Cómo es posible que conocieran a José Serradell por su nombre?

¿Quién era José Serradell? ¿Y quién era Román? Miembro del Comité Ejecutivo y del Comité Central del Partit So-

cialista Unificat de Catalunya (PSUC) y dentro del mismo el responsable de Organización. Por lo tanto, alguien cuya verdadera identidad había que mantener en el máximo secreto. Sin embargo, allí aparecía. En el Sumario 107 IV-67 del Tribunal Militar Especial de Espionaje y Otras Actividades.

Su verdadero nombre era únicamente conocido por una minoría muy minoritaria. No es redundancia. Hasta tal punto que ya en la legalidad, si preguntabas por José Serradell te podían contestar: «¿Quién?», y si decías Román, te contestaban «¡Ah!». En los muchos años de vida clandestina entre él y Margarida Abril, su compañera, para no cometer errores, ella siempre lo llamó, hasta el final de sus días, Román. Reitero mis preguntas: ¿quién era »Alberto»? ¿Cómo y por qué sabía dónde localizar a «Román» y por qué le fue presentado a José Solé Trías con su verdadero nombre? ¿Qué fue de los detenidos del camión cargado de armas, si es que existió? Pues armas sí que hubo, como he afirmado... ¿Cómo era posible que Antonio López y José Manzanera, aparentemente se hubieran conocido por primera vez en la cárcel? Ambos provenían de Calasparra (Murcia), que, a finales de los años 1950, dada la población total de España y la inmigración, difícilmente superaría los 5.000 habitantes, y ambos eran peluqueros. No habría tantos en aquella localidad. Tal vez sea verdad que se conocieran en la cárcel, pero lo visto y oído en la prisión es difícil de creer. Hablaban de personas y hechos comunes entre ambos.

Otro punto, tal vez menor. José Manzanera no vivía en Santa Coloma de Gramanet. Vivía en el cuadrilátero formado por las calle Otranto, 6, del Barrio de Besòs de Barcelona. Le informé de los resultados a que había llegado y se lo entregué a él.

Por cierto, Antonio López era quien estuvo más próximo a Vicente y quien más y mejor hablaba de él, al margen de que se lo merecía. De Antonio nunca más supe. Por él preguntaba a Manzanera en alguna ocasión en que le visitaba. Su respuesta siempre fue la misma: «Está bien».

La Guardia Civil y mi madre

A principios de 1961, a mi madre le habían extirpado un cáncer de mama, razón por lo cual se le amputó su mama derecha y fue sometida durante un larguísimo tiempo a un tratamiento «nuclear». Su estado empeoraba visiblemente, tal vez agravado por la angustia y preocupación de mi detención. Ella sabía cómo se las gastaba el franquismo.

A principios de 1962 dejó de venir a visitarme a prisión y cayó en cama, con grandes dolores que amortiguaban a base de morfina. A visitarme venían mi novia Feli y mi padre. Mi madre en cama, mi abuela con dos caderas rotas y tres varones en la casa —mi hermano menor, Julián, trabajando en la Hispano Olivetti y el mediano, José, voluntario en África—. Así que Feli, que había estado sirviendo en casa de unos tíos míos en Barcelona, se vino a vivir a la casa de mis padres.

El 3 de marzo de 1962 el estado de mi madre era tal que solicité mi extracción y conducción desde la prisión a mi domicilio para asistir a su entierro. Basaba mi solicitud en un telegrama conjunto de un médico de cabecera, en el que daban pocas horas de vida a mi madre, un oncólogo que adjuntaba un informe y de un sacerdote que había suministrado ya la extrema unción a mi madre. La Comandancia Militar concedió permiso para que fuera conducido por la Guardia Civil a mi casa el día 5.

Aquel día, después de la revista y del recuento pertinente, salí esposado de la cárcel, escoltado por dos guardias civiles, uno joven y otro ya mayor. Tomamos un autobús hasta la Estación de Francia y desde allí un tren a Badalona. Al llegar a Badalona coincidimos en la estación con Jaime Ballesteros, uno de los primeros participantes en Tertulia, Cine Club Estudio (con «E») y posiblemente en el Cine Club «Studio». Ballesteros era un comunista, pero nunca se afilió. Las afiliaciones y disciplinas no iban con él. Rara vez cogió propaganda. Ya tenía Radio España Independiente, Emisión Pi-

renaica, decía. Pero era un muy buen comunista. Le vi y me hice el despistado ¡pero él no! Se vino hacia mí y ¡me abrazó! Me preguntó cómo estaba, a dónde me llevaban, qué necesitaba, etc. Nos acompañó hasta la casa de mis padres. Se despidió de mí con otro fuerte abrazo y me dio ánimos. ¡Qué diferencia respecto a quienes me pidieron que no apareciera por el cine club al estar «contaminado»! Fue una breve conversación, pero llena de valentía por su parte. Algún tiempo después se fue a vivir a Madrid.

Ya en casa, con un guardia civil a mi derecha y otro a mi izquierda, entré en la habitación en que yacía mi madre. Penosamente levantó la cabeza y entreabrió los ojos. Al distinguirme esposado y entre los dos guardias se levantó sobre la cama gritando y llorando: «¡No!, ¡no quiero verlo así, que se vaya, que se vaya!». Fue una repetición constante que alarmó a todos los presentes. Los guardias civiles me retiraron de allí y me llevaron hasta el punto más lejano de la casa. Allí me dijeron: «Si das tu palabra de no fugarte te sacamos las esposas y nosotros nos vamos, comemos por ahí y a las cuatro te venimos a recoger». El mayor de ellos añadió: «Si te fugas me hundes. Dentro de pocos meses me jubilo. Será mi deshonor y a ambos nos echarán del cuerpo. Pierdo mi vejez». Les di mi palabra y les pedí que se quedaran en casa y comieran con nosotros. Y allí se quedaron.

La voz corrió y varios vecinos —los anarquistas, primero, ¡faltaría más!— y familia vino a verme. Hasta salí a la calle e incluso fui a comprar. Jamás pasó por mi mente faltar a mi palabra. Si lo hubiera hecho mi padre habría renunciado a mí a perpetuidad. Temía más su reacción que a cualquier guardia civil. La palabra era, junto a lo que me decía que era el artículo número uno de la Guardia Civil, sagrada. Aún hoy en día siento angustia al pensar cuál hubiera sido la reacción de mi padre si llego a faltar a ella.

Los guardias se quedaron en la casa y por ella anduvieron, pero en la habitación de mi madre no volvieron a entrar.

Comieron junto con nosotros en la misma mesa y a las cuatro me despedí de mi madre. Sin esposar y con ellos, no entre ellos, volvimos al tren y autobús y, a dos manzanas de la prisión, me volvieron a esposar. Entré en ella y nos deseamos buena suerte. Fue un gesto el de aquellos guardia civiles que nunca dejaré de agradecer ni olvidar. Para mí, los distingue como personas y humanos: ¡gracias!

A mi madre aquello le debió alterar todo su metabolismo. Como dije anteriormente, después de mi visita, y con sus dolores, resistió y vivió aún tantos años que, ya muerto mi padre, la acompañaba a sus visitas, y puedo explicar múltiples anécdotas y hechos de cómo la trataba y consideraba todo el personal de oncología de la Residencia del Valle de Hebrón. Y el asombro de aquellos médicos que tenían su historial médico por primera vez en sus manos. Entonces las visitas eran larguísimas. Preguntas, pruebas...

El 2 de abril fui puesto en libertad al aplicarme un indulto de seis meses motivado por el nombramiento del nuevo Papa, Juan XXIII, tras el fallecimiento de Pio XII. Salí en libertad un martes y en aquel entonces, como los sábados eran laborables, decidí ir a visitar a mis antiguos compañeros de ENASA-Pegaso, y sobre todo a los del Taller 2, «Tornillería», por la solidaridad mostrada conmigo durante mi encarcelamiento, sobre todo con mi familia. Entré por la puerta que daba a la plaza Nadal, a menos de 100 metros de la Sección de Tornillería, en la que tanto tiempo había trabajado.

Entrar no fue difícil. Los vigilantes, aunque desconocían mi ausencia y detención, y pese a que no era frecuente que entrara por aquella puerta, me debieron reconocer y no plantearon duda alguna a mi entada. Me presenté directamente en taller de «Tornillería». Fui recibido con alegría y asombro. Una pregunta colectiva: «¿Qué hacía allí?» «He venido a visitaros». «Pero hoy iniciamos una huelga. Es peligroso para ti». Todos los compañeros del taller se confabularon para sacarme sano y salvo de allí. Era un día de fuerte lluvia; formaron un nume-

roso grupo y abrieron todos sus paraguas, y en medio de todos ellos y cubiertos por los paraguas, salí de ENASA-Pegaso. Salí por la misma puerta que había entrado, y a la derecha estaba Antonio (Juan) Creix, en aquellos instantes más preocupado de cómo resguardarse él mismo de la lluvia que de mirar a la tromba de trabajadores que en aquellos momentos había terminado su turno. Afortunadamente, no me vio. ¡Menos mal! Si me llegan a descubrir seguro que cargo yo con la responsabilidad de la huelga. Evidentemente, era mi día de suerte, porque ¿cómo hubiera justificado, para la BIS, mi presencia allí? En su estrechez mental nunca hubieran creído que era casual y en sus calenturientas mentalidades hubieran perpetrado las más extraordinarias y turbias razones.

Tras mi puesta en libertad… me caso

En aquellos años la pacata sociedad católico-vaticanista veía con muy malos ojos que una pareja conviviera sin estar casados bajo un mismo techo, por lo que decidimos casarnos. Dado el grave estado de salud de mi madre, y que yo todavía estaba sin un trabajo permanente, nuestra boda fue totalmente austera. La boda tuvo lugar el día 16 de mayo en la iglesia de Sant Josep, recién abierta por la mañana. Como los monaguillos habían tenido mucho que madrugar, les dimos lo que considerábamos una humilde propina. Nuestra sorpresa fue oírlos comentar contentos a nuestras espaldas a uno de ellos: «Mira, sin tanto bombo, y nos han dado una propina como nunca». ¡Qué menos, con el madrugón que los pobres se habían dado!

A mi boda únicamente acudimos: los contrayentes —no podíamos faltar— una tía mía, hermana de mi madre, Petra y mis primas Antonia y Averna, además de los dos testigos obligados y excompañeros de cárcel: José Lupión Fuen-

tes y Gerardo Ochoa Sanjuán. Ambos habían sido detenidos también por el boicot al transporte en 1961, pero no llegaron a ser procesados. Mi madre seguía, y siguió, durante largo tiempo en cama. Hubo anillo, comprado por mis padres, pero no viaje de bodas. No era el momento ni teníamos posibilidades económicas. Lo hicimos 50 años después, el 16 de mayo de 2012.

Buscando trabajo

Desde mi puesta en libertad empecé a buscar ofertas de empleo en los periódicos, sobre todo en *La Vanguardia*, que estaba especializada en los anuncios laborales. Pocos días después ya tenía uno. De nuevo, como soldador eléctrico, en un taller de calderería entre el barrio de La Pau y Sant Andreu, en el camino tantas veces andado cuando trabajaba en ENASA-Pegaso. Allí permanecí dos o tres semanas mientras seguía buscando otro trabajo. Eran tiempos fáciles para encontrar empleo. El desarrollismo daba oportunidades. Faltaban trabajadores en todas las ramas y especialidades, así que encontré dos. Uno en un taller de tornillería en la calle Horta por encima de la plaza Ibiza. El taller era tan pequeño que tampoco daba para que tuvieran en plantilla un profesional técnico fijo. Era trabajo por libre, concepto que se empezaba a denominar, al modo americano, como *freelance*. No permanecí más de dos o tres semanas; había terminado mi tarea. En el otro trabajo, Nilomán, me dijeron que debía esperar uno o dos meses. Entretanto, encontré otro trabajo tan temporal como el del taller de tornillería, en un taller de bolsos de señora. También como autónomo.

Durante ese tiempo empecé asimismo a tender puentes, recuperando amistades conocidas en prisión: Molina, Anto-

nio Gil, Manzanera, Carmelo, Bernardo, Lupión, Morón, Nieto... Molina, Bernardo, Lupión y Morón vivían en barracas y en calles que pertenecían unas a Badalona y otras a Santa Coloma de Gramanet. Para quien no conozca ambas ciudades, no podía distinguirse cuando se estaba en una u otra ciudad. Nieto vivía en Barcelona (Nou Barris); Manzanera también, en Maresme; Antonio Gil vivía en Santa María de Barberà y Carmelo se había trasladado a Malgrat. Muchos días festivos los visitaba y mis hijos jugaban con sus hijos, y vieron y convivieron con buenas personas, que vivían en condiciones peores que las nuestras.

A través de los camaradas de Badalona y Santa Coloma conocí a Josep Bofarull («Pep Bufa») sacerdote de una parroquia (es un decir, se trataba de una antigua cuadra de una masía recuperada y adaptada) en el barrio de La Balsa de Badalona, pero fronteriza con Santa Coloma de Gramanet, por lo que sus feligreses podían ser de cualquiera de ambas localidades. Pep Bufa ha sido de las personas más solidarias que he conocido. Formado como teólogo, había sido director del seminario sito en Sierra Marina, en la Cartoixa Montealegre. Había tenido la desgracia de anticiparse a los tiempos y, por ello, ser apartado y desplazado a un barrio obrero, donde le conocí.

Volvamos a mi vida laboral, pues todo ocurría en los mismos días. En ese tiempo me llamó la empresa Niloman, que se encontraba en el cruce del Paseo Fabra i Puig con Paseo Valldaura; era una empresa de confección. Me contrataron como jefe de producción, con un salario muy elevado, incluso para la época: un millón de pesetas anuales. Pero era un salario envenenado: debía intentar aumentar la producción, lo cual era relativamente fácil pues la empresa estaba muy mal organizada, con ritmos de producción muy bajos, ya que los encargados mandaban, pero no dirigían. Estaban muy mal formados. Uno o dos meses después empezaron a notarse los cambios y los aumentos en productividad. Pero lo que desconocía, y de ahí el salario envenenado, era que la

empresa nunca pretendió en ningún momento ni aumentar los salarios ni las primas a la producción. Cuando llegaron a mis manos las primeras hojas de salarios trimestrales que debía firmar observé que los salarios totales seguían siendo los mismos. No reflejaban ningún aumento salarial los aumentos de producción, por lo que me negué a firmarlas.

De nuevo me encontré en la calle y sin trabajo. Me busqué un abogado. Miguel Molina conocía uno joven, principiante, pero de confianza. Se llamaba Joan Riera Marra y vivía en la calle Virgen de Montserrat, junto a la plaza Sanllehy, y en su casa tenía su consulta. Años después se trasladaría a vivir a la plaza Tetuán y en el chaflán del paseo de Sant Joan con Diputació abriría su despacho. Me dijo que nada podía hacer, pues era yo quien se había despedido y además estaba en período de prueba, así que demostrar mis acusaciones no iba a ser fácil. Sin embargo, me ofreció trabajar para él dos o tres tardes a la semana.

Como eran tiempos de demanda por parte de las empresas, pronto encontré colocación en «Hurricane S.A.», en la Rambla de la Muntanya, también en Barcelona, pero también duré poco. Estaba especializada en la producción de ventiladores, extractores y motores de arranque para la empresa Ford. En mi primera mensualidad se «equivocaron» incluyéndome 500 pesetas de más en mi sobre. Eran entonces mucho dinero. Indignado acudí al cajero: «¡No tolero que nadie ponga a prueba mi honestidad! Es imposible equivocarse al distribuir el dinero. Usted retira del banco un número determinado de cada moneda según la suma total que introducirá en cada sobre. Si el mío contenía un billete de más de 500 pesetas, en otro le tenía que faltar. Como se equivoque otra vez me los quedo. ¡Está avisado!». Se puso de todos los colores y se disculpó. Pero mi enfado era mayúsculo, así que empecé de nuevo a moverme buscando otro empleo. En Hurricane conocí a Manuel Chacón, que casualmente reaparecerá en mi vida años después.

Inundaciones en el Vallés

Un día, por casualidad, me encontré con un excompañero de profesión en ENASA-Pegaso, Jorge Pardo, aquel inteligente pero duro e intransigente técnico. Me comentó que la empresa en que trabajaba estaba creciendo y necesitaban personal con nuestra formación. Había abandonado Hurricane S.A., así que fui a parar a Talleres Lligoña S.L., en Ripollet. Eran los primeros días de septiembre, después de las vacaciones de agosto; vacaciones para quienes pudieron hacerlas, claro; las mías fueron forzadas. Íbamos a trabajar el 24 de septiembre —festivo, en Barcelona— en un SEAT-600 propiedad de Pardo. Él nos recogía al pie de la parada de tren en Fabra y Puig de Sant Andreu a tres compañeros y pagábamos la gasolina a escote. Al llegar a la altura de Montcada veíamos muchas zonas anegadas, y lo comentamos: aquella noche había llovido mucho. Hay que decir que la empresa estaba a 100 metros o más de la ribera del río Ripoll. Al llegar a la empresa... ¡Sorpresa!, el 80% de la misma había desaparecido. Solo la parte frontal se había salvado y con ello una familia que la vigilaba y cuidaba, y que vivía en el piso de arriba. Se salvaron por los pelos, pues el agua había llegado justo al primer piso. Los compañeros que vivían en Ripollet, Cerdanyola y Montcada nos fueron ampliando las malas noticias, que devinieron trágicas...

Un compañero se sentó sobre un poyo junto a la puerta de entrada. Algo le llamó la atención. Junto a él había un bulto rodeado de moscardas. «Un animal», creyó. No, no era un animal: al fijarnos bien reconocimos a una niña rubia, de unos ocho años, envuelta en el barro. Todos nos alarmamos y asustamos, aquello era más trágico de lo que creíamos. Inmediatamente nos pusimos a desescombrar, limpiar y recuperar todo lo posible. Duró unos días.

Pero no podíamos producir nada. Fallaban los transportes. No podíamos recibir ni enviar nada. No había sumi-

nistros de energía ni agua, la cual estaba contaminada y por razones de seguridad era imposible usar y menos consumir. Bebíamos embotellados que diversas empresas fabricantes de bebidas nos proveían solidariamente. Imposible también lavarnos: volvíamos a nuestros hogares sucios y siendo extrañamente observados por cuantos nos cruzábamos.

Como no podíamos trabajar, nos incorporamos a los equipos de voluntarios que limpiaban por el territorio. Los daños eran cuantiosos, material y, sobre todo, humanamente. Solo en Ripollet se hablaba de la pérdida de decenas de vidas. El gobierno hablaba de cientos, la población, de miles, lo cual era más plausible y real, teniendo en cuenta los destrozos y daños causados. A lo largo de los ríos Llobregat, Cornellà y otras localidades, pero sobre todo a lo largo de los ríos Ripoll, Besòs y sus afluentes a su paso por Terrassa, Rubí, Ripollet, Montcada, Cerdanyola, Sant Adrià de Besòs, el agua había arrasado a su paso.

La especulación del suelo durante la dictadura, aprovechando la inmigración hacia Catalunya, llevó a las administraciones a tolerar de forma criminal que se construyese en terrenos dentro de los cauces naturales de los ríos. Aquella noche del día 24 llovió con una intensidad de más de 240 litros en pocas horas. El agua arrancó y arrastró todos los postes eléctricos levantados a lo largo de sus riberas. Las gentes huían sin saber hacia dónde, muchas veces, por desgracia, hacia la muerte. Los árboles y postes arrancados y los cauces sucios de restos de arbolado y otras materias, al llegar a los puentes, que no daban abasto, quedaban taponados, llegando a convertirse en verdaderos diques y a embalsar el agua, lo cual agravó la situación. Llevábamos mucho trabajo avanzado. El ejército desplazó allí equipos de zapadores previstos de máquinas, picos y palas, generadores eléctricos que permitieron trabajar antes y después del tiempo solar, contenedores de agua potable, etc., cuando llegó una segunda inundación el 5 de octubre.

Aunque el número de litros de agua caídos fue superior, el hecho ocurrió durante el despertar del día, con lo cual los daños humanos debieron ser mínimos. El ejército se había apostado, conectado entre sí con vigilias cada 3 o 5 kilómetros, de tal modo que los vigías iban advirtiendo de que se iba aproximando la nueva riada. Los que trabajábamos en los cauces retirábamos entonces todo el material y a nosotros mismos. Nuestro equipo estaba junto al puente que unía Cerdanyola con Ripollet. Fue un espectáculo difícil de explicar con palabras; al menos, imposible para mí. Un enorme río cabalgaba sobre el otro a gran velocidad. Tal era su ímpetu y violencia que sonó un confuso y extraño «crack» y el puente se partió en pedazos. Un puente que la riada del 24 de septiembre no pudo romper esta vez fue arrastrado. Unos kilómetros más abajo, ya en Montcada, los soldados zapadores habían construido un puente, que les costó jornadas agotadoras de trabajo, esfuerzo y sacrificios. Trabajando incluso de noche gracias a los generadores de los que disponían. Tuvieron que dinamitarlo. Todos los árboles y ramajes que volvía a arrastrar el agua no pasaban por debajo de él, taponándolo. De nuevo, un puente embalsaba el agua con previsibles graves consecuencias. Algunos soldados lloraban ante tanto sacrificio inútil. Y vuelta a empezar.

Poco a poco se iba restaurando la empresa. Habían llegado paletas que levantaron de nuevo los muros, algunas máquinas irrecuperables volvieron a ser adquiridas y poco a poco reiniciamos la producción. Dada la situación, fue imposible que cobrara la nómina de septiembre. No tenía ingresos desde junio o julio y desde la salida de la cárcel mis ingresos eran mínimos; vivíamos gracias a las ayudas de mis padres. A finales de octubre iba cobrar mis dos meses en Talleres Lligoña —no existía entonces el subsidio de paro—. Se me debía septiembre y octubre, pero el día 31 no existían condiciones de pago. Nuestras disponibilidades económicas aquel día eran cero y tampoco quise pedir dinero a mis padres. Fui a

trabajar cruzando Sierra Marina, que separaba Badalona de Montcada y de allí a Ripollet. Último día de octubre, el invierno venía un poco adelantado. Nunca se me olvidará: era un día con un frio terrible, caía agua nieve. Al regreso volví usando el transporte público.

Había dentro del taller una pequeña oficina. Un chico que trabajaba en ella me llamó la atención: era atento, servicial y educado con todo el mundo. Y muy reservado. Jordi Puig, se llamaba. Siempre que entraba en aquella oficina, si no tenía trabajo inmediato, estaba leyendo. Un día observé que leía un libro cuyo título era *Así se forjó el acero*, de un autor ruso para mi desconocido. Le pedí si me lo podía prestar. Me dijo que al él se lo habían prestado, pero que cuando lo terminara no tenía inconveniente, que circulaba algún ejemplar que se prestaban entre si algunos compañeros de la escuela a la cual asistía en el turno de noche.

En aquel entonces, mantenía algún contacto amistoso con Antonio Gil, a quien había conocido en la cárcel Modelo a raíz de mi detención en 1961. Antonio había vivido en Ripollet, pero a causa de aquellas inundaciones de 1962 se había quedado sin hogar (afortunadamente, se habían salvado su compañera y sus 8 o 10 hijos), y vivía junto a otros afectados por las riadas en unos barracones prefabricados, sitos en Santa María de Barberà, en el margen derecho del río Ripoll.

Antes de su detención, en 1961, Antonio Gil había trabajado en una empresa muy importante existente entonces en Montcada, Aismalibar, y militado en el PSUC. Poco después Gil sería internado en un sanatorio de Terrassa (sito en la antigua carretera que la unía a Sabadell, después de cruzar una riera que también había causado muchas desgracias en las inundaciones, y lindante con Can Anglada, famoso por sus luchas). Le visitaba con cierta frecuencia. Un día le comenté mi «descubrimiento».

A consecuencia de nuestra caída en 1961, el PSUC prácticamente se había disuelto en Cerdanyola, Ripollet, Montca-

da y en la propia empresa Aismalibar, la más importante de la zona. Creímos que Jordi Puig tenía condiciones y capacidad para recuperarlo si estaba dispuesto a asumir la responsabilidad. Le expuse a Puig las esperanzas que depositábamos en él y convinimos en visitar juntos a Gil, tras lo cual Puig aceptó incorporarse al Partido. Le asignamos un «nombre de guerra», que recomendamos se cambiara si los hechos seguían adelante. También fui a visitar de parte de Gil a algunos de los que habían quedados desconectados, a quienes informé que en algún momento «alguien» —di el nombre de guerra de Puig— les visitaría. Aquí sí que no recuerdo nombres. Mínimos contactos y los necesarios. Ahora el reto era conectarlo con la organización.

Sabía por conversaciones con Joan Riera, el abogado que me daba trabajo algunas tardes, que este conocía un compañero republicano que había sido miembro del PSUC, al cual Riera creía en contacto con el Partido: Josep Solé Barberà. Le pregunté si me lo podía presentar, sin decirle los motivos (¡no dar nunca más información de la necesaria!). Riera aceptó y, prudentemente, nada preguntó. Un día me dijo que podía verlo, pero que tendría que ir a conocerlo a un *Night Club*, el Pánam's, situado en la Rambla de Santa Mónica de Barcelona. No conocía a Solé Barberà, pero había oído hablar de él. Me habían hablado de sus actividades durante la guerra y por qué le habían ofrecido trabajo en aquel local terminada la confrontación bélica. Acudí al Pánam's y, sin preámbulos, le expuse la situación. Me escuchó y me dijo que volviera al cabo de algunos días. Así fue. Le di todos los datos de que disponía. Me dio un nombre con el cual «alguien» se identificaría ante Puig.

Informé a Puig de quien iría a visitarle, y como el tema ya «no me afectaba», me desentendí de él (nunca explicar lo que los demás no deben saber, nunca preguntar lo que no debes saber), aunque sí supe que todo fue hacia adelante y que el Partido en la zona volvió a funcionar.

Me volví a implicar momentáneamente cuando en la empresa corrieron rumores de varias detenciones por la zona de Cerdanyola, Ripollet y Montcada. Jordi Puig vivía en Cerdanyola y fui a su casa a advertirle de las detenciones. Vivía en una masía (sus padres eran *pagesos*). Abrió su madre, que ya me conocía, y al abrirme me dice: «*Com és que has vingut?*» y le contesté: «*¿Com, que com és que he vingut? A avisar al Jordi*». Me vuelve a contestar: «*¿No has vist la Guardia Civil? La casa està envoltada. El Jordi ha fugit*». Ni había visto la Guardia Civil ni ella me había visto a mí. A través de los visillos de las ventanas me mostró los todoterrenos de la Guardia Civil. Esperamos a que anocheciera y, ya muy oscurecido, salté por la tapia trasera de la masía y me volví a casa. Probablemente Jordi hubiese huido a Francia con la ayuda del Partido. Casualmente, algún tiempo después, tal vez años, me encontré con él en un autobús que subía por Las Ramblas. Cuando me percaté, él estaba haciéndome señales de que le ignorara. Bajó del autobús a la altura del Liceo y en ese momento me dijo: «*No els diguis res als pares*». Nunca más he sabido de él.

Y a la vez, en aquellos precisos momentos, acontecía lo que sigue: 24 de diciembre de 1962. Toda la familia está sentada alrededor de la mesa en la Nochebuena. Feli rompe aguas. Rápido desplazamiento a la Clínica del Carmen, a unos 500 metros. A media noche empiezan a caer copos de nieve. Día 25, Badalona está cubierta de un manto de nieve como, cuentan, nunca lo estuvo. Sobre las 14 horas nace mi primer hijo, Francesc.

Algún tiempo después, en el autobús BS (actualmente B-25) al que subía para ir a Barcelona y de allí a Ripollet, coincidía con una persona con quien empecé a trabar algunas conversaciones. En un principio eran de tipo general, pero paulatinamente fueron tomando un cariz más social y político, sobre y a través de lo que veíamos desde el autobús, por ejemplo, sobre el barrio de Sant Roc, que el autobús atravesaba. La persona con quien «coincidía» era, y es, el

camarada y amigo Miguel Guerrero Sánchez. Él ya estaba en el bus cuando yo subía a este medio de transporte. Y no: no debería estar allí. De hecho, su parada lógica, pues vivía en el barrio de Sant Roc, estaba a cinco o seis paradas después de la mía, como tiempo después supe. Su misión era sondearme para una posible reincorporación al PSUC. Su sorpresa fue monumental cuando yo le expliqué que ya estaba incorporado al mismo, habiendo contribuido a recuperar el Partido en Ripollet, Cerdanyola, Montcada... Como yo quería volver laboralmente a mi ciudad y «ellos» (el PSUC) también querían, empecé a buscar trabajo en Badalona, y lo encontré en la empresa de envases metálicos Gráficas de Andreís (G. de Andreís), más conocida como La Llauna, en la calle Industria, a unos 300 metros del domicilio de mis padres, con quienes seguía viviendo, y viví, hasta 1979.

Mi ingreso en las comisiones obreras

Este período abarca desde 1964 a 1968, época en la cual centré mi actividad en Comissions Obreres (CCOO), ocasionalmente compartida con las Comissions de Solidaritat de Catalunya (CCSSCC), de 1968 a 1977, y ambas con mi actividad en el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), con lo cual tenía una triple militancia. Y fueron tantas mis actividades simultáneas que se me hace difícil situarlas en el espacio-tiempo. En muchas ocasiones me es difícil establecer no el qué, pero sí el cuándo. Y si he podido recuperarlos ha sido gracias a otros veteranos. Desgraciadamente, cada vez quedamos menos. Ley de vida. Hay que tener en cuenta que creo ser el segundo más joven de CCOO, dos o tres meses mayor que Joan Folch «Nene».

En 1963 ya estaba trabajando en Gráficas de Andreís —La Llauna—, de propiedad italiana. Se dedicaba a la fabricación de todo tipo de envases metálicos (latas, aunque no bidones) y carteles metálicos. La empresa contaba con más de cuatrocientas mujeres y algo menos de cincuenta hombres. Entre estos tres o cinco italianos que ejercían los cargos de importancia. Otros hombres, españoles, ocupaban cargos similares o de menor responsabilidad. Mujeres, ninguna, a ningún nivel. Todas —me repetiré para que quede claro—, todas las mujeres eran casadas separadas, viudas, madres solteras y algunas jóvenes solteras —pocas— para ir relevando

las que se jubilaban. Tenían preferencia de ingreso las viudas y las madres solteras. ¿Razones? Son mujeres que precisan mantenerse por sí mismas o que tienen a otras personas a su cargo que dependen únicamente de sus ingresos. Ello garantizaba a la empresa la docilidad y estabilidad laboral. Ningún hombre era combativo, reivindicativo. Sin embargo, muchas de aquellas mujeres, a pesar de sus dificultades y dependencias, bien que lo eran.

Ya tenían un técnico de organización, pero sus conocimientos en el terreno de la moderna organización del trabajo no estaban muy actualizados. Era sobre todo teórica anclada en el pasado. Aunque era mi superior, nunca estuvo en condiciones de cuestionarme nada, por ello nuestras relaciones tanto laborales como personales fueron siempre mínimas. Por lo demás, tampoco llegué a saber nunca cuál era exactamente su función.

En aquella oficina estábamos seis personas. Dos chicas y cuatro hombres, incluido mi jefe. Uno de los otros dos —¡lástima el no poder recordar su nombre completo!— se apellidaba Bernádez: un ser mezquino, despreciable, ruin, chivato y lameculos. No son improperios, son definiciones. Antiguo anarquista —de los que no merecen ser llamados anarquistas—, tras la victoria fascista se puso al servicio de los vencedores denunciando a antiguos compañeros de armas. Era confidente de la empresa y de la policía.

Las mujeres eran quienes más le odiaban. Decían de él que había hecho beber aceite de ricino o cortar todo el pelo a algunas de ellas al final de la Guerra civil, que chantajeado a otras a interceder por sus compañeros o familiares a cambio de favores sexuales. En cierta ocasión, durante una concentración en el centro de Barcelona, donde esperaba a otras personas en la plaza Urquinaona, acerté a divisarle en un bar que daba a la plaza. Me fui directo a él y le dije: «Como a mí y alguno de quienes aquí estamos nos detengan u ocurra algo, iré a por ti». Se quedó blanco. Balbuceó: «No, si estaba aquí

por casualidad. Ya me voy». Y se fue. Como todos los tránsfugas, un cobarde.

Poco a poco, me había ido ganando la confianza del personal, de jefes y trabajadoras. Habían instalado una nueva sección para envases y me colocaron de ayudante del ingeniero italiano Tamburini. Un día, uno de los trabajadores de mantenimiento, del cual en nada me confiaba, me enseñó una octavilla de unas tales CCOO que habían aparecido en Asturias. Seguía en contacto con el Partido en Badalona, pero todavía al margen de su estructura, si bien conocía y me relacionaba con amigos comunistas, como Gil, Molina y otros. Nuestras noticias sobre la existencia de CCOO aún eran escasas. Como decía, aquel individuo no me merecía ninguna confianza, así que le dije: «No me interesa». Teniendo la plena confianza de la dirección de la empresa, esta decidió otorgarme pleno poder para contratar personal para la nueva sección de envases. En total serían entre veinte y treinta personas. Informé de ello al Partido en Badalona, con quienes ya empezaba mi nueva relación y encuadre. En aquellos años, la reincorporación de ya fichados, por razones de seguridad, se llevaba con extrema precaución.

Les planteé mis intenciones: aprovechar el que podía contratar personal para ingresar a camaradas sin trabajo o en precario y organizar en La Llauna el Partido. Me presentaron a José Sánchez, el primero —¡y último!— que pude ingresar en la empresa. Sería en los meses de marzo, abril o mayo. Era un luchador nato. De creencias presbiterianas o similares, no soportaba las injusticias, Y en aquella empresa había demasiadas para su carácter y paciencia. Pese a que conocía mis proyectos e intenciones, a las pocas semanas ya había organizado el primer «motín». No recuerdo la causa. En junio o julio le plantearon aplazar su parte de vacaciones que le correspondían en agosto para finales de año, pues lo necesitaban —era un buen profesional— para continuar la puesta en marcha de la nueva sección. Se negó. Fue la gota que colmó

el vaso. A él lo echaron, a mí me desterraron solo y aislado a un almacén de primeras materias, tras retirar a quien hasta entonces estaba allí. Y mi proyecto se fue al traste.

Llegados a finales de año, había que hacer inventario y debí presentar informe sobre las existencias en aquel almacén. Las cifras no cuadraban. Y lo que era peor, en una ficha constaba la existencia de unos productos de interés militar y controlado (tungsteno), aunque nada justificaba su existencia allí. Nosotros no lo usábamos. ¡Y equivalía a varios millones de pesetas!, según me informé por los precios de los metales que algunos periódicos publicaban en las secciones de economía. Me negué a firmar un «conforme» a unas existencias inexistentes. «Otros lo han hecho», decían. «Yo no», respondí. Ignoro quién asumió la responsabilidad, pero a mí se dedicaron a hacerme la vida más imposible todavía. Me busqué otro trabajo y lo encontré en Sant Adrià de Besòs, en Industrias Fleck. Llegué en el momento oportuno.

También en 1963 conocimos una persona que entonces, y sobre todo años más tarde, con la existencia de las Comissions de Solidaritat de Catalunya (CCSSCC) jugó un papel determinante en mi vida, y sobre todo en las CCSSCC. Se trataba del Doctor Felipe Bastos Cruz. El camarada Bernardo Fernández Pérez, de Badalona, y preso en el penal de Burgos por nuestra detención de 1961, tenía, creo recordar, dos hijos y dos hijas. La menor y más pequeña, de entre 8 o 10 años, padecía una deformación congénita en una pierna e iba a hacer la transformación natural de cualquier niña. Su traumatólogo de la Seguridad Social le comunicó a su madre que «si no se operaba la deformación se haría permanente, que había un muy buen cirujano en Barcelona capaz de operarla, pero era muy caro: el Doctor Felipe Bastos Cruz, con consulta en la calle Balmes 85». Si se esperaba mucho más y la niña se convertía en moza la reparación del mal sería imposible, cronificándose la deformación. La compañera de Bernardo me comentó la situación. Quedamos un día y nos fuimos a la

consulta. Allí «cantábamos» demasiado: ¡qué consultorio!, ¡y qué clientela! Todas las miradas se dirigían a nosotros. Nos llamó su enfermera y esposa y nos introdujo en su dependencia. Nos preguntó qué problema teníamos. Antes de entrar en detalles médicos, intervine el primero: «Mire, esta niña tiene un problema de deformación y nos han dicho que únicamente usted puede operarla. Su padre está en el penal de Burgos cumpliendo condena por razones políticas y no podemos pagarle». La examinó y dijo: «Si, debe ser ya operada». Nos dio día y hora para acudir a la Clínica del Pilar, en la calle Balmes, por encima de la Diagonal. Le recordé que no podíamos pagarle, y nos contestó: «Cobraré, nunca trabajo gratis, tengo clientes famosos, económicamente poderosos, incluidos dos ministros. Ellos pagarán su operación, estancia médica necesaria y mi trabajo». Pese a los años, creo haber sido casi textual en nuestra conversación. Y la operó y no nos cobró nada, ni por la intervención ni por la estancia hospitalaria. El Doctor Bastos, su mujer y sus hijos eran unas magníficas personas y su ayuda solidaria en la que más adelante insistiré, fue muy importante. Bernardo, en 1965, ya en libertad, sería el primer detenido de CCOO a raíz de una convocatoria para manifestarse el Primero de Mayo en la Plaça Catalunya.

En abril de 1964 el franquismo celebraba el XXV aniversario de su victoria: «25 Años de Paz». Decían la verdad. De la paz de los cementerios, aunque esto no lo decían. También decían (Franco decía): «Nunca en España ha habido tantos presos como durante la República». También era verdad. De los tres años aproximados que duró la República, dos ellos, conocidos como «el Bienio negro», por tratarse del gobierno lerruxista-fascista y cuyo presidente del Consejo de Ministros era Alejandro Leroux y el gran capital, lo fueron de derechas. En 1934, en Asturias tuvieron lugar unas grandes huelgas en la minería y en las fábricas de armas de Turia. Fue el general Franco quien desde Madrid dirigió la represión a cuenta de sus tropas preferidas: la legión y las tropas «regulares» (tro-

pas marroquíes) establecidas en Marruecos. Él acabó con la rebelión minera. A costa de más de 1.500 muertos y más de 15.000 presos. Pero eso Francisco Franco Bahamonde ya no lo dijo. Durante toda su celebración triunfal, en Catalunya, CCOO y el PSUC sembraron las calles y plazas de octavillas denunciando el estado fascista y la represión. Por cierto, el Partido Comunista de España (PCE) y el PSUC eran «El Partido». Toda la clase política del Estado español, derecha e izquierda, sabían a quiénes se referían cuando decían eso. Eran las únicas organizaciones políticas (y CCOO, a partir de 1962) que significaban algo en esta piel de toro que es España. Las demás organizaciones políticas (ultraizquierdistas) no contaban. ¿Y el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores (UGT)? ¡Ni existían! Ni se les esperaba.

1964-1968

Junto a Miguel Guerrero Sánchez y a otros camaradas del PSUC, fuimos conectando e invitando a la creación de las Comisiones Obreras en Badalona a otros trabajadores. Se sumaron otras fuerzas y gentes, sobre todo cristianas, como Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), obreros cristianos de base y, con el tiempo, algún que otro cenetista (uno de ellos era conocido y vivía en el mismo barrio que Guerrero) se fueron engrandeciendo las CCOO. Y solo pasaron un par de ugetistas: Rafael Madueño, periodista que vivía en la calle Conquista y era casi vecino mío, quien, al parecer, ya en la legalidad, llegó a ejercer algún puesto de responsabilidad en el Partido Socialista de Catalunya (PSC), y Valentín Antón, que trabajaba en ESESA como Miguel Guerrero. Según la versión de Miguel Guerrero Sánchez, su compañero de trabajo, Valentín Antón, Graduado Social, desarrolló sus conocimientos con desenvoltura en el Jurado de Empresa, desobedecien-

do con ello la consigna dada por UGT, sindicato al cual estaba afiliado. UGT prohibía a sus afiliados toda actividad en el sindicato vertical (CNS) y, en particular, si lo hacían al lado de los comunistas que potenciaban el movimiento sindical de base llamado CCOO. Valentín Antón, de todos modos, se presentaba a las candidaturas de CCOO en su puesto de trabajo. El salto de Valentín Antón a la política se produce a los estertores del dictador una vez pasado el Congreso de Suresnes de octubre de 1974, de la mano de Pablo Castellano, aunque fuera Felipe González quien, con la ayuda de Nicolás Redondo, le quitara el mando del PSOE al languidecido Llopis. Valentín formará parte de la redacción del estatuto de los trabajadores, que tan criticado fue por nuestra parte. Después fue destinado a las embajadas de Suecia y Chile como agregado laboral. Terminó su vida asesorando empresas. ¡No está mal!

Por aquel entonces, ciertos sectores de la Iglesia empezaban a tener actitudes próximas al mundo laboral, e incluso pasaban a integrarse en él, por lo que muy posiblemente José Sánchez, que vivía enfrente del capellán de la parroquia de Sant Pau, debió hablarle de nuestra necesidad y nos la cedió. La parroquia, si acaso, y por su función eclesial así se denominaba, se trataba de una vieja y desvencijada masía que había quedado aislada en el casi centro de la ciudad y cuyos propietarios se la habían cedido a la Iglesia para su uso. En la parte de atrás había un patio con una gran y frondosa higuera y lo que habían sido sus cuadras. En lo poco que quedaba de la cuadra y algo más, el párroco reformó y adoptó los espacios a sus nuevas necesidades como iglesia. Era primavera-verano, y debajo de aquella higuera tuvieron lugar las primeras reuniones, de entre 25 y 50 personas, según la asistencia momentánea. En cualquier caso, el capellán mismo estaba muy sensibilizado con el mundo obrero, ya que poco tiempo después él mismo fue detenido en la Rambla de Barcelona junto a la Fuente de Canaletas, en una concentración allí convocada. Se había significado mucho

durante la misma, aunque para su suerte no pasó más allá de la Jefatura Superior de la Policía, y «solo» recibió algunos golpes. Posiblemente sería el primer detenido sacerdote de Catalunya y uno de los primeros de España. Puedo afirmar que fue detenido porque ocurrió estando separados escasos metros. La BIS no sabía, o no quiso saber, que con la Iglesia había topado.

Casualidad anecdótica. Las dos últimas sedes de CCOO en Badalona desde esta legalidad «democrática» han estado a menos de cien metros de allí donde nacieron. La parroquia de Sant Pau es ahora una iglesia sencilla, entre la calle Torrent d'en Valls y la calle Llefià.

Llegado noviembre, la asamblea de CCOO de Badalona nos nominó a Miguel Guerrero (aunque este tal vez acudiera por FECSA-ESESA), a Juan Gómez «Sarrià» y a mí mismo como representantes del Barcelonés Nord a asistir a la primera Asamblea Constituyente de CCOO en Catalunya, la cual fue el inicio de su extensión e implantación. Era el domingo 20 de noviembre de 1964 en la iglesia de Sant Medir, en el barrio de Sants, y en un local de actos de la parroquia anexo a la misma. (Esta es la parte de mi biografía que Javier Tébar me niega, pues no aparezco en biografías recogidas de fundadores de CCOO). Me reitero, si el número de los presentes se dedujera por personas únicamente nombradas por algunos de los que sí estuvieron esos días en Sant Medir y que aportan en sus biografías y entrevistas, en Sant Medir no habría más allá de 20 personas.

En cualquier caso, verdad es que no puedo demostrar documentalmente que estuviera en aquella primera asamblea. El párroco era Josep Mª Vidal Aunós, persona que siempre estuvo al lado de las clases populares y de los trabajadores en concreto. Finalmente, el obispado decidió apartar a un sacerdote tan comprometido, recurriendo para ello a lo que se acostumbra a definir como «la patada hacia arriba», que consiste en desplazar a la persona molesta hacia cargos o res-

ponsabilidades superiores, alejándola del entorno en que lleva a cabo sus actividades. Y se le concedió, sin él pedirlo, una parroquia más importante y sin obreros en el sentido pleno de la palabra: la Parroquia del Pi, en el centro de la ciudad de Barcelona, y en muchas ocasiones, para tenerlo bien ocupado, atendiendo también la Parroquia de Sant Just, a menos de cien metros del Ajuntament y de la Generalitat. La parroquia de Sant Just es una de las preferidas para bodas de la burguesía catalana.

Al llegar a la parroquia de Sant Medir, e ignoro en mérito y a propuesta de quien, se me invitó a una reunión previa en la torre del campanario de la iglesia. Allí, posiblemente, estaban y conocí a: Ángel Rozas Serrano, Nicolás Albéndiz Barreda, Luís Moscoso Moscoso, Felipe Cruz, Joan Folch «Nene», el más joven de los presentes en aquella asamblea, García de Siemens (en Cornellá), Esteban Cerdans... Era mi primera reunión fuera del marco del Barcelonés Nord, y conocí a muchos compañeros en muy breves momentos, por lo que también es posible que la memoria me juegue alguna pasada y tal vez, a más de uno, los fuera conociendo a lo largo de mis actividades. Como soy un fisonomista peor que pésimo, a Moscoso y Nicolás Albéndiz siempre los he confundido entre sí. ¿Por qué? No se parecían nada. Moscoso, corpulento, moreno y bigote; Albendiz, algo más alto y rubio. Pero, para mí, ¿quién es quién?

Creo que la mesa estuvo integrada, entre otros, por Ángel Doménec, De la Rica, José Sanchiz, Ángel Gracia, Ángel Alcázar. Josep Capdevila, Juan Navarro —único superviviente en 2015 de todos ellos— y Joan Folch «Nene». Se redactó un borrador que debía recoger aquellos principios que considerábamos deberían ser básicos en un movimiento sociopolítico, de lucha y clase, amplio, abierto a todos los trabajadores, sin distinciones ideológicas, sexo ni religión, y conteniendo todos aquellos puntos que entonces afectaban negativamente a todos los trabajadores y sus alternativas a los mismos.

Como los espacios-tiempo de aquellos momentos se amontonan y, como he comentado ya, me es imposible (re) conocer dónde y en qué momento conocí a muchos de los dirigentes de CCOO, tal vez a algunos de ellos fuese en las reuniones que empezamos a llevar a cabo en los despachos de Albert Fina y Montserrat Avilés, en la Plaza Letamendi, en el de Luís Salvadores en el Paseo de Sant Joan o en la parroquia de Santa Engracia en Nou Barris. También tuvimos algún encuentro en la barraca de Felipe Cruz y Pura, en el barrio de «la Bomba», en la Gran Vía y frente a los cuarteles Lepanto, lugar que actualmente ocupa la Ciudad de la Justicia y donde había «hecho» mi servicio militar. En la barraca de Felipe y Pura también coincidí con Ángel Abad y Leopoldo Espuny.

Me incorporo a Industrias Fleck

El 8 de junio de 1965 sobre las 8 horas, nace Olga, mi primera hija. Mi situación laboral en aquel entonces, dentro de Gráficas de Andreís «La Llauna» se había hecho muy inestable y había encontrado nuevo empleo en Industrias Fleck, S.L. Quien ocupaba el puesto de trabajo que solicitaba acababa de despedirse y la plaza estaba libre; quien me recibía y me informaba era el director, Sr. Manuel Chacón, a quien había conocido años antes en Hurricane S.A. El mundo era un pañuelo. También me informó que mi puesto era difícil: en los últimos dos años habían pasado por allí cuatro técnicos. Ninguno había durado seis meses. Fue sincero, no era ningún caramelo. Era un reto y necesitaba abandonar La Llauna, por lo que acepté.

La empresa llevaba instalada en Sant Adrià de Besòs dos años, desde su forzado desplazamiento desde el barrio de Gracia. En Industrias Fleck S.L. trabajé desde 1963 hasta 1998. Treinta y cinco años. Superé la media de mis anteceso-

res. Solo tuve que ganarme al personal y demostrar que no era como los «otros». La empresa se dedicaba a la fabricación de termos y duchas eléctricos. Sus dueños-socios eran dos cuñados, Ernesto Fleck y el señor Llorens, casado con la hermana de Ernesto Fleck. Había, también, dos personajes importantes, el director, el Sr. Manuel Chacón y el Sr. Ordax, gerente. El grueso de mi tarea como crono-analista estaba terminada en apenas nueve meses, así que empecé a alternarla con otras tareas, entre ellas, y la principal, el control de la producción, que el Sr. Chacón me trasladaba para dedicar él más tiempo a otras tareas, sobre todo más lucrativas. Cierto día, el Sr. Chacón me hizo una (*no*) propuesta. ¿Por qué (*no*) era una propuesta? Porque «únicamente» eran «insinuaciones». Entre las insinuaciones estaban las palpables malas relaciones entre ambos socios. El Sr. Llorens quería desplazar, echándolo, a su cuñado Fleck. Pero la maniobra iba más allá. Él y Ordax querían desplazar después al Sr. Llorens y quedarse ambos —de momento, supongo— con la fábrica. La «insinuación» exposición era *no* clara. Un «sí» pero «no»; un «no» pero «sí». Pedía mi colaboración. Nada de aquello me gustaba, eran sucias actividades dentro de la empresa. Atentaba contra mis principios. Mi respuesta fue más clara que su oferta. Un claro y rotundo no.

Pero empecé a estar alerta y a tomar mis precauciones. Hacía mucho tiempo que no cuadraban mis números. El material que se adquiría para la producción de, supongamos 100 unidades, no cuadraban con lo que constaba como producido. El responsable de las compras, el señor Román, creo que era el sujeto más insolidario que he conocido a lo largo de mi vida, sería difícil encontrar otro. Era un desastre, no por corrupto sino por ineficiente. Rara era la semana —casi el día— que no tenía que «perseguirle» porque los materiales necesarios no llegaban a tiempo. Siempre trabajábamos con en ¡ay! al cuello.

Sus fichas de control eran todo un poema, nunca en mi vida vi usar tanto típex: tachaduras, enmiendas, retoques en

fechas o cantidades... Jamás trabajó con datos estadísticos sobre plazos, stocks, existencias mínimas, etc. En estadística era totalmente ignorante. Y jamás bajó al almacén de entrada de productos a verificar si aquello que se adquiría coincidía con lo recibido. Por algún lugar se perdían los materiales necesarios para la producción y los acabados. Entre el material entrante —planchas de hierro— descubrí que el peso casi siempre era exacto, pero en las unidades no. En lugar de 0,5 mm, las planchas eran de 0,6 mm. Es decir, entraban un 20% menos de unidades que, al estar menos laminadas, eran más baratas. En cuanto al total fabricado me costó algo más, pero lo descubrí. Cada día controlaba personalmente la fabricación acabada y la que entraba en el almacén, pero las salidas, documentalmente, seguían sin coincidir. Buscaba y rebuscaba y nada encontraba. Por fin un día se me ocurrió entrar en un pequeño habitáculo «inutilizado», creía. Empujé la puerta y apenas cedía. Entré como pude. Estaba lleno de productos acabados. Era viernes, último día laboral. Aquella tarde, el sábado durante todo el día y el domingo monté guardia en la calle desde mi seiscientos. A media tarde del domingo apareció un encargado con su furgoneta. Abrió la puerta de la fábrica, cargó y se fue. Conozco el nombre del encargado que llenaba la furgoneta, pero carezco de pruebas y únicamente dispongo de mi palabra, por lo que omito su nombre para evitar problemas.

Callé, esperando tener más información y evitar alguna contradicción que me pusiera en evidencia. La empresa tenía sus oficinas centrales en la calle Aribau de Barcelona, y los señores Llorens y Ordax acudían algunas tardes a partir de las seis a la empresa. Estaba sita en Sant Adrià de Besòs, en la calle Tercio Nostra Senyora de Montserrat. Otra nave que se usaba como almacén y reparación en Barcelona. Para llegar a ella bastaba cruzar la calle; la línea divisoria entre Sant Adrià y Barcelona cruzaba por la mitad de esta. Y en la factoría central de Sant Adrià se reunían los tres a puerta

cerrada en el despacho del señor Chacón, que estaba frente a mi mesa.

Además de aquellas reuniones no usuales, detecté la desaparición de documentación. Había observado que, en ocasiones, la papelera del señor Chacón se llenaba de albaranes de salidas del almacén. El horario de trabajo terminaba a las 18,00 horas y a las 20,00 para quienes hacían horas extras. A mí empezó a «atrasárseme» el trabajo. Todos marchaban y me quedaba hasta después de las 20,00 horas para terminar mi labor. En ese tiempo, lo que hacía era revisar y verificar la papelera del señor Chacón y apoderarme de toda la documentación que me pudiera interesar. A primera hora del día siguiente, y antes que Chacón llegara, la mujer encargada de la limpieza ya la había hecho. ¡Aquello era una bomba! Y, si estallaba, podría llevárseme a mí por delante. Y la bomba estalló. Fleck, ante la alianza de los señores Llorens, Chacón y Ordax llevaba todas las de perder, pero... Había ido guardando toda la información propia de mi labor, más toda la información retirada de la papelera en una carpeta que se fue haciendo más y más gruesa... y que acabé entregando a Ernesto Fleck, quien a su vez lo entregó a sus abogados. Y el perdedor se convirtió en ganador. Los otros tres tuvieron que abandonar la empresa. Bien recompensados, eso sí.

Transformación de mi vida político-laboral

Sería insincero si no reconociera que mi actitud ante lo narrado anteriormente lo fue por «salvar mi culo», mi puesto de trabajo, responsabilidad y honor. Pero ello, inesperadamente, repercutió en mi vida político-laboral. Poco tiempo después fui detenido, como explicaré a continuación, en la montaña de Can L'Artillé de Badalona. Al salir de prisión, el Sr. Fleck me había guardado mi puesto de trabajo. Y así ocurrió

cuantas veces fui detenido; inclusive a mi cuñado Alejo Castellano Blázquez, hermano de Feli, que también trabajaba allí.

Un día me dijo: «Cuando necesites unas horas o días libres, dímelo. Pero no me digas para qué. No quiero saberlo. Te pido, eso sí, que lleves siempre tu tarea a cabo». Y así fue. Únicamente le tenía que decir «me ausentaré...». Ello condujo a que en muchas ocasiones, antes o después de mis permisos, trabajara horas o días extras para llevar mi trabajo al día, motivo por el cual se me entregó unas llaves de toda la empresa para que entrara y saliera cuando quisiera.

Lo más anecdótico fue una tarde de domingo de 1976 en la que se presentó en la empresa acompañado de la policía, la cual había sido alertada porque había luz en la misma. Cuando entraron allí me encontraron sentado en mi mesa, trabajando, y me preguntó: ¿Qué haces aquí hoy domingo?». Le contesté: «Trabajando, tendré que ausentarme unos días y quiero dejar mis tareas lo más adelantadas posible». Respuesta: «Pues otro día me avisas y no nos das estos sustos». Mi ausencia estaría relacionada con un viaje a Florencia para asistir a un encuentro de las Brigadas Internacionales, del que hablaré más adelante.

Otro hecho, prueba de su confianza en mí, aunque nada agradable, fue que decidió enviarme al banco todos los viernes a buscar el dinero de la paga del personal. En aquellos años se pagaba todavía en efectivo. No me hacía gracia. Si me atracaban ¿qué hacía? ¿Defendía un dinero que era mío? ¿Me dejaba robar? ¿No podría, en este caso, pensarse que estaba complotado con los atracadores? Tengo más datos de su confianza económica, como confiarme en una ocasión 15 millones de pesetas ¡Una fortuna! pero no me extenderé en ello, solo decir que años más tarde tuvimos como director a un miembro de la dirección de Unió Democrática, el Sr. Ramón Montaner, que se enteró de que yo había estado en la cárcel. Creyendo que Fleck no lo sabía, le dijo: «¿Sabe usted que quien enviamos al banco ha estado en la cárcel?» A los

que Fleck contestó: «Sí, pero ha estado por comunista, no por ladrón». Esta historia me la explicó el propio Fleck, riéndose.

Si algo distinguía a Fleck era su falta de imposición. Pudo —y tal vez debía, pero como comunista, no voy a juzgarlo— sancionar a algunos: dos peleas con cuchillos (se empleaban para ciertas tareas). Algún que otro caso de alcoholismo... Nunca echó a nadie sin indemnización. «Rompía» el contrato porque el afectado ya no cumplía con las necesidades o proyectos de la empresa, es decir, despido pactado; les abonaba la totalidad de la cantidad legal en tales supuestos, y aquí paz y allá gloria. Inclusive los señores Chacón y Ordax fueron tratados así. Y Fermín Casquete, del cual trataré más adelante.

He de decir también en honor a Fleck que a partir de 1968 reconoció la existencia de CCOO en la empresa. Nada se hacía en la empresa relacionado con los convenios colectivos, horarios o salarios que no fueran primero pactados con CCOO y, cuando se llegaba a un acuerdo, ¡llamaba a los delegados de la CNS para que lo firmaran! «Vosotros sois la verdadera representación de los trabajadores. Sois con quienes tengo que negociar», afirmaba. Industrias Fleck tuvo la merecida fama de ser la empresa que mejor trataba a los empleados y que mejor pagaba. Era normal, en consecuencia, que por allí pasaran trabajadores de otras empresas del entorno pidiendo trabajo. Otro favor me hizo Fleck, años después, ya con las CCOO legalizadas, y este sí es de agradecer. Me dijo: «Adonio, cuídate de Jordi Comabella, delineante, es nuestro confidente, ten mucho cuidado de lo que hablas delante de él». No sé qué informaría de mí el tal Comabella, ni cuánto añadiría de su cosecha, pero si sé que estando él presente, me cuidé de hablar de lo que me interesaba que supiesen Fleck y Fermín Casquete, del cual Comabella se hizo muy amigo y confidente; era su «Garganta profunda».

Es a partir del 20 de noviembre de 1964 que mi vida entra en una vorágine completa que abarca varios años, dividida en dos períodos muy distintos y marcados. Desde ese día y

hasta finales de 1968 como militante de Comisiones Obreras, y al salir en libertad de la cárcel de Palencia, en 1968, hasta el fin del estado fascista-franquista concentro más mis actividades en las Comissions de Solidaritat de Catalunya (CCSSCC), sin abandonar de pleno CCOO ni el Partido (este, nunca). En ambas formaciones mis actividades fueron tan variadas y a tal ritmo que me es imposible determinar con precisión lugares y fechas, tampoco a todas las personas, pero sí los hechos.

La única tarea en la que nunca participé en CCOO fue las finanzas. En cuanto a mis relaciones personales militantes en el seno de Comisiones, fueron múltiples, decenas, pero las más inmediatas, intensas y prolongadas en el tiempo fueron con Miguel Guerrero y Manuel Murcia Ros. La empresa de este último disponía de dos naves separadas unos cien metros. La principal estaba situada en territorio de Barcelona y la segunda en un almacén de Sant Adrià de Besòs, que mantenía una pared común con Industrias Fleck S.L. en la cual yo prestaba mis servicios. Cuando deseaba verle, me trasladaba a la nave principal, donde era encargado o jefe de equipo y, como por razón de su responsabilidad laboral él se desplazaba a la nave-almacén, nos veíamos con mucha frecuencia, por lo que nuestra relación sí fue intensa, pero muy reducida en el tiempo, ya que cuando se tuvo que integrar en el ejército para hacer el servicio militar, a su vuelta desapareció de la comarca. Evolucionó ideológicamente desde su procedencia cristiana y de militante en la Juventut Obrera Católica (JOC) hasta posturas anti-Partido y CCOO. Una o tal vez dos situaciones le hicieron cambiar. La primera, despecho o enfado; la otra un viaje. Compartiendo celda Manuel Murcia Ros, Ángel Rozas y yo mismo, Manuel Murcia le pidió a Ángel Rozas su ingreso en el Partido. Rozas le pidió tiempo para contestarle. Al cabo de unos días la respuesta fue negativa. Ignoraba el dato, pero observé que su relación hacia nosotros ya no era la misma, por lo que inquirí a Rozas. ¿Por qué? ¿Qué había ocurrido? Su respuesta fue que podía no ser bueno ni política-

mente correcto, que le arrebatáramos a la Iglesia a uno de sus mejores dirigentes obreros, que podría crearnos problemas si consideraban que nos estábamos llevando a sus líderes; así que había optado por rechazarlo. Ignoro si la respuesta fue a título personal o consultada, aunque posiblemente fue lo último, pues tardó en comunicárselo varios días.

¿Se consideró Murcia herido y maltratado? Y la otra causa de distanciamiento, ¿fue mera coincidencia en el tiempo? Al haber terminado prácticamente su servicio militar, Murcia marchó a Israel, donde estuvo unos dos años. Afirmaba que el motivo de su marcha a ese país era una formación para aprender el manejo de unas máquinas robóticas (mucho tiempo, dos años, para una tarea así...). En cualquier caso, por una o ambas razones, tras su regreso de Israel no fue el mismo. Traté de hablar con él, pues creía que nos unía una buena amistad y confianza, pero incluso a mí me rechazó. Finalmente, Manuel Murcia moriría muy joven a causa de un accidente automovilístico.

Un coche de segunda mano

A comienzos de 1965 se me planteó el cometido de colaborar en extender las CCOO y en la distribución de propaganda por Catalunya. Para tales tareas solo se disponía de un vehículo Citroën 2 CV, propiedad de Tomás Chicharro. Como para entonces ya tenía un trabajo estable, acepté y compré un Seat-600 matrícula B-306.450 de segunda mano y color verde en un concesionario en Granollers, y que puse al servicio de CCOO. No es que tenga una maravillosa memoria como para recordar la matrícula, es que consta en comunicados internos de la BIS, de los que dispongo copia.

Durante los años 1965 a 1968 el vehículo hizo miles de kilómetros por Catalunya y España. Nunca paró. Incluso cuando

yo estaba detenido, él trabajaba. Miguel Guerrero se hacía cargo del coche en los períodos en que estaba en prisión. Algunos detalles sobre el mismo: en las épocas en que estaba detenido, no lo pagaba. En la primera detención, justo después de comprarlo, Carmelo Rubio, a quien había conocido en la Modelo, tras la «caída» (así se decía cuando existía alguna detención) de 1961, fue a visitar al vendedor y le expuso mi situación; este contestó: «Ya me pagará cuando salga y pueda». Lamento no recordar su nombre, pues se lo merece por solidario. Tuve noticias de él a partir de 1968: colaboraba en las campañas de solidaridad que se llevaban a cabo en Granollers, donde vivía, en favor de los represaliados. Miguel Guerrero entró en una ocasión en la cárcel, jugándose su seguridad, porque se habían desplazado a una reunión en Madrid, junto con Cipriano García y otros, y «habían pasado un frío terrible —era invierno— y no habían sabido poner la calefacción». Durante los años 1968 y 1975, cuando menos en tres ocasiones, sirvió para el traslado de gentes que debían abandonar el país.

En un viaje a Lleida con Ángel Rozas y Vicente Faus tuvimos una curiosa —y desagradable— experiencia con el camarada que nos recibió. Rozas preguntó: «¿Qué está pasando en el PSUC? Los *Treball* y *Mundo Obrero* que nos llegan nos informan de cuestiones incoherentes respecto a lo que hasta ahora ha sido la línea del Partido». Nos mostró unos ejemplares y, efectivamente, no se correspondían con lo que por Barcelona y alrededores circulaba. Faus, y sobre todo Rozas, le empezaron a preguntar cómo se proveían. Él dijo que se los llevaban desde Barcelona dos personas que llegaban en moto y permanecían un par de días en Lleida, manteniendo contactos con gentes del PSUC y —después lo supieron— con otros grupos grupos alternativos y opuestos a CCOO. Ángel Rozas y Vicens Faus asaetearon a nuestro interlocutor con preguntas sobre cómo eran las personas y la moto. Las descripciones de la moto y conductor fueron fáciles de identificar (Daniel Cando Cando era el conductor); no así quien le acompañaba.

Hasta que a Rozas se le «encendió la bombilla» y preguntó: «Los rasgos de la otra persona son...». «Sí», fue la respuesta. ¡Ya estaban identificados! Al regreso a Barcelona Ángel Rozas y alguien más fueron a ver a Daniel Cando Cando. Se acabaron los *Treball y Mundo Obrero* apócrifos y sus viajes a Lérida.

En uno de los desplazamientos a Torrebonica, un barrio de Tarragona separado por campos y huertos, llevábamos propaganda. Hicimos el recorrido y superamos en dos ocasiones la distancia que nos habían dicho. Y el barrio no aparecía. Al regreso del segundo intento había una pareja de la Guardia Civil al pie de la carretera. Les pregunté por el barrio y nos dijeron: «Aquí. Enfrente de nosotros». Cúmulos de tierra a lo largo de la carretera, por encima de la altura del coche, y la inexistencia de indicadores hacía que no viéramos el barrio, que, por lo demás, estaba al final de un camino sin asfaltar. Dos compañeros estaban blancos, asustados. Me preguntaron por qué les había preguntado a los guardias, a lo que les contesté: «Por eso, porque eran guardias civiles. ¿No hubiera sido sospechoso que los evitáramos a ellos y preguntáramos a otras gentes?». Llegamos al lugar, una asociación de vecinos, y entregamos la propaganda a la persona que uno de mis acompañantes conocía.

Y, de propaganda, ¿cómo andábamos en el Barcelonés Nord? Subsistíamos. Primero con una vietnamita y después con una multicopista que nos pudimos «agenciar».

La vietnamita y la multicopista, herramientas de propaganda

Al parecer su aparición y uso se extiende entre los años 1960 y 1970. Aunque recibe el nombre de «vietnamita» por usarla el Vietcong en la clandestinidad, pero tal vez su existencia sea anterior. Por lo que me consta, en el año 1966 ya la usa-

ban grupos clandestinos españoles. En nuestro caso, en Badalona, no puedo recordar el momento exacto de su aparición. Sí recuerdo que figura en un documental de Carles Llorens Soler, director de cine que estuvo en Vietnam del Norte. También se trajo —y guardo— un llavero que me regaló con dos palomas de la paz, hecho con los restos de un reactor yanqui.

Elena Lumbreras, al final de su corto *EL cuarto poder*, plasmó cómo se construía y usaba una vietnamita. Por cierto, no sé cómo escribir (H)Elena. Algún tiempo después la vi escrita en algún medio como Helena y le pregunté cómo debía escribir su nombre. Me contestó que como quisiese. Algo parecido me ocurrió con su hermana (H)Elizabeth. Su compañero y marido era «Maro», Mariano. De él nunca conocí sus apellidos. Elena Lumbreras fue una mujer posicionada, comunista, que hizo cine durante la dictadura contra el franquismo en España. Pilar Miró, quien fue considerada la primera mujer en hacer cine, era del PSOE, con contactos personales muy en la cúspide, e hizo su cine en el posfranquismo. Por eso Elena es «olvidada», ninguneada, y Pilar Miró reconocida. El documental *El cuarto poder* estaba conformado por dos partes. La primera, con totalidad predominante azul, describe se y analiza la prensa del régimen fascista, a sus propietarios y relaciones con el poder. La segunda, con tonalidad predominante roja, analizaba las formas y contenidos a través de periódicos clandestinos como *Mundo Obrero, Treball* y otros, así como panfletos y octavillas utilizadas por los de distintos grupos de oposición a la dictadura. Por cierto, en el corto aparezco de extra en un par de escenas. Más joven y con barba.

Pero ¿qué era una vietnamita? Sobre una plataforma se disponía un bastidor o caja abatible de madera y cada mitad de entre tres o cinco centímetros de alto por unos 35 cm. de largo y unos 25 de ancho, unidas sus dos mitades por goznes o bisagras para que encajaran exactamente sus dos mitades. La mitad superior estaba provista de una fina tela, a la que se adhería el cliché. Se ponía la hoja para imprimir. Se bajaba la

parte superior del bastidor con la tela adherida a él y a continuación se pasaba el rodillo por encima de todo el conjunto, tras lo cual se levantaba de nuevo el bastidor para retirar la hoja impresa, que se sustituía por otra nueva. En la parte inferior o bastidor se colocaba una base de cera o harina muy espesa y lisa y sobre ella una fina capa de tinta compacta —solo la necesaria, para que no rebosara—, sobre la tinta se disponía el cliché perforado y sobre este, el papel. Las dimensiones en largo y ancho eran únicamente las necesarias para que las manos pudieran introducir o retirar un folio o cuartilla. Se necesitaba un rodillo, tinta espesa, una tela y un cliché. El cliché y la tinta se compraban en papelerías especializadas. No todas disponían de esos productos, y estaban controladas. El cliché se perforaba en una máquina de escribir a la que previamente se le había retirado la cinta para que por las letras perforadas se filtrara la tinta. Ello motivaba que en el caso de algunas letras —«o», «b», «p», «g», etc.— sus zonas redondeadas quedaran como simples borrones al inundarse de tinta. Se estropeaban muchas hojas. Había que practicar mucho y tener un buen pulso para no presionar demasiado, pues las letras salían recargadas de tinta, o demasiado poco, pues parte del texto no se reproduciría. Cada octavilla se hacía una a una y, a continuación, se colgaban para que la tinta se secara y no se pegaran entre sí. Ello requería instalar cuerdas a modo de tendedero. Una vez secas, si de cada hoja salían dos o tres octavillas, había que cortarlas. Se recogía, se limpiaba todo el material usado, se escondía... Muchas horas, dedicación y, sobre todo, camaradas de mucha confianza.

En Badalona tuvimos la vietnamita en casa del padre de Teresa Bohigas. Los clichés los picaba Olga Miralles, que había sido la «secretaria» de la Comisión Obrera de Barcelona (COB), y era una muy buena mecanógrafa que disponía de una máquina de escribir en su casa. El entrecomillado de «secretaria» se debe a que durante los primeros meses, en que se actuó un poco a la ligera, en las primeras reuniones de

la COB se levantaban actas y ella era la encargada de recoger las intervenciones y plasmarlas en papel.

La multicopista sucedió a la vietnamita. En el Barcelonés Nord se pudo obtener una gracias a las relaciones que tenía a través de las CCOOJJ con dos hermanos, Pablo y Ramón Morales Moreno, de Mataró, los cuales tiempo después serían detenidos junto a otros, incluido López Bulla, y un abogado, Luís Fernández, que por entonces vivía en Barcelona, y que estaba ligado a CCOO., y cuyo despacho estaba en Mataró, donde tiempo después iría a vivir. Uno de los hermanos trabajaba en una empresa textil de aquella ciudad en la que tenían una multicopista. «Alguien se olvidó» una noche de cerrar una ventana, algo alta y sin rejas... y a la mañana siguiente la multicopista había desaparecido.

Al igual que la vietnamita, precisaba de un cliché que se perforaba mediante el mismo proceso (y con los mismos problemas de perforado al imprimir «o», «b», «p», etc.), pero era un gran salto en cuanto a cantidad, calidad en general, y sobre todo secado de las octavillas. El cliché se situaba en un rodillo de la máquina mediante un ajuste de perforaciones que coincidían en el cliché y en el rodillo. A cada giro del rodillo salía arrastrada una hoja impresa. Como la presión y cantidad de tinta eran regulables, salían prácticamente secas. Se ahorraba tiempo, papel, la impresión resultaba de mayor calidad y no hacía falta colgarlas, pues salían secas.

Vuelven a detener a Bernardo Fernández Pérez

En el Primero de Mayo de 1965 varias organizaciones convocan una manifestación en la Plaça Catalunya de Barcelona. Ese día vuelven a detener a Bernardo, de quien fui compañero de detención y cárcel en mi primera caída en 1961, puesto que fue el primer detenido de CCOO.

Marcelino Camacho en Badalona

Un día de otoño (¿en 1965?), Marcelino Camacho, acompañado de Julián Ariza, llevó a cabo un mitin en la parroquia de Sant Antoni de Llefià, entonces regentada por mosén Joan Carrera, años después obispo de Barcelona. Se les recogió en el aeropuerto con mi seiscientos. De alguna manera, el hecho llegó a conocimiento de la BIS, la cual se presentó con algunas dotaciones de policía. La parroquia estaba llena a rebosar, olía a multitudes. Sus intervenciones fueron acogidas con múltiples aplausos. Fue un acto célebre y celebrado. Creo que ese día muchos de los presentes se entusiasmaron más para seguir luchando, y otros se motivaron a unirse.

La alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura

Transcurría la primavera-verano de 1966. Estaba en auge por entonces el impulso del PCE y del PSUC, que pasó a denominarse la «Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura», y que consistía en que trabajadores, profesionales e intelectuales coincidiéramos y unificáramos en la medida de lo posible nuestros esfuerzos contra el enemigo común: el fascismo franquista.

Hubo unas reuniones previas de constitución de «Técnics, Profesionals y Quadres» (TPQs) en la Associació d'Amics de Naciones Unidas, cuyo secretario era Francesc Noguero y Antón Cañellas su presidente. Un sábado o domingo por la mañana llevamos a cabo en la Escuela Profesional de Clot una reunión de TPQs. La mesa la conformábamos cuatro personas, con Isidor Boix a mi izquierda. En un momento determinado se planteó quién o quiénes se responsabilizarían de llevar a cabo contactos entre trabajadores y las fuerzas de la cultura. Alfons Carles Comín, que estaba sentado al fondo de

la sala me propuso para tal cargo, pues «reunía la doble condición de ser —o haber sido— obrero militante activo de CCOO y técnico a la vez». Acepté la propuesta —lo cierto es que tampoco surgieron otras— y fue ratificada por la asamblea. ¡Si llego a saber dónde me metía! Con el tiempo se convertiría en una de mis experiencias más enriquecedoras y útiles.

Mi primer contacto debía ser con el cineasta Carles Llorens Soler, para lo que se me entregó una dirección en la calle Aragón, aproximadamente en los números 542/544, donde, además de su domicilio, tenía parte de sus estudios y una pequeña sala de proyección —los de sonido los tenía en la calle Independencia—. Me presenté en su casa y me abrió la puerta una chica. Pregunté por él y me contestó que no estaba. Me presenté y le informé del motivo de mi visita. Se presentó ella: Helena Lumbreras, aunque que para mí siempre quedó, con su autorización, en «Elena», sin hache. Me hizo pasar y me mostró aquella casa: un gran salón-comedor, una cocina, un lavabo y una terraza, a la que no salí; nos sentamos de nuevo a seguir nuestra conversación.

En ello estábamos cuando apareció una chica desde la terraza, desnuda. Elena nos presenta mutuamente. La chica preguntó: «¿Me puedo sentar con vosotros?», y Elena respondió: «Siéntate». No sabía si mirar a la chica, al techo o dónde. Apurado por la situación, creo que no retiré mi mirada de Elena. Luego, Elena me dijo que allí vivían ocho personas (¡y solo se me había mostrado una habitación!). entre ellos Carlos Llorens, su hermana (H)Elizabeth (lo mismo me ocurrió con su hache), y el novio de su hermana, el entonces joven fotógrafo Jordi Socías. De los demás conservo muy escasos recuerdos. Eran los tiempos del hipismo, del que únicamente tenía noticias por la prensa burguesa franquista.

Al salir de la vivienda ni me acordé de tomar el ascensor. Bajaba por las escaleras pensando «¡Qué gente! ¿Dónde me he metido? ¿Sigo? ¿Abandono? ¿Cómo y cuándo habrá otra asamblea y les informo de mi renuncia?» o, «¿a quién

me dirijo?». Una necesaria —y vital— aclaración: mi concepto de la moral provenía de dos versiones durante mi infancia. La católica y la anarco-comunista, y estas últimas, a nivel pareja-sexual, más exigentes que la católica por aquello de «hemos de ser mejores y dar más ejemplo que ellos» (los católicos). Durante varios días tuve dudas. Al final se me impuso una idea: «Han confiado en mí. ¡Adelante! Veremos hasta dónde llego». A través de todos ellos llegaron otros cineastas, cantantes, actores, artistas plásticos, intelectuales varios, etc. En realidad, fue toda una cadena.

Tres anécdotas divertidas tengo de aquellos tiempos. Personalmente, siempre he vestido —y aún hoy es así— más o menos igual y convencional. Un día iba con Carles, Elena y Elizabeth; eran los tiempos del cambio de la maxifalda a la minifalda. No recuerdo qué prenda llevaba cada una de ellas. Carles iba con una larga y rizada cabellera y unos pantalones de «pata de elefante» de acuerdo con la moda del momento. Íbamos a ver un pase-visionado para el montaje definitivo de una película de Carles y Elena. A pocos metros del punto de encuentro nos esperaba una persona que nos dice «arriba hay una persona extraña. ¿La habéis invitado vosotros?» La respuesta fue unánime: «No». Habíamos llegado los primeros, y nuestras miradas chocaron directamente con la persona «extraña». Todos los presentes iban de hippies, y la persona «extraña» vestía un terno o traje convencional. Al ir llegando otros invitados, algunos le saludaban. Iba vestido con sus ropas de trabajo, pero no podíamos evitar que nuestras miradas, al girar, se posara en él. Pregunté entonces en el corro en que estaban mis acompañantes: «¿Y cómo no os resulto extraño? No visto ni como vosotros ni como él». A lo que me respondieron: «A ti nos hemos acostumbrado». En otra ocasión me tocó vestir de traje y por la tarde tuve que acudir a su casa. Me abrió Elena: «¿Qué desea?», y de inmediato: «¿¡Qué coño haces así vestido!?». Acudí igualmente vestido a la parroquia del Paseo de Sant Joan. Los reunidos

estaban en zona iluminada, yo me acercaba desde una zona oscura. El silencio, hasta que llegué a su altura y me reconocieron, se podía cortar.

Sobre «la moral», hay que decir que, a raíz de mis encuentros y vivencias con los intelectuales, actores, cantantes y demás arrastré, durante algún tiempo, muchas dudas. Hasta que, casualmente, llegó a mis manos un libro titulado «¿Qué es la moral marxista?», del filósofo francés Roger Garaudy. Compré el libro, de 227 páginas, movido por una cierta morbosidad. ¿Qué podía decir un marxista de «la moral»? Por entonces en España no había más moral que la católica, y si a eso sumábamos mi educación anarco-comunista vecinal... Pues bien, para Roger Garaudy no había más «moral» que la lucha de clases. ¡Ni una sola referencia a la sexualidad en 227 páginas! Gracias a todas aquellas personas he aprendido a valorar la moral, no en función del sexo, sino, ante todo, por nuestro posicionamiento de clase.

Todos esos contactos y los que siguieron, cual si de cerezas en un cesto se tratase, me fueron de una enorme importancia durante mis actividades en el seno de las Comisions de Solidaritat de Catalunya (CCSSCC).

El cine en la clandestinidad

En relación con Vietnam disponíamos de dos o tres cortometrajes, uno de ellos llamado *La ofensiva del Tet*, que trajo Carles llores Soler y que, junto a otros filmados por él o por Elena Lumbreras, pasábamos en proyecciones clandestinas llevadas a cabo en parroquias, algunas escuelas y asociaciones de vecinos de confianza.

En el mundo de la cinematografía también colaboraban Román Gubern y Miquel Porter, a cuyos depósitos recurrimos en múltiples ocasiones. También estuvieron José Mª Nunes

(portugués afincado en Barcelona), Pere Portabella, Rovira Beleta, Jorge Grau, Pere Fages, Jose Mª Forn, Carles Durán, Jaime Camino... Otros cineastas de L´ Escola de Barcelona también nos prestaron sus películas.

Disponíamos, así mismo, del filme *Nit i Boira* (*Nuit et Brouillard*) de Alain Resnais, propiedad de la asociación de presos de los campos de concentración nazis «Amical de Mauthausen». Se decía que ese material que utilizó Alain Resnais llegó a su poder a través de expresos españoles y que a la vez llegó a manos de estos a través de la esposa española del general americano que liberó uno de los campos de exterminio nazi, quien pidió a su marido parte del material incautado y recuperado, y que entregó a sus compatriotas españoles. Otra película que se pudo proyectar en la clandestinidad fue *Viridiana,* de la que Pere Portabella era depositario. Su primer pase tuvo lugar en la parroquia de la Mare de Deu del Àngels en la calle Balmes. El lleno fue absoluto. También disponíamos de *El acorazado Potenkin,* que era de mi propiedad. Fue proyectada en múltiples ocasiones y lugares. Acabado el franquismo fui a recoger la película donde donde estuvo depositada, en las Escuelas Pías de la calle Balmes. Mi proyector de súper 8 que también estaba allí sí lo recuperé, pero la película la había «recogido» alguien y de ella nunca más se supo. Y, para terminar, me referiré al filme *La hora de los hornos,* de Fernando Pino y Octavio Gatino, premiada o distinguida en los festivales de Pésaro, Manheín, Los Ángeles, Mérida (Venezuela) y en la Semana de la Crítica de Cannes de 1968. Nunca fue exhibida en los cines públicos españoles. Ya muy avanzados los años sesenta, e incluso setenta, en el marco de CCOO, que era su depositaria, se proyectó clandestinamente. Los encargados de los pases y responsables de la película, la cual no perdíamos de vista ni un momento, fuimos Elena Lumbreras —gracias a la cual, junto con Josep Antón González i Serrate, había llegado el filme a Comisiones— y yo. Y siempre decir que, si el cine alcanzaba un clímax revolucionario, de clase y

lucha, era gracias a los foros que se organizaban después de cada proyección.

Primero de Mayo de 1966

En CCOO decidimos celebrar nuestro Primero de Mayo en la masía Can L'Artillé. Éramos decenas de personas desde temprano. Sobre las 11,00 de la mañana hacen acto de presencia entre tres y cinco todoterrenos, repletos de guardias civiles. Ignorábamos qué podía ocurrir, pero sus gestos y miradas me tenían como objetivo. Acordamos, para evitar problemas, que mi familia y yo marchásemos del lugar. Nos subimos al Seat-600 y nos fuimos. Detrás de nosotros partió la Guardia Civil. Nos fuimos con los niños a la playa del Masnou y allí permanecimos hasta bien entrada la tarde. Y la Guardia Civil allí... En torno al mediodía la mayoría se retiraron y allí quedaron tres o cuatro «números». Los guardias civiles de base no eran personas, eran «números». ¿Cabe mayor despersonalización? ¡Números! Cuando un día o dos después me comuniqué con algunos de los que permanecieron en Can L'Artillé me comentaron que todos los guardias civiles me siguieron y que allí no quedó ningunos de ellos. Tuvieron una celebración feliz y en calma.

El «polvillo negro»

Esta historia tampoco es mía, es de las «otras». Únicamente fui, como mucha gente, espectador pasivo. Badalona llevaba varios días llenándose de un «polvillo negro» proveniente de la central térmica sita en Sant Adrià de Besòs, que ensuciaba todas las ropas colgadas en los tendederos de las casas. Las mujeres ya estaban hartas, por lo que, para evitar problemas y peligros a «sus» hombres, decidieron manifestar-

se ellas. Estamos en septiembre de 1966. Allí donde se encontraban, ya fuesen ambulatorios o mercados, comenzaron las llamadas telefónicas y fueron convocándose unas a otras para el día 29 de septiembre a las cinco de la tarde junto al monumento de Roca i Pi, sito en el Paseo de la Rambla.

El día antes un grupo de ellas se personó en la comisaría de la ciudad para informar de sus intenciones. La respuesta fue: «Aténganse a las consecuencias». De allí se dirigían al Ayuntamiento para que el alcalde les recibiera al día siguiente. El día 29, dos mil mujeres partieron del monumento de Roca i Pi, desde donde se dirigieron al Ayuntamiento por la calle del Mar. Muchos hombres las veíamos pasar admirados de su entereza y firmeza. Durante el recorrido, ni la policía ni la Guardia Civil aparecieron —o, cuanto menos, desde el lugar en que me encontraba no los vi—, aunque sí un *jeep* de la policía al final de la marcha.

En el Ayuntamiento pidieron hablar con el alcalde. «No estaba», les dijeron. Las mujeres expusieron sus quejas a quien las recibió, que fue el Sr. Fulgencio Conesa Castillo, e insistieron: si no arreglaban el problema que allí las llevaban, al mes siguiente volverían. Y esta consigna se transmitió a todas las mujeres. No les hizo falta volver. Pocos días después el problema se resolvió.

Manifestación contra el referéndum

A finales de 1966, en octubre o noviembre, tuvieron lugar unas manifestaciones en contra del referéndum que el franquismo pretendía llevar —y llevó— a cabo en diciembre por la denominada «Ley Orgánica del Estado», mediante la cual, «legalmente», Franco se convertía en jefe del Estado español a perpetuidad.

El referéndum se votó en sus Cortes el 14 de diciembre de 1966 y fue aprobado por ellas el 10 de enero de 1967.

Se convocaron dos manifestaciones, la primera en día laborable y la segunda en domingo. En la primera detuvieron a Gabriel Márquez «Tito» en el cruce de la calle Provenza o Mallorca con el Paseo de Gracia. Lo estaban introduciendo en coche patrulla e intenté liberarlo. No lo conseguí: se lo llevaron; y a mí, con algunos golpes, me retuvieron durante una o dos horas.

A la manifestación del domingo acudí con mi seiscientos y la familia; era el mismo recorrido que la anterior, y no era el único que acudía con coche. Circulaba por las calles Mallorca o Provenza, al llegar al cruce con Paseo de Gracia el amontonamiento de vehículos era fenomenal. En un momento determinado en que el paso de los vehículos ascendentes por Gracia estaba abierto, un policía me ordenó que pasase; obedecí con cuidado. Y otros me siguieron. Convertimos aquello en un atasco mayor. Otro policía se acercó a mí a gritos y amenazadoramente. Le dije, señalando: «Su compañero me lo ha ordenado». ¡Qué bronca entre ambos!

El «Núcleo»

De nuevo estamos en la fábula de «los ciegos y el elefante». Se trata de mi incorporación a un grupo denominado «Núcleo». Ignoro desde cuándo existía, pero me incorporé en 1966 y estuve hasta primeros del año 1967, fecha en que se me detuvo de nuevo y me trasladaron a Carabanchel para cumplir mis condenas pendientes.

El grupo —al menos mientras yo fui integrante— lo componían cinco camaradas que militaban en CCOO: Cipriano García y Josep Tablada (de Aguas de Barcelona), seguro; y creo recordar que Nicolás Albéndiz, Tomás Chicharro y otra persona más. Nos reuníamos en casa de Pedro Hernández. Ni Pedro ni su compañera Elvira pertenecían al «Núcleo». Du-

rante las reuniones en el salón de su casa, ambos permanecían en otro lugar de la vivienda.

El interés del «Núcleo» era que todos los camaradas se entregaran lo máximo posible para tirar adelante el proyecto de CCOO, pues el Partido no acababa de creer en él y una parte de sus dirigentes todavía seguían anclados en la Oposición Sindical Obrera (OSO), cuya estrategia era algo trasnochada e imposible de llevar adelante. A los camaradas se les exigía entrega, limpieza y el máximo interés y comprensión hacia quienes no era camaradas. Se consideraba —y los hechos lo demostraron— que para que CCOO triunfara debíamos ser los mejores y más entregados, dando protagonismo siempre que fuera posible y necesario a compañeros provenientes de otras fuerzas. Sin sectarismo alguno, CCOO debía ser una organización sindical político-social pero apartidaría. Abierta a todos.

Guardo de «Cipri» dos recuerdos de esas reuniones. Una noche, la discusión se prolongó más de lo debido y Cipri, a quien habían robado su moto, quedó desconectado de Terrassa, ciudad en la que vivía, y Barcelona. Era una noche de intensa lluvia, y se marchó andando porque a las seis horas de la mañana empezaba su jornada laboral. En mi otro recuerdo, en una reunión alguien llevó un documento, apócrifo, donde se manipulaban algunas cuestiones. Se leyó sobre la mesa y al terminar, Cipri lo pidió para sí y estuvo un buen rato leyéndolo y releyéndolo. Por fin se levantó diciendo: «Por el estilo ya sé quién lo ha redactado» y fue hacia el teléfono. Marcó un número y en tono serio acusó a quién estaba al otro lado del hilo, más o menos con estas palabras.: «¡Cómo os atrevéis a publicar un libelo como ese. Siendo comprensivo, está lleno de errores. Y lo dejo en eso. ¡Espero que no vuelva a ocurrir!». Desde el otro lado se disculparon.

Una «nadie» inolvidable

No me perdonaría si no mencionase a la «tía Elvira». Porque ninguna historia, ni pequeña ni grande, hablará de ella. De la «Tía Elvira», como llamaban mis hijos a la compañera de Pedro en los múltiples festivos en que íbamos a su casa, solo cabe una expresión: una persona fantástica. Solidaria, camarada ejemplar, respetuosa... Con el tiempo, una enfermedad, consecuencia de su vida laboral en minas, le produjo saturnismo. Su agonía duró algunos años, con una creciente pérdida de capacidad pulmonar y movilidad, con lo cual sus movimientos se fueron reduciendo a su domicilio, hasta quedar finalmente postrada en la cama. Por esa causa Pedro y ella abandonaron la militancia. Su dada de «baja» del Partido llenó de incomprensión a muchos amigos y camaradas. Algunos se lo tomaron muy a mal. Las únicas personas que pudimos seguir visitándola como amigos fuimos José Salgado, un gran luchador de la construcción, y mi familia, en la que mis hijos seguían yendo a visitar a «su tía». ¿Razones del cambio de Pedro y Elvira? Asumida la situación de inmovilidad de Elvira, el PSUC, previa consulta con ellos, había tomado la decisión de que fueran los guardianes de las llaves de pisos y lugares «francos» del Partido, pero era necesaria «su baja» y evitar que otros camaradas aparecieran por su domicilio por razones de seguridad. Elvira murió conectada a una botella de oxígeno un miércoles de mayo de 1977, con una enorme tempestad. El mismo día que legalizaban el PSUC.

Fundación de las Comisiones Obreras Juveniles (CCOOJJ)

¿Por qué consideré la necesidad de la existencia de unas Comisiones Obreras específicas para los jóvenes? Era eviden-

te que, como trabajadores, tenían las necesidades propias de su clase, pero como jóvenes tenían otras añadidas. Muchos de ellos estudiaban, y entre los asistentes a las asambleas del Barcelonés Nord, varios lo hacían en la Escuela Profesional del Clot. Se avecinaba el servicio militar y me planteaba la necesidad de llegar algún día a formar una familia. Sí, los jóvenes tenían problemas laborales comunes a los mayores. Además de otros.

¿Prueba de que las Comisiones Obreras Juveniles (CCOOJJ) ya existían en 1967? Un informe —sellado— de la 411 Comandancia de la Guardia Civil (Servicio de Información) y copia de una octavilla con contenidos relacionados con los jóvenes trabajadores y firmada por COJ. El informe lleva fecha de 1967. El uso de las dobles letras para indicar plurales no estaba entonces muy extendido.

Otra prueba. Página 9 de *La Vanguardia española* (así se llamaba entonces la hoy *La Vanguardia*) del día 19 de enero de 1969 y en relación a la sentencia del 27 de marzo de 1968, y referente a la detención del 23 de septiembre de 1967 de Justo Pageo en el Hospital del Espirit Sant de Santa Colma de Gramanet, en que se recoge como prueba en el juicio que «Justo Pageo llevaba consigo varias octavillas de las Comisiones Obreras Juveniles».

Se podrá dudar y cuestionar si tomé personalmente la decisión, cuanto menos en Catalunya —aunque en más de un territorio nacional se llegara a la misma conclusión (la necesidad crea el órgano)— de constituir las Comisiones Obreras Juveniles. En cualquier caso, en septiembre de 1967 ya funcionaban, se hacían seminarios y se confeccionaban octavillas. ¿Antes o después que en otros territorios? Puede y no importa. No es un problema de medallas.

En un montículo conocido como «Los Pinos», entre Badalona y Santa Coloma de Gramanet, durante un tiempo celebrábamos los domingos nuestras asambleas. Un día, en el uso de la palabra, propuse a un grupo bastante numeroso de jó-

venes reunirnos nosotros después de la asamblea. En ella los jóvenes, a propuesta mía, decidieron en constituirse como Comisiones Obreras Juveniles (COJ y en las octavillas, posteriormente, CCOOJJ) y participé en ellas a través de charlas de formación hasta mi ingreso en prisión en marzo de 1967, para cumplir la condena de mis detenciones en 1966 y 1967. Como la necesidad hacía que las asambleas fueran itinerantes, también las CCOOJJ lo fueron a la vez que las asambleas de los más adultos, si bien, poco a poco, acabaron llevando su propio camino. Mi dedicación a ellas desde el primer día consistió en la formación en historia del movimiento obrero y el sindicalismo.

Las charlas de formación tenían lugar en la parroquia de Santa Rosa, en la calle Banus Baixa (no confundir con la existente en el Barrio de Santa Rosa). Curiosamente, los nombres de los barrios y los nombres de las parroquias no son coincidentes. Al frente de la parroquia de Santa Rosa estaba entonces Joan Morán, sacerdote obrero y militante activo desde el primer momento de la creación de las CCOO, y quien llegó a ser detenido Posteriormente, tuvo una actividad solidaria en las CCSSCC muy importante, desde la recogida de ayuda a la ocultación de personas perseguidas. Puedo dar fe.

Son primeros militantes en las CCOOJJ: Francisco Téllez, muy torturado en su detención; Alfonso Moya, que fue el segundo secretario de CCOO en Badalona en su legalización; Alfredo Amestoy, exparlamentario en el primer Parlament de Catalunya por el PSUC; Alejo Castellano, también detenido y torturado junto a Francisco Téllez, cumplió tres años y medio de cárcel en el penal de Jaén; Antonio Arellano; Antonio García; Antonio Giménez, que trabajó en la secretaría de elecciones de la sede central de CCOO en la Vía Layetana; Ildefonso Adame «Campesino»; hermanos Castro, uno de ellos, Juan Castro «Rojo», que fue concejal en el Ayuntamiento de Sant Adrià de Besòs; Emilio Contreras; Ernest Antón, que trabajó en la sede de CCOO, en la Vía Layetana; Adolfo Téllez; José

Antonio Cutillas, miembro dirigente del Colectivo Rom,Juan Rico Márquez, exsecretario durante unos años de CCOO en Badalona y sobrino de «Tito» Márquez; María José, Epifanía, compañera de Adolfo Téllez; Manuel Gracia, quien fue Secretario General del Partido de los Trabajadores (PT); Manuel Rubiño; Oriol Solé Sugrañes, ejecutado en su fuga del penal de Segovia; Pedro Cano; Rafael «Rubio» y varios aprendices de la Escuela Profesional del Clot y estudiantes. Sobre las CCOOJJ se han generado dudas que pueden ser resueltas, de desearlo, verificando estos hechos. Basta con preguntar a los afectados. Muchos, por ser más jóvenes, afortunadamente siguen vivos.

Una segunda duda, muy posiblemente involuntaria, es si se crearon primeramente en el Barcelonés Nord o en los Vallés. Fueron primero en el Barcelonés Nord. A Sabadell y Terrassa me trasladabaun joven, amigo del hermano de Celestino Sánchez, que disponía de una moto, y con quienes había contactado a través de los mayores: Cipriano García y Agustín Romero. Me consta que a nivel de Barcelona Santiago Medina Morales, dirigente de CCOO en ENASA-Pegaso en años posteriores a mi vida laboral en la empresa, en 1967 ya militaba en las CCOOJJ, que por aquel entonces, reitero, firmaba sus octavillas como COJ.

Curiosamente, a mi salida de la cárcel en 1968 quise conectar de nuevo con las CCOOJJ, pero habían sido disueltas por innecesarias. Unos años después, fueron de nuevo fundadas como si no hubieran existido nunca. Al celebrar el 25 aniversario de esta segunda fundación en 2006 (es decir, las CCOOJJ, para algunos,fueron fundadas en 1981), conecté con el entonces Secretario General de las CCOOJJ, el señor José María Romero Valverde que organizaba el evento de esta segunda fundación proporcionándole una lista de los primeros fundadores reales para que fueran invitados. Lamentablemente, ninguno de ellos lo fue.

Primero de Mayo de 1967

Repetimos nuestra celebración del Primero de Mayo en el lugar del año anterior, pero en esta ocasión todo fue distinto. La Guardia Civil volvió a hacer acto de presencia, pero en esta ocasión no se acercó a nosotros y se mantuvo colina abajo, y nosotros en el mismo lugar del año anterior, arriba a unos 200 metros.

En un momento determinado vino a saludarme un antiguo compañero de escuela y me hizo saber que el mando de la Guardia Civil un comandante, creo recordar quería que me entrevistase con él.

Le respondí: Si mis cálculos no me fallan hay la misma distancia de allí a aquí que de aquí a allí. Encontrémonos a mitad de camino. Volvió el antiguo compañero de escuela y ahora informante de la Guardia Civil para decirnos que: El comandante aceptaba. Así que empecé a bajar y detrás de mí decenas de compañeros y otras personas presentes, y el oficial de la Guardia Civil a su vez comenzó a subir seguido de varios de ellos. Más o menos a mitad de camino coincidimos e inmediatamente ambos fuimos rodeados por sus acompañantes guardias civiles, pero, a la vez, decenas de personas nos rodearon a todos, formando dos círculos concéntricos.

Dialogamos y llegamos al acuerdo de que por nuestra parte podríamos llevar a cabo nuestra fiesta pero que no lanzaríamos gritos contra Franco. Por su parte ellos se irían y dejarían únicamente dos guardias civiles presentes para asegurarse de que cumplíamos nuestro compromiso. Y así fue. Ellos se fueron, aunque supongo que no muy lejos, y dos de ellos se quedaron. Cantamos de todo. Y escenificamos, de palabra, como habíamos aprendido de los estudiantes del SDEUB, la obra de Bertolt Brecht *Excepción y la regla*.

Tres días después, el 4 de mayo, la Guardia Civil me detenía en mi centro de trabajo Industrias Fleck, S.L y me trasladaba a su cuartel general en la calle Eduardo Maristany, frente

a la estación de RENFE en Badalona. Esta detención daría origen a una condena de seis meses de cárcel (Sumario 229/67).

En esa detención me sucede una anécdota curiosa. En el interrogatorio, un viejo guardia civil que estaba a mi espalda y al cual no veía, me pregunta: ¿Desde cuando sabe usted ruso? La Guardia Civil había registrado e incautado varias cosas de mi domicilio. Quedé perplejo, y le respondí que desconocía este idioma. Entonces, indignadísimo explotó: Entonces, ¿¡por qué tiene usted libros en ruso!? y, desde la espalda y con gesto brusco puso ante mis ojos un libro escrito en ruso. Se trataba de la obra de Isaac Deutscher, *Stalin, semblanza de una biografía, y* que se escribe igual en castellano que en catalán, editado en Barcelona por Edició de Materials. Le saqué de sus dudas castellano-catalanas diciéndole: Si lo lee literalmente, entenderá gran parte del texto, pues catalán y castellano son dos idiomas de raíces latinas y, por lo tanto, con muchas palabras comunes. Nada más me preguntó. Había sido detenido varias veces por la guardia civil con peores tratos, pero nunca con tanta ignorancia como la demostrada por aquel veterano. La ignorancia, en aquellos tiempos, por lo menos, era un factor muy extendido entre los individuos de los cuerpos represivos.

Anticipándome, y además porque no recuerdo fechas exactas, aunque sí los hechos, relataré tres casos más, aunque por elementos de la Brigada de Investigación Social (BIS) o policía olítico-ocial. Durante un registro nocturno e inesperado ocurrió durante un Estado de Excepción—, uno de sus componentes halló un libro en catalán sobre mi mesita de noche. Se trataba de *La noia de Bube* del italiano Carlo Cassola, traducida al catalán. Al estar en catalán lo ojeó de arriba abajo, de derecha a izquierda, incluso lo invirtió. Tal vez creyó que era un libro de claves. Pero fue prudente. Lo dejó de nuevo en la mesita y nada dijo.

En otra ocasión, ya en los años de la Comisions de Solidaritat de Catalunya (1968-1977), tenían lugar unos festivales

de marionetas en algunos locales y centros de Barcelona que también servían para recaudar fondos de ayuda. En uno de ellos tenía lugar una representación satírica «casera». Un entretenimiento artístico sin más. Era fácil reconocer a los dos miembros de la BIS. Eran los únicos que no reían. Debían estar intentando desentrañar el mensaje de la obra. El tercer caso ocurrió en la Escuela Profesional del Clot, pasábamos la película *El acorazado Potemkin* de Serguéi Eisenstein. Dos sicarios de la social se sentaron en la última fila, y me senté delante de ellos junto con Jordi Borja para escucharlos. A los diez o quince minutos de película se fueron con un: Vámonos, es una película de barcos.

Recupero mi detención en el cuartel de la Guardia Civil de la calle Eduardo Maristany. Allí sí fui golpeado, sin pasar a mayores, y el momento más peligroso fue cuando un guardia civil visiblemente exaltado se echó el mosquetón a la cara y apuntó directamente a la mía a menos de un palmo. ¿Fue una puesta en escena? No lo sé. Sí sé que su superior, en mi presencia y al parecer también indignado lo mandó arrestar.

También detuvieron a Abilio Campos Lapeña, aunque no coincidí con él hasta que ya estuvimos en La Modelo. A él no sé, pero a mí la Guardia Civil me entrega continuación a la BIS, que me volvió a interrogar, pero ya sin tantos miramientos, aunque sin llegar a la tortura. Una vez en manos de la BIS tuve una curiosa conversación con Antonio (Juan) Creix. Me preguntó si seguía en el Partido, Y le contesté que no. Me preguntó entonces: ¿Has renegado del Partido? De nuevo respondí que no. Incisivo, a ver, ¿estás en el Partido o has renegado de él? Le contesté entonces: Verá, yo fui cristiano y educado en la fe cristiana. Mi madre es cristiana. Ahora no soy cristiano, pero no he renegado a mi pasado. Tampoco he renegado de mi madre. No ser, no es renegar, es no ser. ¿Lo entiende? Pasó a otras preguntas, aunque no sin antes acusarnos a Alfredo Amestoy, Manuel Armenteros y a mí mismo de ser la Triple A de la comarca.

Tanto en la primera como en la segunda detención sobre todo, por coincidir con las detenciones en muchísimas localidades con motivo del Primero de Mayo—, conviví con muchísimos compañeros de CCOO y camaradas del PSUC en La Modelo de Barcelona. Por esas razones obvias me es imposible ubicarmuchos nombres y situarlos en cada un de las dos detenciones que sufrí.

Podría hablar de muchos, pero destacaré a tres. Antonio González Valiente, crítico de Arte en *La Vanguardia*. La Semana Santa coincidió con nuestra estancia en prisión, y como los presos políticosociales nos negábamos a asistir a actos religiosos, la dirección decidió trasladarnos a todos a la escuela de la prisión y a organizar allí unas lecturas morales. González Valiente se ofreció voluntario. Se trataba de una lectura sobre san Jorge a la cual él incorpora algunos comentarios para hacernos más comprensible el texto, y convertir así una lectura dramática y moralina en una lectura cómica, gracias a su lectura, de una maravillosa e impagable entonación retórica El funcionario le arrancó, literalmente, el libro de sus manos y se acabaron las lecturas.

Tengo mis dudas respecto a quienes fueron la segunda y tercera persona, pues a medida que eran puestos en libertad algunos compañeros, la dirección nos reagrupaba de nuevo para evitar que en cualquier celda pudiera quedar solos dos ocupantes, por ese temor a la homosexualidad que comenté anteriormente. Así que me referiré en segundo lugar a Celestino Sánchez. Compartíamos la celda cuatro personas, incluyéndome: reo que Blázquez Neila y puedo confirmar que Celestino Sánchez y Manuel Sánchez Marin. A los pocos días, las relaciones paterno-filiales empezaron a no ir por el buen camino. El padre de Celes increpaba a su hijo por sucio y marrano pues llevaba varios días sin cambiarse de ropa pese a que su madre les enviaba periódicamente mudas limpias. La verdad era que la camisa de Celes estaba suficientemente sucia... y empezaba a tener aspecto de corrompida. Al final el

padre logró imponer su criterio y le obligó a cambiar su ropa. Pero tenía la camisa pegada al cuerpo La paliza que había recibido durante los interrogatorios era tan fenomenal que, con la sangre, camisa y piel formaban una unidad. Hubo que arrancar con mucho cuidado la camisa del cuerpo. Celes se había negado a cambiarse de camisa, pese a los dolores que debía sufrir, para que su padre no viera el estado en que lo habían dejado.

El tercer caso es similar. Se trata de Manuel Murcia Ros. En la celda, entonces, coincidía con Viçens Faus Abad, Ángel Rozas Serrano y el propio Murcia. Por alguna razón la BIS sabía que Murcia había practicado algo de pugilismo, por lo que le dijeron: Vamos a ver qué tal encajas. Su estómago y pecho eran de un color azul-violáceo que asustaban. Y seguro que más del 80% de su tronco. Daba verdadera pena.

Asíse las gastaba la BIS. Describir esto me hace recordar a uno de los presos de 1961, a quien fuerona buscar a un hospital en el que acababan de operarle de un ojo. En él recibió todos los golpes. Le dejaron sin visión de ese ojo. Es otra muestra del espíritu de la BIS, compuesta por canallas, psicópatas y amorales.

A la Vall D'Uxó (1967)

Sería julio de 1967, porque Diana había nacido el 14 de abril de 1967 y entre el 4 de mayo y el 28 de unio estuve detenido. Como junto a Tomás Chicharro seguíamos siendo los únicos que teníamos vehículo disponible, se me pidió que me trasladara a la Vall d'Uxó para conectar con aquella zona, que por aquel entonces tenía una gran cantidad de empresas del calzado, algunas de las cuales eran muy importantes. Me trasladé allí con mi compañera Feli y mis dos hijas Olga y Diana. Terminada la reunión me preguntaron: ¿Quieres llevarte al-

gunas naranjas? lo que contesté: ¿Por qué no? Entonces uno de los compañeros le dice a otro: Ve y entérate por donde pasa hoy la ronda. Al cabo de un tiempo volvió con una respuesta. Salieron dos o tres de los compañeros y al poco rato después volvieron con varios capazos llenos de naranjas. Me llenaron el seiscientos tan a tope que para conducir y pisar los pedales debía tener cuidado, pues había naranjas hasta por debajo de los asientos. Habían sido producto de una expropiación. En casa comimos y tuvimos zumos de naranjas durante varias semanas. Mis hijas nunca supieron que habían estado en la Vall d'Uxó. Diana porque tenía pocos meses y Olga porque salió de Badalona durmiendo y volvió durmiendo.

Las operaciones Rastrillo y Rana

A partir del verano de 1967 un grupo coordinado y dirigido por Tomás Chicharro Maneroe integrado, entre otros por Pedro Hernández, Tomás Ubierna, Vicente Faus, Miguel Guerrero, Carrión, Ana Moya, Sanchiz y José Muñiznos reuníamos en la parroquia de Santa Engracia en Nou Barris. Tomás tenía entre ceja y ceja dos proyectos. Uno, llevar a cabo una huelga general; el otro la transformación de la Comisión Obrera de Barcelona en la Comisión Obrera Nacional de Catalunya. Tomás era y es una persona con una enorme capacidad de trabajo y organizació, que años después llevó a cabo otras tareas de envergadura en CCOO.

La cuestión nacional no estaba asumida ni entendida por muchos componentes —ni dirigentes de CCOO. El primer intento y proyecto iba a ser la Operación Rastrillo, es decir, la unificación territorial. Hasta entonces, las distintas CCOO lo eran casi a título propio; se trataba de comisiones a nivel de fábrica, pero lo de ramo se iba alcanzado sobre la marcha, mientras que lo zonal o territorial ni se había ini-

ciado. ¿Quienes componíamos aquel grupo? A través de contactos orgánicos y personales algunos expresos conocíamos a otros expresos o teníamos amigos por todo el territorio catalán, fuimos conectando con responsables de empresas y localidades de Catalunya. Una vez realizada aquella tarea, se marcó un día para la huelga, que tuvo lugar el 6 de ctubre de 1967. Fue un éxito.

Se empezó a trabajar en una fase: España. De hecho, desde sus inicios ya era esa la intención si la primera parte, la Operación Rastrillo culminaba con éxito, como así fue. Esta segunda fase tenía en nombre de Operación Red de Acción Nacional (RANA). Se llevó a cabo el día 27 del mismo mes y fue otro éxito. Espero y deseo que algún día Tomás Chicharro decida escribir sus memorias. Nadie mejor que él puede explicar y extenderse en aquel hecho tan importante para la historia del Movimiento Obrero en Catalunya y España.

Tomás Chicharro era un pésimo político. Carecía de ambiciones, era honesto, ni manipulaba ni maniobraba. Los BR (y otros) le temían y odiaban por su inteligencia y capacidad de trabajo. Veían en él un potencial competidor en las carreras hacia el poder por lo que le difamaban e intentaban apartarlo. El único objetivo que le hacía feliz no era el poder, sino el *hacer*.

Un confidente en CCOO

También, por lo menos hasta 1967, y sin saber desdecuándo, tuvimos un infiltrado en CCOO. Un día del verano de aquel año tuvimos una reunión en la rectoría y vivienda de Joan Morán, párroco de la parroquia de Santa Rosa de Santa Coloma de Gramanet. Estábamos presentes cinco personas: Miguel Guerrero y Tito Márquez, a mi derecha e izquierda respectivamente, y enfrente, a mi derecha Ángel Pérez y un

trabajador de Blanso o Bultaco, cuyo nombre tristemente no recuerdo. Llevaba unos documentos que repartí entre Miguel y Tito, pero me equivoqué y cambiélos del uno por los del otro aunque luego rectifiqué

La Guardia civil, que me había detenido por el Primero de Mayo en Can L'Artillé, me entregó a la BIS. Un miembro de la BIS me preguntó por la reunión referida, y cuya existencia negué para demostrarme que estaba bien informado me dice: sí, hombre, aquella en que diste unos documentos a unos situados a tu derecha e izquierda y rectificaste. Volví a negarlo. Él se levantó y pidió a otro miembro de la BIS que otro siguiera el interrogatorio pues él tenía que ausentarse por un momento. El interrogatorio siguió y permanecí negando toda pregunta hasta el final. Fui trasladado al antiguo Palacio de Justicia.

Como siempre, el primero en llegar fue Solé Barberà. Le dije: Tenemos un confidente en CCOO le expliqué: ¿Cómo podía saber la policía lo ocurrido en una reunión cerrada en la que únicamente estábamos cinco personas? Solé Barberà informó de lo ocurrido, pero ignorábamos quién podía ser. Se descubrió solo. Era uno en el que teníamos gran confianza. El cajero de Comisiones Obreras, cuando estas se reunían en el despacho de los abogados Montserrat Avilés y Albert Fina sito en la Plaza del Doctor Letamendi de Barcelona. Se debió hablar sobre el topo allí, pues desapareció y nunca más volvimos a saber de él. Poco tiempo después algunos compañeros de Comisiones, entre ellos mi cuñado Alejo Castellano, fueron a hacerle una visita de cortesía. Vivía en los bloques del Barrio del Congreso en Badalona pero el pájaro había volado con todo el dinero, algo más de 68.000 mil pesetas.

¿Es extraño que un confidente se infiltre a tan alto nivel? En absoluto, y desde los aparatos represivos, es normal y necesario para el sistema. Era un líder prefabricado. Importante dirigente obrero en Blansol, muy activo y comprometido aunque sin pasarse, lo justo y necesario como para

distinguirse. No fallaba a ninguna reunión, concentración ni manifestación. Y, dentro de ellas, siempre permanecía activo. Así se fabrica un confidente bien situado, ganándose la confianza y alcanzando el nivel de compromiso necesario. Si la policía no llega a meter la pata, tal vez hoy todavía se mantuviera en la dirección de CCOO.

Los paradojas en relación con el 11 de septiembre de 1967

Días antes del 11 de septiembre, las Fuerzas Políticas de Catalunya nos invitan a CCOO a participar en la Diada. Discutimos nuestra presencia en el seno de CCOO y, quienes estábamos a favor de participar quedamos en minoría. Ganaron quienes entendían que el problema nacional era un problema de la burguesía

Primera paradoja: CCOO nombra a Miguel Guerrero y a mí a llevar la respuesta del Noal seno de las fuerzas políticas. La respuesta debía tener lugar un domingo por la mañana en el domicilio de Pere Portabella Oriol Regás. Sí recuerdo que estaba situado encima de una sala de fiestas famosa entonces conocida como el Bocaccio. y por encima de la Travessera de Gracia en su cruce con Balmes.Allí defendí con todos los argumentos como pude el No Enfrente, defendiendo lógicamente el y como nadie, Antonio Gutiérrez Díaz Guti. Aquello se convirtió en un mano a mano entre ambos. El propio Miguel Guerrero estaba sorprendido de mi firme defensa del mandato recibido.

En un momento determinado, Guti pide un alto en la reunión y nos llama a Miguel y a mí y nos dice: ¿Vosotros ya sabéis que la posición del Partido es la de participar el día 11? Le contesté: Sí, y para eso estás tú. Nosotros venimos como portavoces de CCOO y nos han mandatado para que nos

opongamos. Guti se quedó blanco. Pidió entonces Guti aplazar unos días la reunión. Hasta donde sé Guti llamó a capítulo a los miembros de la dirección de CCOO que a su vez eran también miembros del Partido. Ahí fueron ellos los que se quedaron blancos. Sé que tuvo lugar una nueva reunión con las fuerzas políticas, y a esa ya no acudí, Miguel tampoco. Por lo que a mí respecta, ignoro la opinión que de mí y de Miguel sacaron los delegados de las fuerzas políticas.

Lo que sí puedo afirmar, y me enorgullezco, es de ser respetuoso con las decisiones de la mayoría aun no compartiéndolas y ser capaz de defenderlas. Nadie, nunca, me podrá acusar de traicionar la confianza en mí depositada, incluso por aquellos cuyas ideas no comparto. Nunca he fallado a un compromiso ni aprovechado unas circunstancias para introducir opinionespersonales a las que no he sido autorizado. Si algo me ha indignado siempre es el oportunismo marrullero de quienes manipulan, tergiversan o introducen sus sesgos personales o de sigla; opiniones que no estaban autorizadas, ni previstas o para cuya expresión no estaban delegados.

Segunda paradoja. Fui retenido durante la manifestación y multado con 15.000 pesetas (Multas, Jefatura Superior de Policía-Barcelona, Expediente 1.750/67; R/S 11475) por encabezar un documento posterior en el que se denunciaban las cargas policiales que viví en mis carnes y que por ello pude argumentaren ese día 11 de eptiembre. Por negarme a abonar la multa, ya en el penal de Palencia, debí cumplir 20 días de arresto, es decir, de cárcel. Por si alguien creía que personalmente no era partidario de la Diada...

Entre abril y octubre de 1967

El 14 de abril de 1967, a las cuatro, nace Diana. Decasualidad y por causas ajenas a mi voluntad viví la interesante

experiencia de ser ayudante de partera, pues a plantilla del hospital La Alianza en la calle Padre Claret había sido movilizada por un grave accidente colectivo.

Entre estas fechas sí puedo ser más concreto en cuanto al *qué,* el *cómo* y el *cuándo.* Como ya relaté anteriormente, el día 4 de mayo fui detenido nuevamente por los actos del Primero de Mayo, y el día 7 la BIS me ingresa en la prisión La Modelo. Una vez allí solicité y se me concedió la no asistencia a misa por ser ateo. Presos de la Tercera Galería, en la que estaba por reincidente observaron mi no asistencia a misa y me preguntaron como lo había conseguido. Se lo expliqué. Muchos presos comunes eran analfabetos, sobre todo los gitanos que profesaban otra fe cristiana, por lo que me pidieron que les rellenara sus instancias. Y así lo hice.

En la primera de las visitas, mi compañera venía acompañada de mi hija Olga, que estaba muy encariñada conmigo. Iba en los brazos de mi compañera y al verme intentó lanzarse a los míos, pero dos líneas de barrotes y mallas de hierro separadas por un pasillo de unos 80 centímetros por donde ocasionalmente circulaba un funcionario controlando las conversaciones se lo impidieron. Su reacción inmediata fue soltarse de los brazos de Feli al suelo... y nunca más se acercó a las rejas ni a mí. Escribí una carta a Feli sobre las formas denigrantes que sufríamosen las entrevistas familiares en los locutorios. En la carta le explicaba mis sentimientos y quejas por lo sucedido. Fue el primer trauma, que se repetiría de otra forma, pero con el mismo fondo, en Palencia. Dos traumas permanentes que ambos vivimos. Para ella, y me consta, cariño en la ausencia, despego en la proximidad. Para mí, tristeza y dolor. La respuesta de la dirección de la cárcel llegó el día 24. Fui castigado a 20 días de aislamiento en celdas de castigo por FALTA GRAVE al cuestionar e inmiscuirme en el reglamento carcelario, según el parte.

Algún tiempo después supe que la dirección y el sacerdote me habían declarado promotor de un boicot a la asis-

tencia a misa, pues entre cuarenta y sesenta cartas estaban escritas con mi letra y únicamente variaba la firma del solicitante, y la carta a mi esposa había sido la justificación para su venganza. Me habían convertido en un líder sin pretenderlo, lo cual me sirvió para mejorar mis relaciones con muchos presos comunes.

La vida en las celdas de castigo consistía en estar todo el día solo y aislado, sin salir de ellas en ningún momento durante el perodo de castigo, no ver a nadie, ni tan siquiera a un funcionario. Únicamente podía llevar sobre tu cuerpo el traje carcelario. Nada de papel, lápiz o bolígrafo, ni reloj, el cual me arrebataron y no volví a recuperar, de manera que nunca pudieses saber la hora ni el día. ¿Su intención? Que se perdiera la noción del tiempo. Por una trampilla una mano entregaba el desayuno, comida y cena, llamados así no por el contenido sino por los horarios. Una mano era el único contacto con el exterior. Por la noche, se abría la puerta para recoger dos mantas y una colchoneta sin lavar desde la época romana, por lo menos. Estaban llenas de vómitos, excrementos, semen... Todo ello había que situarlo al fondo y centro de la celda, visible por el pequeñísimo ojo de buey en la puerta. ¿Para sentarse? El suelo. ¿Para el frío? Ajo y agua. Las ventanas carecían de cristales. Y al amanecer se volvía a abrir la puerta para devolver aquello probablemente a la noche siguiente sería otro. Ni al recoger ni al devolver podíamos ver a nadie. Durante el día, cuando ellos lo creían oportuno, golpeaban la puerta y debíamos ponernos derechos al fondo contra la pared para evitar que nos durmiéramos. Durante la noche sucedía lo mismo para verificar que allí seguíamos. Ni se podían recibir visitas ni recibir ni remitir correspondencia alguna. Aislamiento total. ¿Cómo hacer que el tiempo no fuera tan largo ni pesado?

Sí nos permitían tener agua había una pica y algún trapo. Decidí entonces limpiar escrupulosamente el suelo, no a trazos, sino baldosa a baldosa, sin dejar la más microscópica

señal se suciedad alguna, mirando al trasluz si el sol lo permitía. Hice lo mismo con los baldosines de las paredes, de uno en uno. Me podía afeitar en ellas (cosa que, por cierto, no permitían hacer, para evitar que ningún preso se cortase o tragase las cuchillas...).

Otra forma entretenida era pasear a lo largo y ancho de la celda. Una celda medía de largo: siete pasos y media vuelta; de ancho, tres pasos y media vuelta. A lo ancho, me apoyaba en una pared, e iba hasta la otra con los ojos cerrados, comprobando lo más próximo que me acercaba a la pared opuesta sin darme de narices. Lo mismo ocurría a lo largo, entre la pared del fondo y la puerta y viceversa. Y así varias veces al día. Cuando se salía de las celdas de castigo, la barba era poblada.

Una bombilla situada sobre la puerta de la celda permanecía encendida desde que anochecía hasta que amanecía. Una forma sibilina de torturar al condenado e impedir su sueño reparador, si es que tal cosa era posible. El 28 de junio fui puesto en libertad provisional.

Dejo la Comisión Obrera Nacional de Catalunya (CONC)

Al salir en libertad provisional de mi causa 229/67, rollo 232/67, en noviembre de 1967, por los hechos del Primero de Mayo en Ca L'Artillé, se me ofrece volver a incorporarme a la CONC que desde sus inicios acudía representando al Barcelonés Nord. Pregunté: ¿Qué tal lo hace quien me sustituye (Antonio Domínguez). Bien me respondieron. Pues que siga él.

Nunca he creído en los puestos vitalicios, y ni mucho menosen el pártate, que ya he vuelto. Pero en relación con Antonio Domínguez no puedo por menos que extenderme y relatar algo, para mí, desagradable. Un día, durante uno de

los estados de excepción en 1975, mientras «sembrábamos» octavillas, fue detenido. En el cruce de las calles La Pau con Alfonso XIII nos encontramos con otros camaradas y nos comentan que Antonio ha sido detenido al inicio del lanzamiento de octavillas. Preguntamos si alguien había ido a su casa a limpiar. Nos respondieron que no. Localizamos a alguien que conocía el domicilio de Antonio y nos fuimos con Cespedosa a su casa, en Bufalá. Al llegar, su madre nos informó de que ya había estado allí la Guardia Civil con él y que se habían llevado unos papeles que había en una mesita en el recibidor de la casa.

Había nombres, incluido el mío. Lo supe cuando Antonio salió en libertad. Aunque nada sucedió y a nadie detuvieron en relación contal lista. Una vez trasladado al cuartel de la Guardia Civil en la calle Eduardo Maristany debe reconocerse que Antonio fue un verdadero primavera. Entró en el juego del policía bueno-policía malo, entabló diálogo y reconoció a varios de los nombres de una lista que la Guardia Civil se había llevado de su casa entre ellos a Miguel Guerrero que estaba detenido. Miguel pudo obtener un careo con Antonio Domínguez y parar su colaboración con la Guardia Civil. La detención de Miguel Guerrero, delegado nacional (estatal) del ramo del Agua, Gas y Electricidad fue respondida por múltiples jurados de empresa con una ocupación y concentración ante el local en Badalona de la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS) dando lugar a algunas detenciones, entre ellas la de mi hermano menor Julián, jurado de empresa de Mobba S.A. y trasladados al cuartel de la Guardia civil en la calle Eduardo Maristany.

A mi hermano le hicieron, bajo amenaza, algunas preguntas sobre mí, pero se limitó a decir que solo era mi hermano y que no sabía nada de mis actividades. Afortunadamente algunos detenidos fueron liberados a las pocas horas —entre ellos mi hermano y otros al día siguiente. No hubo procesamientos. Por su colaboración con la Guardia Civil, Antonio

fue sancionado con la suspensión de seis meses de militancia en el PSUC y dejó de representar a la comarca en la CONC. Entre los que vieron su detención y no acudieron a su casa a limpiar y quien lo sustituyó en la CONC estaba también alguien que formó parte de la comisión disciplinaria. ¿Desde mi perspectiva? Nada incorrecto, pero tal vez poco elegante.

Los años siguientes

Una vez más las fechas se confu. Pero no los hechos, que no guardan seguimiento de fechas, pues la clandestinidad no permite lujos tales como guardar escritos con nombres, lugares, fechas.

Máquina de escribir portátil Hispano Olivetti

La casa de mis padres se abría a derecha e izquierda a partir del recibidor. En el recibidor había un paragüero y, junto a él, en el suelo, «una» máquina de escribir portátil. Un día aparecieron en casa a registrar la BIS. Varias veces pasaron por delante de ella. Me preguntaron por «mi» máquina de escribir y yo les contesté que no poseía ninguna. No les mentía porque no era mía. Les respondí la verdad, que no poseía ninguna máquina de escribir. No conviene mentir a la secreta: o no se contesta o se dice «la verdad». También hay que evitar las contradicciones, otro gran peligro. Al final se marcharon sin llevarse nada.

La Guardia Civil me registra

Una noche, al llegar a mi casa sobre la una o dos de la madrugada, en el momento de abrir la puerta dos personas

me ordenaron que me detuviera. Surgieron en la oscuridad de la acera de enfrente, de la vivienda opuesta a la mía. Yo iba verdaderamente cargado y me exigieron que les mostrara lo que transportaba; por mi parte les exigí que se identificaran bajo la amenaza de que si no lo hacían chillaría. «Ya nos conoces», dijeron; eran de *labrigadilla,* como se conocía popularmente a los miembros de la secreta de la Guardia Civil. Sí los conocía, pero les contesté: «No los conozco. O se identifican o armo un escándalo». Funcionó, se identificaron y yo abrí mis portes, básicamente libros. «¿De dónde vienes a estas horas?», me preguntaron. «De pasear por la Rambla de Barcelona», respondí. «¿A estas horas?». «Sí, me gusta», les dije. Y no era mentira. Siempre me ha gustado pasear por las Ramblas; además, por aquel entonces era bastante normal que fuera parte de mi recorrido. Nunca mentir. Pero claro, no era toda la verdad. Luego de esto se marcharon por donde debieron venir.

Solidaridad con Vietnam: el valor y el miedo se contagian

Eran numerosas las manifestaciones que se llevaban a cabo en solidaridad con el pueblo vietnamita en distintos barrios de Barcelona y otras poblaciones. Con motivo de la Ofensiva del Tet, llevada a cabo por las fuerzas del Frente Nacional de Liberación (FNL contra las fuerzas imperialistas invasoras de los Estados Unidos su frecuencia aumentó. En una de ellas, que subía la Rambla de Barcelona más o menos desde Colón hacia la plaza Catalunya, aparecieron tres jeeps detrás de nosotros. No éramos más de cuarenta, pero alguien les hizo frente, el resto le seguimos y empezamos a tirarles todo lo que teníamos a mano: papeleras, sillas, botellas, etc. Se retiraron. Exactamente una semana después organizamos

otra con origen en el mismo lugar y en la misma dirección. Esta vez éramos no menos de doscientas personas, pero con un solo *jeep* de la policía —¡solo uno!— y el simple gesto de poner la sirena, alguien se puso a correr... y todos le seguimos.

El Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios de Barcelona (SDEUB)

De mis relaciones con el DEUB no puedo aportar ningún nombre. Supongo que conecté con ellos a través de Alfred o Toni Lucchetti; pero solo es una suposición. Los estudiantes con los que me relacioné tenían poca estabilidad orgánica. Estaban en constante ebullición.

Sí recuerdo que alguien me llevó a la calle Canuda, frente al Ateneu Barcelonès, donde estaba el sindicato vertical de estudiantes. Ahí me presentaron a alguien, y a través de ellos hice de puente en algunas ocasiones con CCOO, sobre todo en algunas de sus representaciones teatrales de obras de Bertolt Brecht: *Un hombre es un hombre, La excepción y la regla, Calígula, Bajezas y miserias del Tercer Reich, La resistible ascensión de Arturo Ui,* etc.; también en recitales de poesía del propio Brecht, de Miguel Hernández, de Antonio Machado, de Nicolás Guillén, y de muchos otros. Las representaciones se hacían en localidades varias: Barcelona, Cornellà, Badalona, Santa Coloma de Gramenet, Sabadell, Terrassa, etc. Siempre tenían lugar en los locales de iglesias, asociaciones de vecinos, asociaciones culturales, etc. Incluso en bares organizaba sus recitales de poesía el DEUB

Nunca se me olvidará la puesta en escena de *Calígula* que hicieron en lo que entonces era el Institut del Teatre, en la calle Elisabets. Para hacer más comprensible la obra, Calígula vestía ropa militar, cual general del ejército, los senadores chaqués y fracs burgueses, los legionarios hacían de poli-

cías y los esclavos llevaban monos de trabajo de mecánicos. No hacía falta dar más explicaciones.

De mi ciudad y en la parroquia de Sant Antoni de LLefià guardo una anécdota. Se escenificaba el poema de Brecht «¿Qué quiere el general?», en que el personaje moría tras hacerle la última pregunta de una serie. Como el estudiante que debía interpretar al general no había acudido y yo solía acompañarlos a las representaciones, me pidieron que yo lo representara. Al parecer, mi actuación fue tan realista que al desplomarme haciéndome el muerto, mi hijo Francesc, que estaba entre el público, corrió llorando hacia el escenario: quería ver qué le había ocurrido a «su papá».

El cuartel de la policía en Terrassa

Esta historia nada tiene que ver con mis actividades. Pertenece a los *otros*, pero merece ser contada. En el barrio de Ca n'Anglada, en Terrassa, muy cerca de las casas de Agustín Romero y Cipriano García —vivían frente a frente— había un prostíbulo. Un día que pasaba por ahí me fijé que el edificio tenía grandes brochazos de cal o pintura blanca, cosa que me extrañó, por lo que le pregunté a uno de ellos (no recuerdo a quién): «¿Como es que habéis pintado la pared del prostíbulo?». «No, ya no están. Hace días que las echaron y han puesto en él un cuartel de la policía», me dijo. Se trata de un ejemplo claro de la combatividad de la ciudad durante la dictadura fascista. Ahora disponían de un cuartel de la policía para ellos solos, y ya en la primera noche de su instalación les hicieron esta pintada: «Echaron a las madres, llegaron los hijos». Los brochazos eran el resultado de tapar lo pintado.

La huelga del textil en Terrassa

He aquí otro ejemplo de lo que era Terrassa durante la dictadura del general Franco. Sería el año 1965 o 1966 que el textil se vio en la necesidad urgente de llevar a cabo una huelga general. Ese día había quedado con Agustín Prats. Él venía de una reunión en la que se había tomado la decisión, a la que al parecer habían acudido compañeros de prácticamente toda Catalunya pero no así de Terrassa, por alguna razón que desconocemos.

Serían las ocho o las diez de la noche, ya había anochecido. Como iba con mi Seiscientos, Agustín me pidió que lo llevara a Terrassa, concretamente a casa de Cipriano. La huelga era para el día siguiente. Prats le expuso la situación a Cipri. Llamamos a Agustín Romero, que vivía enfrente, y acordamos ir por las casas de otras compañeras para montar la cadena que iba a facilitar la circulación de la información: al día siguiente, al incorporarse al trabajo, se convocaría a una general del textil. Así lo hicimos nosotros y junto a Cipri y Prats recorrimos varias casas, hasta la una de la madrugada, cuando junto a Prats regresamos a Barcelona. La cosa funcionó tan bien que a veces acudíamos a casas adonde alguien había llegado antes que nosotros. La cadena de la huelga funcionó: ¡el avisado no se acostaba, abandonaba su lecho y salía de casa para avisar a otros! A las seis de la mañana todo el mundo se puso en huelga, fue una huelga general exitosa, fantástica, un ejemplo perfecto de conciencia de clase y de lucha.

Experiencia museística

Os voy a contar una experiencia que no tiene nada que ver con mi militancia, sino con el mundo cultural durante el franquismo y el posfranquismo. Ocurrió en uno de mis viajes

a Madrid y a Villaviciosa de Odón, donde tiene familia mi compañera, ocasiones que me gustaba aprovechar para visitar el Museo del Prado. Eran las vacaciones de 1969 y visité, entre otras, la sala dedicada a Goya. Goya tuvo su evolución de pintor palaciego a pintor del pueblo, pero lo que terminó por decantarlo fue la guerra contra los invasores franceses. Este hecho provocó en él una gran transformación, como demuestran sus aquelarres y aguafuertes sobre *Los desastres de la guerra*

Su pintura colorista, tanto la palaciega como la más popular y los aquelarres, estaba mezclada. No sucede lo mismocon sus aguafuertes sobre la guerra, que aparecen aparte; están ahí, pero aparte. Años después, ya con el gobierno «socialista» de Felipe González, se me ocurrió volver a visitar las pinturas de Goya y resulta que *Los desastres de la guerra* habían desaparecido.Las pinturas de la época palaciega, la popular y los aquelarres habían sido redistribuidas conservando su cronología, pero los famosos aguafuertes sobre la guerra de independencia ya no estaban, así que le pregunté por ellos a uno de los vigilantes. Al principio se quedó pensativo, pero luego me indicó una escalinata que llevaba a un sótano y me dijo: «baje y verá un interruptor. Usted mismo. Cuando salga, por favor, apague la luz» ¡Y ahí estuve yo solo! A Goya el fascismo lo manipulaba, con los «socialistas» quedaba oculto.

Mi nombre de guerra

Nunca recuerdo cuál —o cuáles, si tuve más de uno— fue mi *nombre de guerra*. Solo recuerdo el último, por la peculiaridad del momento en que me asignó. Una mañana de domingo de la primavera de 1966 estábamos haciendo una asamblea en la parroquia de Sant Antoni de Llefià, cuando de repente apareció la policía con algunos miembros de la BIS. La parroquia estaba llena a rebosar. Como la sala en que tenía

lugar la asamblea, situada a la espalda de la parroquia misma, tenía una entrada delantera y otra lateral, cuando la policía entró por la puerta principal al grito de «¡Quietos todos!» algunos abrimos la lateral y salimos corriendo. Iba yo corriendo por la calle cuando un policía me dio el alto, pero una compañera que estaba a su lado y Rafael Parra lo empujaron e hicieron caer al suelo; unos dicen que disparó, otros que no le dio tiempo gracias al empujón. El caso es que yo hacía pocos días que había salido en libertad después de la detención del Primero de mayo y todavía no me había reincorporado a la organización del Partido, de modo que requería de un nuevo *nombre de guerra*. Haciendo referencia a mi carrera evitando ser detenido por la policía y al hecho de ser disparado, Rafael Parra propuso llamarme «*Ríos*, el que corre, pero en catalán, *Rius*. Y con *Rius* me quedé, aunque creo que nunca nadie llegó a conocerme ni me llamó con este mote.

Nueva fase carcelaria: Carabanchel y Palencia

Detención en el Sanatori de l'Esperit Sant en Santa Coloma de Gramenet

El 23 de septiembre de 1967 teníamos una reunión entre cinco o seis compañeros de CCOO junto al Sanatorio del Espíritu Santo, que geográfica y jurídicamente era Santa Coloma de Gramenet, pero tenía unas viviendas muy próximas que por entonces pertenecían a Sant Adrià de Beso. En esa época del año ya oscurecía pronto, de modo que alguien que pasaba por ahí debió informar a la Guardia Civil de Santa Coloma de la presencia de «un grupo extraño de gente». La Guardia Civil, que se había mantenido oculta desde su llegada, actuó cuando vio que nos disolvíamos y Justo Pageo y yo quedábamos rezagados. Nos detuvieron sin darnos tiempo a desprendernos de algunas octavillas. Es posible que para ellos mismos fuese una sorpresa la detención. En un principio debieron creer que detenían a unos delincuentes comunes, y luego que éramos gente importante, porque cuando llegó el momento de interrogarnos apareció un comandante de la Guardia Civil; alguien que, por cierto, resultó ser un personaje curioso y muy preparado.

En mi registro encontró un número de teléfono sin las dos primeras cifras del Madrid (el 91) y me preguntó si conocía a Ruiz-Giménez. En efecto, el teléfono era de Ruiz-Gimé-

nez, exministro de Franco. «Sí» me limité a contestarle, y no me preguntó nada más. No era verdad, ni le conocía ni le llegué a conocer nunca. En realidad, se trataba de una «reserva». Al parecer, Ruiz-Giménez se había ofrecido a llevar alguno de los casos de los perseguidos por el franquismo por supuestos importantes. Así fue años después, no con mi persona sino con la entidad a la que yo pertenecía; lo veremos en su momento. En esta ocasión una vez más me defendió Riera Marra.

Cuál fue mi sorpresa cuando en un momento determinado, ya no recuerdo cuándo ni por qué, dije «piense que...», y me cortó enseguida parafraseando a a García Lorca: «Nosotros no pensamos, por eso tenemos de plomo las calaveras». Y luego me preguntó qué opinaba de un artículo aparecido hacía poco en *Cuadernos para el Diálogo*, demostrando que conocía la revista, de modo que me atreví a preguntarle por qué se dedicaba a eso teniendo esa cultura y formación. Me contestó que le gustaba. Yo no sé si le gustaba o no, pero me dio la impresión de que volaba alto, que tenía aspiraciones de ascender. Sea como sea, ni me tocó ni permitió que otros lo hicieran, solo me interrogó él y cuando terminábamos le pregunté, con toda la intención: «¿Qué, ahora me entregará a la BIS?». En mi anterior detención la Guardia Civil me había entregado a la BIS, que se indignó porque consideraba que era una forma de intromisión en sus asuntos, considerados menos interesantes, y la insultó de muy distintas maneras, según las clásicas *destripa terrones* o *desertores del arao* y otras de las que prefiero no acordarme. Él debía saber algo, porque me dijo: «No, esta vez no vas a la BIS, nosotros te entregaremos directamente a la justicia». Y así fue. E insisto: no quiero presumir de un maltrato que no recibí. Ni él ni nadie me puso la mano encima.

El 11 de diciembre de 1967 fui retenido durante unas horas después de una manifestación. El 28 de diciembre de 1967 reingresé en prisión para cumplir las dos condenas de seis meses que se me habían impuesto por los Sumarios 229/67 y

428/67. Y el 21 de marzo del año siguiente me trasladaron en un furgón de la Guardia Civil de Barcelona a la cárcel de Carabanchel de Madrid, previa noche en la prisión de Torrero, en Zaragoza. Junto a la documentación que acompañaba mi traslado había un informe de la prisión de Barcelona para la de Carabanchel en la que se afirmaba que era un preso «de mala conducta social informada». Debió ser por mi negativa a asistir a misa o por la carta que remití a Feli sobre las comunicaciones en los locutorios. Disconforme, una vez me hube instalado en Carabanchel remití una carta a la Dirección de Instituciones Penitenciarias solicitando una rectificación. Yo consideraba que mi conducta político-sindical podía no ser compartida, pero era perfectamente respetable y rechazaba el cuestionamiento de mi «conducta social» por la inexistencia de antecedentes. No me contestaron.

En Carabanchel había una sola y única galería para todos los presos políticos, la Quinta Galería. Fui bien acogido, pero durante los primeros días permanecí en *cuarentena*, pues a excepción de Francisco Roda Baños, que había oído hablar de mí —aunque tampoco me conocía personalmente—, el resto de los presos no me conocían. Pasados esos días debió llegar el *visto bueno* sobre quién era yo, porque todo cambió en cuanto a relaciones. A mí me gustaba estar activo y me aceptaron como pinche en la cocina que los presos políticos disponíamos dentro de la galería, que era una celda habilitada para ello. En la cocina convivían por un lado el anarquista Luis Andrés Edo y el pequeño grupo de cinco o seis ultraizquierdistas para los que cocinaba, y por el otro Josu Ibarrola, Luis Hoyos y Victor Lecumberri *Ochaviña* —antiguo guerrillero que iba a ser trasladado a los pocos días y al que yo sustituí—, que eran los cocineros de todos los demás: CCOO, PCE, independientes, etc.

Además de la de cocinero, a mí se me asignaron tres tareas más. En primer lugar, integrarme en el comité de dirección del PCE en prisión junto a Marcelino Camacho, el

asturiano Condisu, un navarro llamado Cortázar y otros dos más. Finalmente, no participaría más que en dos o tres reuniones, porque pronto fui trasladado al Penal de Palencia. En segundo lugar, dar una serie de charlas sobre el problema nacional, que a sugerencia mía se dividiría en tres partes: como concepto general, en el estado español y en Catalunya. Y, en tercer lugar, como llegaba con la fama de ser un buen analista de prensa, se me asignó el papel de lector principal. En prisión entraban tres periódicos *Arriba, ABC y Pueblo* uno por título o cabecera, lo cual hacía imposible que fueran leídos por todos los presos. Yo acepté el encargo, pero pedí que los jóvenes se incorporaran a la tarea para ayudarme y aprender. Así, durante las comidas, con la ayuda de dos jóvenes que variaban día a día, se leían de viva voz las noticias. Digo leíamos, pero lo que hacíamos era comentarlas mientras los presos comían en dos turnos y en las dos celdas habilitadas como comedores.

Como cocinero mi principal error fue haber hecho una buena ensalada en una ocasión. De tantos que éramos las ensaladas se hacían en un par de cubos de esos grandes, y a mí me quedaron tan bien que a propuesta de Nicolás Sartorius fui nombrado *ensaladero mayor* como si no tuviese yo ya suficiente trabajo en aquel momento... ¿Querías caldo? Pues toma, tres tazas. Durante varios días no tuve tiempo ni para salir al patio. Solo pude hacerlo en dos ocasiones durante el Primero de Mayo, para participar en sendas competiciones: una de fútbol, en la que eliminaron a mi equipo, y otra una carrera pedestre, en la que quedé segundo.

Además de la de cocineros había otras tres tareas fijas, que llevaban a cabo las figuras que llamábamos «madres». Una de *ellas* controlaba el tabaco: cada lunes y por riguroso turno los fumadores se repartían siete cajetillas de tabaco negro o seis de rubio, de modo que quien más fumaba debía confiar en la bondad de quienes menos fumaban. También existía la *madre* cajero, que se encargaba de acompañar a los

presos cuando llegaban ingresos: el titular firmaba el *recibí*, pero el ingreso lo cogía directamente la *madre* cajero. Otra *madre* era la de la ropa. Cuando un preso recibía o tenía ropa que no iba a usar se entregaba al responsable de su almacenamiento, para lo cual disponíamos de una celda. La ropa la teníamos bien limpia y clasificada para quien pudiera precisar de ella. Ya fuese porque salía en libertad, porque era traslado a un penal más frío, por carencias o por deterioro, se entregaba cuanta ropa fuera necesaria a quien la pudiera necesitar.

Los cocineros éramos las *madres* de las vituallas. Cada día nos llegaba comida de los familiares de los presos, y gracias a la solidaridad las cantidades que llegaban a sus nombres acostumbraban a ser muy superiores a las que cualquier persona podría comer y muy generosas en relación con la capacidad de las familias. La comida pasaba por el mismo proceso que el dinero, tabaco y ropa: la depositábamos en una celda dispuesta para tal fin y se la entregábamos a la *madre* responsable. La dirección de la prisión nos entregaba las dotaciones legales de comida a granel asignada para cada preso y los cocineros la enriquecían con las existencias del almacén de vituallas para elaborar el menú del día. Así pues, entre preparar la comida, dar seminarios, leer la prensa y las reuniones que iban cayendo, no tenía tiempo ni para salir al patio.

La celda la compartía con el asturiano Considu y con Roda Baños. Un día llegué tan agotado que caí redondo sobre la cama y me dormí, pero al día siguiente amanecí bien acostado, gracias a que Considu y Roda me habían desnudado y tapado. Por fortuna los cocineros no fregábamos. Eso lo hacían por riguroso turno otros presos. A mi llegada éramos unos cincuenta o sesenta presos, pero con el Primero de Mayo nuestro número se dobló con creces. Cuando llegó el Primero de Mayo las direcciones de CCOO y del PCE acordaron celebrar esa efeméride dentro de la cárcel. Hay que tener en cuenta que todos los trabajadores del PCE militaban también en CCOO, pero no al revés; además había varios intelec-

tuales también presos. Para negociarlo se hizo un ensayo y se crearon dos comisiones, sin comunicación entre sí. Una de ellas plantearía sus demandas a la «dirección» de la prisión de Carabanchel en nombre de los presos. La *dirección,* conformada por otros presos, debía recibir a la comisión de los presos políticos y analizar sus propuestas. La *dirección* y la otra comisión se reunían aparte y sin la presencia de los demás presos, sin nadie más, y durante el resto del día nada de ello se hablaba entre los miembros de ambas comisiones. La *dirección* convocaba a los presos y les daba sus respuestas firmes y argumentadas, al principio siempre negativas. Las reuniones entre ambas comisiones se fueron sucediendo, y cada una de ellas se analizaba independientemente, de modo que de alguna manera hicimos una práctica dialéctica de la teoría de la negación de la negación. La tesis la conformaba las demandas de los presos, la antítesis las respuestas de la *dirección,* y la síntesis la superación de ambas. Cada encuentro suponía una superación, hasta que finalmente —esta vez de verdad— una comisión fue a hablar con la dirección de la cárcel. Todo sucedió como lo habíamos previsto en los ensayos previos entre los presos.

Así fue como conseguimos celebrar nuestro Primero de Mayo. Hubo deportes, carreras, saltos, fútbol, frontón, etc., con medallas incluidas: discos de cartón recubiertos de latón pulido, de papel de estaño y de latón sin pulir u oxidado que hacían las veces de medallas de oro, plata y bronce respectivamente, con cinta roja e imperdible para sujetarlos. Yo gané una de las carreras. También hubo comida especial, proveniente de nuestras propias vituallas: se nos autorizó a sacar todas las mesas y sillas de los dos comedores que teníamos habilitados en celdas y comimos todos juntos en medio de la galería. Fue un Primero de Mayo festivo total, no *lectivo,* es decir no hubo charlas, ni cursillos, ni seminarios...

Mayo del 68

El Mayo del 68 español fue mucho más importante que el francés, aunque se habla mucho de este y poco del nuestro. El Mayo francés tuvo el resultado de lograr más libertades individuales de las que ya tenían. El Mayo español fue por *las* libertades, por todas las libertades. ¿Cuándo los historiadores estudiarán nuestro 68? Mucho se sabe del Mayo francés, pero muy poco del español. El campo, las fábricas, las universidades, las escuelas... todo el país estaba en lucha. Aquel año se batieron todos los récords en cuanto a días y horas de trabajo perdidos y en cuanto al número de huelgas, manifestaciones o concentraciones de las luchas obreras en España. Es destacable que el 52,3% de todas las acciones fueran de solidaridad y en defensa de los represaliados, despedidos y encarcelados, el 38,4% por cuestiones político-sociales y únicamente el 9,3% por cuestiones salariales. En todo el Estado español hubo 222 huelgas con más de 350.000 huelguistas. La práctica totalidad de universidades del país tuvieron huelgas más importantes y posiblemente más violentas que las de las universidades francesas, encabezadas y organizadas por el Sindicato Democrático de Estudiantes (SDEU) de las universidades de Barcelona, Madrid, etc. De hecho, en Carabanchel se hacían charlas y seminarios y funcionaron correctamente hasta que en ese Mayo del 68 el corresponsal de *Le Monde* en Madrid, Antonio Novais, cometió el error garrafal de afirmar en su periódico que mientras todas las universidades y facultades de España ardían en paros, huelgas y manifestaciones «la única universidad que está funcionando en España es la de Carabanchel». Cuando la noticia llegó a la galería a través del número de *Le Monde* que la publicaba, que había entrado clandestinamente, recuerdo que Marcelino dijo (con palabras menos finas): «Ya nos han fastidiado, ellos [policía, gobierno] también leen *Le Monde* y esto traerá consecuencias». Así fue. Desde entonces los controles y registros aumentaron considerablemente.

Carabanchel

En Carabanchel coincidí con Oriol Solé Sugranyes, a quien había tenido como alumno en las charlas que daba para la CCOOJJ —que para entonces firmaban como COJ— en Santa Coloma de Gramenet. Estaba integrado en el grupo que conformaban algunos anarquistas (como Luis Andrés Edo, el cocinero) y algunos procubanos, castristas y guevaristas. Todos ellos hilaban muy fino. Recuerdo el rumor que circuló por la Quinta Galería el día 19 o 20 de mayo. El día 18 Raimon había dado un recital fantástico en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid. El rumor constaba de dos elementos: el primero, cierto, decía que al día siguiente Raimon había ido a visitarme a la prisión pero que no le habían dejado entrar por no ser pariente mío; el segundo, nunca confirmado, que me había dedicado una canción durante el festival. En cualquier caso, es importante señalar que durante un tiempo Raimon se prestó a ser enlace nuestro en sus desplazamientos a Francia.

Además de los ya mencionados, en el poco tiempo que tuve disponible también mantuve bastante relación con Trinidad González, Solé Sugranyes, Victor Díaz Cardiel, Julián Ariza, Gerardo Iglesias, *el Guaje* (a quien conocían por *el mozo* o *el chaval*, como llaman en Asturias a los chicos de entre 14 y 20 años, y con quien coincidiría en el penal de Palencia), David Morín, Bernal, Sánchez Cortázar, Jabonero, José Celestino, Colás, Otones, Timoteo Ruiz, Tranquilino y otros.

Al penal de Palencia

El 15 de mayo fui conducido al penal de Palencia junto a Pepito Pérez, minero asturiano hermano de Constantina, más conocida como *Tina*, que se hizo tristemente famosa por

las huelgas mineras de 1962: tras su detención fue cruelmente torturada por el sargento de la Guardia Civil Pérez y sufrió unas terribles secuelas de las que ya nunca se recuperó. Murió en 1965. Pepito era todo un personaje. Comunista de pro, nunca quiso militar. Eran los tiempos de la «Reconciliación Nacional», que él reconocía como políticamente correcta, aunque no olvidase lo ocurrido con su hermana. Pero sí perdonaba, decía, porque él «quería que lo perdonaran cuando pudiera tomar la justicia por su mano contra los torturadores de su hermana», y también decía querer la «reconciliación» para poder llevarles lo antes posible flores a sus tumbas. Se decía que era capaz de provocar huelgas él solo. Al parecer era barrenero y más de una vez se había cubierto con cinturones repletos de cartuchos de dinamita, tras lo cual bajaba a la galería más honda de la mina y amenazaba con hacerlos estallar: «Fuera todos. Si alguien intenta detenerme o baja a buscarme la Guardia Civil, volamos todos». Siempre que le preguntaba si hubiera hecho explotar los cartuchos decía que sí que solo se moría una vez, que ya no tenía más familia y que, de aquella manera, la muerte sería tan fulminante que ni la notaría. Jamás le detuvo nadie ni la Guardia Civil bajó a por él. En cualquier caso, era una maravillosa y gran persona. Aún conservo, con muchísimo cariño, una cajita de puritos que él me regaló. Pepito fumaba muy poco, pero fumaba. Decía que para lo que le quedaba de vida no iba a sufrir renunciando a su único placer, que sufriría más no fumando que fumando.

En el traslado de Carabanchel a Palencia la Guardia Civil nos trató con una exquisitez asombrosa. Fueron sobre todo dos guardias civiles, que a la hora de comer nos soltaron y llevaron a su mesa, mientras a los demás presos comunes, a quienes llevaban a Bilbao, los dejaban comiendo atados y encerrados en el furgón. Nos pidieron por favor que no intentásemos escapar, y por supuesto ni a Pepito ni a mí se nos pasó por la cabeza. Más bien nos preocupaba que no fuera una

trampa. Pero no, volvimos al furgón, nos colocaron de nuevo las esposas y seguimos hasta Palencia, adonde llegamos a primera hora de la tarde. Cumplimentados los trámites de ingreso, indicaron a un preso —reconocimos que lo era por su indumentaria— que nos trasladara a la galería de presos políticos. Mientras nos acompañaba nos preguntó qué tal nos había tratado la Guardia Civil, a lo que atónitos ambos contestamos lacónicamente: «bien». Al llegar a la galería asignada fuimos recibidos por varios compañeros. Pepito había llegado antes a Carabanchel y de ahí lo conocían todos, pero a mí únicamente me conocía Gerardo Iglesias, *el Guaje*, que años después sería secretario general del PCE en sustitución de Santiago Carrillo. A Pepito no lo traté en Carabanchel, dadas mis ocupaciones y mi falta de tiempo, pero al *Guaje* sí lo traté un poco más.

Una vez con los compañeros les comentamos el asunto de la pregunta sobre el trato de la Guardia Civil por parte del preso que nos recibió. La explicación fue contundente. Se trataba de un preso que involuntariamente había matado a una persona y que a causa de su pena y tristeza había caído en una profunda fase depresiva. Tanto que al parecer enfermó gravemente hasta llegar al borde de la muerte. Los camaradas y compañeros le cuidaron y razonaron con él (y sobre él), hasta lograr que se sobrepusiera y salvara. Y resulta que era padre y suegro de los dos guardias civiles que nos habían tratado bien en el traslado desde Carabanchel. Habían logrado ser incorporados a la conducción de presos entre Madrid y Bilbao y viceversa, de modo que podían tener noticias de él regularmente. De ahí venía su interés en saber cómo habíamos sido tratados. Él los había amenazado con no volver a pisar su casa si maltrataban a algún preso político.

Cuando llegamos a Palencia había muchas celdas libres y pocos presos políticos: tres de Madrid, Rafael Hernández Rico, Pablo Iglesias y otro; dos asturianos, Gerardo Iglesias, *el Guaje*, y Pepito Pérez; un valenciano que hacía de cocine-

ro para toda la prisión; un gallego, Carlos Núñez; un andaluz, Ernesto Caballero; y un italiano, Ricardo Gualino. Todos ellos eran del PCE CCOO. También había un gallego adscrito o próximo al trotskismo u otro grupo ultraizquierdista, un anarquista del barrio de Horta de Barcelona, de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), y uno de ETA. Más tarde se incorporaron otros tres vascos, del Partido Nacionalista Vasco (PNV), ya mayores en comparación con el resto.

Al ser tan pocos y habiendo tantas celdas libres, cada preso tenía la suya propia independiente. Con Pepito fuimos los únicos que compartíamos celda. Pepito padecía silicosis en grado muy avanzado, pasaba dolorosas crisis durante el día, que se volvían terribles durante la noche. Su respiración era entrecortada y profunda, debía ser muy dolorosa. Se calmaba con unas pastillas que mi mujer me enviaba desde Badalona. Las obtenía gracias a la solidaridad de un farmacéutico cristiano de al lado de casa, Saladrigues, que se las entregaba gratuitamente. Feli le había explicado para quién eran, que no era yo, claramente. Debido a la afección que sufría no debía dormir solo, por lo que nos autorizaron a dormir juntos. Salió pronto en libertad, pero tristemente no creo que viviera muchos años. Al quedarme solo pasé a ocupar, como todos los demás, una celda individual. Todos los del PCE y de CCOO hacíamos vida en común. Por su parte, cuando llegaron, los del PNV hicieron causa común con el de ETA, mientras los otros dos siguieron cada uno por su cuenta.

No recuerdo cómo ni por qué, pero de repente me vi nombrado *madre* de nuestro colectivo. Como éramos pocos solo teníamos una *madre*, que controlaba el bote del tabaco, una celda que hacía de guardarropa y el almacén de viandas, más completo, avituallado en otra celda. El primero consistía en un bote general para el tabaco negro, donde cada uno se servía según sus necesidades, y cinco paquetes de rubio a la semana. En cuanto a la comida, seguí el modelo que ya teníamos: partía del menú dispuesto por la dirección del penal

y junto con nuestras existencias elaboraba uno propio. Cada día le preguntaba al camarada responsable de la cocina cuál era el menú del día, y así evitaba repetirme. Por proximidad la ayuda solidaria nos llegaba sobre todo de Asturias, con lo que comíamos fabada cada dos días: nunca en mi vida he comido tanta. Lo que hace el sentir de la tierra...

En todas las prisiones las luces se apagan a las diez de la noche, pero los presos políticos en Palencia se habían inventado un sistema para encender y apagar las luces desde el interior de las celdas a voluntad. Consistía en pasar un doble hilo de cuerda muy fina a través del marco de madera de la celda, uno para encender y el otro para apagar con el conmutador el interruptor de la luz. Así podíamos leer y escribir mientras tuviéramos ganas y no nos venciera el sueño. También habíamos conseguido intercambiar nuestras bombillas de quince vatios por otras de cuarenta y hasta de sesenta desde otros puntos de la prisión, pero el director se enteró y mandó retirar el ingenio y volver a las bombillas originales de quince vatios. Nosotros contraatacamos con un chantaje sutil, porque sabíamos que el director se había gastado en su domicilio particular todo el presupuesto que la Dirección General de Instituciones Penitenciarias asignaba al penal de Palencia para arreglos y mantenimiento: le solicitamos al director de la prisión permiso para remitir una carta a la referida dirección general solicitando que una parte del presupuesto se dedicase a adquirir bombillas mejores y a prolongar nuestro tiempo de luz. Funcionó. Tan solo veinticuatro o cuarenta y ocho horas después nos concedía volver a la situación anterior.

Una curiosa situación se dio con el peor de los funcionarios de prisión, el jefe de servicios, que si no recuerdo mal tenía siete hijos e hijas y todos se habían hecho sacerdotes, seminaristas o monjas. Siempre afirmaba que los políticos mentíamos cuando decíamos que la policía maltrataba. Por otro lado, era muy fiscalizador y sus registros periódicos me-

ticulosos; tanto que hasta costuras y dobleces de la ropa te palpaba. Bien, pues resulta que en septiembre u octubre de aquel año 1968 un grupo de clérigos y monjas se manifestaron ante la Jefatura Superior de la Policía en la Via Laietana de Barcelona en protesta por las torturas policiales, la policía respondió con violencia y una hija y un hijo suyos fueron apaleados, con el resultado de que su hijo fue internado en el Hospital Clínico con un brazo y algunas costillas rotas. Él los visitó y le explicaron cuanto había sucedido. Desde entonces hizo la vista gorda con nosotros, de tal manera que si los presos hubiéramos intentado entrar un elefante a la cárcel él no lo hubiese visto... Nunca más nos hizo un registro, así que sus guardias se convirtieron en la ocasión perfecta para introducir y sacar del penal lo que nos interesara.

En prisión se aprende a convivir con el dolor de los demás. Veamos un ejemplo. Había un compañero de Madrid, cuyo nombre no recuerdo, que era afable y afectuoso, como todos, pero que de repente empezó a mostrar muy malos modos y muy mal genio. Todo le parecía mal, se quejaba de todo, incluso perdió el apetito, al contrario de hasta entonces. Era evidente que algo pasaba, y con paciencia, serenidad, mucho tacto y mano izquierda logramos saber qué ocurría: su hija había tenido un accidente de tráfico y estaba grave. Nosotros siempre fuimos su familia, de modo que acordamos ser pacientes, comprenderle y ayudarle. Al final la niña salió de peligro, mejoró y él volvió a ser el de siempre.

Dos hechos importantes ocurrieron durante el mes de agosto de aquel año 1968: la ejecución el día 2 en Irún del jefe de la Brigada de Investigación Social en Guipúzcoa, Melitón Manzanas, y la intervención soviética en Checoslovaquia. La ejecución de Melitón Manzanas fue celebrada por el compañero preso de ETA y algo menos por los tres del PNV. El ultraizquierdista gallego, sobre todo, y el catalán de la FAI tuvieron reacciones similares a los de ETA y PNV, pero nosotros lo vivimos sobre todo desde una perspectiva estratégica. Na-

turalmente no nos apenaba. Se trataba de un torturador que se había hecho famoso por (muchos) méritos propios. Los comunistas, además de tener sentimientos analizamos, y aquello nos parecía un salto cualitativo en los acontecimientos de nuestra piel de toro. Creíamos que estábamos entrando en una espiral violenta cuyo futuro y término nos parecía muy peligrosa. Hacía años que el PCE y el PSUC habían renunciado a la lucha violenta y seguíamos considerando que la lucha política era el único camino.

Por lo que se refiere a Checoslovaquia se dieron dos posiciones y media. Unos se posicionaron a favor y otros en contra, más o menos al cincuenta por ciento, y luego hubo uno que se abstuvo arguyendo que él defendería lo que aprobara la dirección del PCE. La noticia nos llegaba a través del canal único de televisión, seguramente muy manipulada, pero desde el primer instante nosotros tratábamos de analizar la intervención en sí para elaborar un criterio propio. El argumento fundamental de quienes defendían la intervención era que, a diferencia de los Estados Unidos que para entonces ya contaban con decenas de intervenciones militares o golpistas para cambiar gobiernos que se les oponían, la URSS intervenía en apoyo a un gobierno aliado, como ya había ocurrido en Hungría y años después ocurriría en Afganistán. Sin embargo, decían, la URSS nunca apoyó golpes de estado ni intervenciones para hacer caer gobiernos hostiles. No se trataba de un análisis cuantitativo (de cantidad de intervenciones), sino de cualidad y dialéctico. Pero había otra posible lectura: se podía, y debía, apoyar a un gobierno amigo, pero de ahí a la intervención directa y la ocupación había un buen trecho. El análisis cualitativo nos llevaba, también, a la crítica del intervencionismo y la potencia territorial, una deriva potencialmente muy peligrosa. Como decía, al final hubo empate en cuanto a las posiciones y el análisis. Y tan amigos.

Con mi hija Olga de nuevo viví una triste y dolorosa experiencia. Coincidiendo con el 24 de septiembre, día de la

Virgen de la Merced, patrona de las instituciones penitenciarias, suele permitirse a los hijos e hijas menores de ocho años pasar unas horas con sus padres, y mi hija Feli pudo hacerlo gracias a la solidaridad ciudadana: le entregaron un dinero para poder viajar y pagarse el alojamiento. Llegó el 23, se alojó en una pensión y ya el 24, por la mañana, tuvimos una primera entrevista a través de las rejas y luego pudo entrar al recinto penitenciario. Entró muy contenta y alegre y me dio un fuerte abrazo y muchos besos. Comimos y jugamos junto con el resto de compañeros. Había venido sola y sobre las cinco llegó el momento de la separación. Nunca olvidaré sus llantos y pataleos cuando tuvo que abandonar el recinto del penal, siempre resonarán en mis oídos sus insistentes y desgarradores gritos: «¡Quiero estar con mi papá, quiero estar con mi papá! ¡Papá! ¡Papá!». Si lo de La Modelo de Barcelona la alejó de mí, aquello fue la puntilla. Los psicólogos decían que en su subconsciente ella siempre se iba a sentir abandonada por mí. Es triste y doloroso, y debo vivir con ello.

Cuando me faltaba aproximadamente un mes para cumplir mi condena por los sumarios 229/67 y 428/67 vino a visitarme un funcionario de los juzgados. Quería saber qué iba a hacer con relación a la multa de quince mil pesetas que se me había impuesto según el expediente 1750/6. Me preguntó si pensaba pagar o si por el contrario cumpliría con los veinte días de arresto —que no prisión— correspondientes. Yo le razoné: «Verá, hace más de un año que carezco de ingresos y cuando salga de prisión saldré sin trabajo ni nada. ¿Qué tal si en vez de veinte días, ya que estoy aquí cumplo cuarenta y ustedes me entregan quince mil pesetas?». Pero mi propuesta no le cayó bien y tuve que cumplir veinte días de *arresto*, o lo que es lo mismo, veinte días de cárcel. El 15 de noviembre de 1968 salí en libertad con todas mis condenas cumplidas. Como suele suceder cuando alguien sale en libertad, los presos que se quedaban dentro reían y lo celebraban y yo, que salía, lloraba. ¿Hace falta explicar por qué? Al día siguiente

conocí a Diana, a quien había dejado con dos semanas de vida y ahora recuperaba, con año y medio, viéndola correr hacia mí en la *Estació del Nord de Barcelona*. Entre 1968 y 1977 volví a mi posición de delegado sindical de Industrias Fleck SL en la CNS de *Sant Adrià de Besòs*.

En las *comissions de solidaritat de catalunya*

Todos los hechos narrados a continuación corresponden a este períodode nueve años, entre 1968 y 1973. La mayoría están relacionados con las CCSSCC, muchos van más allá y tienen relación entre sí, tal como son las cosas de la triple militancia y, de nuevo, del espacio-tiempo.

Vamos a empezar con todo aquello que guarda relación con las CCSSCC. Cumplidas mis condenas y de regreso a Badalona me reincorporé, como he dicho, a la empresa en la que había estado trabajando, Industrias Fleck. Una vez más me habían guardado mi puesto de trabajo y asimismo pude reiniciar mi vida activa como militante. Por otro lado, conecté con las CCOO del Barcelonès Nord y me plantearon volver a representar a Badalona en la CONC, pero yo no quería suplantar a nadie —apartándole— que ya ocupase esa posición, como era el caso. Nunca he pensado ni actuado así, de modo que quien estaba ahí, Antonio Dominguez, ahí siguió. Yo seguí en CCOO desde la base, y me planteé volver a las CCOOJJ, que indiscutiblemente eran una de mis alegrías, pero habían sido disueltas «por innecesarias».

En aquellos días fui invitado a una reunión encabezada por Miguel Núñez en la que se me iba a asignar una nueva tarea, porque el Partido tenía otros planes para algunos de nosotros: se trataba de poner en pie una organización de so-

lidaridad y apoyo a presos y represaliados político-laborales. Sabido era que la militancia a menudo llevaba a situaciones de desamparo y de vulnerabilidad de las familias, porque no había retaguardia. Este era un aspecto que las organizaciones habían descuidado, sobre todo por lo que se refiere a los ingresos que el preso dejaba de percibir o a la exclusión de la asistencia sanitaria de toda la familia, al ser el militante expulsado de la Seguridad Social. La fidelidad de esas personas no se cuestionaba, pero el desamparo de padres, pareja e hijos era una pesada losa y, a veces, un problema de conciencia. Era necesario, pues, reforzar ese flanco.

Miguel Núñez convocó a algunos camaradas y nos planteó la necesidad de organizar de manera permanente una estructura que ayudara a todos los represaliados que combatían la dictadura, fuera cual fuera su ideología, interviniendo a distintos niveles y de diversas formas: si los hijos estaban escolarizados debía evitar que los echaran de sus escuelas, conseguir que no les cobraran cuotas, buscarles otra escuela si la dirección no se mostraba solidaria o llevarlos a las colonias en el extranjero que sindicatos como CGIL italiana, la CGTfrancesa y los sindicatos de Rumanía y la RDA ponían a nuestra disposición; debía ayudar a trasladar al exterior a personas en busca y captura por la policía y dar a conocer nacional e internacionalmente el trato y las condenas que se imponían a quienes luchaban por la libertad y contra la dictadura; debía lograr que sus familias fueran atendidas por médicos solidarios, etc. Por cómo nos lo expuso dedujimos que la cuestión ya se había hablado entre los dirigentes de otras organizaciones y que de lo que se trataba era de hacer realidad el proyecto. En opinión del Partido nosotros éramos quienes estábamos en mejores condiciones para colaborar con otras personas y llevar a delante el proyecto. Así se crearon las Comissions de Solidaritat de Catalunya (CCSSCC), uno de cuyos más logrados éxitos posiblemente fue que las personas provenientes de organizaciones políticas y sindicales

llegáramos a ser minoría frente a las personas sin carné que se incorporaron a la organización y la desarrollaron. En un principio se llamó Comissió Ciutadana de Solidaritat de Barcelona, pero se fue extendiendo por toda Catalunya y correspondientementecambió su nombre.

Así se iniciaba, para mí, una fase de triple militancia, porque formé parte del PSUC, las CCOO y las CCSSCC hasta el final del franquismo, momento en que las CCSSCC se autodisuelven. En el primer encuentro con Miguel Núñez estaban, entre otras, Rosa Viñolas, que prestó su casa para las primeras reuniones, Quim Boix, persona entregada y sacrificada donde las haya o Maite Mañé y Bibiana Bigorra, encargadas de la coordinación y la ideación de la forma de proceder de la nueva organización, por ejemplo en cuanto a la convivencia y el trabajo con otras fuerzas. Este era el embrión de un proyecto que se había iniciado a principios de 1969 con los contactos y encuentros con otras personas y fuerzas, sobre todo las cristianas de base: Agustí de Semir y su esposa Conxa Millán; los hermanos Remei y Lleonart Ramírez y Mariona e Irene Peypoch; las hermanas Margarita y Mariví Raverra; Joan Carreras, en representación de la pastoral obrera del obispado de Barcelona (años después será nombrado obispo); Anton Canyelles, que luego será primer Síndic de Greuges de la fase posfranquista; Rosalía Cánovas y su compañero Josep García; Joan Redorta, de la Abadía de Montserrat; Maria Antònia Pelauzi y su compañero Josep Guinovart; Maruja, veterana luchadora de la SEAT de Zona Franca; y mucha otra gente, a centenares en toda Catalunya: Rafael Semra Biedma, Pere Díaz, María Salvo, Francesc Mateu, Teresa Domènec, Assumpta Cabré, Assumpció Solé, Paquita Semitiel, Palmira Domènech, Carme Conill, Carme Tello, Josep Boltaina, Josep Lluis Rovira, Teresa Bofill, Bibiana Bigorra, Isabel Vicente, Manola Rodríguez...

Prueba de que la formaban centenares de personas es que, como respuesta a mi procesamiento como miembro

de las CCSSCC, con fecha del 8 de junio de 1976 se redactó un documento de autoinculpación dirigido al Tribunal de Orden Público con más de trescientas firmas. Lo encabezaba Roberto Pons Rovira, tío de Josep Luis Pons Llovet, que fue detenido junto a Salvador Puig Antich. Los firmantes del documento se reconocían como integrantes, amigos y simpatizantes de las CCSSCC. Debo destacar que, aunque uso el masculino, eran sobre todo mujeres las que se integraron en las CCSSCC. Ellas eran, con diferencia, las más consecuentes con el deber y la importancia de la solidaridad. Por su parte, algunos dirigentes —de quienes no daré nombres— desmerecían las CCSSCC y las consideraban un sucedáneo de Cáritas y refugio de quienes no querían correr riesgos más grandes. En la primera reunión —la reunión «constitutiva»— de las CCSSCC, que tuvo lugar en el domicilio de Antón Canyelles, participaron dirigentes de las principales fuerzas políticas de Catalunya (entre otros, el propio Jordi Pujol) junto con algunos de los que habíamos participado en el primer encuentro con Miguel Núñez.

Y los historiadores, ¿qué entenderán por solidaridad? ¿Era otra forma de caridad, como nos dijo la *revolucionaria* Pilar Rahola? Enseguida hablaremos de Pilar Rahola, de momento mencionemos la omisión de las CCSSCC en los relatos de muchos historiadores. Las CCSSCC nacieron localmente, se extendieron por todo el Estado y de allí saltaron a la arena internacional, sin embargo, siempre han sido las cenicientas de la historia de lucha antifranquista. Como los historiadores no le han dado importancia a las CCSSCC, me extenderé en ellas. ¿Por qué se crean? Como respuesta a la represión, porque, como hemos señalado, con la detención o el despido el militante podía caer en un bache que le llevara a la ruina material o moral, pues la familia, su *retaguardia*, solía quedar desamparada. El sacrificio de un luchador exigía, en no pocas ocasiones, un valor heroico y casi místico. ¿Cómo eran? Eran un movimiento antirrepresivo y unitario, apartidario pero no

apolítico. Como ocurría en CCOO, en las CCSSCC las actividades eran variadas y cotidianas, diarias, porque las necesidades solidarias eran permanentes. Podían fluctuar en intensidad, en función de las luchas obreras y estudiantiles del momento y del número de presos, pero nunca decaían. Sus objetivos eran, entre otros: la obtención del Estatuto del Preso político; la anulación de los Tribunales especiales; la reunificación de todos los presos políticos en una sola prisión; la recogida y distribución de ayuda económica y material; la unificación de esfuerzos para la denuncia de la represión y la extensión de la solidaridad; la denuncia de la represión contra la clase obrera, los estudiantes, las nacionalidades oprimidas, los intelectuales progresistas y la oposición en general; la confección de dosieres sobre presos y exiliados políticos; garantizar la defensa jurídica; proporcionar asistencia médica al preso y su familia; preparar las condiciones para la Amnistía Total.

Las CCSSCC funcionaban por grupos de trabajo: 1) el del boletín, un grupo *clandestino* redactaba y confeccionaba nuestro órgano informativo; 2) el de colonias, cuya misión era enviar de vacaciones a los hijos de los presos —los míos, por ejemplo— a Francia, Italia, la RDA y Rumanía; 3) el grupo económico, que llevaba el control de ingresos y salidas, así como del saldo disponible. El dinero, cuando lo había, se depositaba en el obispado y su cajera era Remei Ramírez; 4) el grupo que, encargado de las familias, que era una derivación de la Associació de Familiars de Presos Polítics (AFPP), creada entre 1970 y 1972. Actuando como colaboradoras de la AFPP, las CCSSCC resitúan sus actividades menos clandestinas. Como su nombre indica, la AFPP la integraban familiares de presos políticos, lo cual permitía un contacto permanente y por lo tanto un conocimiento más exacto de la situación de los presos y sus familiares y de la ayuda que precisaban. Tenían su local, públicamente conocido, en la Ronda de Sant Pere número 32; 5) el de festivales, en el que yo participaba junto a Nieves Guirado, Assumpta Cabré y Rosalía Cánovas, que

mantenía relación con todos aquellos artistas que a título personal o colectivo deseaban colaborar con las CCSSCC; 6) el de internacional, que cuidaba nuestras relaciones con los colectivos y personas solidarias de otros países. Por su proximidad, afinidad y disponibilidad destacaban el Socours Populaire Français y el CISE de Francia, el Comitato Spagna Libera y el Comitato per la Spagna de Italia y el Comité Acción Fuego de Holanda, cuyo nombre proviene de sus primeras campañas de solidaridad económica, fundadas en la venta de cajas de cerillas. Los países con los que me consta que teníamos relación eran: Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Cuba, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Grecia, Holanda, Hungría, Irlanda, Israel, Italia, Polonia, Rumanía, Suecia, la URSS, Uruguay y Venezuela. De Estados Unidosno me consta ningún contacto; 7) el grupo de material almacenaba, distribuía y llevaba el control sobre todo tipo de material que servía para recaudar contribuciones solidarias: calendarios, carteles, cancioneros, cerámica, cuadros, litografías, llaveros, etc.; 8) el grupo que se encargaba de las relaciones con los artistas plásticos que ofrecía sus obras; 9) el grupo de prisiones, que mantenía la relación con los abogados defensores y las familias de los presos o despedidos de todo el Estado para temas propiamente jurídicos; 10) el grupo que mantenía las relaciones con las entidades que nos facilitaban cobertura, locales para reuniones, depósitos de material, vehículos, etc. Cuidaban de las relaciones con el resto del Estado; el grupo de relaciones ciudadanas, que mantenía un contacto abierto con la prensa, los colegios profesionales, personalidades varias, organismos de masas, asociaciones de vecinos, etc.

Todas las decisiones se tomaban por consenso. Solo en una única ocasión, tras una larga discusión, se llegó a plantear tomar la decisión por medio del voto. Unos cuantos nos opusimos y ello motivó que los responsables políticos de las fuerzas políticas de Catalunya se reunieran, una vez más, en el domicilio de Antón Canyelles para ver qué hacer. Final-

mente acordaron por unanimidad que la decisión se tomase por consenso, por mucho que se alargase la discusión, como finalmente ocurrió. Las CCSSCC estaban implantadas por lo menos en diez zonas de Barcelona —alguna de las cuales comprendía más de un barrio, como Nou Barris— y en veintisiete localidades en Catalunya.

Festival Popular de Poesía

Aunque yo no participé, creo que es necesario reseñar este destacable evento que tuvo lugar en el Price un local sito en el cruce de las calles Casanova y Floridablanca que se dedicaba, entre otros espectáculos, a la lucha libre y el boxeo. A través de las CCSSCC se logró que allí tuviera lugar, el 25 de mayo de 1970, un gran encuentro solidario titulado, si no recuerdo mal, *Festival Popular de Poesía. 92 poetas en busca de un pueblo.* El festival era un homenaje encubierto a los presos políticos y contó con la presencia, entre otros muchos, de Agustí Bartra, Joan Oliver (Pere Quart), Salvador Espriu, Joan Brossa, Francesc Valverdú, Gabriel Ferrater, Joan Colomines, Jordi Teixidor, Vidal Alcober, Joaquím Horta o Feliu Formosa, y Pere Portabella hizo de él un documental. La asistencia fue máxima, rebosaba la capacidad real del local y el calor era asfixiante.

Ángel Rozas Serrano parte al exilio

A pesar de la mala experiencia con el guerrillero anarquista que olvidó su pistola sobre la mesita, mis padres aceptaron esconder de nuevo en nuestra casa a un militante, Ángel Rozas Serrano. Nuestra casa era por lo menos su segundo

escondrijo, puesto que venía de haber estado oculto en Les Planes, en el domicilio de Fernando Miranda Gómez.

Ángel se ocultó en nuestro domicilio durante aproximadamente un mes y su compañera Carmen vino a visitarlo al menos en dos ocasiones, tomando muchas precauciones. A mediados de julio hubo un primer intento de «evacuación», una mañana temprano, pero al llegar a la frontera las condiciones no eran las previstas. En el segundo intento, el 29 julio de 1969, quienes estaban en la vigilancia aduanera aquel día eran las personas esperadas, así que Ángel llegó a Francia sin problema alguno.

Congreso de la abogacía en León

Transcurría el verano de 1970 cuando los compañeros abogados que participaban en las CCSSCC nos informaron del congreso profesional que iba a tener lugar en León. Iban a participar abogados demócratas del Estado y consideraban oportuno que acudieran expresos y familiares de presos. A mí me integraron en la delegación, el resto de cuyos miembros me eran desconocidos. En el congreso coincidí con la hermana de Marcelino Camacho y con su esposa Josefina, a quien conocía de haber estado en su casa y por algún vínculo o acción de solidaridad.

El control a la entrada del local en el que se desarrollaba el congreso, próximo a la catedral, era muy riguroso, de modo que nadie que no fuera delegado o delegada podía entrar. Por lo que nos contaban nuestros amigos de Barcelona, parece que los enfrentamientos en la sala fueron muy duros. Quién lo hubiera dicho al ver la educación y corrección con la que te trataban a la entrada, en la que se podían pasar media hora invitándose a entrar primero unos a otros. Según nos decían, como buenos profesionales allí dentro nunca se in-

sultaron. Eran gente muy educada. No se levantaban la voz y nunca llegaron a mentar a la madre de nadie, pero sí que lo hicieron indirectamente cuando aludían al padre inexistente.

Josefina, acompañada de algunas personas más, se entrevistó con algunos componentes de la mesa del congreso, pero el resto nos quedamos todo el tiempo posible en la entrada.

Año Nuevo en la Jefatura Superior de Policía. «El de la guitarra» y Carles Vallejo

Para el 29 de diciembre de 1970 el PSUC había previsto unas manifestaciones, contra el Proceso de Burgos. No puedo olvidar aquellos días. En Badalona llamó a manifestarse en la Rambla, pero por la lluvia o por las razones que fuera allí no nos concentramos ni una docena de personas. Y además no había nadie conocido. La BIS me paró y me inquirió sobre lo que hacía. Con la máxima naturalidad yo les respondí que estaba paseando, y al hecho de que llovía que me gustaba pasear con esa lluvia chirimiri. Su interrogatorio siguió y se dirigió a la cuestión obvia, la manifestación, y yo seguía con evasivas: «¿¡Qué manifestación, si aquí no hay nadie!? Además, no sabía que había una manifestación convocada. Si alguien me avisa, no vengo. No quiero verme metido en líos». Al final me llevaron detenido a la comisaría de Via Laietana, donde coincidí con el cantautor Paco Ibáñez, a quien habían detenido en la Rambla de Barcelona. Nuestras celdas estaban frente a frente en los calabozos. Cuando le llamaban a declarar desde arriba, gritaban: «¡El de la guitarra, que suba!».

Recuerdo una ocasión en la que bajaron a los calabozos a un joven con un traje gris azulado y lo depositaron en el suelo. Estaba completamente mojado, su ropa estaba empapada, rezumaba agua. Paco debía estar siendo interrogado por la

BIS, porque no recuerdo que estuviera en su celda. De repente empezaron los gritos. Los policías armados se negaban a tener a aquella persona allí en los calabozos, alegando que si se moría los iban a culpar a ellos. Los de la BIS, por su lado, querían imponerse y exigían que se lo quedaran, pero al final ganaron los policías armados y los de la BIS se lo tuvieron que llevar. Años después supe que aquella persona, que se me aparecía como un cuerpo descompuesto por la tortura, era Carles Vallejo Calderón.

El día 1 de enero de 1971, a mediodía, nos soltaban a Paco Ibáñez y a mí. La BIS se dio el gustazo de hacernos pasar el fin de año separados de nuestras familias y entre rejas.

San Sebastián, 1971

Debía ser a finales o a principios de año. Hacía bastante frío. No íbamos demasiado abrigados, la ropa no nos sobraba. De Barcelona partimos cinco personas a San Sebastián, muy temprano. Teníamos una reunión por la tarde con personas venidas de toda España, incluidas las islas Canarias, de las que solo recuerdo a Antonia Jover del Olmo y a su padre. Acudíamos a la reunión representantes de distintas organizaciones solidarias del país y algunas organizaciones políticas, incluida ETA. El encuentro debió tener lugar en el despacho de Juan María Bandrés o de Miguel Castells. Ambos participaban. Lo que sí recuerdo es que el despacho estaba en una calle llamada Virgen de la Asunción, porque mi hermano José vive desde entonces en una calle del mismo nombre. Desde la altura del despacho a la derecha se divisaba la ría y a la izquierda una estación ferroviaria y un gran parque. El encuentro se había promovido para confeccionar un documento-declaración conjunto de los partidos y organizaciones antifranquistas.

El documento debía ser consensuado por todos los presentes. A grandes rasgos trataba de las libertades políticas y democráticas del país y exigía la amnistía total y liberación inmediata de todos los presos, la reforma agraria, el mantenimiento de las nacionalizaciones existentes y su extensión a los grandes monopolios. También incluía el derecho de las distintas nacionalidades a decidir sobre su futuro mediante un referéndum vinculante, cosa con la que todos estábamos de acuerdo menos ETA, que exigía que figurase en el documento la independencia de Euskadi. Desde ese momento la reunión se hizo interminable, con paros y reinicios constantes. Les hicimos ver de todas las formas y colores que muchos de los presentes no estábamos autorizados a firmar un documento con aquel contenido porque éramos organizaciones de política antifranquista pero no de un proyecto político concreto. Sí aceptábamos, todos, que incluyera el derecho de autodeterminación, pero ETA solo aceptaría el documento si incluía la independencia de Euskadi. Ocurría que a la pregunta sobre un resultado negativo en un hipotético referéndum limpio y vinculante, su respuesta era que no lo aceptarían de ninguna de las maneras y seguirían con la lucha armada. Eran unos descerebrados. Hasta las últimas consecuencias. A mi juicio, estos eran peores al que había conocido en el penal de Palencia. Mejor trabajo de desunión no podía hacerse. Salimos de la reunión que amanecía y sin firmar el documento. Los de Canarias incluso habían perdido el vuelo de vuelta. Nosotros regresamos a Barcelona con una sensación fuerte de fracaso y de tiempo perdido.

Assemblea de Catalunya

Después de que se convirtiera en el archivero y custodio de la documentación de CCOO en la comarca, Francesc Mateu

y yo reconectamos y nos dedicamos a la puesta en marcha de las CCSSCC. Él lo hacía en representación de las organizaciones cristianas del Barcelonès Nord. En paralelo a nuestras tareas comunes en las CCSSCC, tanto él como yo manteníamos actividades políticas —yo seguía con la triple militancia—, de modo que por ejemplo coincidimos en varias reuniones de la Comissió Democràtica de Badalona.

En un momento determinado se preparaba un importante encuentro y se nos pidió que estuviéramos alerta. Se iba a dar el aviso en cualquier momento y yo era el enlace principal, mientras Francesc Mateu era la conexión con los delegados o representantes de las otras fuerzas o movimientos de la ciudad. Cuando llegó el día me avisaron y yo le avisé a él. Las cuatro o seis personas que componíamos nuestro grupo debíamos ir algo separadas, de uno en uno, en grupos de dos, máximo de tres, haciendo como que paseábamos, sin hablar los unos con los otros. Todos debían estar pendientes de mí y muy atentos a lo que yo hiciera. La puntualidad era importantísima para que todo funcionase según lo previsto, porque el día anterior había hecho el recorrido para controlar los tiempos. La operación fue más o menos como sigue. Coincidimos en el autobús que nos llevaba a Barcelona, me bajé, se bajaron y me siguieron hasta el metro. Yo iba andando y de vez en cuando me paraba frente a algún escaparate para controlar que me seguían. Bajé al metro, me senté y cuando llegó el primer convoy, me levanté y me aproximé a él pero no me subí. Haciendo esto podía controlar quiénes se subían al vagón y quiénes no. Hice lo mismo en el momento de bajarme del metro al llegar a la estación de plaza Catalunya. Seguidamente era a mí a quien tocaba estar pendiente de unas determinadas señales: teníamos que bajar por la calle Jerusalem, pasar la plaza de la Gardunya y después del restaurante Egipto, en una ventana a una altura de metro y medio, tenía que haber unas macetas con rosas. Si no era así no debíamos seguir adelante, la reunión quedaba abortada. Unos metros

más adelante, ya en la plaza Sant Agustí, tenía que haber unos jóvenes sentados en un banco con una guitarra y cantando. Si no estaban, igualmente la misión quedaba abortada, pero si todo había ido como estaba previsto debíamos entrar en la parroquia que daba nombre a la plaza. Así fue y eso era... ¡La primera Assemblea de Catalunya! Era el domingo 11 de noviembre de 1971.

Nunca me olvidaré de una anécdota relacionada con la Assemblea de Catalunya. La BIS de Madrid, al margen de la de Barcelona, tenía pinchados algunos teléfonos, entre ellos el de Pere Fages, que desde su domicilio, sito en la Gran Vía, próximo a la calle Bailén, había hablado con alguien de prensa informando de esa primera Assemblea de Catalunya. Tras echarle en cara no haberse enterado de nada, la BIS de Madrid llamó y avisó a la de Barcelona, que se personó en el domicilio de Fages y le maniató. Sobre la mesa del comedor encontraron una pequeña lista de personas con apodos: *el rubio, el del Bages, el de l'Eixample*, etc., y mientras elucubraban sobre la identidad de los personajes recostados sobre la mesa, Fages se echó sigilosamente hacia atrás, consiguió llegar hasta la puerta, salió y les encerró en su propio domicilio. Pero al bajar corriendo las escaleras, Pere Fàges, que padecía un cierto grado de obesidad mórbida, se cayó y se rompió un brazo. El caso es que tomó un taxi y desapareció. No volvimos a saber de él hasta que estuvo en Francia.

El ambulatorio de Sant Adrià de Besòs, 1972

Durante la época en la que trabajaba en Fleck, en Sant Adrià de Besòs, sufrí una dolencia que durante un tiempo me obligaba a ponerme una serie de inyecciones. Como desplazarme hasta el ambulatorio en mi ciudad, Badalona, me suponía mucho tiempo y un largo trayecto, pensé en acudir al de

Sant Adrià, que estaba mucho más próximo. Al fin y al cabo, solo tenía que cruzar el puente sobre el río Besòs. Sin embargo, enseguida volví al ambulatorio de Badalona: el local que hacía de ambulatorio en Sant Adrià ni siquiera merecía tal nombre, era tercermundista, no disponía ni de sillas para sentarse. Los pacientes —nunca mejor dicho— tenían que hacerlo en el suelo, en la escalera o, en caso de que no hubiese sitio, permanecer en pie. Los aseos carecían de puertas y el olor a orine impregnaba todo el ambiente. Era indescriptible.

En la primera reunión de las CCOO de la comarca, que fue la primera ocasión que se presentó, expuse la situación y se planteó la organización de una manifestación que, pese a la lluvia intensa, fue un éxito. Al final terminó construyéndose un ambulatorio digno de ese nombre —un Centro de Asistencia Primaria (CAP)— detrás del actual Ayuntamiento. Y en el viejo local tuvo su local social durante un tiempo CCOO. En otras condiciones, claro.

Exposición en Milán para CCOO

En 1972 tuvo lugar una gran exposición con centenares de obras donadas por una multitud de artistas plásticos de Catalunya. El objetivo era recaudar fondos y dar a conocer a las CCOO. María Antonia Pelauzi, y Josep Guinovart, *Guino*, que eran pareja y colaboradores ambos de las CCSSCC junto con algunos más de CCOO, se encargaron de la recopilación de las obras plásticas. No fue tarea fácil recoger tan ingente colección —fueron unas ciento cincuenta y nueve obras—, y aún menos hacerla llegar a Milán, donde se realizaba la exposición.

En ese grupo participamos varias personas, realizando diversas tareas. Una de ellas era Julia León, una cantautora a la que conocía y trataba por mis tareas en el grupo de festivales de las CCSSCC. En aquel momento Julia vivía en Vallvi-

drera, en casa de Quintín Cabrera, pero luego encontró una vivienda para ella sola a escasos cincuenta metros de ahí. Yo mantenía relaciones con Ángel Rozas, que estaba en París al frente de la Delegación Exterior de CCOO (DECO)en el exilio, y a través de él contacté con Julia, aprovechando uno de sus viajes artísticos. Si no recuerdo mal, además de María Antonia Pelauzi y Josep Guinovart, también estaban Pere Portabella, Cardona Torrendell, Agustí Ballesté, Aurora Gassó y Pere Díaz Gil, entre otros. Las obras consistían en pinturas, cuadros, esculturas, cerámica, bocetos, etc., que se embalaron cuidadosamente para su traslado a Francia. Yo no sabía —ni tenía por qué saberlo— dónde se almacenaban tantas piezas ni cómo se conseguía que cruzasen la frontera, pero sí recuerdo perfectamente el semidescampado situado en la intersección de la calle Galileo con la Travessera de les Corts en el que cargamos el camión.

Que yo sepa también participaron Ceferino Alonso y Toni Luchetti y su compañera, que con el coche del primero cargado de cuadros hasta los topes viajaron directamente hasta Milán. Cuando pasaron la aduana registraron el coche y el gendarme les preguntó sobre la carga. En todos los países hace falta autorización para la salida de obras de arte, pero no la entrada. El caso es que el hombre no debía saber mucho de arte contemporáneo, porque Luchetti le respondió que eran cuadros de su mujer, que era aficionada a la pintura, y les dejó pasar.

Lástima que con motivo del 50 aniversario de Comisiones Obreras no fueran expuestas todas ellas en público. ¿Quién las guardará y se responsabilizará de su perfecto mantenimiento y cuidado? No es la primera vez que vivo una pérdida de este tipo a causa del descuido. Ocurrió en el local del PSUC de la calle Ciutat con un archivo que tenía en el sótano. Por razones que ignoro se inundaron y se echaron a perder una gran cantidad de documentos, como por ejemplo fichas de presos que yo mismo había aportado cuando desaparecie-

ron las CCSS. También se estropearon irremediablemente varios dibujos y cuadros. Y ahí estaban al pie de los contenedores, como si cualquier cosa, incluido... ¡un Tàpies que además de mojado estaba manchado de café! No sé si llegó a salvarse.

Sea como sea, podemos hacernos el tipo de preguntas de Brecht en «Preguntas de un obrero ante un libro de historia»: ¿Cómo llegaron a Milán las obras de arte? ¿Lo hicieron milagrosamente? ¿*Nadie* aportó nada en Barcelona? ¿*Nadie* hizo visitas a artistas, recogió las obras, las embaló, las cargó en camiones y las traslado? Como siempre, nadie se acuerda de los *nadies*.

El asesinato de Manuel Fernández Márquez

Los trabajadores de Construcciones Pirenaicas SA (COPISA), que trabajaban para la empresa térmica del Besós, en Sant Adrià, ya llevaban varios días de lucha en relación a su convenio colectivo, pero la empresa estaba cerrada en banda. El martes día 3 de abril de 1973 estaban concentrados manifestándose a las puertas de la térmica junto a las líneas del ferrocarril cuando del otro lado aparecieron varias decenas de policías fuertemente armados. Ante su avance cruzando las vías y sus muestras de agresividad, los trabajadores les lanzaron piedras para cortarles el paso. Como era costumbre la policía disparó «hacia lo alto» pero le dio a Manuel Fernández Márquez, que murió en el acto.

Mi última detención (por ahora...)

El segundo domingo de mes solía tenía lugar un encuentro de las CCSSCC de las veintisiete localidades de toda Catalunya, pero el 3 de abril la policía había asesinado a Manuel Fernández Márquez, de modo que el domingo siguiente se había convocado en Badalona una marcha hasta el cementerio nuevo, donde habían enterrado a Fernández Márquez. Barcelona estaba revuelta.

En aquellos tiempos era costumbre entre la gente joven llevar una especie de macutos colgando del hombro para llevar el monedero, el libro, documentos, lo que sea, y también la propaganda, los espráis o las piedras en las manifestaciones, de modo que cuando la policía registraba a la gente joven solía buscar en estos macutos. Es así como buscando al azar registraron a Félix Badia Pujol y parece que le encontraron unas notas con la cita y el lugar para una reunión. Era una reunión a la que yo le había citado junto con otra gente en el convento e iglesia colindante a Sant Felip Neri y en el claustro de la Catedral. Por supuesto, yo no sabía nada.

En los instantes previos a la cita yo estaba a las puertas del convento despidiéndome de un monje cuando apareció en la plaza un coche patrulla de la policía, de modo que nos introducimos en el convento hasta que se marcharon. Cuando desde una ventana vimos que desaparecían me dispuse a ir a recoger a quienes me esperaban en el claustro, Félix

Badía Pujol, del pueblo de Callús, Mariano Cabutí Costa, de la Barceloneta, María José Trigo Guerrero, de Girona, Pedro Font Barceló, de Calella, y Ginés Rodríguez Sánchez. Ahí estaban Félix y Mariano, apoyados en el claustro, así que les dije que me acompañaran, pero ante mi sorpresa dijeron que no podían, que estaban detenidos y que la policía les había quitado la identificación. Yo no entendía nada, pero les dije que huyesen, que saliesen corriendo, y ellos insistían: «No podemos, estamos detenidos». Fue en aquel momento cuando varios policías salieron de entre las pequeñas capillas de alrededor del claustro y yo me eché a correr hacia el interior de la catedral, pero me pillaron cuando intentaba salir. Fueron cruciales las fracciones de segundo que perdí al dudar sobre si la puerta se abría hacia dentro o hacia afuera...

Me esposaron a la espalda, me introdujeron en la sala anexa a la rectoría y ahí, mientras dos policías me sostenían por debajo de los hombros, un tercero tiraba de mis cabellos hacia arriba y otros dos o tres me golpeaban como quien golpea un saco de arena en el entrenamiento de un púgil. Era su forma de obligarme a responder sus preguntas. Querían saber dónde estaban los otros, a lo que yo respondía con evasivas, una y otra vez, hasta que se cansaron de golpearme. Me habían metido en esa sala para apartarme de la vista y golpearme con impunidad, pero aun así varios sacerdotes la cruzaron y vieron la paliza que recibía. No se metieron, se limitaron a decir que era una vergüenza. Luego me trasladaron a la comisaría, a mí solo en un vehículo. Al resto ya se los habían llevado. Una vez ahí continuó el interrogatorio, a veces conducido por Peña, a veces por Cano, que siempre iban acompañados de un novato. «¿Qué hacías en la catedral?», insistieron. Yo les dije que había ido a buscar homilías, porque el arzobispo de Barcelona, el cardenal Jubany, había hecho una homilía condenando la muerte de Fernández Márquez. «¿Dónde teníais la reunión?», volvieron. Yo insistía en que no sabía nada, y ellos también insistían: «Fulano —permitidme

que omita el nombre— dice que te conoce y que ibas a llevarlo una reunión». Yo les respondí que la tal persona mentía o era un confidente de la policía que buscaba perjudicarme y les pedí un careo, pero me lo negaron, me trasladaron a una habitación y me sentaron a esperar. Al rato pasaron con quién decía conocerme y lo introdujeron en otra habitación. Desde fuera se oían los golpes y lamentos. Luego silencio.

A mí me volvieron a llevar a la sala de interrogatorios y continuaron insistentemente con el mismo interrogatorio, al que siguieron las mismas respuestas. En un momento determinado el policía novato le sugirió al veterano ir a mi casa a registrarla, pero este último le dijo que era inútil, que no iban a encontrar nada ahí. Estaba convencido de que si no habían encontrado prácticamente nada durante el cacheo que me habían hecho (solo llevaba encima un pañuelo, las llaves de casa, el documento de identificación y una pequeña cantidad de dinero que llevaba para el transporte), tampoco iban a encontrar nada en casa.

También me preguntaron por la persona que siempre me acompañaba, que era Francesc Mateu. Obviamente yo les respondí que no sabía a quién se referían, que yo conocía a mucha gente y que normalmente me desplazaba solo. Pero en absoluto me extrañó que tuvieran noticias de mis relaciones con él, porque efectivamente a menudo íbamos juntos. Las CCSSCC actuaban semiclandestinamente, o semilegalmente, si se quiere, pero en cualquier caso es de lógica pensar que la BIS vigilaba nuestras relaciones y contactos. Un ejemplo de ello es la delación sobre una reunión que tuvimos en una sala del Hotel Majestic, en la que detuvieron a María Antonia Pelauzi y a los demás nos dejaron ir tras tomar nuestros nombres. Al final del interrogatorio afirmaron, «Esta vez te hemos pillado bien pillado y vas a pagar por todas» Sobre el informe que hicieron, siempre me ha sabido mal que dijesen que yo era un «Elemento peligroso, cuyo cinismo le lleva a negar lo evidente». Porque lo de cínico uno lo puede lle-

gar a aceptar a regañadientes, pero lo de peligroso pasaba de castaño oscuro. Sinceramente, no creo que nunca haya sido peligroso ni que nadie me haya podido considerar como tal. Soy de naturaleza eminentemente pacífica. Y soy pacifista. Curioso, por otro lado, el apartado del informe sobre mis actividades militantes. Con razón me consideraban miembro de las CCSSCC y añadía que estas pertenecían aCCOO y eran dependientes del PSUC. Yo me pregunto si quien la escribió era una mente calenturienta o si su redacción era de consumo interno, para compinches.

Ya en la Modelo me encontré al que habían propinado una paliza y le pregunté cómo estaba, pero resultó que todo había sido una puesta en escena, que ni siquiera le tocaron. Pegaban sobre unos butacones y chillaban ellos mismos mientras el compañero observaba asombrado y desorientado. Sea como sea, tontos no eran, como demuestra un detalle particular del interrogatorio en el que me preguntaron por Jordi Borja Sebastià. Yo les dije que se había ido a Francia y que desde entonces no sabía nada, pero ellos insistieron en que sabían que yo le había visto y me detallaron el momento en el que —según decían— nos habíamos encontrado casualmente en la Rambla de Badalona mientras él paseaba con su compañera Rosa Solé y los había acompañado hasta la estación. El caso es que entonces yo les pregunté inocentemente por qué no los habían detenido en aquel momento y me respondieron que sin hacerlo nos hacían más daño a nosotros que a ellos. Con esta respuesta demostraban amoralidad y maldad, pero también que de tontos no tenían ni un pelo.

El sumario por el que entré en prisión era el 293/73. Llegué con dos detenidos más, Félix Badía Pujol y Mariano Cabutí Costa. Los demás fueron puestos en libertad ya en la Jefatura de Policía. En caso de haber llegado a juicio —cosa que no ocurrió por la muerte del dictador— mi defensor habría sido Joaquín Ruiz-Giménez, quien fue ministro de Educación con Franco en sustitución de Riera Marra. Polí-

ticamente convenía que fuera así, por el trato recibido en la catedral de Barcelona y porque me lo ofreció él mismo y me lo ofrecieron los cristianos.

Aunque han sido muy poco valoradas por los historiadores e incluso por algunos compañeros, la importancia de las CCSSCC es indudable. Lo hace pensar, indirectamente, la que le dio el régimen: en mis causas anteriores relacionadas con el PSUC o CCOO nunca tuve peticiones de condena superiores a los cuatro o seis años, que siempre terminaban en condenas reales de máximo un año; sin embargo, como miembro de las CCSSCC me pidieron ocho años. Además, durante esta condena me pegaron como nunca, hasta el punto de que se llegó a temer por mi salud y por mi vida y se hizo una campaña nacional e internacional en mi favor. Y la fianza que se puso por mi libertad condicional fue de quinientas mil pesetas, la más alta de aquel año. Algo hacía que el régimen considerase peligrosas las CCSSCC cuando, paradójicamente, de entre nuestras filas a menudo se las consideraba un refugio para quienes buscábamos un acomodo menos arriesgado.

En aquel momento éramos los únicos presos políticos, así que aprovechando nuestra indefensión a los pocos días de nuestro ingreso me separaron de Félix Badía y Mariano Cabutí y me trasladaron a la tercera galería, la más peligrosa y conflictiva. Lo hicieron aplicándome la categoría de reincidente, que normalmente solo se aplicaba a los presos comunes. Cabe recordar que tiempo antes —como en el momento de mi primera detención, en 1961— a los presos políticos nos llevaban a la quinta galería, la de los prófugos y peligrosos. Cuando acababa de llegar, tras dejar mis cosas en la celda y hacer mi camastro, salí al patio y sufrí el primer incidente significativo. El economato tenía una ventana que daba al patio, y ahí estaban algunos haciendo cola cuando yo me sumé para hacer algunas compras. De repente me rodearon tres presos comunes y empezaron a provocarme, arguyendo que me había colado o que no había respetado una reserva. No sabían el

error que estaban cometiendo. Ni yo mismo me esperaba lo que ocurrió: varios cabecillas salieron en mi defensa, con el contundente acompañamiento de otros diez o quince presos, y les preguntaron cuál era el problema y si pasaba algo conmigo. Obviamente, viendo que aquello no pintaba bien, quienes me habían desafiado afirmaron que se trataba de un malentendido y se retiraron. Al marcharse fueron advertidos de no volverse a meter conmigo con el clásico gesto del cuchillo en el cuello. ¿A qué venía esta reacción protectora hacia mí de parte de los delincuentes comunes? Es posible que algunos de ellos, siendo analfabetos, recordaran que podían recurrir a mí para leer o escribir cartas y hacer instancias, sabiendo que yo guardaría total confidencia. Yo había sido, además, el tesorero en las ilegales pero toleradas apuestas en el juego de frontón. Me había convertido en el «hombre bueno» en el que podían confiar, el depositario de las cantidades que apostaban, que luego debía entregar al ganador. Todos sabían de mi discreción y que podían confiar en mí plenamente.

A los pocos días ingresaron Manuel Pérez Ezquerra, Leonardo Farrero Rodés, José Moreno Rider y Fernando Lozano Revuelto. Pérez Ezquerra había sido detenido al presentarse —pese a estar en busca y captura— al juicio por los hechos de la central térmica del Besós en la que había muerto Manuel Fernández Márquez. Por medio de su compañera Leo y una fiambrera, a través de él mantuvimos el contacto de la Modelo con el PSUC. Fue entonces cuando me devolvieron de la tercera a la cuarta galería. Como Mariano Cabutí Costa y Félix Badia Pujol habían salido en libertad, a Pérez Ezquerra, a Pedro Hernández hijo y a mí nos pusieron en la misma celda.

En el régimen de comidas de La Modelo era costumbre que al final de las comidas y cenas se sirviese un vaso de vino en las celdas, pero un buen día la dirección de la prisión decidió cambiarlo. A partir de entonces el vino debía servirse abajo, en planta, y beberse de inmediato en presencia de un funcionario. Pérez Ezquerra se negó a prestarse a tal

humillación y se bebió el vino en su celda, como había hecho siempre, razón por la que se lo llevaron a una celda de castigo. Teníamos que hacer algo, así que después de comer me reuní en el patio con sus otros tres compañeros de detención y decidimos que yo mismo iría a hablar con el director de la cárcel para pedirle que lo sacaran de la celda de castigo y fuera devuelto a la galería. La audiencia se me concedió de inmediato y el director, tras adularme con mi «capacidad de diálogo», adujo que la razón de la sanción era la insumisión a la nueva orden de la dirección. A lo que yo, sin apenas inmutarme, contesté: «Sí, conmigo se puede dialogar, pero ahora no vengo a dialogar, ahora vengo para exigir que Pérez Ezquerra salga esta misma tarde. Si no lo hace, ya puede ir abriendo otra celda de castigo para mí». Y tal como había llegado, me levanté y salí del despacho. Horas más tarde Pérez Ezquerra ya estaba de nuevo con nosotros.

Desde el primer momento de mi ingreso en prisión me encontraba mal. Me dolía el estómago, vomitaba y durante varios días fui adelgazando a ojos vista, hasta llegar a los treinta y siete kilos. Estaba tan débil que cuando llegó el día de visita de mi familia, mis compañeros tuvieron que trasladarme a peso hasta el locutorio y luego, durante la visita, tuve que sostenerme agarrado a los barrotes. Cuando sonó el timbre de aviso las visitas se marcharon, pero en seguida se supo que había sonado por error, de modo que las visitas regresaron a los locutorios. Fue en ese momento cuando Feli, mi compañera, me encontró en el suelo. Yo me había esforzado en aguantar en pie durante toda la entrevista, pero cuando Feli se marchó me relajé y me desplomé. La bronca que se armó fue sensacional y se trasladó del locutorio a toda la prisión: los presos comunes se solidarizaron conmigo y los golpes con los platos metálicos sobre puertas y barrotes convirtieron la cárcel en un infierno. Era el 20 de junio y de ahí me trasladaron inmediatamente al hospital de la cárcel, del que no salí hasta el 1 de julio. Según nota del hospital

penitenciario —de la que tengo copia— padecí un «síndrome estomacal», pero siempre se negaron a explicarme con un mínimo detalle en qué consistía eso.

En mi puesta en libertad jugó un papel muy importante Quim Boix, quien removió cielo y tierra para conseguirlo. Acudió a todos las organizaciones y fuerzas políticas posibles, a personalidades relevantes del mundo de la cultura y del arte, a dirigentes políticos y vecinales, etc. No paró hasta conseguirlo.

Francisco Puerto Otero

Durante el tiempo que estuve separado de los demás en la tercera galería habían ingresado nuevos presos políticos, entre ellos Paco Puerto Otero. La dirección de la cárcel consideró conveniente reunirnos a todos en la cuarta galería, y cuando habían pasado unos días de mi regreso un compañero leyó en un periódico —por fin entraba la prensa en La Modelo— una nota que le llamó la atención y prudentemente nos la comentó a algunos. Se trataba de la muerte por accidente laboral de un tal Puerto Otero. Había sucedido en Tarragona durante un tendido eléctrico. La primera medida que tomamos fue hacer desaparecer los periódicos del día. Los presos comunes, que también tenían derecho a la prensa, no se opusieron. La segunda, obvia, consistía en que nadie comentase nada a Paco. La tercera era la más estratégica: un grupo de tres o cuatro compañeros debía «tropezarse» con Paco y desviar la conversación hacia cuestiones relacionadas con la familia, de modo que surgiese información sobre la de Puerto Otero. Fue así como nos contó que tenía un hermano trabajando en instalaciones eléctricas en la provincia de Tarragona. No podía ser de otra manera, había

demasiadas coincidencias.

Sabido esto, nos volvimos a reunir para decidir cómo actuar con Paco. Primero tratamos de imaginar cómo reaccionaría cualquiera de nosotros ante semejante noticia y estando en prisión. Luego comunicamos al resto la necesidad de tener una actitud máximamente solidaria con Paco, y a continuación se lo comunicamos. El grupo decidió que yo debía estar, de nuevo, entre quienes se lo decían. Al final su reacción y la nuestra fue hermosa. Todo el mundo estuvo a la altura y el apoyo y la solidaridad no faltaron. No estuvo solo, su dolor fue compartido por todos.

Salvador Puig Antich y Santiago Soler Amigó

Tras el alta por mi «síndrome estomacal» tenía que acudir con cierta frecuencia al hospital, donde coincidía con Salvador Puig Antich y Santiago Soler Amigó, con cuyo hermano mayor, Joan, habíamos sido amigos y compañeros de curso en la Escuela Cultural de Badalona. Santi también estaba ingresado en el hospital. Era una persona de salud delicada. A los seis años había padecido una parálisis que había requerido muchos cuidados médicos y le había dejado secuelas definitivas. Su propio padre era médico.

Santi estaba aislado en una celda-habitación. La prisión, y muy posiblemente las torturas, le hacían sufrir vacíos de concentración y pérdidas de memoria. Estaba permanentemente ausente y le costaba articular palabras. Su estado de salud le impedía desplazarse hasta el locutorio para ver a su familia, de modo que sus hermanos, sobre todo Joan, entraban a las visitas junto a mi compañera Feli y a través mío sabían de él y me encargaban cosas, trámites e instancias y me pasaban las cartas para Santi. Yo tenía que acudir dos o tres veces por semana al hospital penitenciario para hacerme controles, así que aprovechaba para hablarle, orientarle o es-

cribirle lo que necesitase. Digamos que yo ejercía de enlace entre ellos y de paso le ayudaba.

También coincidía con Salvador Puig Antich, que tenía la mandíbula rota y desprendida a causa de un disparo en el momento de su detención. Una estructura metálica se la sostenía y le obligaba a hablar con un tono muy bajo y a alimentarse exclusivamente de líquidos. Los sólidos no los podía masticar porque carecía de movilidad en la mandíbula. A mí me asombró su aplomo y valentía. Desde el primer momento tenía muy claro que iba a ser ejecutado. Nunca se me olvidarán sus palabras, se me quedaron grabadas para siempre: «Os doy las gracias por lo que estáis haciendo por mí, pero nunca me libraréis de la muerte. Yo no maté al policía. Lo mataron ellos mismos. Sí que disparé, por encima de sus cabezas, para asustarles e intentar huir. Pero uno de ellos quiso hacer méritos y se cruzó en la línea de tiro. Nunca querrán hacer un análisis real y científico de la dirección de la bala que lo mató, ni una prueba balística. Estoy muerto. Si han condenado al polaco [mucho tiempo después se supo que era alemán] Heinz Chez, es para ejecutarme a mí, él es el pretexto. Ellos mataron a su compañero». Era *La torna de la torna*, como titularía su tesis y libro sobre Salvador Puig Antich un colectivo de estudiantes. Desgraciadamente, el análisis de Puig Antic fue tan cierto como claro. Nunca hicieron una prueba balística, el juicio fue una farsa. Él fue un valiente que asumió con entereza su situación a quien finalmente asesinaron.

En favor de la verdad, con mayúsculas, cuando recordamos a Puig Antich, Santi Soler Amigó y otros compañeros del MIL se vuelve necesario (y una obligación) hablar de la lentitud de reacción de las CCSSCC, de los partidos políticos, de las organizaciones cívicas, etc. Las siglas del MIL (Movimiento Ibérico de Liberación) era *nuevas* para nosotros, y por otro lado nos constaban como si ya no existieran. Por un lado, las noticias eran que a finales de 1969 o inicios de 1970 Oriol Solé Sugranyes y Salvador Puig Antich habían mantenido algunos

contactos con las plataformas de CCOO dirigidas por José Antonio Díaz y Manuel Murcia Ros, pero sus objetivos no coincidían y suspendieron relaciones. Por otro, nos llegaba que el MIL se había disuelto al año anterior en Tolosa al darse de baja sus miembros franceses Jean-Marc Rouillan, Jean-Claude Torres y algún otro francés de origen español. De alguna manera, la continuidad del MIL resultó dudosa, o al menos hizo dudar a las CCSSCC y a otra gente. De hecho, corrían extraños rumores sobre el nuevo» MIL, como que se trataba de un grupo de atracadores que justificaba sus fechorías con la retórica revolucionaria.

Su principal atraco lo realizaron el 15 de septiembre de 1972 en un banco en Bellver de Cerdanya, pero su primera acción había tenido lugar un par de meses antes, el 1 de julio de 1972, con un primer atraco en la calle Mallorca 341, justo donde viven dos tías de José Antonio Díaz, y uno no puede evitar preguntarse si es pura casualidad o hay algo más. El caso es que el pretexto de sus «expropiaciones» era el sostenimiento de las luchas obreras, y las dudas retrasaron nuestra capacidad de reacción. Cuando salí de la cárcel informé de todo ello a las CCSSCC y las acciones y movilizaciones empezaron de inmediato. Algunos grupos e individualidades anarquistas y otras que no lo son pero que sin duda son anticomunistas, han acusado a las CCSSCC y sobre todo al PSUC de no hacer nada por Salvador Puig Antich ni los presos del MIL, cuando fueron estos grupos los que, una vez bien conocida la causa, más se esforzaron en defenderlos. Es de quienes nos criticaban que no consta que hicieran nada. Esta es la verdad.

En libertad provisional. La Farándula, Sabadell

Mis vistas al hospital penitenciario seguían cuando el 28 de octubre tuvo lugar una redada en Barcelona, conocida

como la *Caiguda dels 113*. Todos ellos eran componentes de la Assemblea de Catalunya y fueron detenidos en la parroquia de Santa Maria Mitjancera de la ciudad y encerrados en la primera o segunda galería. Entre ellos estaba el doctor Joan Colomines, que a principios de noviembre fue autorizado a visitarme. Hizo un informe muy contundente sobre mi estado de salud en el que incluía las secuelas de la paliza recibida al ser detenido y lo ocurrido durante la entrevista con Feli en el locutorio. En él afirmaba que mi vida corría riesgo en prisión y podría llevarme a la muerte si sufría una recaída. Es así como el 18 de noviembre soy puesto en libertad condicional y se me impone —como ya hemos visto— la fianza más alta del año, por lo menos en Catalunya: quinientas mil pesetas, que en esa época eran una fortuna.

Mi situación de salud, junto con el hecho de haber sido brutalmente golpeado en el interior de la catedral, debieron facilitar la campaña de solidaridad nacional e internacional que se hizo en mi favor. Incluso se sumó el Papa Pablo VI con una carta dirigida al *generalísimo*. En esa campaña participaron la práctica totalidad de los cristianos por el socialismo y mucha gente cercana, así como la propia estructura eclesial de Catalunya. Mi detención y paliza había tenido lugar dentro de un recinto eclesial, es decir, allí donde según el concordato entre la Iglesia y el Estado la policía tenía prohibida la entrada. Tan solo un permiso expreso del obispo responsable de la diócesis podía permitirla. Rápidamente mis amigos de la *Nova cançó*, que trabajaban con Núria Batalla y Joan Molas, organizaron un recital en La Farándula de Sabadell. Participaron Quico Pi de la Serra, Ovidi Montllor, Maria del Mar Bonet, Joan Isaac, Ramon Muntaner Marina Rosell y Lluis Llach, que, aunque no fue autorizado a cantar, se subió al escenario por solidaridad y tocó *L'estaca*, porque, según dijo, no me permiten cantar, pero no dicen nada de tocar» El público se encargó de corearla.

Las CCSSCC entre 1973 y 1977

Si bien pertenecen a este perodo no todos los hechos recogidos en este capítulo tienen relación exclusiva con las CCSSCC. Insisto: yo viví una triple militancia, de modo que algunas de las vivencias tienen que ver con las tres organizaciones, otras solo con alguna de ellas y otras son estrictamente personales, pero nunca participé en nombre de las tres ni llegué a separarlas nítidamente en mis intervenciones políticas.

Con la Unión Militar Democrática (UMD)

Aunque me resulta imposible fechar este acontecimiento, sí que le puedo asignar un lugar: la masía Can Butinyà situada en los límites entre Badalona y Santa Coloma de Gramenet. Se trata de un encuentro organizado por quien entonces era la responsable política del PSUC en Badalona, Reyes Modolell, quien trabajaba como asistenta social en el barrio de Bufalà de la ciudad y tenía como nombre de guerra *Carlota.*

La reunión la encabezaba Juli Busquets, miembro fundador de la UMD. De hecho, la reunión giraba en torno de la necesidad de crear esa unión de militares demócratas y de su modelo de ejército en la futura sociedad democrática, de cómo debía producirse su integración con el pueblo español.

La pérdida de un amigo

Como ya hemos visto, las CCSSCC consideraron que en determinadas circunstancias podía llegar a resultar conveniente que mi abogado defensor fuese Ruiz-Giménez, exministro de educación franquista de tendencia cristianodemócrata. Y ese momento llegó: mi detención y apaleamiento en la catedral de Barcelona. Este acontecimiento particular llevó a que se considerase idónea la defensa de Ruiz-Giménez, siempre que él aceptase, claro está. Y así fue.

A quien no le hizo ninguna gracia fue a Joan Riera Marra, el que había sido mi abogado defensor en los anteriores procesos (sumarios 229/67 y 428/67). Con él había trabado amistad ya en 1962, incluso me proporcionaba trabajo en tiempos de paro y siempre me defendió muy bien. Por eso se enfadó mucho cuando se enteró que mi próximo defensor iba a ser Ruiz-Giménez. Nunca fue un hombre de partido, y aunque era simpatizante nunca entendió el tipo de disciplina que me llegó al extremo de aceptar esa situación, por lo que lamentablemente dio por terminada nuestra amistad. Lógicamente se sintió desplazado y le dolió, aunque no era mi intención. Era un buen abogado y un gran amigo, pero no tenía por qué ceñirse a este tipo de conveniencias políticas, cosa que siempre lamenté.

El caso Téllez

El 11 de diciembre de 1975, más de seiscientos ciudadanos de Badalona dirigieron un escrito a su ayuntamiento pidiendo que se pronunciara en pro de la amnistía. Ese mismo día, son detenidos por promover una huelga de la construcción en la comarca los vecinos de Santa Coloma de Gramenet y Badalona Francisco Téllez Luna, Alejo Castellano Blázquez,

Alfonso Moya Cachinero y Emilio Contreras Fernández. Todos fueron brutalmente torturados por la Guardia Civil, especialmente Francisco Téllez Luna. Alejo era hermano de mi compañera Feli y estaba casado con Montserrat Martínez Leceta. Cuando supimos de la detención inmediatamente nos reunimos las familias e iniciamos una infructuosa búsqueda por cuarteles y comisarías de la Guardia Civil del Barcelonès Nord. La respuesta siempre era la misma: no sabían nada. Hasta que Feli, tras recibir la enésima negativa en el cuartel de la Guardia Civil de la calle Eduard Maristany de Badalona, vio pasar por al patio a Francisco Téllez escoltado por dos guardias civiles. Como ya se habían cumplido las setenta y dos horas perceptivas de detención, cuando Feli nos lo contó decidimos volver al cuartel junto con Montse a exigir que los soltasen bajo la amenaza de que si no lo hacían acudiríamos al Palacio de Justicia y los denunciaríamos por rapto y detención ilegal. En ese momento ni siquiera sabíamos que los habían torturado. Pero cuando llegamos a los juzgados la Guardia Civil ya estaba ahí entregando a los detenidos al juez de guardia. Una vez la Guardia Civil cumplió con todos los trámites pudimos hablar con los detenidos y avisar a abogados, familiares y amigos.

La Associació Catalana dExpresos Polítics

La Associació Catalana d'Expresos Polítics fue fundada el 18 de febrero de 1975 tras una petición de legalización firmada por Joan Colomines, Joan Antoni Cuadrado y Agustí de Semir y un aval de más de mil ochocientas firmas. Sin embargo, no fue legalizada oficialmente hasta febrero de 1976, un año después, tras varios encuentros preparatorios, un par de ellos en el local que los carlistas tenían en la calle Jonqueres de Barcelona y las siguientes en una sala que había encima de la Llibreria Claretiana, al inicio de la calle Pau Claris.

Joan Colomines y Agustí de Semir ejercieron de presidente y secretario de la primera gestora de la asociación, que completaban Joaquim Boix, Maria Assumpta Cabré, Antonio Campos Crespo, Jordi Carbonell, Jordi Conill, Joan Antoni Cuadrado Diego, Francisco García Nieto, Adonio González, Catalina Juárez, Narciso Julián Sanz, Manuel Vázquez Montalbán y Miquel Núñez. Como Presidente de Honor se eligió a Lluis Companys, el que fue presidente de la Generalitat de Catalunya, fusilado por los fascistas en el castillo de Montjuïc.

Reparto de juguetes en Gavà, 1977

Una de las actividades más bonitas y emocionantes en las que las CCSSCC se implicaron, en particular el grupo de festivales, fue la lucha contra los despidos que tuvo lugar en Roca Radiadores entre el 8 de noviembre de 1976 y el 23 de febrero de 1977, con una duración total de noventa y cinco días. Cuando ya llevaban varios días de lucha, con varios detenidos y torturas severas a Antonio Plata, las CCSSCC decidieron organizar un festival y una entrega de juguetes de Reyes a beneficio de los hijos de parados y presos. Se recogieron centenares de juguetes, sobre todo gracias a los miembros cristianos de las CCSSCC, como el compañero Carreras, que le puso un empeño particular.

Para darle mayor visibilidad y reconocimiento, el festival y la entrega de juguetes se hicieron en un campo deportivo cerca de Roca y ante cientos de personas, de modo que se consiguiese generar un gran ambiente. Entre Nieves Guirado y yo coordinamos el festival de canción, en el que actuaron Joan Isaac, Ramon Muntaner y Paco Ibáñez. Otros compañeros se encargaron de hacer y repartir los lotes de juguetes, de modo que no le faltase a ningún niño.

La Campanya mundial contra la fam

Con este eslogan las CCSSCC teníamos previsto organizar un macrofestival musical en el Palau Municipal d'Esports el 26 de enero de 1976. Este era el pretexto, porque la cobertura nos la ofrecía la Associació d'Amics de les Nacions Unides, al frente de la cual estaban Antón Cañelles (sí, entonces era con *ñ*) como presidente y Francesc Noguero como secretario. Antón Canyelles es una de las personas que desde el primer momento colaboraron en la creación de las CCSSCC, y Francesc Noguero en la práctica era quien llevaba la asociación.

La decisión de organizar el macrofestival provenía del grupo de festivales, que lo creyó necesario para sufragar de golpe los enormes gastos cotidianos. Disponíamos de «medios (es decir, de cantantes) suficientes para realizar un gran festival. Quizás no eran tan conocidos como los cantautores de protesta, o a veces eran cantautores principiantes, pero estaban muy predispuestos y deseosos de colaborar para la causa, y además se añadían el visto bueno y la solidaridad siempre firme y probada de Núria Batalla, Joan Molas, Paco Soler y Pebrots. Como siempre en los festivales de las CCSSCC, los músicos renunciaban a sus ingresos.

Gracias a Noguero y Canyelles y los contactos conseguimos legalizar el festival y que pudiese celebrarse en el Palau d'Esports de Montjuïc. Iban a actuar la Companyia Elèctrica Dharma, Joan Isaac, Dolors Lafitte, Orquestra Mirasol, Pau Riba, Carles Santos, Pere Tapias y La Trinca, pero debió haber alguna filtración sobre la finalidad encubierta del festival, porque cuando faltaban veinticuatro horas nos llegó una orden de prohibición. Ya se habían vendido varios centenares, tal vez miles de entradas anticipadas, así que el día previsto para el festival llenamos todas las puertas del recinto con unos carteles que avisaban de la prohibición gubernativa y sugerían recuperar el dinero de las entradas en Agermana-

ment, una asociación cristiana que también colaboraba en el evento. Nadie acudió a recuperarlo.

Las Sis Hores de Cançó de Canet, 1976

Desde 1971 se venía celebrando en Canet de Mar este festival de *Nova Cançó*, pero el de 1976 fue especial, tanto para los asistentes como para las CCSSCC. Fue un festival con mucha alegría que llegó al paroxismo cuando Rafael Subirachs subió al escenario y empezó a entonar el *Catalunya, comtat gran*, la versión primaria de *Els segadors*. Tan pronto como empezó a golpear rítmicamente la guitarra con sus dedos y la gente reconoció el compás, se hizo un silencio absoluto. A continuación, la explosión del público fue unánime.

Núria Batalla y Joan Molas nos habían invitado a dos miembros del grupo de festivales. Sin más, aparentemente. Pero al finalizar el festival, Núria y Molas, con el asentimiento de todos los participantes, nos entregaron la recaudación neta del festival a Nieves Guirado y a mí, que era quienes habíamos acudido.

La Sala Villarroel

En aquellos tiempos la Sala Villarroel —el actual Villarroel Teatre— la dirigía un colectivo de jóvenes próximos al anarquismo, de una línea política que seguramente hoy designaríamos como anarcocomunista. Se trataba de un colectivo solidario como pocos. Su responsable o cabeza visible era el director de teatro Àngel Alonso, a quien desde el principio acompañaron en la aventura José Antonio Ortega, Alfons Guirao y Adolf Bras. Tristemente los dos últimos murieron pronto y muy jóvenes.

Una de las iniciativas destacables que llevaron a cabo

fueron unas sesiones infantiles de cine los domingos por la mañana, especialmente dedicada a los hijos de los presos, que gozaban de entrada gratuita. La práctica totalidad de películas que se proyectaron nos las proporcionaba Miquel Porter i Moix de sus archivos y colecciones, entre ellas la saga de Rin Tin Tin, los *westerns* de Tom Mix o las comedias de Charlot, Stan Laurel y Oliver Hardy [el Gordo y el Flaco], Mack Sennett y *Fatty Arbuckle*.

Para completar este tipo de reconocimientos, cabe recordar también a quienes dirigían la Sala Zeleste de la calle Argenteria (antes llamada Plateria), que si no recuerdo mal eran Roc Villas y sus colaboradores.

Badalona por la «Amnistia Total», 29 de febrero de 1976

Aunque no tengo claro si la iniciativa fue una propuesta de las CCSSCC a la Assemblea de Catalunya o al revés, de lo que no hay duda es de que Badalona fue la pionera. Según un documento sin fecha que está en mi poder, en Badalona se creó una gestora de la Comissió Pro Amnistia, compuesta por Pere Joan Galicia, Josep Maria Boada Guixeres, Enrique González Torres, Alfredo Amestoy Sainz, Josep Gual i Lloberes y Adonio González Mateos y esta gestora se incorporó a la Assamblea de Catalunya.

Las reuniones de trabajo por la amnistía tenían lugar en el despacho de Víctor Ríos en la avinguda de Martí Pujol. Al proyecto se sumaron varios miembros de las CCSSCC de Badalona como Joan Morán, sacerdote en Santa Coloma, Francesc Mateu, Francesc Rodón o Joan Solé Amigó. En las reuniones se acordó que el proyecto se legalizaría, así que un día de febrero nos trasladamos Joan Solé Amigó y yo al Gobierno Civil de Barcelona, les informamos de nuestra in-

tención de solicitar permiso para una manifestación por la «amnistía total» y les informamos que así rezaría la pancarta única que encabezaría la manifestación. Habíamos ido con una máquina de escribir portátil que yo poseía, rellenamos los impresos en un bar junto a la Estació de França y se los entregamos. Luego informamos a la Comissió de Forces Polítiques de Badalona.

Posteriormente se ha cuestionado si la manifestación fue legal o simplemente la toleraron. Aunque creo recordar que existió, no aparece respuesta alguna del Gobierno Civil, por lo que la manifestación suele darse por tolerada. En cualquier caso, siempre me pregunto cómo cabe interpretar la reacción de la policía durante una encartelada que hicimos anunciando la manifestación. Estábamos en plena faena con nuestros cubos y escobas al lado de la Renfe en una columna Morris, uno de esos típicos cilindros publicitarios urbanos, cuando de improviso aparecieron dos *vehículos Z* de la policía, se bajaron los agentes corriendo porra en ristre, y ante nuestro ademán de no inmutarnos ni salir corriendo, frenaron en seco su ímpetu (algo no les cuadraba) y el que estaba al frente del grupo regresó al coche patrulla y se comunicó con alguien, probablemente del Gobierno Civil. Seguidamente colgó, llamó al resto y se retiraron. Nosotros seguimos con nuestra labor. Terminada la columna Morris seguimos por Martí Pujol hacia arriba hasta la calle de la Creu y luego por la calle del Mar, todas calles céntricas de Badalona, hasta que se nos agotaron los carteles.

Sea como sea, legalizada o tolerada, parecía que no existía peligro alguno. El 29 de febrero de 1976 tuvo lugar en Badalona la primera manifestación legal en España, con el eslogan de amnistía total. Nosotros habíamos previsto que la manifestación la encabezaran LLuis Maria Xirinacs y García Farias, un *cantaire* muy conocido, pero la decisión sobre el resto de las personas que debían hacerlo la dejamos en manos de la Comissió de Forces Polítiques de Badalona. Final-

mente, algunos de los que la encabezaron no habían hecho nada y se peleaban a brazo partido por figurar ahí delante. En cambio, quienes la organizamos fuimos a parar algunas filas más atrás. Alfredo Amestoy, que junto con algún otro eran los únicos que estaban ahí delante y sí que habían participado en la organización, vino a buscarnos a Joan Soler y a mí, pero rechazamos ir en la cabeza y permanecimos en la segunda fila.

Un hecho poco conocido pero muy significativo que ocurrió en relación con Tarradellas. Según se dijo en alguna reunión de las Comissions, dos hermanos Vila d'Abadal y tres personas más se desplazaron a Saint-Martin-le-Beau a pedirle al que fue primer presidente de la Generalitat restablecida que se pronunciara por la amnistía, pero no lo hizo. Sin embargo, años después —y esto no es una simple habladuría— el mismo Tarradellas sí que pidió la amnistía para el golpista Tejero.

Por la amnistía general y laboral en Sant Adrià de Besòs

Después del éxito de la manifestación por la amnistía en Badalona y tras una asamblea de la Agrupación de la Central nacional-sindical (CNS) del sindicato vertical de Electricidad y Electrónica, decidimos convocar una manifestación del mismo tipo en Sant Adrià. Como presidente de la Agrupación en la localidad, el 12 de julio del mismo año me dirigí al Gobierno Civil e hice la instancia correspondiente, esta vez anunciando que el motivo era la amnistía laboral y que la pancarta de cabeza reclamaría «Amnistía general» y «Amnistía laboral». La manifestación se convocaba para el viernes 23 de julio y contaba con servicio propio de orden, compuesto por veinte personas. En el membrete sellado de admisión

decía que éramos artistas profesionales del Sindicato del Espectáculo, lo cual era esperpéntico y kafkiano, porque en la solicitud se dejaba bien claro quiénes éramos y cuál era el motivo de la manifestación, y obviamente no tenía nada que ver con «espectáculo artístico» alguno.

El periplo burocrático de la manifestación tuvo nuevos episodios en los días previos a la manifestación, con varias «salidas» de la Jefatura Superior de Policía de Barcelona y sus correspondientes «entradas» a la comisaría de Badalona, básicamente por un error en relación al nombre del solicitante, que era yo: pese a que obviamente la instancia estaba bien hecha, se decía que mi nombre no era Antonio sino Adonio, y el propio día de la manifestación se reclamaba rectificación. Naturalmente, la manifestación ya era imposible anularla, se llevó a cabo y la policía ni hizo acto de presencia. Otro éxito.

40º aniversario del PSUC en el Barcelonès Nord

Franco acababa de morir, pero el franquismo seguía bien vivo, con lo que el PSUC del Barcelonés Nord decidió organizar una aparición pública el 17 de julio que contribuyese a disipar ese ambiente heredado del régimen. Con la venta de los bonos creados para la ocasión, en cuyo dorso había un croquis del lugar del evento, se recogieron los fondos necesarios para sufragarlo. Celebrado frente al actual Instituto Guttmann, al otro lado de la carretera, aunque es un acto poco conocido o que ha quedado olvidado, el acto quedó reflejado en el órgano que entonces editaba el PSUC de la comarca, el *Crónica* del 28 de julio.

En Florencia con las Brigadas Internacionales

Los días 9 y 10 de octubre de 1976 se celebró en Florencia el 40.º aniversario de la constitución de las Brigadas Internacionales en España. Había delegaciones de veintidós países: Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Checoslovaquia, Chipre, Finlandia, Francia, la República Federal Alemana, Inglaterra, Israel, Yugoslavia, Nueva Zelanda, Holanda, Polonia, Rumanía, San Marino, Estados Unidos, Suecia, Suiza, Hungría y la Unión Soviética, y de dos organizaciones: L'Amical du Camp de Vernet y la Federazione Internazionale della Resistenza. Según el listado elaborado por la revista publicada para la ocasión, la representación española la componíamos: Silverio Ruiz, Melimón Toral, Marcos Ana (Fernando Macarro), María Díaz, Carmen Rodríguez, Manuel Martínez, Adonio González, Zabala, Orea, Gimeno y Fuente. Yo acudí en representación de Barcelona junto a Manuel Martínez y Zabala. María Díaz y Carmen Rodríguez, por su parte, acudían en calidad de viudas de los generales Juan Modesto y Enrique Líster. La mesa presidencial la componían, si no me equivoco: Rafael Alberti, Melimón Toral, Vittorio Vidali, Luigi Longo, Antonio Toasio, Pavel Batov, Herry Rol-Tangay y Marcos Ana. Michael Perlmann, que formaba parte de la delegación israelí, me dio recuerdos para Pere Ardiaca, pues durante su estancia en España con las Brigadas Internacionales ambos formaban parte del equipo directivo de *Treball*, el órgano del PSUC. Nos ayudó mucho el pintor Enrique Ortuño, que entonces vivía en Florencia e hizo de guía y traductor durante nuestra visita.

Todos los delegados habían participado de alguna manera en la Guerra civil excepto yo, que acudí en representación de las nuevas generaciones que luchaban contra el fascismo. Lo que nunca sabré es por qué me eligieron a mí, pero sin duda fue para mí un orgullo tener el honor de participar en semejante acontecimiento. Allí participé en dos charlas, una en Prato, con Enrique Ortuño como traductor y junto a la

delegación soviética, a cuyo frente estaba Pavel Batov, y otra en Figline Valdarno.

Cuando desembarcamos en el aeropuerto de Barcelona tuvo lugar un suceso extraño. Las maletas de Manuel Martínez, Zabala y la mía se extraviaron durante más de tres horas, algo que no ocurrió con las del resto del pasaje. Cuando aparecieron de nuevo, unos guardias civiles hicieron el gesto de ir a registrarlas, pero un oficial les dijo que no hacía falta y nosotros salimos del aeropuerto. Al llegar a mi casa, en mi maleta apareció una corbata negra que no era mía sino de Zabala, que era viudo y como tal ejercía a la antigua usanza. Era muy sorprendente porque en Florencia habíamos pernoctado en habitaciones individuales. ¿Se trataba de un descuido o era un algún tipo de aviso en clave?

En Barcelona con Marcos Ana

De Marcos Ana había recibido una enseñanza que nunca olvidaré. Fue antes del viaje a Florencia por lo de las Brigadas Internacionales. Ana residía en Francia y hacía algún tiempo que había salido de la cárcel. En Barcelona nos citó a varios en la *Associació d'Amics de las Nacions Unides*, cuya sede estaba en la calle Fontanella, seguramente a través de Francesc Noguero, que era el secretario de la asociación. Tal como había hecho con otros a su regreso a Francia, nos estaba haciendo una breve introducción de su interés por hablar con algunos camaradas de Barcelona, cuando Quim Boix le interrumpió y le dijo: «Querrás decir tu venida», a lo que Marcos Ana se reafirmó diciendo: «No, he dicho bien: mi regreso. Llevo dos meses en España, he visitado varias ciudades y pueblos, incluido el mío, donde nadie me reconoció. He visitado mercados, campos de futbol, plazas de toros, asociaciones... he asistido a conferencias como un oyente

más, a lugares con gente concentrada, y prácticamente no he hablado, siempre esperando que lo hicieran los demás. Pero he visto y oído mucho y ahora estoy oyendo vuestras opiniones. Si lo hubiera hecho al revés, muy posiblemente vuestras opiniones hubieran condicionado las mías. Por eso os he dejado a los camaradas para el momento de mi regreso. Así me llevo mi propia impresión y luego la complemento con las vuestras».

Y esa es la verdad: Marco Ana preguntaba mucho y escuchaba. Desde entonces en los mítines y conferencias procuro no colocarme entre «los míos», sino entre quienes no conozco, y callo y escucho, sin interferir. Así conozco la opinión y el sentir de «los otros», sea este favorable o no lo sea. Esta fue su enseñanza.

El Movimiento Democrático de Mujeres (MDM)

A finales de 1975 un grupo de mujeres —creo que todas ellas encuadradas en las CCSSCC— empiezan a reunirse en un piso al principio de la calle Olzinelles con el objetivo de organizarse en un movimiento democrático. El proceso culminará en un gran congreso en la Universitat de Barcelona entre los días 27 y 30 de mayo de 1976.

¿Cómo es que siendo varón me vi (aunque solo fuera ligera y superficialmente) implicado en tal evento? En parte por el hecho de que quienes lo iniciaron eran compañeras de las CCSSCC. Nos conocíamos, y como necesitaban apoyo, yo me puse a su disposición para hacer todo tipo de tareas necesarias: hice de peón, de recadero, de ayudante y, sobre todo, de taxista en los ratos libres que tenía. A veces se trataba de colaborar para que no tuviesen que interrumpir sus reuniones, otras de llevarlas a sus domicilios cuando estas acababan tarde.

También me vi indirectamente implicado por lo que le ocurrió a la compañera Nieves Guirado, del grupo de festivales de las CCSSCC. Resulta que en un determinado momento necesitaba cambiar de trabajo y encontró una oferta de una marca de televisores. Se trataba de Televisores Vanguard, una empresa cuya sede estaba situada en el cruce de la calle Ecuador con la Travessera de les Corts. El puesto era de delineante y Nieves se presentó, salió con el número uno de la prueba y la citaron para empezar a trabajar, pero cuando acudió, el que debía ser su jefe directo se negó a aceptarla porque decía que en su departamento no quería mujeres. El resultado es que Nieves estaba en la calle, porque había dejado su anterior empleo, de modo que nos explicó su situación al grupo de festivales y a mí se me ocurrió aprovechar el congreso, que estaba a escasos días de iniciarse, para dar difusión a su situación. Lo hablamos con las compañeras de las CCSSCC que habían sido alma y empuje del congreso, que naturalmente conocían a Nieves, y acordamos enviar una carta a la prensa. Varios periódicos la publicaron y sobre todo le sacó mucho jugo la revista *La Codorniz*. También se hizo público en un pleno del congreso. El asunto acabó por convertirse en una bomba, así que finalmente la readmitieron: fue como poner una pica en Flandes, y hasta el jefe de personal la felicitó.

En otra ocasión tuve la oportunidad de presenciar una acción de ese incipiente y potente movimiento de mujeres. Veníamos de una reunión de las CCSSCC y yo iba acompañado de un grupo de mujeres, todas ellas fundadoras del MDM. Yo iba a buscar el autobús hacia Badalona y ellas a una concentración nocturna en la iglesia del Pi, y como me quedé un rato charlando con ellas tuve ocasión de presenciarla. Hacia media noche apareció Lidia Falcón con media docena de mujeres, desplegaron una pancarta y entonces apareció una emisora de televisión, que filmó unos instantes y se fue. Tal como habían venido se fueron todos, la televisión y Lidia

Falcón con su grupo. La acción era en defensa de *Vindicación*, una revista feminista que ahora clausuraban.

A raíz de mis relaciones con el MDM y con motivo del 8 de marzo, algunas compañeras solicitaron que diese alguna charla sobre el cine y la mujer. Yo había aprendido algo de cine gracias a mi participación en unos cursos de Casa Elizalde, así que preparé un trabajo con apoyo visual sobre la autopercepción de la mujer y sobre su representación en la gran pantalla. Con el título «La mujer en el cine» di cuatro charlas en las fechas alrededor del 8 de marzo: en la escuela de adultos de CCOO en Via Laietana, en CCOO en Badalona y en las comisiones de mujeres de Can Cabanyes en Badalona y en Vilassar de Mar.

Calidoscopio (o cajón de sastre)

De todos los acontecimientos narrados a continuación, muchos carecen de fecha. Mis actividades en Comisiones Obreras y en las Comissions de Solidaritat de Catalunya fueron tantas y tan variadas, que resulta imposible recordar con precisión cuándo tuvieron lugar. Por razones obvias no era prudente llevar una agenda, de ahí esta dificultad. De lo que no me olvido, sin embargo, es del *qué*, del *dónde*, del *cómo* y del *con quién*.

Mi misión más comprometida: sacar a los perseguidos al exterior con la ayuda de la Abadía de Montserrat

A raíz de una decisión de las Comissions de Solidaritat de Catalunya me tocó encargarme de ayudar en la salida al exilio de algunos perseguidos. En origen fue por un caso concreto. Había una persona escondida en casa de Joan Morán, el sacerdote de la parroquia de Santa Rosa de Santa Coloma de Gramenet, y yo solicité ayuda a las CCSSCC para decidir qué hacer con él. En aquella época venía a nuestras reuniones de los lunes un seminarista de Montserrat llamado Joan Redorta y a través de él quedamos en que yo me desplazaría a Montserrat para entrevistarme con el padre abad Cassià Maria Just. Unos días después subí a Montserrat y el abad me presentó a Marc Taxonera, responsable de la seguridad en el monasterio de Montserrat. Con él nos reunimos y me dijeron que cuando tuviésemos la necesidad de hacer pasar a alguien

la frontera me dirigiera a unas oficinas que la congregación tenía en Barcelona.

El protocolo era que debía ir personalmente —nunca telefonear— y solicitar que me prepararan un *paquete*. Días después ellos mismos debían llamarme indicándome día y hora de recogida. Obviamente el día y hora señalados siempre eran otros, y además yo no *recogía*, sino que yo *enviaba*. El día falso que me señalaban yo hacía el paripé y recogía un paquete con revistas, homilías o documentos públicos de la congregación benedictina de Montserrat. Así hice un total de cinco envíos, uno de ellos con un *holandés errante* anarquista que repetía: en ambos casos había puesto un explosivo y necesitaba huir. A raíz de este caso nos reunimos las CCSSCC en *petit comité*: este tipo de acciones ponía en riesgo nuestra organización y simultáneamente veíamos que la otra carecía de estructura interna para tales supuestos. Esta vez lo sacamos, pero también extrajimos la lección de no ejercer más este papel. Considerábamos que el problema era suyo y que eran ellos quienes debían solucionarlo.

En los otros tres casos se trataba siempre de individuos que debía recoger en una urbanización de Les Planes. Yo tenía que desplazarme con mi Seiscientos por las calles sin asfaltar de ese barrio de montaña y recoger mi *paquete* en el portal de una casa previamente convenida, que obviamente no era la misma en la que se había alojado, y llevarlo hasta la plaza Tetuán. Llegado ahí, tenía que apearlo, dar una vuelta a la plaza y comprobar si apoyado en el buzón de correos estaba Joan Redorta. En caso afirmativo, recogía de nuevo el *paquete* y lo entregaba a Redorta.

Casualidades de la vida, el 23 de noviembre de 2014, durante el acto alternativo al 50.º aniversario oficialista de CCOO, llevado a cabo por fundadores y veteranos en la parroquia de Sant Medir, me encontré a Fernando Miranda Gómez, quien había estado acogiendo a aquellas personas a las que luego yo ayudaba a huir. Acompañaba a Luis Romero Gata

cuando nos marchábamos juntos a nuestras casas después del acto. Me lo presentó y me recordaba a alguien, pero tardé en reconocerlo. De hecho, solo lo reconocí después de estar un rato charlando y que me dijese que durante el franquismo había vivido en Les Planes. A veces pienso que mis dificultades fisonomistas tal vez han sido un mecanismo de defensa, porque lo que no se recuerda no se puede reconocer ni bajo la más intensa tortura.

La señora Pilar Rahola

En una ocasión la señora Pilar Rahola nos atacó en un acto que habíamos organizado, con el pretexto de que «trabajábamos para el franquismo». Fue en Badalona en un acto de solidaridad para recoger fondos para los presos políticos en el antiguo pabellón de deportes del Club Juventut en la Plana, conocida como plaza de los Caídos durante el franquismo. Estábamos montando la tarima y preparando los instrumentos cuando de repente apareció con un grupo gritando que lo que hacíamos desmovilizaba a los presos, acusándonos de hacer caridad y trabajar para el franquismo. Encabezaba un grupo de jóvenes anarcoides —no digo anarquistas, no— que solían reunirse en el bar Ron, situado en la esquina de la Rambla con la calle Prim. Era insultante que me lo dijese a mí, precisamente, que había sido maltratado y me habían pedido ocho años por pertenecer a las CCSSCC. Eran mayoría, así que hubo que suspender el acto, no sin que antes nos rompiesen la tarima y algunos instrumentos. Bien ufana y contenta se marchó la ahora periodista prosionista...

L'Associació de Familiars de Presos Polítics (AFPP)

Como ya vimos, la detención y condena de los presos del Movimiento Ibérico de Liberación (MIL) al principio causó sorpresa a las CCSSCC. Creíamos que ya no existían, que se habían disuelto poco tiempo antes en el sur de Francia, de modo que no sabíamos quiénes eran los que ahora actuaban bajo esas siglas. El dilema era si ayudar a los que tal vez eran simples atracadores y usaban las siglas en beneficio propio. Ayudándoles nos complicábamos la vida; si no lo hacíamos faltábamos a la solidaridad debida. Lo que no sabíamos es que realmente un grupo de ellos habían decidido continuar con la actividad armada bajo esas siglas

También vimos cómo a las CCSSCC y al PSUC nos acusaron falsamente de inacción, mientras otra gente más afín políticamente no hacía nada. Inmediatamente tras mi salida de la Modelo las CCSSCC se pusieron manos a la obra para pedir que se parase la ejecución y exigir la revisión de la causa, incluidas las pruebas de balística. Desgraciadamente, la reclamación fue infructuosa.

Las detenciones tuvieron lugar los días 24 y 25 de septiembre del 1973, y el 2 de marzo de 1974 Salvador Puig Antich era ejecutado. Todo ocurrió muy deprisa y había muchas dudas. Es fácil criticar cuando no se ha estado ahí o cuando uno no se ha mojado. Yo puedo afirmar con total rotundidad, como he hecho anteriormente, que Salvador Puig Antich agradecía todo cuanto hacíamos por ellos. Es cierto, nos costó reaccionar, pero es que no teníamos la seguridad de que aquellos efectivamente eran el MIL, o una facción que había decidido seguir adelante usando esas siglas.

El 24 de octubre de 1973 salí en libertad provisional y me reincorporé inmediatamente a las CCSSCC. Allí expuse todo lo que sabía sobre Santi Solé Amigó y Salvador Puig Antich y desde entonces se redoblaron nuestros esfuerzos. Pero también se manifestó una carencia, la falta de una relación mejor

y más estable con los familiares de los presos políticos. De ahí que surgiese la necesidad de crear una nueva asociación, que tomó el nombre de Associació de Familiars de Presos Polítics. Aunque no sé si se llegó a legalizar, si recuerdo que se planteó la oportunidad de legalizarla. En cualquier caso, funcionó hasta el final del franquismo y no se reunía clandestinamente ni en parroquias, su sede estaba en la ronda de Sant Pere, número 32. Está asociación supuso un salto cualitativo para las CCSSCC, porque, aunque no se había previsto proporcionó una cobertura lateral, puesto que desde entonces algunos podíamos acudir a la sede de los familiares «legalmente», como personas voluntarias que les dábamos un mano. El resultado fue una mayor dinamización de las propias CCSSCC.

Para las navidades de 1976 hicimos una campaña por los presos aprovechando la publicidad. En aquella época una marca de dulces tenía un eslogan que decía algo así como «¡Vuelve a casa por Navidad!», así que yo propuse hacer unas tarjetas que dijesen «Per Nadal tots a casa». La campaña se aprobó y en el diseño colaboraron varios dibujantes con los que tenían contacto los de grupo de artistas plásticos, entre ellos, si no recuerdo mal, Cesc.

De la AFPP recuerdo una curiosa experiencia sobre el comportamiento humano. Dos personas acudimos al domicilio de Josep Lluís Pons Llobet, en Cerdanyola, nos presentamos como miembros de las CCSSCC y nos ofrecimos para ponernos a su servicio. Nos recibió el padre de Josep Lluis acompañado de dos grandes y amenazantes pastores alemanes y tras escucharnos nos echó con cajas destempladas y vociferando que no necesitaba ayuda ni solidaridad de nadie, que él era amigo de Franco. Sin embargo, pronto empezó a aparecer por la AFPP su esposa, la madre de Josep Lluís, tal como humanamente haría cualquier madre, y también su hermano, el tío de Josep Lluís, que era sacerdote y en cuya parroquia del Paseo de Sant Joan, Sant Francesc de Sales, casualmente las CCSSCC nos habíamos reunido en alguna

reunión. De hecho, tiempo después empezó a aparecer con cierta frecuencia él mismo, e padre de Josep Lluís. Probablemente Franco dejó de considerarlo su amigo...

¡Cuidado con los pasaportes!

Cuando supe por la prensa que le habían concedido el pasaporte a Marcelino Camacho me dije que quizás ya era el momento de tener el propio pasaporte, siendo como era yo mucho menos importante, así que me dirigí con toda mi familia a la comisaría de la ciudad y lo pedí para todos. Cuando el policía de la ventanilla me pidió el DNI me miró y preguntó si era yo Adonio. Aunque no me conociese, le sonaba mi nombre, así que se giró hacia su jefe y le dijo que yo estaba ahí, pidiendo los pasaportes para mí y para mi familia. Al cabo de unos días nos dieron los pasaportes a todos. El caso es que descubrí que, bajo la misma apariencia, de los cinco pasaportes solo el mío tenía los sellos un poco más grandes, lo cual era una marca distintiva que cualquier policía iba a reconocer de inmediato.

De merienda con el SPF

El Socours Populaire Français (SPF) organizó un encuentro con hijos de represaliados que en ese momento estaban en prisión, consistente en una merienda con veinte o treinta niños en el hotel Baltimore, situado en la confluencia de la Via Augusta y la Diagonal. El SPF, que brindaba un apoyo muy importante y valioso a las CCSSCC, organizó el encuentro porque quería conocer a los hijos de esos represaliados a los que prestaba apoyo, así que algunos de sus miembros

decidieron desplazarse a Barcelona y organizar este encuentro-merienda. Quim Boix, que por razones familiares tenía un vínculo fuerte con Francia y era quien llevaba casi exclusivamente las relaciones con el SPF, fue quien llevó el peso de tan entrañable experiencia.

Filmado para la TV *alemana*

Con ocasión del pase de la película *La hora de los hornos* en el Colegio de Titulados Mercantiles, en la calle Moià, unos reporteros de la televisión alemana nos propusieron hacernos algunas preguntas a algunos represaliados del franquismo. Venían con Elena Lumbreras. Tres o cuatro aceptamos salir en televisión, pero yo fui el único que miré de frente a la cámara, porque consideraba que no tenía nada que ocultar: fui yo el maltratado, no el maltratador. Los otros le dieron la espalda.

El problema vino después, cuando teníamos que sacar la película de ahí, porque al parecer había policía en la sala. Finalmente la sacamos entre Elena y yo por una puerta lateral que daba a la Diagonal, cogidos del brazo, como si fuésemos pareja, y ella con la cinta es condida entre la ropa. Luego ella se encontró con los reporteros en algún lugar convenido y les entregó la filmación.

El posfranquismo y los años en el PCC

Comienzan los viajes: Polonia

Estos viajes los realicé después de 1982 como responsable en funciones de la comisión internacional del Comité Central del Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC), que durante mucho tiempo careció de representante oficial. En concreto participaba en la comisión Solidaritat, Pau i Desarmament y como tal realicé tres desplazamientos. Ofrezco aquí una visión comparada de las tres naciones, una visión personal del contexto siguiendo la fábula de los ciegos y el elefante.

En 1985 cuatro personas nos trasladamos unos pocos días a Polonia como parte de una delegación que encabezaba Jaime Ballesteros, andaluz, miembro de la Comisión de Relaciones Internacionales del PCE. Yo iba en calidad de invitado. No recuerdo los nombres, ni las competencias que tenían, ni a quién representaban las otras dos personas. Nuestro viaje coincidió con la fiesta en Varsovia del *Trybuna Ludu*, órgano oficial del Partido Comunista Polaco. Nuestra presencia allí tenía una doble finalidad: solicitarles ayuda para las ediciones de nuestros propios materiales de información y propaganda e invitarles a nuestras propias fiestas de Nuevo Rumbo y *Avant*.

Nuestra presencia en Varsovia casi coincidió con una de las visitas a su tierra del papa Karol Wojtyla, más conocido

como Juan Pablo II. Hacía dos días que se había marchado y la ciudad aún sufría la resaca. Uno no podía ir por la calle sin encontrarse todo el tiempo con sacerdotes, monjas y grupos católicos verdaderamente numerosos, y había pancartas por toda la ciudad, algunas de ellas enormes. En términos militares, era una ciudad tomada.

El ambiente recordaba al que debía ser el de los primeros años de la posguerra española, pero con más parafernalia. De mis recuerdos de infancia retengo el esplendor con el que se mostraba el poder eclesial, pero exteriormente no mostraba semejante pompa. Tanta parafernalia nos produjo una extrañeza enorme, por lo que consultamos a nuestra guía, que hablaba un perfecto castellano. Su respuesta fue que el catolicismo formaba parte integrante del sentimiento nacional polaco. Vino a decir algo así:

«Históricamente somos una isla rodeada de protestantes por el sur y por el oeste y de cristianos ortodoxos por el este. El catolicismo ha sido durante dos mil años una seña de identidad y de unidad. Además, nuestros vecinos han sido históricamente nuestros enemigos políticos, económicos y militares. Y eso no se supera por decreto, necesita años. Polonia es una república popular, no una república socialista. Miles de católicos lucharon contra el hitlerismo, lo cual les garantizó su existencia legal una vez derrotada Alemania. La Iglesia ha tenido siempre una gran influencia y mucho poder económico. Antes, durante y después de la derrota alemana. Tiene sus propias escuelas, centros deportivos, centros vacacionales para niños, hospitales, etc., que compiten con los del gobierno. A veces incluso son mejores, por lo que hay que gobernar con mucho cuidado. Si algún día gobierno e Iglesia se enfrentaran, millones de polacos se pondrían del lado de la Iglesia. Solo nos faltaba un papa polaco». No se equivocaba.

Tuvimos ocasión de visitar la empresa más importante del país, Ursus, que fabricaba tractores y era de fama mundial. No había duda sobre su calidad, pero los medios, los

procesos y la tecnología industrial dejaban mucho que desear. Esa es la impresión con la que me quedé, basada en mi experiencia profesional. Me pareció estar reviviendo, en una versión peor, las condiciones de la Enasa-Pegaso cuando me incorporé a la empresa en 1954.

En Varsovia también participamos en un acto patriótico en una plaza que por sus dimensiones, jardines y monumentos debía ser importante. Pero únicamente estábamos presentes y participábamos gentes del PCC/PCPE e invitados, la gente se paseaba indiferente y ajena al acto. Algo que nos llamó la atención es la prostitución que se ejercía abiertamente en la calle y la cantidad de gente que mendigaba.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

En este caso, el motivo del viaje a la URSS fue mi participación en un seminario sobre temas de paz y desarme. La expedición la formábamos los hermanos Cabo, miembros de la comisión internacional del Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE), madrileños, un camarada de Zaragoza, otro de Mallorca, María Martínez de Barcelona y yo, ambos de Barcelona. Llegamos en negra noche un día de octubre y nadie nos estaba esperando. Recuerdo que era octubre porque dos o tres días después de nuestra llegada el embajador español apareció en la televisión soviética celebrando el día de la Hispanidad, con la bandera oficial a su lado y glosando en ruso el significado de ese día. Los hermanos Cabo, que ya habían estado varias veces en la URSS, finalmente, tras un par de horas de espera, consiguieron que nos viniesen a recoger.

En esa visita tuvimos varios tropiezos. Primero nos confundieron y nos dieron alojamiento en el lugar equivocado. De repente me querían identificar y me preguntaron cuál era mi nombre de guerra. Obviamente yo respondí que carecía

de él, pero insistían. El asombro era general, así que directamente nos preguntaron quiénes éramos, momento en el que ya tuvieron que intervenir los hermanos Cabo para aclarar la situación y explicar cuál era el motivo de nuestra visita. Al final resultó que por confusión nos habían llevado a una escuela del Partido para camaradas clandestinos de países que estaban luchando contra sus dictaduras. Aclarada la cuestión, al día siguiente nos sacaron de ahí y nos trasladaron a un hotel del Partido.

El segundo tropiezo fue más bien una decepción. Un día, uno de los guías que nos acompañaba, nos ofreció las tiendas especiales para dirigentes del Partido y del sindicato donde los productos eran mejores y más variados. Para mí esto era inconcebible. Ya en los orígenes de mi militancia, en la ENASA-Pegaso, los viejos solían decir: «Cuando se sabe que no hay café para todos, los comunistas no se ponen a la cola. Cuando sí lo hay, pero no se sabe para cuántos, los comunistas se ponen los últimos de la cola». Sin embargo, en la URSS los dirigentes eran los primeros! Algo empezaba a no cuadrarme. Por cierto, colas las había, y muchas. Para todo se hacía cola. Era una forma de ser ordenados, tal vez en demasía: aquí pedimos tanda y al menos nos mezclamos.

El tercer tropiezo ocurrió durante una visita a una fábrica de camiones situada a unos kilómetros de Moscú. Al contrario que en Polonia, todo estaba muy tecnificado, limpio y bien organizado, pero el ritmo de trabajo dejaba mucho que desear. Al socialismo y al comunismo no se llega sin trabajar sino trabajando lo suficiente para que el mercado de consumo esté proveído de productos, sin necesidad de caer en la autoexplotación. Se trata de que no falten productos por su inexistencia sino porque no se desean. El comunismo primitivo era el de la necesidad y la precariedad, el comunismo futuro será el de la autosuficiencia, que es distinto del puro consumismo. El caso es que, tras visitar la fábrica, la dirección solicitó una reunión sincera con nosotros. Los primeros

intervinientes se llenaron de alabanzas, pero cuando llegó mi turno ejercí un rol profesional y hablé con sinceridad, que es lo que me habían pedido, criticando la actitud poco productiva de los trabajadores. Les dije que la empresa, pese a ser prometedora, no tenía futuro si seguía de esa manera, con el personal trabajando tan poco. Les dije lo que vi: trabajadores charlando durante el horario laboral, leyendo, distrayéndose, dando vueltas por los talleres, sin siquiera guardar las apariencias durante nuestra visita. Mientras hablaba alguien me dio una patada por debajo de la mesa de ejecutivos, pero yo me reafirmé y les pedí que lo dejasen estar, que no tratasen de hacerme callar, que me habían pedido una opinión sincera y era lo que estaba haciendo. Los directivos —de los que ignoro el rango— me dieron las gracias por la sinceridad y me dieron la razón, pero dijeron que la dirección tenía escasos poderes ante el sindicato.

El cuarto tropiezo lo tuvimos en la Universidad Locomosov en una visita que hicimos para entrevistarnos con los responsables. No es que la cosa fuese mal, pero al marcharnos pasó algo curioso: pese a que le insistimos que nosotros no lo éramos, nos pagaron el rublo y medio que daban entonces a los estudiantes en concepto de salario, para sufragar sus gastos y desplazamientos. El cajero insistió en que las cuentas tenían que ser claras, que le constábamos como alumnos y que debía pagarnos. Y nos pagó...

El quinto tropiezo tuvo Moscú y el Partido como escenario. Nos dijeron que en Moscú había dos millones y medio de afiliados al Partido, pero entonces ¿dónde estaban cuando el borracho de Yeltsin dio el golpe? Dos millones y medio significan casi el 25% de la población de la ciudad, ¿cómo es que pudo dar el golpe? Mi impresión, deducida de las relaciones que establecí durante la visita, es que allí muchos eran funcionarios que trabajaban en el Partido, pero no para el Partido. Y que el Partido gobernaba para el pueblo, pero no con el pueblo: las preposiciones, en tal supuesto, son muy impor-

tantes. Estar en el Partido era una garantía de empleo. Yo creo que un colectivo es la suma de los individuos, pero en la URSS no había más colectivo que la dirección del Partido. Las bases estaban adocenadas, actuaban según directrices, y si había directrices, no había acción, nadie se apartaba de la regla. Diría que los tropiezos narrados confirman esta opinión. Puedo estar errado, pero así lo viví y así lo cuento.

Por alguna razón, la burocracia se había equivocado con nosotros ya desde nuestra llegada, y a lo largo de toda la estancia se iba resolviendo a medida que surgían los desafueros. Los problemas no se solucionaron desde el inicio sino a medida que surgían. La gente vivía bien, era fácil verlo andando por las calles. La población parecía vivir sin problemas acuciantes. Desde el nacimiento hasta la muerte el Estado tenía una solución para todos sus problemas. Todo estaba previsto. Menos lo que no estaba, como ocurrió con nosotros. Y con el borracho de Yeltsin, y su golpe de la derecha, desde dentro, con la ayuda del imperio de los Estados Unidos. Los individuos, sin normas ni directrices para lo que estaba ocurriendo, no supieron reaccionar, pues los dirigentes estaban sobrepasados por los acontecimientos. O colaborando con los golpistas. ¿Dónde estaba el ejército del pueblo? Los comisarios políticos ya no existían... ¿Y el pueblo en armas? El gobierno estaba en el Kremlin, pero el pueblo ¿dónde estaba? Se pensará que es fácil decirlo ahora, pero yo ya lo dije por escrito y de palabra a mi regreso, en 1985, en mi primera intervención en el Comité Central. Por aquel entonces las intervenciones se grababan, por lo que si se guardaron se deberían poder comprobar mis palabras. Decía, después de una semana allí, que en la URSS hacía falta «una revolución en la revolución», una nueva profundización y actualización del marxismo-leninismo en cada fase de la sociedad y de la historia cambiante. El socialismo para el siglo XXI no podía ser aquel en el que los dirigentes «tomaban café cuando les apetecía» y el pueblo hacía cola.

Los ropiezos» están contados por el orden en que sucedieron. El primero y el tercero se deben, evidentemente, a problemas burocráticos del sistema, mientras el segundo obedece claramente a privilegios. Por cierto, una última y extraña curiosidad. Durante el seminario, mientras yo me refería al armamento soviético según sus propias denominaciones, ellos lo hacían según los códigos de la OTAN. Sea como sea, fueron días muy intensos y dan para más, pero por ahora es suficiente.

Checoslovaquia

En mi opinión, de los tres países Checoslovaquia era el que más había profundizado en el socialismo, pese a que se trataba de otra república popular, no socialista. Otra vez viajé con Jaime Ballesteros, además de con otros tres que no recuerdo. Nuestro guía, para satisfacción nuestra y parece que también suya, era hijo de madre española casada con un brigadista checo. Parecía uno más de nosotros.

Ballesteros viajaba para ver cómo recibir más materiales editados en Checoslovaquia, sobre todo una revista internacional de debate ideológico de alto nivel en la que colaboraban todos los partidos comunistas del mundo. Yo iba con el mismo propósito que en mi viaje a la URSS: intercambiar opiniones sobre los temas de paz y desarme, mi especialidad en el Partido. De hecho, tenían una oficina muy bien surtida, preparada y con gente muy capacitada.

Por otro lado, visitamos tres empresas, una textil, una cristalera y una agrícola. En cuanto a la primera, debo decir que en mis aproximadamente cuarenta y cinco años de vida profesional nunca he visto empresa mejor organizada, moderna y con el personal más activo, con dedicación al trabajo pero sin pasarse: el personal que allí trabajaba no parecía

simplemente «ir haciendo» ni tampoco parecía agobiado, se notaba un cierto equilibrio. No nos entrevistamos con la dirección de la empresa sino con el comité de empresa, y fue un encuentro muy interesante. El comité lo formaban mayoritariamente mujeres, en una proporción que no bajaría de tres a uno, y la charla fue muy colectiva, de modo que casi todas participaron. Sabían lo que querían, tenían claro que empresa y trabajadores eran colectivos con fines comunes, iguales y distintos al mismo tiempo, y que la eficacia era un objetivo que debían asumir ambas partes. Muchas empresas socialistas deberían aprender de ella. No así las empresas capitalistas, para las cuales el personal de esta empresa debía tener demasiadas comodidades y un ritmo demasiado lento, por mucho que sepamos que no siempre velocidad significa mayor eficacia; de hecho, a menudo es lo contrario.

La empresa de cristalería y objetos de cristal estaba en Karlovy Vary y aunque no estaba a la altura de la textil, se le aproximaba. Además, eran unos artistas, su trabajo era sensacional, maravilloso, puro arte. Se trata de uno de esos casos en los que, sin lugar a duda, la habilidad y la calidad eran mucho más importantes que la velocidad y la cantidad.

Muy cercana a la ciudad de České Budějovice, la empresa agrícola me fascinó. Nunca había visitado una empresa agrícola. La conformaban cuatro o cinco pueblos que trabajaban coordinadamente y llevando a cabo lo que me pareció una perfecta división del trabajo. Se dedicaban a la obtención primaria de carne de vacuno, y secundariamente leche. Estaba todo informatizado y cada animal tenía, desde que nacía, una chapa en una oreja y una ficha que indicaba lo que comía, lo que engordaba, las enfermedades que sufría, el tratamiento que recibía, etc. El día de nuestra visita coincidió con una boda y resultó ser una ocasión excelente para observar su funcionamiento comunista. La granja disponía de un catálogo de viviendas unifamiliares y muebles sobre la base del cual la pareja había podido elegir, incluso con posi-

bles adaptaciones según sus gustos particulares. El colectivo les había construido la vivienda, porque la granja-empresa funcionaba como un núcleo en el que todos estaban comprometidos con los demás. Las decisiones se tomaban por mayoría de todos los trabajadores en asambleas abiertas. Cada año se hacía balance según objetivos y logros y, en función de esto, se discutían los proyectos para el año siguiente, que a su vez eran dinámicamente revisables en función de los avances obtenidos.

También me llamó la atención ver cómo se repartía libremente propaganda de otros partidos, en el famoso puente de Carlos y en la vecina plaza del palacio de gobierno. El guía nos recordó que estábamos en una república popular, donde el Partido había alcanzado el gobierno en 1948 no mediante la lucha armada sino en contienda electoral con otros partidos que ya existían antes y después de la Segunda Guerra Mundial. En mi opinión, Checoslovaquia era el país que mejor se encaminaba hacia el socialismo. Y de los tres países visitados, hoy es el que más despierta mi curiosidad por lo que se refiere a su adaptación a la nueva realidad.

Anécdotas antitabaco

Una mañana, paseando por la calle Pelai de Barcelona en dirección a la Rambla, me encontré con Marina Rosell. Nos saludamos y entramos en un café situado junto al cine Pelayo. Por entonces Marina todavía era muy joven y justo empezaba a ser conocida, y como fumaba mucho, le dije: «Marina, tienes una voz preciosa, pero tienes que dejar de fumar o la vas a echar a perder». Debí convencerla, porque dejó de fumar. Y aún mantiene su preciosa voz.

Bus, incineradora y viviendas del barrio de Pomar de Badalona

A continuación voy a relatar tres hechos significativos de la historia de Badalona situados en el barrio de Pomar. Los dos primeros, el del bus y la incineradora, tuvieron lugar durante la dictadura franquista; el tercero, el de las viviendas, tuvo lugar ya en democracia.

El Bus

Durante una huelga de transporte que hubo, los autobuses no subían hasta el barrio, se quedaban más hacia el centro de la ciudad, a una distancia de unos dos o tres kilómetros. Se llevaron a cabo varias manifestaciones y concentraciones, y nosotros, CCOO, raptamos un autobús y lo hicimos llegar al barrio. Cuando llegamos a la altura de la parroquia, un grupito de maoístas infiltrados entre nosotros le lanzaron un cóctel Molotov y lo incendiaron. Algunos fueron a la parroquia, entonces a cargo de mosén Torruella —que había sido trasladado desde el Camp de la Bota— para que les dejara telefonear a los bomberos, mientras otros nos enfrentábamos a los maoístas a bofetada limpia, pues incendiarlo en ningún momento había entrado en nuestros planes. Por cierto, ciertos sectores que también se autodenominaban de CCOO tenían verdadera obsesión por lanzar propaganda en moto inmediatamente después de una manifestación nuestra, como si hubiesen sido ellos los convocantes.

La incineradora

Otro de los problemas habituales del barrio era un depósito de residuos e incineradora al aire libre situada al pie del barrio, antes de entrar a él desde la ciudad. Cuando el viento soplaba del sur, es decir del mar, el barrio se cubría de un humo apestoso e insoportable, y en verano la peste era tal

que por mucho calor que hiciese, los vecinos se veían obligados a mantener cerradas las ventanas de sus viviendas. Desde CCOO convocamos varias concentraciones y manifestaciones a las que acudía gran parte del barrio. La siembra de octavillas se convirtió en habitual. Poco tiempo después la incineradora fue clausurada.

Las viviendas

Esta historia no me pertenece. Solo participé en ella colateralmente, como miembro del comité local de Badalona del Partido, que discutió y valoró la acción. Corría el año 1978 o 1979 cuando, con su desaparición, se vendía todo el patrimonio de la Confederación Nacional de Sindicatos (CNS). Era el caso, por ejemplo, del barrio de Pomar, que había sido construido bajo el patrocinio de la CNS y ahora lo ponían en venta a precio de mercado, con la consiguiente angustia e indignación del barrio. En la reunión del Comité Local del PSUC se discutió sobre el precio real de cada vivienda con la ayuda de Juan Gómez, *Sarria,* obrero de la construcción que también era miembro del comité y, posiblemente ya en aquellas fechas, secretario de las CCOO de Badalona. Sarria reunió a un grupo de trabajadores de diferentes profesiones dentro de su ramo y juntos visitaron algunos pisos del barrio y los tasaron en función de su tamaño, el material empleado (yeso, cemento, cable eléctrico, tuberías, etc.) y la mano de obra, y llegaron a la conclusión de que los pisos deberían salir por menos de la mitad del precio que les pedían. El Partido llevó a cabo una campaña de sensibilización y denuncia y finalmente los ocupantes pudieron comprar sus viviendas más o menos al precio que habían calculado Sarria y sus compañeros. Eran todos del Partido, y la triste paradoja es que ya en las primeras elecciones municipales (1977) el barrio votó en su mayoría al PSC, y en las de 2011 al Partido Popular (PP).

Teresa Bohigas

Esta es la historia de una de esas *nadie* cuya historia quiero ayudar a perpetuar, porque lo merece. Teresa Bohigas era la segunda hija de un anarquista al que también habían detenido en relación con el sumario 107-VI-61 por Espionaje y Otras Actividades, que era la causa de mi primera detención. A él lo pusieron en libertad por falta de pruebas. Como en otros casos similares que se dieron en el PSUC, se trataba de un anarquista que quería luchar contra el franquismo y que no encontró otra organización activa con la que hacerlo, aunque siguió siendo anarquista mientras luchaba junto a nosotros. Llegó a tener la *vietnamita* —creo que incluso el ciclostil— en su casa. Todavía recuerdo los colgadores llenos de hojas imprimidas puestas a secar.

Su hija menor entró a trabajar con catorce o quince años en una importante empresa textil de Badalona, situada en la antigua N-II, hoy calle Francesc Macià, casi esquina con la calle de la Conquista, frente a la propia comisaría de la policía, donde ahora está la cooperativa Abacus. El propietario de la empresa, ferviente católico y de misa casi diaria, hacía vestir a sus trabajadoras con ropa cerrada hasta el cuello, mangas largas y falda por debajo de las rodillas, aunque fuese pleno verano y él estuviese en mangas de camisa y con el ventilador a tope en su despacho. Con motivo de la efeméride del motín fascista del 18 de julio de 1936, el régimen había dispuesto que se abonara a las trabajadoras una paga extra, pero este señor caradura lo que hacía era abonarla conforme al salario del 36... Parece que su moral católica, tan estricta con las cuestiones de la carne, no alcanzaba para esto. Teresa, que tenía quince años, reivindicó su paga extra al nivel salarial actualizado y, además, como hacía mucho calor, se cortó las mangas con unas tijeras y acortó el vestido por abajo hasta encima de las rodillas y por arriba, por el cuello, hasta casi la altura de los pechos. Y, por si fuera poco, consiguió

animar a sus compañeras a declararse en huelga. El patrón cruzó la carretera, al cuartel de la policía, e inmediatamente la detuvieron, pero la huelga no cesó y tuvieron que ponerla en libertad de nuevo y abonarle la paga al precio actualizado, según se debía. Poco después ya asumía la responsabilidad de imprimir las octavillas junto a su padre. Ella iba a comprar los folios.

Después de haber estado viviendo en Francia, ya muerto Franco regresó y se fue a vivir en Les Franqueses del Vallès y siguió luchando, tanto ahí como en Mollet, por los derechos y la igualdad de la mujer y de todos. Murió de un doloroso cáncer todavía demasiado joven, a una edad de unos cincuenta años. Una *nadie* que merece ser recordada como la que más.

Las primeras elecciones sindicales

Es inevitable unir la historia de mi vida laboral en Industrias Fleck con la del señor Fermín Casquete, sobre quien se podrían llenar muchas páginas. Por razones laborables fue el elemento falangista-socialista con quien más tiempo me tocó convivir, pero me limitaré a lo esencial. Si escribo sobre este elemento es porque es un ejemplo perfecto de cómo muchos falangistas fueron admitidos como conversos en los partidos «socialistas» no marxistas. He afirmado que para hacer carrera en un partido o sindicato socialista no marxista hay que ser un ferviente anticomunista, de lo contrario uno no pasa de la base o acaba dándose de baja. Quien de verdad es socialista, no anticomunista, y se afilia al PSOE/PSC, se ha equivocado de partido.

Fermín Casquete entró trabajar en Fleck a finales de los años sesenta. Venía de Valladolid, donde había trabajado como encargado en la empresa de automóviles Renault. Se vino a Barcelona «porque los trabajadores a su cargo le odia-

ban y querían colgarlo», según sus propias palabras. Nunca dijo por qué le odiaban. Afirmaba ser hijo del jefe del Movimiento en Valladolid, de la Falange Española que cambió de nombre para guardar las apariencias frente al exterior. En Fleck entró a trabajar como soldador a la autógena, unos años después fue nombrado encargado y escasos meses después destituido por la empresa debido a las quejas del personal, que lo acusaban de déspota. Es así que se reintegró a las líneas de trabajo manual, aunque conservó la categoría y el salario de encargado. Fleck nunca echó a nadie de la empresa.

Con el fin del franquismo y la aparición de los sindicatos, su anticomunismo era un aval para integrarse en la UGT y el PSC, aunque él, siempre anticatalanista, más bien afirmaba ser del PSOE. Sea como fuere, realizó un verdadero carrerón en ambas organizaciones, hasta el punto de granjearse su apoyo y el del Ayuntamiento y llegar a gerente de la empresa metropolitana de transporte TUSGSAL y de los autobuses que unían Barcelona con el aeropuerto.

Muerto el dictador el señor Fermín Casquete empezó a coquetear con CCOO y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), pero la empresa era pequeña y todos nos conocíamos, así que impedimos su ingreso. En la factoría en Sant Adrià —cuyas oficinas centrales estaban en la calle Aribau de Barcelona— la plantilla éramos menos de cuarenta trabajadores y con Simó, expreso y militante ya antiguo de la CNT con quien trabamos muy buena amistad, sabíamos de sus devaneos y decidimos que denegaríamos su petición de ingreso. De este modo ya solo le quedaba una opción, la Unión General de Trabajadores (UGT), cuyo dirigente entonces era Francisco Urbano, una persona muy manipulable a la que poco tiempo después ya había desplazado.

Con ocasión de unas elecciones generales, anteriores a las sindicales, tuve una controversia con el señor Fermín Casquete sobre la relación entre socialistas y comunistas. Para él, socialistas y comunistas éramos enemigos, a lo que yo re-

plicaba que éramos rivales, no enemigos, que el enemigo era la derecha. Llegó a decir que sí, que éramos enemigos, que «si por mi fuera os fusilábamos a todos». Textual, con testigos delante, por lo menos siete personas que recuerdo perfectamente, pero de las que no diré el nombre. Nada me alegraría más que se enterara de este escrito y me demandara, pero no podría acusar a nadie más. Jamás se me olvidará

Ya al frente de TUSGSAL, empresa con casi mil trabajadores de la que fue su máximo directivo, echó sistemáticamente a todos los militantes de CCOO y obligó a todo el personal que quedaba a afiliarse a la UGT y al PSC, lo que significaba un verdadero poder desde la sombra y al PSC parecía no importarle lo más mínimo. Eran más de seiscientos votos en las luchas internas y, además, él ponía y quitaba alcaldes y alcaldesas de las listas electorales ciudadanas del PSC en Badalona.

En 1977 tuvieron lugar las primeras elecciones sindicales. Pocos días antes de su celebración, el director Ramón Montaner me llamó a su despacho para plantearme una coalición. Se trataba de jugar una farsa en caso de ganar las elecciones, cosa que era muy probable. Debíamos escenificar un tira y afloja: él daba poco, desde CCOO exigíamos más y después de algunos enfrentamientos más o menos duros, ambas partes cedían a modo de salvar la cara, él por no ceder en todas nuestras reivindicaciones ante Fleck, nosotros por alcanzar un acuerdo. En definitiva, se trataba de pactar a espaldas del dueño y de los trabajadores, lo cual me parecía sucio y mezquino y me negué en redondo. Le dije claramente que mis ideales podían ser equivocados pero que en ningún caso estaban en venta, a lo que respondió que otros lo harían. A petición del señor Fermín Casquete las tres centrales sindicales acordamos no presentar candidaturas y que toda la plantilla sería electora y elegible. Todavía conservo el acuerdo el documento del acuerdo con las firmas de Casquete, Simó y mía. Pero cinco minutos antes del cierre del plazo de candidaturas, el propio Casquete, de acuerdo con Vinyet, también de

UGT, a quien correspondía la presidencia de la mesa electoral por mayoría de edad, presentó una lista por la UGT, de modo que la CNT y CCOO quedábamos fuera de las elecciones. Esta fue su primera maniobra sucia, que hizo de la UGT la única central con delegados durante cuatro años. Eso sí, nunca más pudieron repetir la maniobra, porque a partir de las siguientes elecciones quedaron siempre segundos detrás de CCOO.

Su primera batalla «contra» la empresa —que presentó sin que el resto lo supiéramos, pero se acabó filtrando— fue llevar a los tribunales la media hora del bocadillo, que el personal cobraba sin producir. Aquello era un tremendo error y desde la CNT y CCOO no veíamos nada claro qué beneficio nos podía reportar. El caso es que la empresa ganó el pleito y ello significó que nos seguiría pagando la media hora, pero que durante el resto de la jornada los trabajadores debíamos asumir y realizar la parte proporcional de la producción. Era la primera victoria de la empresa, que ahora ganaba media hora diaria de producción por trabajador durante los doscientos veinte días laborables anuales. Desde ese momento, Industrias Fleck dejó de ser la empresa famosa y envidiada por ser la que más pagaba y mejor trataba; es más, durante el período de UGT pasó a la cola.

Al ser elegido secretario de UGT de la comarca, Casquete pidió la baja de la empresa, se le concedió un «despido procedente» por razones técnicas y fue indemnizado con algo más de seis millones de pesetas. Llevaba en Fleck menos de 20 años y en esta empresa nunca hubo despidos, ni siquiera cuando había motivos laborales muy justificados. Luego circularon algunos rumores según los cuales el señor Fermín Casquete cobró el subsidio de paro al mismo tiempo que percibía su sueldo de secretario general de la UGT en el Barcelonès Nord. Los rumores venían de ugetistas honestos, que también los hay, militantes genuinos de base a quienes no gustaba su forma de actuar. A mí, por supuesto, no me extrañaba en absoluto.

Un año antes, un representante de la empresa con muchos más años de antigüedad que él, el señor Serra, había sido indemnizado con tan solo dos millones de pesetas, lo mismo que el obrero Macías, que en 1997 también fue indemnizado con solo dos millones de pesetas. Algo parecido ocurrió con Arturo Fernández, un administrativo con muchísimos más años de antigüedad que Casquete, que fue indemnizado con cuatro millones setecientas mil pesetas. Hay más casos de connivencia con la empresa, pero me limitaré a estos ejemplos.

El cualquier caso, la mayoría de los ugetistas lo admiraban, seguramente porque era un tipo listo. A mí me aplicaron un ERE en 1995, nueve años después, siendo técnico y con una antigüedad de 31 años, y me indemnizaron con seis millones de pesetas. De entre la veintena de trabajadores a quienes se aplicó el ERE, yo fui el único empleado entre técnicos y administrativos.

Visto que había logrado romper con la solidaridad interna entre los trabajadores de Fleck, aproveché la larga baja de un militante de la UGT, Llaverías, para intentar recuperarla: propuse hacer una colecta para él con ocasión de la paga semanal. La respuesta de Cañete, que intuía el peligro de la solidaridad, fue: «Que cada perro se lama su p...». No es extraño, el señor Fermín Casquete ya había sembrado la semilla de la insolidaridad (importantísima para la clase obrera) entre los propios afiliados de la UGT. Y a propósito de la solidaridad, en uno de esos documentos apócrifos que casi siempre iban sin firma, se decía que yo era un resentido porque no había recibido solidaridad mientras estaba en la cárcel. Lo cual no es cierto: gran parte del personal fue solidario conmigo y mi familia en las detenciones de 1966 y 1968, particularmente los trabajadores manuales. Cuando él fue incorporado a la empresa, en 1973, esa solidaridad se fraccionó. No es casualidad, como tampoco lo es que su mano derecha fuese siempre el señor Jordi Comabella, quien según me confesó la propia

Fleck era el confidente de la empresa. Durante su «reinado», la mayoría de los documentos que aparecieron iban sin firma, salvo algunos con señas del tipo «Uno que dice no» o «Un merengue» y otros tres firmados por el propio Casquete.

Tiempo después, cuando ya ninguno de los dos estábamos en Fleck, tuvo un juicio como demandado por parte de dos compañeros de CCOO y del Partido, Juan Cespedosa, *Juanito*, y Alfonso Moya Cachinero, quien llegó a ser secretario de CCOO en Badalona. Ambos me pidieron que acudiera como testigo, y cuando el señor Fermín Casquete me vio aparecer aceptó pactar una solución y no llegar a juicio.

En las elecciones de la Federació Catalana de Futbol de 2005 hizo tantas trampas y manipulaciones que, seguramente por excesivas, fueron descubiertas y denunciadas en el libro *La manipulació del futbol català*, de Jaume Rius. Finalmente, Fermín Casquete perdió.

El 11 de diciembre de 2007 presentó un libro de poemas titulado *Un canto a la libertad*, y uno no puede por más que preguntarse: ¿Desde cuándo era poeta? ¿Quién habrá sido «el negro» que lo escribió? Que sucia ironía, un exfalangista que jamás luchó contra el fascismo presumiendo de demócrata. O vaya usted a saber, si alguna vez lo hizo fue de manera tan clandestina que nadie lo vio... Es curioso, por otro lado, comprobar que cualquiera que se le enfrentase era acusado por Casquete de franquista o fascista, como se puede comprobar en multitud de documentos que están en mi poder.

Su nombre apareció en algunos medios informativos sobre el caso Pretoria, asunto de corrupción política en el que también aparece el nombre de otro insigne socialista, el señor Bartomeu Muñoz, otro anticomunista de estirpe cuyo padre fue el último alcalde franquista de Santa Coloma de Gramenet, de infausta memoria. El último escándalo en que se ha visto envuelto es de 2014, cuando se hizo a medida un seguro y un despido blindado superior al millón de euros sin que nadie en TUSGSAL lo supiera siquiera.

Pero aún después, el número 1085 de un semanario local ya desaparecido, edición del 3 de octubre de 2014, manifestaba que le había sido «recomendada» al señor Fermín Casquete la baja voluntaria. ¿Motivo? Se supo que había filtrado información privilegiada a una empresa de la competencia, ELSA, para facilitar la obtención de la concesión del autobús nocturno local.

¿Cómo es posible que un parlanchín embaucador pueda mentir impunemente sin ser contradicho, cuando en otros momentos ha hecho exactamente lo mismo con otras propuestas? ¿Cómo puede alguien afirmar hoy una cosa, al siguiente la contraria y al otro de nuevo la primera cosa, sin tener ningún problema? ¿Hasta qué extremo las personas se dejan manipular? En cierto momento me propuse grabar sus intervenciones y las mías en las asambleas para demostrar cuan a menudo cambiaba su discurso, pero consiguió que la gente no lo aceptara alegando que «no se sabía en qué manos podían caer tales grabaciones». Claro que a él y a Jordi Comabella, siempre unidos, a quienes podía interesar la información, no necesitaban grabaciones.

Insisto, para hacer carrera en los sindicatos y partidos «socialistas» ante todo hay que ser anticomunista. Si no lo son, los militantes no se comen un rosco, no tienen futuro y se convierten en los *nadies* de la UGT, el PSOE y el PSC. Estos dos últimos partidos llevan treinta y ocho años pactando con el Partido Popular (PP) en el Estado español y Convergència i Unió (CiU) en Catalunya cada vez que los necesitan. Entre 1977 y 2006 pactaron doscientas cincuenta y tres veces con la derecha y únicamente en tres ocasiones con quienes están a su izquierda. En junio de 2016 el PP ganó las elecciones y el PSOE afirmó rotundamente —como hizo con la OTAN— que no le darían su apoyo, pero en el mes de diciembre «por el bien de España» se abstuvieron y fue nombrado presidente del gobierno Mariano Rajoy.

Entre la reelección de Mariano Rajoy en diciembre de

2016 y agosto de 2017 el PSOE ya había apoyado —o se había abstenido oportunamente— al PP, el partido de la burguesía, en veinticinco ocasiones, mientras no lo había hecho ni una vez con quienes están situados a su izquierda. Desde la existencia de nuestra neodemocracia —¿o deberíamos decir *dictablanda*?—, el PSOE siempre ha estado ahí cuando la derecha le ha necesitado; sin embargo, al revés no me consta que haya ocurrido...

Fermín Casquete era un personaje odiado y temido dentro del PSC. Ignoro en qué medida, pero no hay duda de que esto era así. Me lo hace suponer el que, en dos ocasiones, una en una visita a mi domicilio y la otra en un encuentro en la asociación de vecinos del centro, me propusieran hacer públicas mis diferencias con él. Querían librarse de él a través mío, esto no se me escapaba. Pero yo no quise prestarme a ese juego: si ellos tenían el problema con Fermín Casquete, ellos debían solucionarlo. Si aquel individuo se metía conmigo o con mi partido públicamente, entonces sí que haría uso mis razones y documentos —que sigo guardando conmigo—, pero lo que no iba a permitir es que me utilizasen para barrer su casa. Y no se atrevieron, nunca lo hicieron.

Sentencia 300/78, Amnistía laboral total, 5 de mayo de 1978

El gobierno había decretado una amnistía laboral, que en realidad no era una amnistía sino un indulto en que los represaliados por el franquismo podían reincorporarse a sus antiguos puestos, como personal fijo en plantilla, pero perdiendo los derechos adquiridos hasta el momento de su detención y despido. Lisa y llanamente: se les trataría como nuevos en plantilla a los que se reconocía, únicamente, la plaza fija de trabajo. Ante esa magra amnistía yo me negué a mi

reincorporación a la ENASA-Pegaso y la recurrí con el abogado LLuis Salvadores Verdasco. Exigimos una amnistía total, con todos los derechos hasta el día de la reincorporación y ganamos, es decir, ganó Salvadores, pese a tener enfrente, representando y defendiendo a ENASA-Pegaso, al despacho de abogados de más prestigio de Madrid, que se había desplazado expresamente a Barcelona.

A partir de entonces todos los trabajadores recuperaron todos sus derechos. El fallo de la sentencia 300/78 decía: «[...] se opere la readmisión con las consecuencias legales a ello inherentes, y, en consecuencia, debo condenar y condeno a la empresa Pegaso a que readmita al actor con reconocimiento de la antigüedad indicada [desde mi detención], y a las otras codemandadas (Servicio de Mutualismo Laboral y Abogacía del Estado) a que estén y pasen por la anterior declaración». Este fallo se aplicó también a todos aquellos que por necesidad habían aceptado la amnistía parcial y, sobre todo, a aquellos que estaban en condiciones laborales peores o incluso en paro. Fue un gran alivio. Según mi abogado Luis Salvadores Verdasco, este era el primer caso de amnistía laboral total ganado en España. Pues bien, en no menos de cinco ocasiones hay quien me ha manifestado que sus causas son anteriores. Yo les he retado a mostrar las sentencias y sus fechas pero, una vez más, nadie lo ha hecho. Si no se me demuestra lo contrario habría que considerar mi sentencia la primera. El caso es que al carro de las victorias todos se suben...

Pero mis problemas no acabaron ahí. Pese a la sentencia, la empresa se negó a aceptar mi reincorporación. Tal vez pensara recurrirla, pero los trabajadores se declararon tres días en huelga exigiendo mi readmisión y la empresa claudicó. Eso sí, me dio únicamente cuarenta y ocho horas de tiempo para incorporarme, bajo la amenaza de que si no lo hacía perdería la plaza. Seguro que se han producido muchas huelgas contra el despido de técnicos en organización, pero no sé si tantas en pro de su readmisión. Para mí fue una gran satis-

facción. Yo seguía trabajando en Fleck, era bien considerado y estaba a menos de diez minutos en coche desde mi domicilio. ENASA, en cambio, estaba entonces en la Zona Franca, lindando con Mercabarna. Algo me decía que volvería pronto, así que tras la sentencia de readmisión pedí una excedencia en Fleck, que me fue concedida. No me equivocaba. A las dos semanas de reincorporarme a la Pegaso, el jefe de Personal me citó en su despacho. Fue una reunión rápida que yo ya me esperaba. Prácticamente solo habló él, me amenazó con hacerme la vida imposible y empezó por decirme que mi turno laboral variaría cada semana a partir del lunes siguiente. Yo le respondí que al día siguiente le daría una respuesta, y al día siguiente me presenté en su despacho y le puse sobre la mesa una cinta de casete con sus amenazas grabadas. Se quedó lívido. Habiendo vivido a lo largo de mi profesión en el vientre de los tiburones, sabía cómo las gastaban, de modo que ya me temía algo así y me había llevado al trabajo un minigrabador, que tenía guardado en mi mesa para tenerlo siempre a mano en espera de la ocasión. Teniendo yo de nuevo un poco la sartén por el mango, le ofrecí concederme una excedencia, y supongo que tenía tal deseo de perderme de vista que me la ofreció escrita al instante. Además, la rabia que le carcomía debió hacerle confundirse y me la concedió indefinida. Volveré sobre ello más adelante.

Primeras elecciones municipales en Badalona

En 1979 iban a tener lugar las primeras elecciones municipales. Los eurocomunistas —los *euros*, qué nombre más acorde con la época— habían desembarcado en pleno en Badalona y en el Partido y se habían convertido en mayoría frente a quienes proveníamos de la clandestinidad. De hecho, intentaron copar los primeros puestos de las listas. Al salir de

la clandestinidad, el Partido en Badalona había crecido hasta casi los dos mil o dos mil militantes (hay quien posee información mejor que la mía, como Valero, y lo sitúa por encima de los dos mil quinientos). Los provenientes de la clandestinidad rondaríamos los cuarenta y estábamos escasamente relacionados y cohesionados debido, precisamente, a la clandestinidad pasada, mientras que los *euros* estaban más organizados y eran más de ochenta; el resto de afiliados nuevos no estaban adscritos a ningún grupo.

Los *clandestinos* éramos una gota en el mar, éramos unos perfectos desconocidos, y los *euros* tenían un verbo muy superior al nuestro, eran lo que podríamos llamar unos *picos de oro*, pero en cambio nunca habían corrido riesgo alguno durante el franquismo: en casa se estaba mejor y más seguro... Pero con su facilidad de palabra hacían mucho daño y provocaban muchas dudas entre el resto de los recién ingresados, que ignoraban quiénes habíamos militado en la clandestinidad activamente contra la dictadura fascista y quiénes, como los eurocomunistas, también acababan de ingresar al Partido.

Desde buen principio los eurocomunistas mantuvieron un contacto muy directo con Jordi Solé Tura. Se juntaban en una casa del barrio de Llefià situada frente a un kiosco floristería propiedad de un amigo y simpatizante, que era quien nos informaba de sus encuentros. Ángel Navarro planteó, entonces, algo que ahora está muy de moda, una lista de primarias. En primer lugar, nos reunimos el comité local para confeccionar propuestas para la lista electoral. En segundo lugar, celebramos una asamblea general para exponer la lista y realizar la votación que tenía que definir al cabeza de lista y candidato a alcalde. Le correspondió a Emili Muñoz, líder de los *euros*, leer la lista y presentar a los candidatos. Es significativo que leyese los nombres de todos y sus méritos, pero se olvidase de los míos. A mí tan solo me citó por el nombre, y cuando alguien de la sala le preguntó por mis méritos contestó: «De Adonio no he dicho nada porque ya le conocemos

todos». ¿Todos? ¿Cuántos éramos entonces «todos»? ¿Cuántos *todos* éramos en la clandestinidad? Y de los cientos de nuevos militantes, ¿cuántos me conocían realmente? Por último, tuvimos una reunión en el comité local para confeccionar la lista definitiva. El resultado de la votación fue: Adonio, 43 votos; Manuel Armenteros, 41; Vicente, 37; Sito, 29; Alfredo Amestoy, 27; Montse Maresme, 27; y Joan Solà, 25. Lo que significa 229 votantes presentes. Nada mal para una primarias y que ningún otro partido hacía.

Ángel Navarro —con quien habíamos sido compañeros en una detención en 1961— Juan Gómez, *Sarria*, y Miguel Guerrero me propusieron como cabeza de lista a las municipales porque había sido el primero en las primarias. El resto de la lista se elaboraba según se fuera pactando en el Partido. Como teníamos posibilidades de sacar mayoría, podía ser que yo me convirtiera en alcalde, pero renuncié considerando importante para el Partido ganar con una mujer como candidata. Propuse en mi lugar a Teresa Lleal, pero finalmente renunció en favor de su compañero Mario Díaz Bielsa, que acabó convirtiéndose en el primer alcalde democrático de Badalona. Yo fui renunciando y bajando poco a poco en la lista hasta llegar al puesto de «relleno» número trece, del total de veintisiete camaradas que componían la lista legal. Aun así, casi salgo concejal, por muy escasos votos. Sarria y Miguel Guerrero también fueron renunciando a primeros puestos y descendieron a los puestos once y doce. Nunca creímos que íbamos a sacar tantos concejales. Con las expulsiones de 1982 durante el asalto de los eurocomunistas a la dirección, Sarria y Guerrero fueron expulsados del Partido y de concejales. Al correr la lista, a mí me correspondía una de las plazas, porque yo no había sido expulsado, pero renuncié y acudí con Montse Maresme y Emili Muñoz a la Junta Electoral Central en Barcelona, en la plaza Carles Pi i Sunyer, para hacerla efectiva. Por supuesto, tenía muy claro que nunca supliría a unos camaradas expulsados.

Más adelante haré referencias concretas a la actitud de los eurocomunistas —actitud personal, no política—, pero por coincidencia de fechas y momentos anticiparé acontecimientos y hechos personales que hicieron que me distanciase de ellos. Insisto, no tanto por las ideas como por los hechos. Era diciembre de 1979 ? cuando el comité local de Badalona acordó llevar a cabo una asamblea de todas las agrupaciones. Para entonces, las células ya habían sido descartadas. El local estaba lleno con tal vez más de doscientas personas y la asamblea la presidía Gregorio López Raimundo en nombre del Comité Central del PSUC. En un momento determinado, el sector eurocomunista, dirigido por Emili Muñoz, Arturo Pousa, Enric Juliana y Pere Ruzafa, pidió la palabra para exigir la expulsión del PSUC de Miguel Guerrero. Le acusaban de deshonesto por tener dos trabajos y dos salarios, lo cual era cierto. Yo pedí la palabra para defender a Miguel Guerrero, con los siguientes argumentos: Miguel Guerrero era el máximo responsable nacional de CCOO en el ramo de la energía desde el franquismo, lo que le obligaba a desplazarse muy a menudo por todo el territorio peninsular y aprovechaba para coordinar CCOO. En la clandestinidad la economía de CCOO era muy frágil, y todavía lo era en los primeros meses de su tardía legalidad, lo que para Miguel Guerrero representaba gastos adicionales de su bolsillo. Para hacerlo, Miguel Guerrero robaba tiempo a sus ya de por sí escasas vidas personal y familiar y a la vida laboral, en una entrega al Partido y a Comisiones Obreras que le costaban un gran agotamiento. Yo les reté, señalándolos con el dedo, a cambiar su único salario por los dos de Miguel Guerrero. Por supuesto, ninguno aceptó y todos callaron.

Me dirigí entonces a Gregorio y, señalando la puerta del local, le dije más o menos como sigue:

«Gregorio, quien entra por esa puerta y se afilia es mi camarada, pero no significa que sea mi amigo. A mis camaradas los elige el Partido, a mis amigos los elijo yo. Algunos de mis camaradas son mis amigos, otros no. Mis amigos pueden

ser comunistas de otros partidos e incluso no ser ni marxistas (eso sí, nunca serán anticomunistas); mis amigos son personas honradas, honestas y luchadoras, a veces más que algunos de mis camaradas, gente con opiniones distintas que me hace pensar en cosas que desde mi perspectiva no puedo ver o no tengo en cuenta, opiniones que nunca deberíamos dejar de considerar —aunque nos parezcan erróneas— si lo que buscamos son unidades comunistas, alianzas entre marxistas y alianzas entre comunistas y no-marxistas que no sean anticomunistas. Un marxista será mi rival electoralmente, nunca será mi enemigo. Mi enemigo es el capitalismo, en cualquier forma, y las puertas de mi casa están abiertas para todos mis amigos, pero no para todos mis camaradas».

Nunca olvidaré aquella asamblea. Sometida a votación, la propuesta de expulsión fue rechazada por mayoría y Miguel Guerrero siguió en el Partido. Eran muchos, realmente muchos, quienes conocían sus años de sacrificio, entrega y dedicación. Durante mi intervención denuncié también determinados «errores económicos» durante las campañas electorales generales y municipales, dando nombres y cifras. Aunque afortunadamente seguí perteneciendo a él, al reestructurarse el comité local se me retiró de la responsabilidad de finanzas y pasó a un eurocomunista. No entraré en detalles, pero debo decir que me costó dinero del propio bolsillo. En política se pueden decir barbaridades, pero el tiempo hace su labor y la gente las olvida. Pero no pasa lo mismo con el dinero. En esto nadie olvida.

Otro hecho que dejó una huella importante en mí aquellos días fue la visita a Badalona de un veterano brigadista argentino, el poeta Luis Alberto Quesada, que venía a ver a Manuel Moreno Mauricio, a quien creo que había conocido en el penal de Burgos. No tuve ocasión de conversar mucho con él, pero sí lo suficiente como para removerme y hacerme plantear unas cuantas cosas importantes. Dejo constancia de dos reflexiones importantes que me suscitó. La primera

tiene que ver con una de las premisas principales —a menudo olvidada— del marxismo, el socialismo y el comunismo: en la fase del socialismo marxista, de transición al comunismo, debe exigirse de «cada uno según su capacidad y [darse] a cada uno según su rendimiento». En el comunismo, meta superior de una sociedad ya sin clases, «cada uno debe dar según su capacidad y recibir según sus necesidades». En esta fase —insistamos: en una sociedad ya sin clases— el Estado no tendrá razón de existir, tal como dice Marx y recoge Lenin en el quinto capítulo de *El Estado y la revolución,* por lo que tal vez se estarán sentando las bases económicas de una sociedad anarquista. Cabe recordar que los comunistas nunca hemos sido antianarquistas, pero lamentablemente la mayoría de anarquistas sí que son anticomunistas.

La segunda tiene que ver con las dificultades que se nos abrían en una sociedad de democracia económica burguesa. Nuestra propia conciencia comunista iba a ser puesta a prueba. En un sentido, durante la dictadura la vida militante del comunista era fácil, aunque —o quizás precisamente *porque*— la lucha fuese dura, sacrificada y a veces cruenta. Había mucho que dar y poco bueno que recibir. Con la legalización nos íbamos a encontrar que nuestras vidas, y sobre todo nuestro ejemplo personal de militante, iban a ser puestas a prueba. Al acceder a responsabilidades públicas, muchos iban a cambiar su ropa de trabajo por el traje, la camisa y la corbata. Teniendo cargos con representatividad pública, serían saludados por policías que antes los perseguían o incluso torturaban, que se llevarían la mano a la gorra y les desearían los buenos días; serían atendidos por la prensa, la radio y la televisión que hasta entonces los había ignorado o ninguneado; serían homenajeados, reconocidos por la calle; asistirían a comidas y cenas de trabajo o representación; conocerían a gente famosa y alternarían con ella; etc. Todo ello iba a poner a prueba el ego y el espíritu de muchos comunistas, hasta el punto de que algunos de ellos tal vez iban a dejar de comportarse

como tales. Visité la URSS en en los años ochenta y Vietnam a principios del siglo XXI y pude comprobar, preocupado, que en algunas ocasiones esta segunda afirmación se cumplía.

Primer Congreso Internacional de Mujeres Uruguayas, 1980

Por mis actividades en la comisión internacional del PSUC, en múltiples ocasiones tuve contactos con personas exiliadas uruguayas, en particular con la compañera del secretario general del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi. Era una maravillosa violinista que tocaba casi de memoria porque su visión limitada no le permitía leer correctamente las partituras. Precisamente por sus problemas de visión tenía como compañera y secretaria a Graciela, con quien en la práctica acostumbraba a entrevistarme. Tenían consolidado un grupo de trabajo, la Comisión Catalana de Solidaridad con la Mujeres Uruguayas, y gracias a su empuje se organizó el Primer Congreso Internacional de Mujeres Uruguayas en Barcelona. Mi tarea se limitó al apoyo logístico: poner el PSUC a su servicio en todo aquello que fuera posible y conectarlas con intelectuales, artistas de la escena, artistas plásticos, personalidades, etc. que había conocido durante mi militancia en las CCSSCC. El acto fue un éxito rotundo. Asistieron múltiples delegaciones de mujeres uruguayas exiliadas en Europa y de mujeres españolas y catalanas.

Solidaridad con Nicaragua: un museo

En 1980, menos de un año después del triunfo de la revolución sandinista, una comisión de solidaridad con Nicara-

gua me pidió que visitase al cónsul de ese país en Barcelona. Yo seguía siendo responsable de la comisión de solidaridad del PSUC, y él quería formularme una petición de ayuda para la organización de una exposición artística en pro de Nicaragua. Nicaragua carecía de museos, y aún más de obra moderna. El cónsul conocía y trataba a Agustín Goytisolo y a Ana María Beaulieu, pintora uruguaya de origen francés, y me planteó integrarme en una comisión con él, Agustín y Ana María, que ya estaban previamente informados sobre el proyecto. El centro de coordinación era el domicilio de Agustín.

Sus contactos y los del PSUC funcionaron y la iniciativa fue un rotundo éxito, mucho más de lo que nunca previmos. Fue tan grande la cantidad de obra recogida, que el Ayuntamiento de Barcelona y otras entidades tuvieron que ir ampliando los medios que ponían a nuestra disposición. Entre otros foros, pusieron a nuestra disposición el Museo Marítimo de Drassanes, todo entero, la capilla del antiguo Hospital de Sant Genís i Sant Pau, frente a la escuela de arte la Massana y la actual Biblioteca de Catalunya, y los cines Maldà. Y entre otras cosas, se organizaron recitales de poesía y de canción y se recogieron cientos de obras y decenas de poemas originales. El día de la inauguración, el 9 de enero de 1981, con un lleno a rebosar en el antiguo Hospital de Sant Genís i Sant Pau, el cónsul quiso que ambos lleváramos a cabo la inauguración oficial del evento. Todos los actos y exposiciones duraron nueve días, de viernes a domingo, y siempre estuvieron concurridísimos. Un año después, el 17 de febrero de 1982, el embajador en Madrid, Orlando Castillo, y el cónsul en Barcelona, me invitaron a la presentación del filme *La revolución popular sandinista* en el Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos.

El 23-F

Nos enteramos durante una reunión de un grupo de amigos aficionados al cine. Estábamos estudiando unos guiones que una componente del grupo quería intentar plasmar en película, cuando de repente entró un compañero de la casa diciendo que había un golpe de Estado en Madrid. Rápidamente acudimos a la televisión a seguir la noticia, pero resistimos pocos instantes, no podíamos permanecer como espectadores, así que partimos enseguida hacia nuestros domicilios o sedes de nuestras organizaciones.

Al llegar a mi casa, naturalmente mi compañera ya sabía lo que ocurría y estaba asustada. Le dije que hiciera una maleta con lo más imprescindible para ella y los niños. Yo tenía previsto un encuentro con Núria Batalla y la llamé para suspenderlo. Me preguntó qué pensaba hacer y le conté mis planes: llevar a mi familia a un apartamento que mi hermano Julián había alquilado en una urbanización cercana a Camprodon, a escasos kilómetros de la frontera. Me pidió si podía llevarme también a su hijo Oriol y le contesté afirmativamente y le pedí que fuera preparando el equipaje. Seguidamente bajé a la sede del PSUC, que entonces estaba en la calle la Cruz de Badalona, en la parte posterior a mi domicilio, hice el contacto imprescindible, les informe de mi plan y les dije que me reincorporaría a mi regreso. Nos subimos al coche con Feli y mis tres hijos, fuimos hasta Barcelona a recoger a Oriol y enfilamos hacia Camprodon. Mi mujer llevaba consigo todo el dinero que teníamos en aquel momento en casa. Le dije que estuviera siempre pendiente de las noticias y que si la situación empeoraba tratase de cruzar a toda costa, por cualquier medio. Yo regresé a Badalona sobre las doce de la noche e inmediatamente me reintegré en el PSUC para lo que fuera necesario. Unos días después, abortado el golpe, los recogí de nuevo.

El V Congreso del PSUC y el eurocomunismo

No voy a escribir de ideología. Para qué hacerlo. Además, ¿De qué ideología? ¿Dónde están ahora los eurocomunistas? La mayoría de sus dirigentes conocidos se pasaron al PSOE/PSC y rápidamente ocuparon cargos de responsabilidad, otros subsisten bajo otra formación política, Iniciativa per Catalunya-Els Verds, que no es marxista, y muchos otros permanecen en CCOO, siempre dispuestos a expulsar de su seno a los comunistas, sea cual sea su tendencia. Como digo, no hablaré de su ideología sino de hechos, pues como dice el dicho: «Por sus hechos los conoceréis». Así que a los hechos me limitaré, que siempre más importantes que las palabras. Que cada cual saque sus conclusiones.

Aquellos que se habían sentado en la penúltima fila del Comité Central, los señores Jordi Borja Sebastià, Jordi Solé Tura, Carles Navales y las señoras Teresa Eulàlia Calzada y Lali Vintró, una vez destruido el PSUC pronto encontraron acomodo en organizaciones, empresas públicas y privadas, partidos u organizaciones no marxistas (cuando no directamente antimarxistas) situadas a la derecha del PSUC. Ellos, los de Bandera Roja, tan izquierdistas y revolucionarios como eran. Jordi Solé Tura llegó a ser ministro con Felipe González (el de ENAGAS); Josep Piqué lo fue dos veces con José Maria Aznar y luego fue presidente de Vueling, directivo de la constructora OHL y miembro de la dirección de la fascista fundación FAES; Rafael Ribó ha sido *Síndic de Greuges de Catalunya* durante muchos años; Jordi Borja ha llegado a aparecer en Televisión Española junto a Felipe González; Lali Vintró fue concejal en el Ajuntament de Barcelona y después ha participado como tertuliana habitual en 8tv junto a Josep Cuní, etc. Y qué decir de Ramón Espasa, que rechazó la petición del Comité Central de organizar y dirigir la campaña electoral en las primeras elecciones generales, alegando que perdería ingresos, y sugirió que lo hiciese un obrero, que al estar acostumbrado a un nivel

de vida más bajo lo notaría menos. Por ello, a estas alturas, no voy a escribir sobre ideología, ya que los eurocomunistas no existen. Me remitiré a hechos que nos muestran sus inexistentes ética y moral comunistas. Por no alargarme, y porque ya mucho se ha hablado y escrito sobre el eurocomunismo, me limitaré a mis vivencias personales.

Antes, durante y después del famoso congreso, toda la prensa burguesa, en especial *El País,* se posicionó a favor del eurocomunismo. No es casualidad. No existe la casualidad en política. *El País* se convirtió en portavoz oficialista y abanderado del eurocomunismo, por encima del resto de medios. De haber sido honrados ideólogos marxistas, los eurocomunistas se habrían puesto en guardia ante la cobertura que les ofrecía la prensa burguesa, sobre todo por cómo les dirigía en su homologación dentro del sistema. Nunca se cuestionaron la razón de aquel apoyo. El único medio que cuestionó a los eurocomunistas fue el semanario *El Jueves,* que los satirizó en dos ocasiones.

El País, diario fundado por Manuel Fraga Iribarne, exministro de Franco y responsable de la frase «La calle es mía» a raíz de las muertes en Vitoria; Juan Luis Cebrián, exfalangista y miembro relevante del Club Bilderberg; Jesús de Polanco, editor protegido por el franquismo, convertido en portavoz oficialista y abanderado del eurocomunismo. Raro era el día en que no aparecía un artículo o entrevista de algún dirigente eurocomunista, mientras por otro lado se ignoraba —o directamente se atacaba— a quienes habían luchado con el PSUC contra el franquismo. No miento, no exagero, a los hechos y a la hemeroteca me remito.

Desde entonces siempre he sospechado cuando *El País* defiende algo y dudado cuando lo critica. Prefiero pecar por desconfiado. *El País* es un periódico con demasiados articulistas «neutrales», y uno se pregunta: ¿Puede existir la neutralidad en política y economía? ¿Entre el fuerte y el débil? ¿Entre los poderosos y los débiles? ¿Entre los de arriba y los de

abajo? Se debe tratar de ser objetivo, ¿pero neutral? Envueltos en esa bandera resulta difícil no encontrar en sus páginas, sobre todos los fines de semana, algún ataque contra cualquier país o grupo que no acate las directrices de los Estados Unidos mientras lanza alabanzas a aquellos regímenes y grupos obedientes a las decisiones de *Gringolandia*. Casualmente, han desaparecido toda la prensa y las revistas más o menos alternativas que existían a finales del franquismo: *Cuadernos para el diálogo, Tele/eXprés, Madrid, El Noticiero Universal, La Calle, Mundo Diario, Revista Mundo* y *Destino*. Sin embargo, en esta democracia controlada *El País* subsiste.

Hasta la incorporación de los de Bandera Roja, en el seno del PSUC nunca hubo ninguna tirantez entre obreros e intelectuales. En Bandera Roja también había obreros, pero se podían contar con los dedos... de una oreja. Habéis leído bien, sí: la mayoría eran técnicos e intelectuales, y también había algunos cuadros y obreros cualificados. Es evidente que los obreros del Comité Central se expresaban mal, ¡pero sabían decir lo que querían decir! Sin embargo, los señores y señoras Jordi Borja, Solé Tura, Teresa Eulàlia Calzada, Carlos Navales, Lali Vintró y compañía hacían burla de ellos de una manera que producía vergüenza ajena; una vergüenza de la que ellos mismos carecían. Solían llamar *zorrocotrocos* a los obreros, y los descalificaban acusándoles de prosoviéticos o afganos solo por mantenerse fieles a las esencias del marxismo-leninismo. Era un intento perverso y marrullero de descalificarles y de paso evitar la controversia, porque nunca hubo prosoviéticos, y mucho menos afganos.

Al llegar las primeras elecciones —que fueron las últimas antes de la ruptura— quienes provenían de Bandera Roja lanzaron unánimes la consigna «No hay que pasar factura». Por supuesto, la consigna iba dirigida a quienes habían luchado y militado durante la dictadura contra el franquismo. Pero estos «pobres» solo sabían luchar, ser honestos y entregados y, sobre todo, camaradas, en el más amplio sentido de

la palabra, por lo que costaba Dios y ayuda que estuvieran prestos a ocupar los primeros puestos de las listas electorales. Y esto es lo que esperaban y deseaban los picos de oro de Bandera Roja, a quienes faltó tiempo para coparlos en todas las circunscripciones. De sus burlas y mofas puedo dar fe por el lugar que ocupaba cada uno en la constitución del nuevo Comité Central: en el rincón de la derecha, contra la pared y frente a la tarima, Laura Tremosa, Toni Montserrat y un profesor de universidad cuyo nombre nunca supe; en la última fila y a mi izquierda, Luis Salvadores, Solé Barberà, Manuel Moreno Mauricio y Manolo Vázquez Montalbán; y delante, en la penúltima fila, los señores y señoras Carlos Navales, Jordi Borja Sebastià, Jordi Solé Tura, Teresa Eulalia Calzada y la Lali Vintró.

Veamos un poco cómo se desarrollaban las reuniones del Comité Central. Quim Boix, siempre demasiado impetuoso, solía ser de los primeros en pedir la palabra, el señor Jordi Borja solía seguirle y, cómo no, el señor Jordi Solé Tura siempre tenía que ser el último en intervenir. Los dos últimos siempre se repartieron así los papeles. Las intervenciones de Boix siempre eran duras y tajantes en sus convicciones antieurocomunistas, en su intervención posterior el señor Jordi Borja le atacaba en el mismo tono, y en la siguiente intervención —que a menudo era la última— el señor Solé Tura más o menos decía lo mismo que el señor Borja, pero de forma más pulida y políticamente correcta, menos cáustica. Entre ambos Jordis y la mayoría de los *euros*, que como vimos eran de verbo fácil, solían alargar cuanto podían sus intervenciones, dejando el tiempo justo para Solé Tura, para así evitar posibles réplicas y segundas vueltas. Quim nunca tuvo la opción de una nueva intervención de réplica. Ese fue el guion siempre... hasta que un día le dije a Quim: «No te has percatado de la maniobra». Fue así como en la siguiente reunión aguantó sin pedir palabra, la pidió el señor Jordi Borja, luego la pidió el señor Jordi Solé Tura —ya convencido de que Boix renun-

ciaba a ella—, y solo entonces, tras la palabra de los dos Jordis, la pidió Quim. El enfado de ambos fue épico, por decirlo suavemente, pero prefiero no reproducirlo. Habría sido interesante ver el desarrollo dialéctico de las discusiones a partir de entonces, pero no pudo ser: pocos días después el sector acusado de prosoviético fue expulsado del PSUC. Hechos.

En enero de 1981 tuvo lugar el Quinto Congreso del PSUC, que los eurocomunistas perdieron. Pero inmediatamente empezaron a maniobrar con reuniones fraccionales, con mucha más celeridad que quienes también querían recuperar el Partido, pero no para llevarlo hacia la derecha sino a una posición coherente con su ideario original de izquierda. La primera reunión la hicieron en L'Aliança del Poble Nou; en Badalona, como ya vimos, se reunían en una casa de Llefià, encabezados por el señor Emili Muñoz y con la presencia de Solé Tura. Finalmente ganaron la dirección los *euros*. ¿Cómo? Para evitar la ruptura, los no *euros* hicieron grandes concesiones, la principal, ceder a los *euros* muchas sillas en el Comité Central, que llenaron de cuadros técnicos, profesionales y capas medias, de modo que acabaron copando más de tres cuartas partes de la dirección del Partido. Verificando la lista de los miembros del Comité Central publicada en *Treball* después del Quinto Congreso, puede comprobarse que los miembros de clase obrera, aquellos que vendían su fuerza física en el mercado laboral, se redujeron a menos del veinticinco por ciento. La dirección del PSUC, partido de la clase obrera, era una dirección con la clase obrera en minoría. La mayoría la conformaban intelectuales, sobre todo, cuadros de clase media y asalariados de cuello blanco. Significativamente, una de las «acusaciones» más usuales de los eurocomunistas a cualquiera que llevara a cabo intervenciones con carácter de clase, era la de *obrerista*. ¡En un partido obrero! Hechos.

A veces, José Luis López Bulla y otros *euros* criticaban a miembros del Comité Central que leían la versión castellana de *Tiempos Nuevos*, una revista de la extinta URSS de tipo

informativo, más que ideológico. Yo decidí hacer una prueba y no falló: durante meses, en cada ocasión que acudía al Comité Central llevaba y leía ostensiblemente la revista estadounidense *Selecciones del Reader's Digest*. Nunca nadie me dijo nada y comprobé que una revista soviética causaba quejas mientras no lo hacía una gringa. El caso es que los muy «demócratas» *euros* siempre actuaron al más puro estilo de aquello que atribuían a Stalin, incluso mejorándolo. El KGB no lo hubiera hecho mejor. Comparado con los *euros*, parecía Santa Teresa de Jesús. Véase lo ocurrido en los últimos años en CCOO, con la expulsión generalizada de marxistas, no importa su tendencia. Son sus alumnos aventajados.

Y qué decir sobre el señor Santiago Carrillo Solares. Ha sido el único secretario general que ha pisado Estados Unidos en más de cien años de comunismo. Como tal, no como presidente o primer ministro de un país. Fue maravillosamente acogido y dio varias conferencias en diversas universidades, pero después de él ningún otro secretario general comunista volvió a pisar los Estados Unidos. Y allí mismo, en la capital del Imperio, en las entrañas del tiburón, renunció al leninismo, a la bandera republicana y acató la monarquía. Su obligación era haberlo planteado aquí y en un congreso extraordinario, pero no lo hizo, tiró por la vía de los hechos. Es legítimo preguntarse quién más lo sabía en el Partido, quiénes fueron sus cómplices y cuál fue el precio a pagar. ¿El hundimiento del PCE y el PSUC?

Pero ya que hablamos de Carrillo, hagámoslo también del Décimo Congreso del PCE y de su manipulación. En ese congreso Paco Frutos tenía el mandato del Comité Central del PSUC de defender los principios del leninismo, cosa que hizo muy bien, pero concluyó con un extraño colofón que no se había discutido en las reuniones previas. Los últimos minutos no fueron consensuados, se fue por los cerros de Úbeda, y la mayoría de los presentes, sobre todo los de las dos delegaciones más importantes, Andalucía y Catalunya, se levan-

taron a aplaudir. Santiago Carrillo, sin embargo, no lo hacía, mantenía visiblemente sus manos entrelazadas bajo la barbilla sosteniendo la cabeza y luego las bajó y las escondió bajo la mesa. Inmediatamente, muchos delegados, demasiados, dando una desgraciada muestra de su «consistencia ideológica», dejaron de aplaudir y se sentaron. A continuación, intervino Simón Sánchez Montero para atacar el leninismo y cuando terminó, el señor Santiago Carrillo Solares se levantó y se puso a aplaudir fervorosamente, a lo que muchos siguieron, incluidos no pocos de los que habían empezado aplaudiendo a Paco Frutos. Consistencia ideológica, fe ciega en el dirigente, el secretario general como guía. Curiosamente, dos o tres semanas antes del Décimo Congreso del PCE, la editorial Gaya Ciencia había publicado un librito de setenta y siete páginas con el título *¿Qué es el comunismo?* en que Simón Sánchez Montero hacía una defensa sin fisuras del leninismo. *Cosas verades, amigo Sancho,* decía Don Quijote... Una vez hubo terminado la primera parte del congreso, nos distribuimos por grupos de trabajo o ponencias y a mí, por mis tareas en el PSUC, me correspondió participar en la comisión internacional, así que pude contemplar una intervención de Vázquez Montalbán que nunca olvidaré. Santiago Carrillo presidía la comisión y en su intervención dijo que el Partido estaba lleno de incompetentes, a lo que Manolo, que había pedido la palabra, replicó: «Si el Partido está lleno de incompetentes será porque su secretario general es un incompetente». A Carrillo se le subieron al rostro todos los colores del arco iris. De haber tenido ese poder, seguramente en aquel momento habría fulminado a Vázquez Montalbán.

El señor Jordi Solé Tura hizo viajes representando al PSUC donde quiso y sin dar nunca explicaciones. Desde que el anterior titular se marchó a trabajar a Mallorca, yo era el responsable de internacional y se las pedí, pero él siempre se negó a darlas, de modo que nunca se supo de qué caja salía el dinero de sus viajes. Por lo menos puedo asegurar que no sa-

lía de la comisión internacional. Sí recuerdo un viaje «oficial» que realizó a Nicaragua, sobre todo por el comentario que hizo, que nunca olvidaré: «Ahora que los guerrilleros sandinistas ya han derrotado a Somoza, deberían dejar gobernar a los técnicos e intelectuales». A mí me cabreó mucho y le dije: «¡Que los técnicos e intelectuales se hubieran internado en la selva y se hubieran incorporado a las guerrillas!». Tiempo después, en los días del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 del teniente coronel Antonio Tejero, el señor Jordi Solé Tura y el general Alfonso Armada tuvieron un encuentro en Lleida. La noticia se publicó un día y no en toda la prensa (si no recuerdo mal se publicó en *El Periódico*). La pregunta obvia que surge es de qué hablaron. ¿O es que únicamente tomaron café y hablaron del tiempo? Son este tipo de hechos los que hacen que uno desconfíe de alguien, y sobre todo los que demuestran la distancia que nos separaba a unos de otros.

Poco tiempo después, para reorientar su derrota en el Quinto Congreso, los *euros* forzaron una asamblea en las Cotxeres de Sants, durante la cual estaba prevista una intervención del cónsul de Cuba. Pues bien, justo en el momento en el que iniciaba su intervención, al señor Jordi Borja le surgió un «imprevisto» y tuvo que salir de la sala; y no fue hasta que la terminó que casualmente el señor Jordi Borja volvió a la misma. El imprevisto había durado exactamente el mismo tiempo que la intervención del cónsul.

¿Y qué se ha hecho del eurocomunismo y de los *euros*, que se decían más revolucionarios que nosotros por su proveniencia de Bandera Roja, una vez destruidos desde dentro el PCE y el PSUC? ¿Dónde están en la actualidad todos aquellos dirigentes del eurocomunismo? ¿Dónde militan? Y si no militan. ¿De qué viven? ¿En qué organismos oficiales o de la administración están encuadrados? Muchos de ellos son cuadros de partidos no marxistas, y en CCOO se dedican, entre otras cosas, a expulsar a todos los marxistas que pueden. Y para hacerlo no necesitan muchos argumentos, basta que haya al-

guna discrepancia. Cuantas preguntas de difícil respuesta. En todo caso, yo las tengo de Badalona. El señor Emili Muñoz es concejal «independiente» en Tiana o Montgat, el señor Pere Ruzafa es funcionario y está en el PSC, el señor Enric Juliana es subdirector de *La Vanguardia* después de haber ejercido como su corresponsal en varios países, y del señor Arturo Pousa sé que militó en el PSC, pero luego le perdí la pista.

A propósito de los eurocomunistas de Badalona, tengo otra anécdota que muestra el diferente carácter entre los *euros* y nosotros. Cuando fue la primera Festa del Treball en Montjuïc, Barcelona, ninguno de los dirigentes de Badalona, ni nadie de lo que sería nuestra clase «media» local, ni tampoco obreros en el sentido estricto de la palabra, participaron en el montaje de nuestro *stand*. Pero lo que ya fue insultante es su actitud durante el desmontaje: ahí estábamos un grupo de militantes no eurocomunistas de Badalona desmontando, mientras ellos permanecían a escasos metros sentados y sirviéndose bebidas, al mismo tiempo que nos miraban, gesticulaban y se reían. Ante tal burla y mezquindad, quienes estábamos desmontando abandonamos enojadísimos nuestras tareas y nos fuimos, dejándolo todo tal cual. Ignoro cómo terminó aquel desmontaje, pero dudo que los *euros* nos suplieran. Hechos.

Hace décadas la construcción de la autopista C-32 partió físicamente la ya dividida ciudad de Badalona. A un lado de la autopista, en el centro de Badalona, quedaron las clases y capas medias, la intelectualidad y el funcionariado, y al otro lado la clase obrera y el proletariado en general. La práctica totalidad de los eurocomunistas de Badalona vivían en el centro de la ciudad. Su militancia clandestina fue tan clandestina que nadie los conocía ni se supo que se la jugasen alguna vez... Sería interesante hacer un estudio-encuesta sobre la evolución de los exdirigentes eurocomunistas, desde antes hasta después de su paso por el PSUC. Destruido el PSUC, los más supuestamente revolucionarios de Bandera Roja como

máximo se convirtieron en socialdemócratas, siempre fieles anticomunistas. Al PSUC ingresaron por la izquierda y salieron por la derecha.

Los países socialistas tenían sus problemas, naturalmente. Como los tenían y los siguen teniendo el cristianismo o la burguesía, por poner un ejemplo. Pero los eurocomunistas utilizaron tales problemas como caballo de Troya, no para recuperar las esencias del marxismo, sino para hundir el PCE/PSUC en España y los respectivos partidos comunistas en Francia e Italia. Políticamente, una vez expulsada la izquierda del PSUC, los *euros* no dejaron de evolucionar... hacia la derecha. Sindicalmente, rindieron banderas al sistema.

Gracias al señor Emili Muñoz, *euro* de pro, disponemos de otra anécdota, otro detalle sobre la forma de ser de los *euros*. Se trata de su actitud respecto de una nota del tablón de anuncios del local del PSUC. En la nota se solicitaba ayuda para unos camaradas de Murcia o de Jaén que al regresar de la fiesta del *Mundo Obrero* en Madrid habían tenido un accidente, con el resultado de algunos muertos. Pues bien, Emili arrancó la nota alegando que el Partido no era «una organización benéfica ni las hermanitas de los pobres». Textualmente. ¿Qué entendería Emili por solidaridad de clase? En la primera reunión que tuvo lugar en el Comité Central del PSUC solicité a los presentes, algo más de un centenar, incluidos los *euros*, solidaridad para con los accidentados de *Mundo Obrero*. Logré recaudar únicamente quinientas pesetas. Yo aporté cincuenta. Los *euros* a los que ya nos hemos referido, que se sentaban en la penúltima fila, la anterior a la mía, la práctica totalidad de los cuales pertenecían al Comité Central, no hicieron ninguna aportación. Ninguna. Hechos.

Cuando en julio de 1981 regresaba la delegación catalana del Décimo Congreso del PCE en Madrid, un conocido dirigente *euro* de Girona, creo que llamado Carles Causa, enfermó súbitamente. El autocar iba ya por la provincia de Aragón cuando enfermó y los no *euros* rápidamente le aten-

dimos. Algunos planteamos acompañarle y quedarnos junto a él en Calatayud. Sin embargo, ningún euro se molestó siquiera en ofrecerse a ayudar. Así eran, incluso cuando se trataba de sus propios compañeros. Como responsable de la solidaridad dentro del Comité Central y en la comisión internacional, tuve que llevar a cabo varias colectas, y nunca vi a ninguno de ellos abrir la cartera ni rascarse el bolsillo. A los eurocomunistas siempre les preocupó más el *euro* (y lo que representa: el poder, la fama, el reconocimiento público, etc.) que el *comunismo*. Su deriva y hechos posteriores así lo han demostrado.

Breves biografías

He aquí unas biografías breves de políticos profesionales, de algunos de los más esforzados inquisidores, de aquellos que más se esforzaron por expulsar a antiguos luchadores de la clandestinidad, en particular obreros. De hecho, clandestinidad y obrerismo era sinónimo durante la dictadura, aunque también hubiese técnicos, profesionales e intelectuales; porque los hubo, pero menos de los que nos hubiera gustado.

Ramón Espasa i Oliver. Se inició en el PSUC y evolucionó hacia el eurocomunismo. Cuando fueron convocadas las primeras elecciones después del franquismo, en 1977, fue consejero de sanidad de la Generalitat. Luego fue diputado en el Parlament y en el Congreso por el PSUC/ENE. Finalmente fue senador por PSOE/PSC.

Rafael Ribó i Massó. Nunca destacó como eurocomunista. Teóricamente fue neutral, pero honestamente cabe preguntarse si podía serlo. Los eurocomunistas le apoyaron para sustituir a Paco Frutos. Asumió la disolución del PSUC (congelando la matriz, de modo que nadie pudiese reclamarse continuador/a) y el nacimiento de Iniciativa per Catalunya-

-Verds (ICV). Al reaparecer el Partit dels Comunistes de Catalunya se planteó una alianza entre ambas organizaciones con un turnismo bianual de sus presidentes, pero empezó Rafael Ribó y se negó a hacer el traspaso a Juan Ramos cuando llegó el momento, con lo que la alianza se disolvió. Fue diputado en el Congreso y en el Parlament. Actualmente es el Síndic de Greuges de Catalunya.

Josep Piqué i Camps. También originario de Bandera Roja, fue un verdadero martillo de herejes de los comunistas. Acabó en el PP de Catalunya, del que llegó a ser presidente. Fue ministro de industria y asuntos exteriores con Aznar, desde donde destacó apoyando a la oposición venezolana contra Hugo Chávez. Luego fue presidente de Vueling y consejero de OHL.

Veamos ahora la evolución político-laboral de los cinco personajes que se sentaban en la penúltima fila del Comité Central.

Jordi Solé Tura. Participó en la redacción de la constitución de 1978, fue uno de sus seis *padres*. Ya en el PSOE, fue ministro de cultura con Felipe González. Al parecer, y según publicó algún periódico aquellos días (*El Periódico*, tal vez), días antes del 23-F mantuvo una entrevista con el general Armada. Líder indiscutible de los eurocomunistas.

Jordi Borja Sebastià. En la clandestinidad militó en el PSUC, se exilió y posteriormente militó en Bandera Roja, para más tarde regresar al PSUC. Ha trabajado en varios países, sobre todo en America Latina. Es director de Jordi Borja Urban Tecnology Consulting S.L. y ha sido presidente del Observatori DESC (Drets econòmics, socials i culturals).

Teresa Eulàlia Calzada Isern. Provenía de Bandera Roja, fue diputada en el Parlament por el PSUC y luego se pasó al PSC. Fue directora del Institut de Ciències de l'Educació de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) y luego secretaria del Consell Escolar Municipal de Barcelona bajo el gobierno de Joan Clos. Compañera de Jordi Solé Tura.

Eulalia (Laly) Vintró Castells. Empezó militando en Bandera Roja y estando aun en la clandestinidad ingresó en el PSUC. Posteriormente pasó a militar en ICV, llegando a ser teniente de alcalde de Benestar Social con Pasqual Maragall. En ocasiones participa en tertulias de TV3 y en 8tv con Josep Cuní.

Carles Navales Turnos. Fue un importante dirigente de CCOO en el Baix Llobregat. Militó en Bandera Roja y posteriormente ingresó junto con un grupo grande de personas en el PSUC. Partidario de la unidad con UGT acabó militando en el PSC.

Mi posición

Me he despachado mucho sobre el eurocomunismo y los *euros* porque hicieron mucho daño al comunismo en general, al PCE, y en particular al PSUC. Todavía padecemos y arrastramos su destructora victoria. Entre los años 1978 y 1982 batí el récord de *pisar* el Partido, superando al propio Guti en visitas a células, lo cual me permitió palpar en primera persona el sentir del Partido en su conjunto. Por eso puedo afirmar que en su enorme mayoría el Partido no era *euro*: cuando visitaba células me quedaba charlando con quienes no tenían prisa después de las reuniones formales y pude comprobar que la mayoría soportaba a los *euros* por evitar la ruptura del Partido, algo que a estos últimos nunca les importó, como demostraron los hechos posteriores, no solo en el Quinto Congreso. Y por eso cabe preguntarse por qué los *euros* se llevaron el gato al agua. Yo no tengo ninguna duda: porque eran muy vivos, tramposos, carecían de escrúpulos y eran consumados maestros en el arte de mentir, tergiversar, maniobrar y manipular.

Creo que nunca fui sectario. Siempre he sido dialécticamente marxista y leninista (con guion o sin), en el más

amplio sentido de la palabra. Heráclito de Éfeso afirmó que «no puedes bañarte dos veces en las aguas del mismo río», es decir que nada es siempre igual, sino que todo es cambiante, dialéctico. Valga como ejemplo que mi compañera me regaló en los años 80 un libro de Lenin sobre la Nueva Economía Soviética (NEP) y le pedí que me lo cambiara por otro, cosa que hizo. Le extrañó y le comenté que no hacía una tesis doctoral sobre Lenin, que España y la URSS no tenían nada en común geográfica ni territorial ni climatológicamente, ni en los años 1920 ni en ese momento histórico (años 1980), pero que sí me importaba lo que podría decir Lenin sobre España en caso de estar vivo.

Yo siempre he intentado mantener buenas relaciones y escuchar lo que tienen que decir mis excamaradas y toda persona marxista en general. Si releemos los números de la época de clandestinidad de *Mundo Obrero* y *Treball* podemos comprobar que la razón la teníamos nosotros, gracias a los análisis científicos que hacíamos. Espero que dentro de unos años nadie me diga que mis análisis y posicionamientos estaban equivocados. Nunca afirmaré que solo yo poseo la verdad y que los demás son revisionistas u ortodoxos. Solo así tal vez podremos coincidir más adelante. Pero a quien no tengo el menor interés de escuchar es a aquellos que evolucionaron hacia la derecha del marxismo y acabaron atacándolo.

Termino con cinco preguntas: ¿Cómo es posible que la práctica totalidad de quienes llevaron a cabo las expulsiones no hubieran militado activamente en el PSUC en tiempos de peligros y amarguras? ¿Cómo es posible que la práctica totalidad de quienes fueron expulsados o abandonamos el Partido viviésemos la amargura de la represión, las cárceles, las torturas y las dificultades familiares y laborales? ¿Cómo es posible que la práctica totalidad de quienes llevaron a cabo las expulsiones acabaran militando en organizaciones políticas antimarxistas (el resto volvieron a sus rentables profesiones)? ¿Acaso alguna vez fueron comunistas, o siquiera marxistas?

¿O fue el PSUC una oportuna rampa de lanzamiento a sus carreras políticas y laborales?

Una vez dueños del PSUC, los *euros* no pararon de expulsar a todos aquellos que no compartían sus ideas ni sus métodos. Y lo mismo han hecho en CCOO, sindicato al que se han ido infiltrando paulatinamente hasta ocupar la dirección y del que han ido expulsando a todos los marxistas. «La mejor forma de decir es hacer», decía José Martí. ¿Qué importan los discursos y la ideología si los hechos no acompañan?

¿Cómo y por qué me fui del PSUC?

Con el enfrentamiento en plena efervescencia, coincidí con Paco Frutos, por entonces secretario general del PSUC, en un acto del Col·legi d'Aparelladors i Arquitectes Tècnics de Catalunya. Ya se empezaba a hablar de posibles expulsiones, así que aproveche la ocasión para pedirle que no expulsase a nadie, que mantuviese el Partido unido, pasase lo que pasase, pronosticando que, si echaba a alguien, los vencedores echarían al resto. Era evidente que mi advertencia iba por los *euros*. La izquierda del Partido tuvo ocasión de hacerlo al ganar el congreso, pero no lo hizo. Sin embargo, sí lo hicieron los *euros* cuando le dieron la vuelta al Quinto Congreso por medio de un congreso extraordinario y expulsaron a gran parte de los obreros que habían luchado duramente contra el franquismo en la clandestinidad.

En una ocasión conocí a un camarada que había participado en la Guerra Civil española combatiendo a los amotinados. Se llamaba Pedro Mateo Merino y era de origen campesino. Durante la guerra escaló en la jerarquía militar y en la retirada llegó a la Unión Soviética, donde participó en la guerra patria contra el nazismo alemán y alcanzó la graduación de teniente-coronel como oficial de artillería. Por su

condición de hispanohablante, aceptó trasladarse a Cuba tras la victoria de la revolución para ayudar a la formación de su nuevo ejército. Durante su exilio no usó su nombre real, sino el de un combatiente republicano muerto en combate, cuyo nombre no recuerdo. Cuando el régimen decretó el indulto para quienes lucharon en la Guerra Civil por la república, él decidió trasladarse de nuevo a España. Para hacerlo pasó por París y en la embajada pidió su pasaporte con el nombre oficial con el que había vivido desde su llegada a la URSS. Según me contó, fue el embajador en persona quien se lo entregó, reconociendo su rango y nombre real, con estas palabras: «General Pedro Mateo Merino, aquí tiene su pasaporte». Naturalmente, ya en España consideró que no había razón para ocultar su verdadera identidad y la recuperó.

En mi primera visita a su domicilio, situado en la acera de Hospitalet de la calle Riera Blanca, observé que tenía en una librería una obra de entre ocho y doce volúmenes, todos iguales y escritos en cirílico. Al verla pensé que era una enciclopedia, pero resulta que eran las obras completas de Lenin. Ello me hizo pensar. Los eurocomunistas realmente me habían hecho dudar con sus planteamientos, y me di cuenta de que era un ignorante en leninismo, así que gracias a esa visita me animé a formarme un poco en ese campo y acabé por enviar una carta a *Treball* llamando al Partido a un estudio amplio y colectivo de las obras del líder ruso antes de tomar decisiones orgánicas e ideológicas importantes.

Mi conclusión era que el diagnóstico de la enfermedad en la construcción del socialismo en los países del Este era correcto, pero no el tratamiento aplicado. Yo estaba convencido de que había que recuperar el leninismo y llevar a cabo una revolución en la revolución. Había que volver a los orígenes. La revolución socialista soviética los estaba perdiendo, o ya los había perdido del todo. Había que reiniciar la revolución en sus conceptos organizativos, humanos y «soviéticos», había que volver a los principios colectivos de 1917-1923,

pensando en los trabajadores más allá del Partido. Había que «reandar» lo andado.

Entre el día de mi conversación con Paco y la reunión en el Comité Central que narro a continuación, hubo numerosas expulsiones, casi todas ellas de obreros que habían luchado y corrido riesgos, gente que había sido torturada y había pasado años en la cárcel. No es que tuviesen muchos escrúpulos los *euros*, precisamente. Pocos días después tuvo lugar una reunión en el Comité Central presidida por el señor Santiago Carrillo. En su intervención, Paco hizo alusión a las reuniones faccionales de unos y otros, instante en el que el señor Carrillo le interrumpió y le dijo: «No, Paco, no. Corrige ese párrafo. Debes modificarlo. Unas reuniones eran de facciones que querían destruir el Partido, las otras eran reuniones irregulares para salvarlo». Yo estaba sentado en una esquina de la sala de reuniones, junto a Luis Salvadores, que días después también abandonaría voluntariamente el PSUC. Paco Frutos recogió la modificación y acto seguido me levanté, crucé toda la sala y mientras le decía «Paco, ya has jodido el Partido» deposité mi carné de militante sobre el atril y salí del edificio. Nunca más lo volví a pisar.

Luis Salvadores y yo fuimos los únicos en no ser expulsados: nos marchamos voluntariamente para integrarnos al recuperado Partit del Comunistes de Catalunya (PCC). En un momento determinado la cuestión era dónde militar, adónde ir tras la salida del PSUC. Yo estaba de acuerdo en el diagnóstico de los *euros* sobre las carencias del Partido, pero estaba en absoluto desacuerdo con las soluciones que proponían. Era como si a un enfermo de resfriado le plantearan un trasplante de corazón. La solución a los problemas (del comunismo) no podían pasar por acabar con el comunismo, sino por cómo recuperarlo y profundizar en él. Así pues, la cuestión era dónde estaban mis amigos, mis compañeros y camaradas de lucha antifascista y antifranquista y de cuya honestidad no tenía ninguna duda. Allí donde estaban es donde me fui, al

PCC. Una de las frases preferidas de los *euros* era: «Ahora no hay que pasar facturas». Los expulsados, fieles al marxismo, no cobraron ni una, simplemente fueron expulsados. Los *euros,* en cambio, se cobraron todas las que ni siquiera eran suyas, porque carecían de propias.

Y de los dirigentes eurocomunistas. ¿Qué se hizo? Es evidente que los *euros* nunca fueron comunistas. Sus militancias políticas posteriores así lo demuestran. Hoy en día ninguno de ellos milita en partidos comunistas, ni tan siquiera marxistas. En realidad, nunca intentaron ni «sanear» ni «recuperar» nada, porque su objetivo era hundir el Partido. Una vez lo lograron, practicaron el transfuguismo hacia organizaciones anticomunistas. Su mayor éxito fue lograr lo que la dictadura fascista de Franco no logró en cuarenta años de represión, hundir a un PCE y UN PSUC políticamente victoriosos ante el franquismo y fuertes e influyentes a su término y al inicio de la transición. ¿O deberíamos decir transacción? Cabe preguntarse si la voladura del PSUC (y del PCE) era un proyecto que venía de largo... Años después, militantes veteranos y gentes nuevas han intentado recuperar el PSUC.

Y la vida sigue...

Contra lo OTAN, 1986

En el PCC también me incorporé a la comisión internacional —concretamente a la comisión de solidaridad, que estaba integrada en la de internacional— y a la de paz y desarme. Quizás por influencia paternal, es un tema que siempre me interesó.

El PSOE se vio en el compromiso de llevar a cabo un referéndum, siendo dueño de la baraja y con las cartas marcadas. Prácticamente monopolizó todos los medios de información, sobre todo Televisión Española, que por aquel entonces era la única que cubría todo el territorio del Estado. De la prensa monopolizó *El País*, el resto de la prensa de derechas le dejaba hacer o colaboraba en la propaganda esporádicamente.

En Badalona constituimos un grupo llamado Comitè pel Desarmament i la Pau, que se reunía en el bar Izaskun de la calle Sant Joaquim y estaba integrado por Matías González García, que era anarquista, Antoni Barberà Molina, del PSUC, Miguel Estruch i Traité, Josep Gual i Lloveres, Joan Rico Márquez, Joan Guerrero y Benet Garriga. Personalmente, durante todo el período de campaña del referéndum escribí artículos en *Avant*, órgano del PCC, *Realitat*, revista ideológica también del PCC, *La Revista de Badalona* y *La Hoja del Lunes*. También participé en múltiples conferencias en varias localidades. En algunas coincidí con Heribert Barrera y Fernando Sagaseta,

y en más de una con Antonio Álvarez Solís. En otros actos no participé personalmente, pero contribuí a ellos desde la estructura del Partido. En honor a la verdad, hay que decir que algunos sectores de la izquierda del PSC hicieron campaña contra la OTAN. Lo sé porque coincidí con ellos en dos o tres actos, por ejemplo con Santesmases. Lo demuestra también la existencia de carteles unitarios de gran formato de manifestaciones en que el PSOE-PSC aparecía con un gran «No a la OTAN». Aún poseo alguno. Pero poco tiempo después acabaron diciendo sí a la OTAN y nos introdujeron en ella. Como cuando acabaron apoyando la investidura de Mariano Rajoy como presidente del gobierno, en noviembre de 2016. Siempre es «por el bien de España», con giros de ciento ochenta grados que parecen carecer de importancia ética. Pese a que el Estado-PSOE controlaba la práctica totalidad de los medios, en Catalunya perdió el referéndum.

Años después, aproximadamente en 1990, tuvo lugar una reunión secreta y restringida de miembros de la OTAN a la que fuimos invitados varios miembros de la sociedad civil conocedores de la materia, entre ellos Rafael Grasa, Pere Vilanova y yo. El encuentro era en el Centre d'Investigació i Documentació Internacionals a Barcelona (CIDOB) de la calle Elisabets. Los de *dentro* querían conocer la opinión de los de *fuera*. En aquella reunión participaban el entonces ministro de defensa, Narcís Serra, y varios altos mandos militares de distintos países. Que la reunión era entre secreta y restringida lo confirmaba el hecho de que los medios de comunicación, que se habían enterado de la reunión y acudieron, fueran amablemente expulsados y que se les «recomendase» no hablar de la reunión. En este punto se hace necesaria una aclaración. En aquellos era muy coreada la consigna «Ni OTAN ni Pacto de Varsovia». Luego, desaparecido el Pacto de Varsovia, muchos de los dirigentes de aquellas campañas se desmovilizaron, haciendo como si la OTAN no continuase existiendo. Parecían olvidarse de que seguía existiendo,

se volvía cada vez más agresiva y llevaba mucho más allá del territorio europeo —para el que teóricamente había nacido la OTAN— el imperialismo expansionista de los jinetes del Apocalipsis, la muerte, el hambre y las enfermedades. Cuanta desmemoria...

L'Associació Catalana d'Amics del Poble Saharaui

En 1977 se fundó la ACAPS. Entre sus primeros integrantes se encontraban Ana Gaspar, Rosa Viñoles, Sisteré, Rosa Baraibar, Eduard Pons Prades (escritor e historiador anarquista), Amalia Santos, Ana Puig Alonso y Rosa Farrés. La mayoría eran mujeres muy activas. Nuestros esfuerzos se vieron recompensados y en julio de 1979, con la ayuda del Socours Populaire Français (SPF) y el sindicato italiano CGIL, logramos recibir a la primera expedición de niños saharauis. Por parte de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), la expedición la encabezaban Abbas Moyán y Bachir Salec. Teníamos pensado llevarlos a alguna colonia de la desaparecida Falange Española, en concreto a una de Arenys de Mar, supuestamente muy bien equipada, de la que nos habían hablado. Sin embargo, todo estaba destruido. Llegamos que casi había anochecido y nos encontramos con que las literas estaban todas rotas, las paredes sucias, los cables y las tuberías arrancados, no había luz ni agua, había basura por todas partes... Lo habían destruido todo para que no llegara entero a los nuevos gobiernos. Y ahí estábamos, a esas horas, atrapados con una treintena de niños y niñas saharauis.

Enseguida nos movilizamos todos, activamos nuestros contactos, llamamos a varios lugares, oficiales y no oficiales, y de repente nos hicieron un ofrecimiento impresionante: el dueño del Hotel Carlos V nos ofrecía gratuitamente toda una planta de su hotel durante todo el tiempo que los niños

permanecieran en Catalunya, que no eran menos de tres semanas. Los trataron extraordinariamente bien en el hotel. Algunos voluntarios acompañábamos a los niños a todo tipo de salidas y recepciones, siempre bajo las instrucciones y recomendaciones de los monitores Bachir Salec y Abbas Moyán. Las muestras de solidaridad fueron cuantiosas y magníficas, desde las instituciones y alcaldías más humildes hasta la Generalitat y el Ajuntament de Barcelona. Las actividades también eran muchas, por eso hubo que dividir a los niños por grupos para atenderlas. En otros casos, simplemente se renunció a ellas, no por carecer de importancia o entidad sino para que los niños tuvieran tiempo de ser niños, de jugar. Fue un éxito y una experiencia maravillosa.

La democracia impuso legalizaciones de facto y, después de diez años de funcionamiento, el 5 de marzo de 1987 se creaba oficialmente la asociación ACAPS, en cuya estructura permanecí varios años y con la que sigo manteniendo relación. En 1993, ACAPS envió desde Barcelona una caravana de ayuda a los campos de refugiados, compuesta por varios vehículos cargados de libros, medicinas, ropas, etc., pero dos de ellos, una ambulancia y un autobús, no llegaron a tiempo para el embarque. Días después supimos de otra caravana que salía del País Vasco y se dirigía al Sahara, embarcando en Alicante así que cuatro o cinco personas nos trasladamos con los dos vehículos a aquella ciudad para unirnos a ella. Junto a la caravana principal, mucho más numerosa en personas, vehículos y material, íbamos nosotros. Tras el desembarco en Orán, parte de las personas que habíamos partido desde Barcelona regresó y desde Orán a los campamentos únicamente dos, uno mismo y María José Bernete, compañera de Felipe Moreno Martín, recorrimos el Sahara por Argelia y paralelamente a Marruecos hasta Tinduf, la capital en el exilio de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), en la Hamada argelina. En la RASD permanecimos cinco días y fue una de las experiencias más impactantes en la lucha y dignidad

de un pueblo que he vivido. Su lucha por recuperar sus territorios y destino continúa hasta hoy, desde aquella traición del franquismo, que los vendió como ganado al país ocupante, Marruecos.

Pero no todo fue hermoso en la asociación, por desgracia. Y no se debió a los saharauis, ni mucho menos, sino a desacuerdos entre nosotros. Pronto se incorporó a la asociación, ya legalizada, el señor Fermí Vallvé, que disponía de mucho tiempo para dedicar a la asociación, por lo que pronto se convirtió en su mayor protagonista. Nadie como él disponía de tanto tiempo. Él lo controlaba todo, incluidas las finanzas. Él iba y venía todo el rato, resolvía problemas burocráticos, era la persona más activa, por lo que pronto fue nombrado secretario de la asociación. Periódicamente se llevaban a efecto las obligadas renovaciones de cargos y en una de ellas se incorporó Felipe Moreno Martín como tesorero. Felipe es un lince, una persona perspicaz, y al cabo de algún tiempo descubrió dos cosas importantes. Una, que el señor Fermí había realizado algunos desplazamientos a Marruecos a espaldas de la asociación. Otra, que las cuentas no cuadraban. De común acuerdo con Ana Gaspar, sin explicar el motivo y convocando a otras personas, organizaron una reunión extraordinaria en el domicilio de ella. De improviso y ante todos los presentes le preguntó por sus viajes a Marruecos. El señor Fermí en principio lo negó todo, pero Felipe aportó evidencias, con lo que Fermí tuvo que aducir que se trataba de viajes de trabajo y ocio. Enojado y descubierto en su mentira, afirmaba que no tenía que dar explicaciones a nadie. Pero entonces Felipe puso sobre la mesa el otro problema: había estudiado las cuentas recibidas y fallaban más de tres millones de pesetas, más de dieciocho mil euros actuales. Entre los años 1989 y 1991, era mucho dinero. Acorralado por los datos y las cuentas de Felipe, tuvo que confesar que le había entregado un millón de pesetas a uno de los grupos integrantes del Frente Polisario, el que —salvando las distancias— representaba a la

pequeña y mediana burguesía saharaui, quienes, aunque lógicamente temían ser engullidos por los marroquíes, eran los más proclives a pactar con Marruecos. Por supuesto, alta burguesía saharaui no existía, ni antes ni ahora. La reunión duró cuatro o cinco horas y nunca pudo aclarar qué se había hecho del resto del dinero, unos dos millones de pesetas.

Del señor Fermí nunca más supimos, hasta que un día organizamos una concentración ante el consulado de Marruecos junto a varios compañeros saharauis. Ahí estaba el señor Fermí, unos metros más allá de la concentración, con tres personajes que a ojos vista no eran saharauis. Yo me dirigí a él y le espeté: «¿Qué, acompañando policías marroquíes para señalar quien es quien aquí?». Se puso amarillo, balbuceó que estaba ahí con unos amigos y se marcharon. Es asombroso lo bajo que se puede caer cuando se decide colaborar con el enemigo. Había llegado a lo más bajo, a confidente y chivato. Gracias a la representatividad de la asociación, el señor Fermí pudo gozar de las más variadas relaciones y la Generalitat le dio empleo. Casualmente, estuvo trabajando en unas oficinas de la carretera de Sants en el mismo edificio que había sido la comisaría en que me tuvieron aislado en mi primera detención en 1961.

Mención honorífica

En febrero de 1989, el Ayuntamiento de Badalona me hizo entrega de una mención honorífica como sindicalista militante de CCOO. Me entregó una insignia de solapa y un diploma en el que se me reconocía «l'aportació al desemvolupament social, econòmic i tecnològic de Badalona i la seva projecció exterior». En 1990 volví a mi cargo sindical en el ramo del metal en Sant Adrià de Besòs.

De cine

A finales de 1994 Ken Loach rodaba en Barcelona algunas escenas de su película *Tierra y Libertad.* Debía ser el mes de abril de 1995 cuando en el cine Floridablanca, que por entonces era una sala única, se llevó a cabo un pase previo al estreno público al que fueron invitados críticos cinematográficos, gente relacionada con el cine, amigos, etc. y algunos de los que participamos como extras. Mi aparición figura en los créditos, pero es poco visible en el propio filme. Cuando llegué a la sala, bastante puntual, la última fila la ocupaba un grupo de unos quince o veinte jóvenes con estética oscura, cabelleras multicolores, rastas y piercings en labios, orejas y narices. Armaban bastante bulla. En un momento determinado, una persona fue a buscarlos y los sentó en la primera fila, y ya con el film empezado, cada vez que aparecían trotskistas o anarquistas y sus banderas e himnos, el grupo arrancaba en sonoros vivas y aplausos, mientras que cuando lo hacían comunistas todo eran silbidos, broncas y pataleos. Se sabe de las simpatías de Ken Loach con los trotskistas británicos, pero cuesta creer que el fuera partícipe de tal barbaridad...

La excedecia de ENASA-Pegaso

En 1998 la empresa ya no pertenecía a Ernesto Fleck. Tras la mala experiencia con su cuñado el señor Llorens, y temiendo que pudieran darse desavenencias entre sus cinco hijos por la herencia, había decidido vender la empresa y repartir los ingresos entre ellos estando aún vivo. Eso sí, impuso como condición para la venta que su nombre permaneciera como cabecera de la empresa. El caso es que los nuevos propietarios, los Bonomi, una rica familia italiana de entre las más poderosas de Europa, hicieron un ERE en el

que yo estaba incluido. Casualmente, era el único miembro del personal técnico y administrativo de la empresa que pertenecía a CCOO, y posiblemente era el más antiguo incluido en el ERE. Al verme en la calle, decidí tratar de recuperar mi antiguo puesto de trabajo en ENASA-Pegaso. No tenía el menor interés en vivir del paro, así que, ni corto ni perezoso, me presenté en la empresa con una copia del documento de «excedencia indefinida» que —para perderme de vista— me había concedido el departamento de personal en mayo de 1978. Pero no me aceptaron, así que me fui a CCOO. En la puerta estaban Cipri y el abogado Leopoldo Espuny, que por entonces ya no trabajaba en CCOO, pero lo había estado haciendo hasta hacía poco. Le comenté la situación y Leopoldo me dijo que había posibilidades de luchar, así que subí a la sexta planta y se me asignó una abogada, de quien no diré el nombre. Le informé de la situación y le dejé el original de la excedencia, pero pasó el tiempo y no hubo más que silencio. A los seis meses fui a preguntar y me dijo que no se podía hacer nada, que no había ningún precedente. Yo alucinaba. ¿Realmente era necesario que existiera un precedente para defender una causa? Debería ser obvio que los antecedentes existen porque alguien fue el primero. Al final fui a buscar a Leopoldo, que aceptó llevar el caso y ganó la causa.

En el juicio la empresa alegó que no tenía ninguna plaza disponible, excepto la de una señora de la limpieza que tenía una larga enfermedad, estaba embarazada o algo por el estilo; por supuesto, la tarea estaba feminizada. Yo le dije al juez que estaba dispuesto a aceptar aquel puesto de trabajo, y recuerdo que el juez reconoció como encomiable mi disposición a aceptar un puesto de trabajo por debajo de mi categoría con tal de no estar en paro. Pero la empresa se negó a darme tal puesto y a readmitirme, por lo que fue sancionada por despido improcedente y obligada a abonarme el equivalente al período entre mi solicitud de reincorporación y aquel mismo día.

A los veintitrés años, a causa de un ictus, mi hijo Francesc quedó minusválido en más del 80% de su parte derecha del cuerpo. En 2014 acudimos al gabinete jurídico de CCOO, que planteó llevar el caso a la Sala de lo Social del Palau de Justícia, de una forma que no nos pareció la idónea. Aun así, accedimos a lo que nos proponían, y perdimos. Decidí entonces acudir a la abogada Maria Mercè Riera, hija de Joan Riera Marra, que me había dado trabajo cuando salí de prisión en 1962 y había sido mi abogado en los dos juicios con el Tribunal de Orden Público (TOP). También ganó.

En resumen, mis tres experiencias con el gabinete jurídico de CCOO fueron lamentables. En estos tres casos los abogados me defendieron y vencieron en unas causas en las que los de CCOO se mostraron incapaces.

Comienzo a colaborar en CCOO

Estaba claro que con mi historial y con mi edad iba a ser difícil que me admitirían en algún sitio. Pero hacía tiempo que había solicitado la pensión por accidente de trabajo a raíz del que había tenido en ENASA-Pegaso, y en ese período, sorpresivamente, cuando ya nada esperaba, me fue concedida. A partir de ese momento empecé a aburrirme en casa, así que reconsideré una oferta que se me había hecho hacía un tiempo. Nogués, un compañero de profesión y de CCOO, me había tentado a dejar Fleck e incorporarme con él al sindicato a las mismas tareas profesionales, como asesor técnico en la sede de plaza Urquinaona. En ese momento no acepté, porque nunca quise pertenecer a ninguna estructura fije, ni oficial ni oficiosa, pero como decía, en casa me aburría, así que reconsideré la oferta.

Estando ya CCOO en Via Laietana, me dirigí al departamento de organización del trabajo y hablé con Juan Ignacio

Valdivieso, *Valdi*, quien me presentó a Adelino Bonet y a su ayudante Antoni. Ambos trabajaban en SEAT, estaban liberados y eran quienes me daban tareas de tanto en tanto, cuando estaban saturados. Mi colaboración no comportaba ingreso alguno para mí ni coste para CCOO, y así fue durante varios meses, hasta que un día SEAT reclamó a Toni para un puesto con una responsabilidad y un salario superiores. Fue así que Toni dejó su puesto en CCOO y Valdi me sugirió quedarme todo el día y recibir el sueldo de veinticinco mil pesetas que hasta entonces recibía Toni, dietas a parte si es que venía de fuera de Barcelona. Yo no lo había solicitado, pero lo acepté, naturalmente.

Mi jefe directo era Adelino Bonet, una gran persona y un gran profesional. A su lado, todo lo que podía (creía) saber quedaba en nada. Era asombrosa su inteligencia y su capacidad de trabajo. La verdad es que las tareas eran de lo más imprevisible, de modo que tan pronto estábamos saturados y llevándonos tareas a casa como trabajando a medio gas, haciendo las tareas de una persona y media. Unos años después, durante unas fiestas navideñas, sintió fuertes dolores en la espalda y seis meses falleció. Era cáncer. No se encontró a nadie dispuesto a sustituirlo hasta un año y medio o dos después, tiempo que para mí fue terrible, laboralmente hablando. Recuerdo llevarme trabajo a casa los domingos y no hacer vacaciones, hasta que por fin se encontró un sustituto, que casualmente era de ENASA. Era Leopold, *Pold*, Codorniu, con quien también hicimos buen equipo, pero también se jubiló pronto y me volví a quedar solo durante varios meses. Y de nuevo me agoté.

Con la crisis, las reclamaciones bajaron, pues los trabajadores soportaban más injusticias, pero igualmente, de nuevo, había poco trabajo para dos y demasiado para uno. A la vez, en CCOO empezó una fase de ajustes económicos y políticos y en julio de 2012 se me «facilitó» la marcha. No entraré en detalles, solo indicaré que casualmente coincidió con la

citada marginación de los comunistas, de la mano de aquellos que en otros tiempos eran —supuestamente— los más revolucionarios, los *euros*. Es curioso, porque tiempo después, los súper revolucionarios nos acusaban a los comunistas de no negociar nada, de ser intransigentes. Exactamente esto me dijo uno de ellos, de aquellos que durante el franquismo nos acusaba de poco revolucionarios y de pactar con el franquismo, y yo le respondí, medio sarcásticamente: «Yo nunca me he movido, eres tú quien ha contravenido las normas de circulación adelantándome por la derecha. Antes estabas a mi izquierda, ahora estas a mi derecha».

Mis años de colaboración con CCOO han sido laboral y técnicamente muy satisfactorios. A parte de ENASA-Pegaso y Fleck, han sido los más felices de mi vida. Laboralmente, he tocado ramos de la producción que ignoraba, como la hostelería, la construcción, varios subsectores del textil, los plásticos, la industria química, la madera, la industria del mueble, metálico y en madera... Y a nivel técnico he podido conocer de cerca el progreso en las industrias que ha llevado a la aplicación de la informática y a la robotización. La satisfacción personal más grande ha sido poder poner mis conocimientos al servicio de la clase a la que pertenezco, no contra ella, tarea que a menudo me ha llevado a enfrentarme con los técnicos, siempre al servicio de la patronal, a cualquier precio. Se trata de personajes carentes de ética y escrúpulos y dispuestos a explotar al máximo. A menudo eran capaces de prometer éxitos inalcanzables, sobre todo a empresas exteriores que vendían sus servicios, haciendo cualquier cosa para alcanzarlos y justificar sus altos precios, por unos servicios que no pocas veces eran verdaderos timos. De las decenas de técnicos que he conocido, tal vez puedo recordar a cuatro que fuesen buenos y honrados profesionales. Vencer a sus enemigos, ganar sus causas, concienciar a los trabajadores que unidos podían lograr que no se les impusiesen exigencias absurdas, imposibles y mezquina. Ese era mi trabajo, y mi mayor satisfacción,

lograrlo. No era un trabajo jurídico ni únicamente técnico, era un trabajo de asesoramiento y de clase.

Anteriormente ya había colaborado con CCOO. Fue en el invierno de 1984-1985 o 1985-1986, cuando tenían una planta del edificio de Hipercor en la avenida Meridiana, entre la Sagrera y Fabra i Puig. Allí colaboraba en las tareas de formación —creo recordar que es la misma época en la que estaba ahí metido Tomás Chicharro— bajo la dirección de Ángel Rozas y de vez en cuando me tocaba desplazarme a Ripoll y a Vilanova i la Geltrú; recuerdo que era invierno por la impresionante nevada que nos cayó en uno de los desplazamientos a Ripoll.

En julio de 2013 acudí a la sede central de CCOO en la Via Laietana junto a Juan Navarro García, Francisco Liñán Muñoz, Luis Romero Gata, Miguel Guerrero Sánchez, Adrián Risques García, Ramiro Perea, Antonio López Martínez y Martín Martín Rodríguez, veteranos fundadores del sindicato, con la intención de entrevistarnos con el señor Juan Carlos Gallego. Habíamos solicitado una entrevista con él aprovechando que iba a estar allí con ocasión de la inauguración de la Universitat Progressista d'Estiu de Catalunya (UPEC). Queríamos pedirle que recuperara el espíritu de CCOO como sindicato sociopolítico pero con miras al XXI, naturalmente. Pero al final no fue posible, Gallego no llegó a recibirnos. Aparecieron dos personas para impedírnoslo, entre ellas el señor Longares, responsable en esos momentos de afiliación. Nosotros le explicamos nuestra intención, le hicimos ver que éramos fundadores y veteranos de CCOO, y él respondió a la defensiva que también era fundador y que llevaba más de veintisiete años como liberado de CCOO. La cosa se caldeó, se enfrentó a Francisco Liñan y empezó a empujarlo para echarlo de la sede sindical, así que hubo que calmar los ánimos. Longares no debía tener más de cincuenta y cinco años, mientras a Francisco Liñán ya le habían roto un brazo y varias costillas en 1967 por ocupar la sede de la Confederación Nacional de Sindicatos. Una vez más, Gallego hacía oídos sordos, como

un par de meses atrás cuando se le entregaron 1407 firmas de veteranos y fundadores.

¡Y en esas llegaron los iaioflautas!

Colaborar en CCOO había sido para mí importante a nivel personal. Me mantenía ocupado, porque yo no soy persona de casal d'avis, con todos los respetos. Ni sé jugar a las cartas, ni sé jugar al dominó, ni sé bailar, y tampoco siento interés alguno en aprender a hacerlo, con lo que no pinto nada en uno de estos lugares. Por otro lado, vivo en el centro de la ciudad, así que en la asociación de vecinos de mi barrio no hay problemas serios que afrontar. Además, la mayor parte de mi vida militante se ha desarrollado en los barrios obreros periféricos de mi ciudad. No recuerdo haber militado nunca en células o agrupaciones del centro de la ciudad, pues cuando las hubo rara vez estaban activas. Y por razones que ya deben resultar obvias, no soy de sentarme en un banco a hablar de «aquellos (buenos) tiempos». Cuando la gente habla en estos términos, suele referirse a la edad entre los veinte y los cuarenta, como si antes o después no hubiesen vivido. Yo siempre he sido muy respetuoso y disciplinado, y muy posiblemente he sido de quienes menos ha faltado a reuniones. De hecho, desde la legalización he participado en más reuniones que en actividades, pese a que por sí solas no me llenan.

La palabra *iaioflautas* se lo debemos, en parte, a la señora Esperanza Aguirre, la presidenta de la Comunidad de Madrid, que refiriéndose a los jóvenes que en marzo de 2011 ocuparon la Puerta del Sol de Madrid los llamó peyorativamente «perroflautas». En otoño del mismo año, un grupo de personas, incluidas algunas camaradas, tuvieron una brillante idea durante una cena de confraternización que habíamos

organizado. Todas peinaban ya canas, pero tenían futuro. En apoyo al movimiento de las plazas, nos planteamos ocupar la central del Banco de Santander del Passeig de Gràcia, junto a la plaza Catalunya. Cuando pensamos en qué nombre tendría nuestro colectivo, se nos ocurrió que podíamos jugar y darle la vuelta al nombre que Esperanza Aguirre había dado a los manifestantes en Madrid: nuestro nombre sería *Los iaioflautas*. La ocupación no fue posible, porque ya fuera por casualidad o por filtración, en la puerta estaban los Mossos d'Esquadra. El día 27 de octubre lo volvimos a intentar y esta vez lo logramos. En total éramos doce los ocupantes, entre ellos: Celestino Sánchez, *Celes*, Antonia Jover, Rosario Cunillera, Juan García, Adrián Rízquez, algunos más jóvenes como LLuis Jubirías y Quim Cornelles, que estuvieron dentro para filmar y fotografiar la ocupación, y también estuvo con nosotros dentro del banco Joan Josep Nuet, quien en calidad de diputado vino a hacernos compañía por si surgían problemas.

Desde ese 27 de octubre se han hecho múltiples actividades, concentraciones y ocupaciones. Hemos ocupado o intentado ocupar varios edificios oficiales como la Generalitat, el Parlament, las consejerías de Sanitat y de Governació, oficinas bancarias, entidades financieras, cajas de ahorro, oficinas de grandes empresas... Incluso llegamos a ocupar un autobús, lo llenamos y fuimos desde la plaza Catalunya hasta Nou Barris y regresamos. En realidad pagamos los billetes, a la ida y a la vuelta, de modo que nadie nos podía acusar de robo, ocupación o de utilización indebida de una propiedad ajena. En cada parada repartíamos propaganda contra la subida de precio de los transportes, y la acogida fue estupenda. También participamos en conferencias, dimos charlas, ofrecimos entrevistas o participamos en documentales, y mientras tanto el movimiento se iba extendiendo por la piel de toro, a Madrid, Valencia, Sevilla, Bilbao... incluso parece que en el extranjero ha habido conatos de constituir algún grupo de iaioflautas. En cualquier caso, lo que es seguro es que en

Alemania, Francia y hasta en Japón se interesaron en nuestro colectivo y nuestras actividades: junto a Felipe Aranguren nos hicieron una entrevista para un medio de este último país. Al principio había actividad pública cada mes. De hecho, incluso actualmente es raro el mes que no se solicita nuestra presencia solidaria en la ocupación de una vivienda, en defensa de la sanidad o la enseñanza públicas o con una empresa en lucha. Quién sabe incluso si volverán a detenerme y a golpearme. El futuro no admite adivinanzas. Los iaioflautas son un proyecto y un compromiso.

La causa argentina

En marzo de 2014 decidí colaborar con la justicia argentina en la querella 4591-10 seguida contra los torturadores del franquismo. No lo hacía tanto por interés personal mío como por el de Salvador Puig Antich, por conseguir lo que él tanto pedía: justicia. Nunca fui torturado, mentiría y me pondría medallas que no me corresponden, aunque sí que fui golpeado con saña, sobre todo durante mi última detención, con las consecuencias que ya expliqué. Salvador Puig Antich, en cambio, sí que fue torturado. No solo física y psíquicamente, además se le negaron sus derechos, en vida y después de muerto. Él siempre afirmó, por ejemplo, que no había disparado al policía, pero se le negó la prueba balística que lo podría demostrar. Él siempre afirmó que había sido muerto por fuego de los suyos. Personalmente no poseo pruebas, naturalmente, pero sí la palabra de una persona que estaba segura de que iba a ser ejecutada, y que por lo tanto no iba a estar ya entre nosotros en caso de que algún día dicha prueba se llevase a cabo. No tenía por qué mentir, simplemente no quería pasar a la historia cargando una muerte de la que no era responsable.

Badalona y la memoria histórica

Desde octubre de 2015 también me he incorporado, como un colaborador más, a la causa de la recuperación de la memoria histórica de mi ciudad, Badalona, durante el gobierno fascista del general Franco. Poco puedo aportar a nivel personal, pero sí en beneficio de muchas personas conciudadanas mías que lucharon y/o fueron represaliadas por la dictadura.

Con futuro

Como decía, no soy de casal d'avis, ni me veo en la asociación de vecinos de mi barrio, ni me aburro como para pasarme el tiempo jugando al parchís, al dominó o las cartas. Aunque no estaría mal, tampoco puedo participar en bailes, porque no sé bailar, ni tengo interés en viajes el único propósito de los cuales es pasar días agradables. Y aún menos en pasar el tiempo sentado en un banco hablando de pasados tiempos mejores... ¿Esperando a qué? Hay muchas cosas por hacer que nos están esperando.

Medidas inmediatas, a corto plazo:

a) Solidarizarnos y actuar junto a las plataformas de afectados por las hipotecas (PAH).
a) Trabajar en pro de la enseñanza democrática, gratuita y pública.
b) Trabajar en pro de una sanidad de calidad, gratuita y pública.
c) Trabajar en pro de unas pensiones dignas.
d) Luchar por una jornada laboral de 35 horas, respetando los salarios y repartiendo el trabajo.

e) Luchar por la mejora y el abaratamiento del transporte público.

Otras medidas por las que luchar:

Contra las normativas que premian unos votos sobre otros, es decir luchar por una persona un voto.

1) Porque el Estado provea la garantía, el ejercicio y la obtención de los derechos ciudadanos.
2) Porque los derechos y deberes de los jóvenes lo sean a la misma edad.
3) Por la plena igualdad entre hombres y mujeres.
4) Por la participación social en una producción y distribución justas, interviniendo en el cómo, cuándo.
5) Porque las energéticas y los sectores estratégicos (agua, gas y electricidad) sean públicos.
6) Por la nacionalización de la gran industria.
7) Porque el Estado asuma como obligación el respeto y cumplimiento de los treinta y dos artículos que componen la Declaración Universal de los Derechos Humanos.
8) Por una producción de medios de uso y consumo sostenible a largo plazo.
9) Por la nacionalización de la banca, los grupos financieros y las agencias de seguros.
10) Por el derecho de autodeterminación de los pueblos.
11) Por unos impuestos fuertemente progresivos.
12) Por la obligación del Estado de preservar la vida mediante el uso razonable de los medios de que la Tierra nos provee.
13) Por un mundo en paz y solidario.

Preguntas de un obrero ante un libro

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?
En los libros figuran los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?
Y la varia veces destruida Babilonia,
¿Quién la reconstruyó otras tantas? ¿En qué casas
de la Lima que resplandecía de oro vivían los obreros de la construcción?
¿A dónde fueron, la noche en que se terminó la muralla china, los albañiles?
La gran Roma está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió? ¿Sobre quién triunfaron los césares? ¿Tenía Bizancio, tan cantada, solo palacios para sus habitantes? Incluso en la fabulosa Atlántida, clamaban en la noche en que se la tragó el mar los que se ahogarían llamando a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César venció a los galos.
¿No llevaba con él un cocinero al menos?
El español Felipe lloró cuando su flota se hundió. ¿Solo él lloraba?
Federico II venció en la Guerra de los siete años. ¿Quién venció además de él?
Cada página, una victoria.
¿Quién cocinó el banquete de la victoria?
Cada diez años, un gran hombre.
¿Quién pagó los gastos?
Tantos relatos, tantas preguntas.

Bertolt Brecht[6]

6 Brecth, B., Más de cien poemas, selección y epílogo de Siegfried Unseld. Traducción de Vicente Forés, Jesús Munárriz y Jenaro Taléns, Ediciones Hiperión, 4ª ed., Madrid, 1998.

AGRADECIMIENTOS

No quiero terminar mi biografía sin agradecer todos los trámites llevados a cabo por el Memorial Democràtic al recuperar y hacerme entrega de decenas de documentos de la Brigada de Investigación Social (BIS), de los Servicios de Investigación de la Guardia Civil (SIGC), del Tribunal de Orden Público (TOP) y de los Tribunales Militares, que tanto me han servido para recomponer mi pasado.
Asimismo, a José Miguel Cuesta Gómez, cuya tesis *El moviment veinal al Barcelonés Nord* me ha ayudado a reconstruir las luchas vecinales en este período y territorio.
A la biblioteca de Casacuberta por facilitarme toda la prensa local que les solicité en relación con la época de Tertulia.
También a Margarida Abras, Montse Carreras y Dolors Nieto, del Museo de Badalona, que pusieron a mi disposición numerosos archivos, como fueron los documentos en depósito del «Cor Marina» o de prensa local que no encontré en la biblioteca de Casacuberta, así como la autobiografía de Jordi Monés, gracias a los cuales también pude reconstruir en gran medida mi época relacionada con Tertulia y el Cine Club Studio.

Epílogo

Y hasta aquí la historia escrita. Adoni sigue escribiendo su historia junto a sus camaradas y amigos y esperamos que sea larga y fructífera.

Adoni siempre está. Puede pasar desapercibido —no intenta destacar— pero su presencia acaba traicionándolo. Al final, en algún momento u otro, siempre lo encuentras. Por eso mismo parece muy extraño que alguien, como explica al inicio de esta autobiografía, negara su presencia en la primera asamblea de CCOO en Sant Medir. Podríamos entenderlo si se tratase de algún «oficinista», un burócrata. Adoni es una de esas personas que se vuelven imprescindibles, que sin palabras está diciéndote que vas bien, que sigues el camino correcto. Sobran las palabras. Un grupo de militantes del PCC siempre recordamos el curso de teoría marxista que organizamos en el Vallès Oriental. De la dirección llegó un camarada para trabajar el Manifiesto Comunista. Era Adoni, i para nuestra sorpresa, sobre todo para mí, maestro desde el año 1964, repartió un papelito a cada uno de los presentes. En cada papelito había una pregunta que debíamos responder e intercambiarlas con los demás asistentes. El recuerdo ya es algo difuso pero después, leyendo su autobiografía, he encontrado una escena de sus tiempos de trabajador en ENASA- Pegaso que me ha recordado ese momento.

«El curso de formación como Técnico de Organización duró seis meses, de lunes a sábado. Y durante toda la jornada laboral completa. Éramos doce o quince, de los que aprobamos aproximadamente diez...

Y ahora aparece el elemento clave. ...Aquel curso me aportó además un bagaje importante, y dialéctico, que desde entonces —involuntariamente y por deformación— siempre me ha acompañado.

Ya al inicio del curso nos entregaron varias tarjetas algo mayores que un DNI, que debíamos cuidar y tener siempre presentes. Y aún conservo...

Y yo diría: y adapta y aplica en las situaciones que lo requieren. Sigue un cuestionario que sintetiza con esta reflexión: Se trataba de cuestionarlo todo. No aceptar nada por hecho o definitivo. Ser siempre críticos. También útil en la vida partidaria. Lo práctico. O lo que es lo mismo, ser siempre dialécticos.»

Yo puedo afirmar que Adoni ha sido fiel a sus principios y siempre ha aplicado estas normas elementales aprendidas en su vida laboral.

Miquel Àngel Soria

ANEXOS 1

PERSONAS (para mí) MUY ESPECIALES

Felipe Bastos Cruz. Médico traumatólogo de gran prestigio.
Lo conocí accidentalmente. La causa y motivo ya la narré anteriormente.
Nuestra relación, no personal, sino en un sentido muy amplio, no terminó ahí. Nos pidió que cualquier caso referente a su profesión que nos surgiera que, sin miramientos, acudiéramos a él, que él se sentía orgulloso de ayudarnos. Visitó múltiples trabajadores y, sobre todo y en particular, a quienes habían sido golpeados en manifestaciones y concentraciones. Siempre gratis.
Consecuencia de una de esas curas, un día le llevé a un joven del MC, LR, maoísta, trotskista,... en bastante mal estado, lo que le llevó a enviar una carta a la revista «Destino», que publicó, afirmando que había atendido a un joven que afirmaba (el joven, naturalmente) que había sido golpeado por la policía. «Destino» publicó la carta. La revista-semanario fue censurada y retirada de los kioscos. El pretexto fue un artículo que se publicaba en el mismo número sobre los grupos de obreros que se concentraban en las plazas de Urquinaona y Pla del Palau a, como en los pueblos de Andalucía, fueran los «*manigeros*» de turno a contratarlos. Pero la redacción de la revista le comunicó a él que la causa real había sido su carta, pero que con él prefirieron no meterse por la situación que podía provocar.
Un día supe por él que su padre había sido militante socialista y represaliado al final de la guerra civil.
En cierta ocasión, en una conversación informal, le comenté que disponíamos de varias películas que pasábamos clandes-

tinamente, pero que nos habíamos quedado sin proyector. Se había estropeado ¡y nos ofreció uno que él tenía de 8 y Súper 8! Depositó en proyector bajo mi responsabilidad y puso una condición. Que cuando lo necesitara, se lo «!prestáramos!» Filmaba sus intervenciones quirúrgicas para estudiarlas posteriormente.
Aquel proyector estuvo más en nuestro poder que el suyo. Nos lo tenía que reclamar cuando lo necesitaba. Pagaba hasta las lámparas fundidas. Nunca quiso que las pagáramos nosotros.
Años más tarde, ya como Comisiones Obreras (CCOO), con aquel proyector, pasábamos múltiples filmes, a-legales e ilegales como «Veridiana», «La hora de los hornos», «Noche y niebla»; sobre la guerra de de Vietnam vista por Frente de Liberación Nacional (FLN) que Carles Llorens Soler se había traído desde allí varios cortometrajes filmados en el interior, etc.
Tenía además en mi poder una copia de «El acorazado Potenkin» (ignoro si había alguna más), más todas las otras que (H) Elena Lumbreras y «Maro», su compañero, Carlos Llorens Soler, Pere Portabella, Miquel Porter, Romàn Gubern,... ponían a nuestra disposición y con las cuales se hacían proyecciones fórum por, sobre todo, diversas parroquias.
Al final, el Doctor Bastos se compró otro proyector más moderno y me regaló el viejo. Proyector y película estaban depositados en las Escuelas Pías del cruce Balmes con Travesera de Gracia.
Justo acabado el franquismo fue a recogerlo. El proyector me fue entregado, pero la película había ¡desaparecido!

Francesc Mateu. Cristiano. Siempre se negó a ser considerado católico. Persona sencilla y honesta como pocos. Su físico no reflejaba una gran energía, pero lo superaba con creces con su fe, gran valentía y entrega.
No recuerdo como le conocí, pero sí que trabamos una profunda amistad y, sobre todo, confianza mutua. Alguien llego a decirnos que «parecíamos una pareja de la Guardia Civil»,

pues en múltiples ocasiones, primero como CCOO y luego como CCSSCC, sobre todo, colaborábamos conjuntamente y con una gran confianza mutua.
Por su edad, complexión física, y contactos, nos pareció en las CCOO comarcales mejor no acudiera a las asambleas y conservarlo al margen de la organización para lo cual decidimos, y él aceptó, previos razonamientos, no fue fácil, convertirlo en archivero o depositario de todos aquellos documentos y/o direcciones que nos conviniera proteger en caso de detenciones. Y se decidió, así mismo, cayera sobre mí el contacto directo con él.
Decir a modo de anécdota-recuerdo que fue sobre quién más me pregunto la BIS en mi detención de 1973. Ante la BIS nunca se debe hablar de nadie, pero, de ¿él? Hubiera sido peor que un crimen o una traición.
Junto a otras tres o cuatro personas más acudimos a la primera Asamblea de Catalunya en la Parroquia de Sant Felip de Neri. A mí me correspondió responsabilizarme del grupo de Badalona por conocer los puntos y contactos de referencia para poder llegar al destino.
Ya en la legalidad, CCOO de Badalona fue desalojada de su primer local, sito en el pasaje de Can Llagosta. Francesc Mateu poseía un local de más de 200 mts^{2,} en la calle La Creu y en lo que hoy es parte de la Illa Pompeu Fabra. Francesc Mateu lo cedió gratuitamente a CCOO y, como única condición, que a él no le produjera ningún gasto ni molestia administrativa. También refugió a perseguidos en su domicilio. Fue, como pocos, un «nadie» (siempre rechazó «lo público»), por su entrega y dedicación, siempre quiso mantenerse no ya en segundo plano, sino en tercero o cuarto. Así era Francesc Mateu. Para mi tiene un puesto de honor en mis recuerdos.
Ovidi Montllor, Quintín Cabrera y (H)Elena Lumbreras. Podría escribir de cualquier profesional relacionado con el mundo de las tablas (y plásticos y de cine). De todos y todas.
Pero únicamente me referiré a ellos por no discriminar, pues

la lista es larguísima entre aquellos que se distinguieron por que se movilizaron desde su profesión contra el fascismo franquista y colaboraron con CCOO y las Comisions de Solidaritat de Catalunya.Al haber, los tres, desgraciadamente fallecido muy prematuramente, los «utilizo» y hago extensible a todos las demás. Mujeres y hombres sencillos, honestos. Con un corazón que no les cabía en el pecho. Siempre dispuestos a participar sin interés propio alguno. Nunca cobraron. Ni ellos ni sus representantes ni quienes con ellos colaboraban en los recitales. Nunca tuvieron un «No», «No puedo», «No es el momento»,... ¡¡¡GRACIAS!!! a ellos, a todos y todas.

Ovidi Montllor. Lo conocí cuando «vivía», es un decir, pues le habían cortado la electricidad por falta de pago y dormía en el suelo sobre un colchón en la calle Constitución nº 19. Fui a recogerlo y tenía una fuerte gripe. Tenía un recital programado para trabajadores de la SEAT en la parroquia del Barrio de Santa Rosa (no confundir con la parroquia Santa Rosa). Hablamos de suspenderlo y ¡se negó! «El acto es importante para los trabajadores de SEAT» dijo. Y llevó a cabo el recital.
¿Qué cobró? Se negó a cobrar. De nuevo dijo: «El acto es importante para los trabajadores de SEAT» Cobró que comió en mi casa y le compré unas medicinas que precisaba y no podía comprarse por carecer de seguro médico.
En otra ocasión, un acto en La Roca del Vallés, tuvo un pinchazo una rueda en su «*cacharro*» con que se desplazaba. Al cambiar la rueda el elevador cede y la atraviesa una bota y le penetra en el pie. Pide una botella de coñac. Se toma un tercio y actúa.

Quintín Cabrera. En una reunión de cantantes de y en Catalunya llevada a cabo en la Plaza Molina y en el domicilio de María Antonia Pelauzi y su compañero el pintor Josep Guinovart...
Uno de los cantantes se niega a cantar –en Catalunya– junto a

quienes no canten en catalán. Quintín lloró por considerarse marginado.Años más tarde se autoexilió a Madrid, por considerar que, dentro de la profesión, para algunos, siempre sería un «extranjero».
¿Si Franco hubiera sido catalán, o cuanto menos hablado catalán, habría sido más tolerable que Quintín, que era un antifascista que cantaba contra el fascismo en castellano?
Quintín llegó años después a componer y cantar alguna de sus creaciones en catalán en un intento de ser considerado un catalán nacido en Uruguay. Quintín, de hecho murió por asesinato inducido por la privacidad de la sanidad llevada a cabo por el Gobierno o Mancomunidad de Madrid. Para poder sobrevivir estaba pendiente de un trasplante de pulmones en una clínica pública. Era ya el segundo o tercero de la cola de espera. El Gobierno o Mancomunidad de Madrid tomó la decisión de privatizarla y pasar a todos los enfermos a otro hospital público, donde, naturalmente pasó a engrosar la lista de espera y como los últimos recién llegados. Le faltaban de nuevo dos o tres pacientes por delante de él cuando murió. ¿Cómo llamaría a eso la católica Sra. Esperanza Aguirre? ¿Daño «colateral»?

(H)Elena Lumbreras. «Seré reiterativo, pero a veces, ante las injusticias es necesario hacerlo hasta hacerse comprensible. Elena era antifranquista, comunista y activista durante la dictadura. Pilar Miró estuvo de "vacaciones" activas, como la práctica totalidad de la dirección del PSOE e hizo carrera durante el post-franquismo a la sombra del PSOE en cuya cúpula dirigente al parecer gozaba de muy buenas relaciones».
¡Que gran mujer y persona!
En primer lugar, fue solidaria con mí familia mientras estuve preso como pocas. En todos los sentidos y niveles. Pero no fui ninguna excepción. Así era ella.
Para su trabajo, osada y atrevida. Incansable. Había trabajado en la RAI y en Cinecitta como ayudante de Pasolini, Pante-

corvo, Fellini, Visconti,... Hay quien ha querido, y nombrado, como primera directora de cine española a Pilar Miró. Elena ya filmaba en 1966, y su filme «España 68» ha sido en varias ocasiones utilizado por las TVs españoleas en sus reportajes sobre el franquismo. Durante un tiempo, el «dicen que dicen», y la desinformación mancharon su nombre. Cometió un error. Tuvo lugar una asamblea de trabajadores de la construcción en el sindicato vertical de la Vía Layetana. Ella quería información para rodar un documental sobre ellos y entró en la asamblea. Acudió la policía y ¿Qué hacía allí, entre obreros de la construcción una mujer? La detuvieron. Y, le encontraron una agenda. Con nombres, naturalmente. Empezó a circular el rumor de que había delatado a gentes. ¿Ha quien? A nadie detuvieron. Mi nombre estaba en aquella agenda y nada me pasó. Otro rumor, para descalificarla.
Poseía ¡un descapotable! Cuando a mi me lo dijeron, con mala fe: «*¡¿Que se puede esperar de alguien que tiene un descapotable?!*». Quedé sorprendido. *¿Qué Elena tenía un descapotable?* ¡Alucinaba! Pero sí. Elena tenía un descapotable. ¡Un FIAT 500 (más pequeño que mi SEAT 600)! ¡Lo que es la desinformación y... la mala leche!
Por cierto, mientras vivió en el Pasaje «Perot Lo Lladre», tuvo compañeros de CCOO buscados por la BIS ocultas en su casa como fue Justianiano Martínez. Pero me consta que hubo otros.

En estas cinco personas, que conformarían parte de una larguísima lista, centro mi aportación de estimación, consideración y afecto a muchas otras personas, pero de las que no voy a referirme por extensiva.
Con mi biografía muy avanzada he sabido que la frase «*el hoy es malo pero el mañana es mío*» procede del poema de Antonio Machado: «*A mi España joven*» y que Elena Lumbreras utilizó como subtítulo para su cortometraje «España 68», el primero a su regreso de Italia donde había trabajado en la RAI.

Este cortometraje ha sido utilizado en diversas ocasiones por las televisiones españolas. Mientras muchos intelectuales se fueron a París ella se vino a España. En 1968 en España se batieron todos los records de horas de huelga, paros, detenciones, juicios,... ¿Que tuvo más la primavera francesa que no lo tuviera la española? Las luchas de París tuvieron más que ver con la libertad sexual y personal (importantes), mientras que en España se luchaba por las libertades (todas) y el fin de la dictadura.

ANEXO 2

Nota previa: No están todos los que son, pero si son todos los que están. En todos los casos lo son en relación al Barcelonés Nord: Badalona, Sant Adrià de Besòs y Santa Coloma de Gramanet, aunque algunos de los nombrados no vivieran en el territorio. En general, únicamente se hace referencia al periodo de la dictadura franquista (1.936-1.977). Muchos, la mayoría, nunca dejaron de ser «*nadie*».

PRIMEROS MILITANTES DE CCOO EN EL BARCELONÉS NORD

Badalona: Alfambra Domínguez, Frances; Armenteros Molina, Manuel (Hispano Olivetti); Arquelladas Sampedro, Antonio (FECSA); Blanco, Luís; Bohigas, Teresa; Cano, José; Cano, Pedro; Castellano Remesal, Conxi (PIHER); Cebrián, Francisco; Cespedosa, Ramón «Juanito»; Domínguez Ruíz, Antonio; Eusebio García Arraz; Fernández Pérez, Bernardo; Fernández, Esteban; Francesc «Catalán»; Gallego, Ginés (SEAT); García, Antonio; Gasull, Joan; Gil, Celia; Ginés, Romera (FECSA); Gómez, Juan «Sarrià»(Fue Secret. CCOO BDN); González Mateos, Adonio (Ind. Fleck SL); Guerrero Sánchez, Miguel (ESESA); Hilario (COPISA); Jiménez, José; Jurado Fernández, Ramón(ESESA); Lejalde, Enrique; Lillo, Francisco; Longas Bernat, Luisa; López Navarro, Antonio; Lucía (PIHER); Manzano Conejero, Marcos (FECSA); Márquez, Gabriel «Tito»; Martínez García, José; Martínez Muñoz, Ángel (Drag.y Constr.); Martínez, Carmen; Mateu, Francesc[7]; Miralles i Fosa, Olga[8]; Molina, Francisco; Moreno Harto, Manuel; Morón, Miguel; Moya Ca-

7 Era el propietario del 2º local que CCOO dispuso en Badalona en carrer «La Creu" (actualmente terreno ocupado por la «Plaça Pompeu Fabra») y que él cedió gratuitamente. Fue también el 1er. Archivero comarcal.

8 Primera secretaria, administrativa, de la CONC, cuando ¡en la clandestinidad! se levantaban actas de las reuniones (¡?)

chinero, Alfonso (Fue Secret.CCOO BDN); Navarro, Ángel; Navarro, Consol (PIHER); Ochoa, Gerardo; Ortega, Antonio; Pérez Alonso, Juan; Perich Solsona, Joan ; Pino, Vicente; Puelman, Miguel (FECSA); Rapela, María; Romera, Ginés (FECSA); Romero Castillo, Ginés (FECSA); Rosita; Ruiz, Ana; Sánchez, José; Sánchez, Vicente «Arturo»; Sousa Gil, Eduardo; Sousa Gil, Manuel; Vázquez, Francisco. Sta. Coloma de Gramanet: Arellano, Juan; Contreras, Emilio ; Crespo, Leonor; De la Rica, Manuel; Fernández Márquez, Manuel (Térmica Besós); Iglesias Martí, Ángel; Lorenzo, Carlos (ELIZALDE); Marín (SEAT); Moreno Ríder, José; Parra Chica, Rafael (Construcción); Pérez Ezquerra, Manuel (Termica.Besòs); Pérez, Adelino; Pérez, Ángel; Pérez, Luís; Román, Epifanía «Epi»; Solís, Dolores, Soto, Pedro «Pepe» Sant Adrià del Besós: Garciolo, Juan Martín Cáceres, Gregorio (CELO). Barcelona: Murcia Ros, Manuel.

PRIMEROS MILIRANTES DE LAS CCOOJJ

Badalona: Alguacil, José Antonio; Amestoy, Alfredo; Caballero, Emilio; Canillas Rodriguez, José Antonio; Castellano Blázquez, Alejo; Ejalde Martínez de Pantecorbo, Enrique; Fernández Morán, Estela; Justo Pageo García[9]; Loles; Mª José; Navarro, Quico «Catalán»; Rico Márquez, Juan; Rodríguez, José Alfonso; Rubiño, Manuel; Rubio, Manuel Barcelona: Gracia, Manuel; Solé Sugrañes, Oriol (Muerto fuga Segovia). Sta. Coloma de Gramanet: Ádame, Ildefonso («Campesino») Arellano; Antonio Caño Tamaño, Xabier; Cano, Pedro; Contreras, Emilio; Epifanía «Epi»; García, Antonio; Guerrero, Joan; Guzmán, Rafael «Rubio»; Jiménez Ruiz , Antonio; Leandro; Moreno Rider, José; Ovalle, María; Téllez Luna, Adolfo; Téllez Luna, Encarna; Téllez Luna, Francisco (Muy torturado). Sant Adrià de Besós: Antón Aguilar, Ernest; Castro Castillo, José Castro Castillo, Juan «Rojo; Ribó, Jordi.

9 Fuimos detenidos ambos el 23-IX-67 (Fecha Sentencia 27-II-68) ocupándosele octavilla(s) de las CCOOJJ. Ver página 9 de «La Vanguardia (Española)» del 19 de Enero de 1969, lo que confirma que las CCOOJJ ya existían en 1967.

CANTANTES RELACIONADOS CON EL BARCELONÉS NORD.

Carlos Cano, Guillermina Motta, Joan Isaac, Julia León, Lluis Llach, Luís Pastor, Manuel Gerena, María del Mar Bonet, Marina Rosell, Ovidi Montllor, Quico Pi de la Serra, Quintín Cabrera, Ramón Muntaner, Rosa Zaragoza, Salvador Escamilla y Xuxo Baamonde (Voces Ceibes). También Gabriel Jaraba, escritor y crítico de la canción que nos abrió muchas puertas), Nuria Batalla, Joan Molas y Paco Soler (Representantes).

ABOGADOS

Agustí de Semir, Albert Fina Sanglas, Enric Leira, Joan Riera Marra, Josep Solé Barberà, Leopoldo Espuny, Lluis Salvadores, Montserrat Avilés y Joaquín Ruiz Giménez

MÉDICOS

Felipe Bastos, Galli, Nolasc Acarín

CAPAS MEDIAS E INTELECTUALES

(H)Elena Lumbreras, Antoní Barberà, Carles Llorens Soler, Coloma Lleal, Desideri León, Enric Fló, Enric Sió, Francesc Rodón, Isidre Boix, Jaume Solà, Joan Blanch, Jordi Borja Sebastià, Jordi Monés , Josep Gual i Lloveras, Josep Mª Peras, Maite Arqué, María Rosa Borràs, María Rosa Solé, Mariano «Maro», Màrius Días Bielsa, Jaume Oliveras, Pedro Jesús Fernández, Reyes Modolell, Saladrigues y Teresa Lleal.

SACERDOTES

Albert Castella (Badalona-Parroquia de la Pau), Antón, Jau-

me Patrici Seirac (Santa Coloma de G.-Parroquia Sant Joan Baptista), Jaume Torruella (Badalona-Barrio de Pomar), Joan Carreras (Badalona-Parroquia de Sant Antoni de Llefià), Joan Cuadreny (Badalona-Parroquia Sant Sebastià, Joan Morán (Santa Coloma de G.-Parroquia Santa Rosa), Joan Segarra (Santa Coloma de G.-Esglèsia Major), Joaquín Trías (S. Coloma de G.-Parroquia Sant Josep Oriol), Josep Bufarull (Pep Bufa) (Badalona-Barrio de La Balsa, Josep Esquirol (S. Coloma de G.-Parroquia de Sant Jaume, Lluis Hernández (Santa Coloma de Gramanet), Padre «Botella» (Barcelona-Barrio del Buen Pastor), Pere (Badalona-Parroquia de la Pau), Perico (Badalona-Parroquia de la Pau) y Salvador Cabré (Santa Coloma de G.-Esglèsia Major).

ANEXO 3

MI VIDA LABORAL (FECHAS APROXIMADAS)

ENASA-Pegaso (Sept/Oct. de 1954-Sept. de 1961); Calderería (marzo 1962- Verano 1962); Tornillería Horta 2/3 Semanas (abril); Niloman 1 mes; Taller de bolsos de Sra. (mayo-junio); J. Riera Marra (Junio-Julio); Hurricane S.L. (junio 1962-Sept.1962); Talleres Lligoña S. L. (septiembre 1962-Primavera 1963); G. de Andreís (La Llauna) (Primavera 1963- Verano/Otoño 1965); Industrias Fleck, S.L. (Verano/Otoño 1965-marzo 1995).

ANEXO 4

MIS PRISIONES

Nota: Una parte importante de la información y datos conseguidos que hacen referencia a mis detenciones, fechas de las mismas, juicios, libertades provisionales o definitivas, multas, etc. lo han sido gracias a los expedientes varios de la BIS; del Servicio de Información de la Guardia Civil (SIGC), Expediente Nº 490085; y del Departament de Justicia de la Generalitat de Catalunya (Direcció General de Serveis Penitenciaris i Rehabilitació) del 30/V/2002 y, todos ellos, obtenidos gracias a la tramitación y ayuda de los Archivos del Memorial Democratic.

03/IX/61..... Detenido .....Sumario 107-IV-61
11/X/61..... Sumario 107-IV-61.....Ingreso en prisión
06/XII/61 ... Sumario 107-IV-6... .....Juicio; Condena 1 año, indulto de 6 meses
02/IV/62..... Sumario 107-IV-61.....Salgo en libertad
07/XII/66 ... La BIS me detiene en Pseo. Gracia/Avda. Generalísimo (Referéndum).[10] .....04/V/67.....Sumario 229/67..... Detenido por la G.C. (Ca L'Artillé)
07/V/67 ..... Sumario 229/67 .....Ingreso en «La Modelo»
¿/V/67. ..... Carta a mi esposa sobre efecto en mi hija Olga del régimen penitenciario.
11/V/67 ..... Solicito no asistencia a misa
24/V/67 ..... Sanción: por «falta GRAVE», 20 días en *«celdas de castigo».*[11]

10 Informe de la Dirección General de la G.C. Nº 3486 (Por intentar liberar a Gabriel Márquez «Tito» al que introducían en un vehículo. Me retienen y sueltan poco después sin llegar a comisaría.
11 Un funcionario me informó de que la sanción era en realidad como castigo por considerarme la dirección de la prisión como promotor de que un numerosos

28/VI/67 .... Sumario 229/67 ..... Libertad Provisional
11/IX/67..... Detenido unas horas..Multa (Ver 19/X/67).[12]
23/IX/67..... Sumario 428/67 ..... Detenido con Justo Pageo.[13]
24/IX/67..... Sumario 428/67 ..... A disposición judicial
19/X/67..... Expediente 1.750/67....Multa por carta Gobierno Civil.
30/X/67..... Sumario 229/67 ..... Juicio; Sentencia 6 meses
04/IX/67..... Sumario 229/67 ..... (Re) Ingreso en prisión.
05/X/67..... Sumario 428/67 ..... Libertad provisional
11/XII/67 ... Sumario 229/67 ..... (Re)Ingreso; 6 mese condena
21/III/68 .... Traslado a Carabanchel.....Sumario 428/67
28/III/68 .... Dirección de BCN informa a la de Madrid sobre mi «mala» conducta.[14]30/III/68.....Sumario 428/67.....Juicio; Condena 6 meses.
02/IV/68..... Sumario 428/67 ..... Fallo del Juicio.[15]
19/IV/68..... Sumario 428/67 ..... Carta al TOP.[16]15/V/68

---

grupo de presos comunes solicitaran, como solicité, y se me concedió, permiso para no ir a misa por no ser católico, y no por la carta remitida a mi esposa en la que me lamentaba como un padre tiene que ser visto por su hija menor de 4 años a través de unas reas. Muchos de los que se sumaron a mi iniciativa, personal, iletrados, me pidieron les rellenara su solicitud, lo que hice. En verdad, ignoraba las consecuencias de mi petición ni que pudiera ser imitada. Jamás me lo planteé. La carta fue el pretexto que la dirección de la prisión necesitaba para sancionarme por un plante que nunca busqué. Pero, sinceramente, no lamenté que ocurriera lo que no pretendí. La sanción hizo de mí un «héroe» ante los presos comunes que acabaron convirtiéndose en mis «protectores» ante provocadores que tiempo después, la dirección de la cárcel envió contra mí.

12 Se me impondrá multa por encabezar carta colectiva denunciando brutales cargas policiales el 11/IX/67. El importe de la multa son 15.000 pts. en su lugar 20 días de prisión (arresto, en el argot judicial). (1) Informe de la Dirección General de la G.C. Nº 3486 (Por intentar liberar a Gabriel Márquez «Tito» al que introducían en un vehículo. Me retinen y sueltan poco después sin llegar a comisaría).

13 Detenido en Sanatorio de Sta. Coloma de Gramanet con Justo Pageo.

14 Hace referencia a mi castigo en celdas de aislamiento por mis comentarios en la carta a mis esposa sobre el régimen penitenciario y como le afectó a mi hija Olga.

15 En el fallo 428/67 se afirma que soy «*... de mala conducta social informada...*» (¡?).

16 Recurro ante el TOP su acusación en el Sumario 428/67; Rollo 432/67 «de *mala*

Sumario 229/67 ..... Trasladado Penal de Palencia
24/IX/68..... Olga me vista en prisión Palencia. Nueva afectación anímico - sentimental.
26/X/68..... Fin cárcel por mis causas 229/67 y 432/67; sigo 20 días por multa del expediente 1.750/67.
15/XI/68..... Salgo en libertad total del Penal de Palencia.[17]08/IV/73 ..... Sumario 293/73 .... Detenido en la Catedral de Barcelona .. 11/IV/73.....Ingreso en prisión «La Modelo»
14/V/73 ..... JOP, confirma mi procesamiento:
Petición 8 años.
20/VI/73 .... Ingreso hospital de «La Modelo»
por «*Síndrome estomacal*».
01/VII/73 ... Salgo el hospital de «La Modelo» por el «*Síndrome estomacal*». [18]28/X/73..... Detención de los 113 de la Assemblea de Catalunya.
18/X/73..... Sumario 293/73 ..... Libertad Provisional
30/IX/76..... Sumario 293/73 ..... Me aplican la Amnistía el 30/VI/76

---

conducta social informada» y sea rectificada. Les preguntaba qué ¿informada por quién? Y que si se basaban en los argumentos de la policía que el sumario recogía y anteriores a su comentario de «*mala conducta social*», negaba tal aseveración, pues por mi conducta, coherente en lo posible con mi ideología podría ser, y era, de «*mala conducta política*» desde los parámetros del régimen, pero nunca «*social*», la cual negaba.

17 Salgo en libertad total en Palencia después de cumplidos los tiempos de condena pendientes de las causas. Sumario 228/67, Rollo 232/67; Sumario 427/67, Rollo 432/67 y Expediente 1.750/67; R/S 11478.

18 Se me negó conocer en qué consistió mi «*Síndrome Estomacal*». Durante mi estancia en el hospital de la prisión coincidí con Salvador Puig Antich y Santiago «Santi» Soler Amigó y los seguí viendo cuando acudía al hospital carcelario para mis vistas de control médico sobre mi «*Síndrome Estomacal*».

ANEXO 5

MIEMBROS DE LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DE SINDICATOS (CNS) (SINDICATO VERTICAL)

Don Alcaina Caballero (Textil, en Badalona, y cargo a nivel del Barcelonés Nord y del Estado); don Fulgencio Conesa Castillo (Sta. Coloma de Gramanet y alcalde en funciones en Badalona cuando los hechos del «Polvillo negro» mencionado); don Juan Barguñà (Metal, Badalona. Secretario General del ramo); don Massaguer (Dirigente en Sant Adrià de Besòs, Dueño del restaurante Matacás); don Moya Clúa (Cargo a nivel del Estado).

MIEMBROS DE LA 6º BRIGADA DE INVESTIGACIÓN SOCIAL (BIS)

En cursiva aquellos que, seguro, participaron en mis interrogatorios y otros posiblemente en algún momento y circunstancia pues sus nombres aparecen en interrogatorios de compañeros también detenidos como quienes aparecen en el Registro de Salida Nº 2459 del 8/IV/73.
Antonio Juan Creix (Dirige y controla todos mis interrogatorios. Excepto 1973); Atiliano del Valle Otero (Detención de 1961); *Cano* (Detención 1961 y tal vez 1967); Enrique Alonso Santos (Aparece en Reg. Salida 2459 de la BIS, de 8/IV/1973); *Francisco García Villacañas* (Aparece en interrogatorio a Pedro Font Barceló de 1973); Francisco Rodríguez Álvarez (Detención 1973); Genuino Nicolás Navales García (Detención 1973); *Ginés Rodríguez Sánchez* (Aparece en Reg, Salida 2459 de la BIS, de 8/IV/1973); *Javier ...rez* (incompleto en fotocopia) Salinas (Aparece en Reg, Salida 2459 de la BIS, de 8/IV/1973); *José Luís de Miguel Camarero* (Interrogatorio a Pedro Font Barceló de

1973 y R:S. 2459); *José Mª Olmedo* (Detención 1961); *Juan Juan Creix* (Detención 1961); *Juan Panadero Panadero* (Aparece en informe con sello de la BIS del 5/V/67); *Juan Rodríguez Gómez Olmedo* (Aparece en informe con sello de la BIS del 5/V/67); *Manuel del Águila Díaz* (Aparece en interrogatorio a Pedro Font de 1973); *Pedro Polo* (Participa en mis interrogatorios en 1961); *Pedro Rodríguez Fernández* (Aparece en Reg, Salida 2459 de la BIS, en 8/IV/1973); *Peña* (Participa en mis interrogatorios en 1961); Rodrigo Gómez Olmedo González; *Vicente Juan Creix* (Apariciones esporádicas «*de interés*» durante interrogatorios).

POLICIAS ARMADOS DOTACIÓN COCHE PATRULLA Z-5 EN MI DETENCIÓN DE 1973[19]

José Luis de Miguel Camarero y D. Enrique Alonso Santos; José Antonio Delgado de la Redonda, jefe de la dotación del coche patrulla; Enrique Pellón García; Antonio ... les (incompleto en fotocopia) Navas; Wenceslao Martínez Sánchez (conductor)

COMPONENTES DEL TRIBUNAL DE ORDEN PÚBLICO (TOP)

Juez: Jaime Mariscal de Gante (su hija Margarita Mariscal de Gante y Mirón ministra de Justicia con José Mª Aznar); **Presidente**: José Hijar Palacios; **Magistrados**: Antonio Martínez Carrera, Antonio Torres-Dulce Ruiz, Gabriel Gonzálvez Aguado y José Francisco Mateu Cánoves, **Secretarios**: Sebastián Baños de la Torre y Vicente Tejedor del Cerro

19 Ver registro de salida r.s. 2459, el 8 de Abril de 1973 redactada por los miembros de la BIS.

CRONOLOGÍA
HECHOS ENTRE 1939 Y 1977 QUE AFECTARON AL BARCELONÉS NORD

Nota: Aunque algunas acciones no fueran originariamente del Barcelonés Nord, si repercutieron en la comarca o sus habitantes mediante paros, huelgas, manifestaciones, colectas económicas, etc. de solidaridad con otros movimientos en Catalunya y resto del Estado español. 1939 1º de Febrero. Franco proclama el final de la Guerra Civil.

1940 6 noviembre. Ley de Bases de la Confederación Nacional de Sindicatos (C.N.S.).

1946 13 de julio, en los barrios de Gracia, Poble Sec y Barceloneta se lleva acabo una huelga de aceiteras. «Amas de casa» de dichos barrios salieron a los balcones y golpeaban sus aceiteras en protesta por el precio del aceite de los alimentos en general. ¿Sería el prolegómeno de las futuras caceroladas?

1947 1ª Huelga General en el País Vasco.

1951 Huelga General de Tranvías en BCN. Coincide con la visita de la VI Flota de EEUU.

1952 1er. Pacto «de Ayuda Mutua» entre España y EEUU.

Acciones en el textil de Terrassa y Barcelona: ENASA-Pegaso, y Maquinista Terrestre y Marítima (MTM). Algunos grupos obreros de Mataró y Vilanova y la Geltrú intentan organizarse.

1954 Acciones en Empresa Nacional de Autocamiones S.A. (ENASA) y Hispano Olivetti (HO).

1956 Gran crisis económica.

1957 Huelga de tranvías. Más de 100 detenciones.

1958 1er Plan de Estabilización.

Ley de Convenios Colectivos

1ª CCOO en la mina La Camocha (Asturias).

Acciones y detenciones, más de 60.000 obreros en huelga y más de 300 detenciones (Antoni Badía, Vicens Faus, Antoni Mullor, Pere González y Pere Lara de ENASA; J. Piñeiro de MTM) durante las fechas próximas a la «Fiesta de San José Artesano», como denominaba en sus primeros años el franquismo al 1º de Mayo.

1959 Las trabajadores de Can Ribó (textil) en Badalona, inician paros al serles abonada la paga extra del 18 de Julio con el mismo precio de 1954. Detienen a Teresa Bohigas (la comisaría de policía estaba entonces frente a la empresa) que es soltada a las pocas horas por la presión de sus compañeras. El Tribunal Militar contra el Comunismo y la Masonería pasa a denominarse de Bandidaje, Terrorismo y Otras Actividades (comodín en el que todo cabe).

1960 5 de Enero. Es muerto por la Guardia Civil Francesc («Quico») Sabaté en Sant Celoni.

9 de Mayo. En el Plau de la Música tiene luchar un lanzamiento de octavillas y cantos de «Els Segadors». Los hechos terminaron con la detención días después de Jordi Pujol, que no estaba presente en el acto dentro del Palau.

700.000 obreros y campesinos de Andalucía, Extremadura,... emigran hacia Madrid, País Vasco, Catalunya y extranjero. Un 7% de la población activa.

1961 mayo, Juan XXII da a conocer la encíclica «Mater et Magistra» durante el Concilio Vaticano II.

Euskadi Ta Askatasuna (ETA), lleva a cabo su primer atentado no sangriento.

Intentos fallidos de huelga al transporte en Granada y Barcelona y sus alrededores.

1962 marzo, huelga en ENASA-Pegaso, encabezada por Miguel Mazarico.

Huelga General en Asturias. Constantina «Tina» Pérez es brutalmente torturada.

Huelga General en el País Vaco.

Huelgas parciales en MACOSA, ENASA, MTM, Hispano Suiza, minas de Berga, Textil y otras en Sabadell y Manresa.

8 de junio. Estado de Excepción.

Manifestaciones en la Universidad de Barcelona.

1963 ESESA, elecciones sindicales y boicot a las horas extras.

Elecciones sindicales en el Estado español.

20 de abril, ejecución de Julián Grimau.

El gobierno institucionaliza el Salario Mínimo Interprofesional.

Huelga en SEAT.
Se crea en Diciembre el Tribunal de Orden Público (TOP) que sustituye a los tribunales militares. A excepción de las penas de muerte impuestas por tribunales militares, la diferencia no se notará.

1964 20 noviembre, en la parroquia de Sant Medir de Barcelona, se constituyen las Comisiones Obreras en Catalunya.

1965 1º de mayo, detienen a Bernardo Pérez Márquez en la Pl. Catalunya.

17 de diciembre. Luchas contra los topes salariales. Concentraciones ante la CNS en Barcelona y en la Pl. de Antonio López. Detienen a José Sánchez.

Detenida la Coordinadora de CCOO.

1966 Del 9 al 11 de marzo. Tiene lugar la «caputxinada» (por haber tenido lugar en los capuchinos de Sarria), un encierro de intelectuales y estudiantes promovida por el Sindicato democrático de Estudiantes de Barcelona (SDEUB).

El Barcelonés Nord celebra 1º de Mayo en Sant Geroni de la Murtra, Badalona.

Luchas en Piher.

Marcelino Camacho y Julián Ariza llevan a cabo un mitin en la parroquia de Sant Antoni de LLefia, cuyo rector era Mosén Joan Carreras.

Elecciones sindicales bajo el lema verticalista *«Vota al mejor»*. CCOO arrasa obteniendo el 85% de los delegados.

Nueva Ley Sindical.

1er. 11 de septiembre con amplias manifestaciones.

29 de septiembre, en la Rambla de Badalona tiene lugar una manifestación de un millar de mujeres – se excluyó a los hombres para evitar represalias – en contra de las emanaciones de polvillo negro que desprendían las centrales térmicas de Sant Adrià de Besòs.

Estado de Excepción (*)

(*) Durante el franquismo fueron decretados nueve «Estado de Excepción», de ellos, dos exclusivamente afectaban al País Vasco y los otros siete a todo el Estado. De siete, seis, lo fueron entre1967 y 1977, es decir, durante el auge y predominio en las luchas político-sindicales de CCOO en todo el territorio español.

30 de noviembre. Inicio de las huelgas en Laminados de Bandas en Frio, Bilbao.

7 de diciembre. Manifestaciones contra el Referéndum de la Ley Orgánica. Detienen a Gabriel Fernández Márquez «Tito».

Entre el últimos meses de 1966 y los primeros meses de 1967 (hacía frío, era invierno) se crean en la zona de «Los Pinos» entre Badalona y Santa Coloma de Gramanet las Comisiones Obreras Juveniles (CCOOJJ). En octavillas en poder de la Guardia Civil de la cuales poseo fotocopias a través del Memorial Democràtic ya en 1967 aparece una octavilla con la firma de COJ (en aquellos tiempos las formas gramaticales en doble letra de los plurales no era muy del dominio obrero, pero si los contenidos claramente de clase obrera juvenil).

1967 Pese a estar rodeados por la Guardia Civil, tiene lugar la celebración d el 1º de Mayo por el Barcelonés Nord con una salida campestre en la zona de la masía «Ca l'Artillé» de la Conrrería en Badalona.

Tiene lugar el 27 de Octubre la «Operación Rastrillo» en todo Catalunya y será antesala de la «Operación RANA» (Red de Acción NAcional), el 27 de Noviembre siguiente, coordinadas ambas por Tomás Chicharro y que da lugar, la 1ª, ensayo de Huelga General en todo el territorio catalán. Previamente y conforme al proyecto, ha habido múltiples desplazamientos conectando (amigos de amigos, antiguos compañeros de cárcel,..) y creando múltiples comisiones obreras por todo el territorio catalán. Y hubo 222 huelgas con más de 350.000 huelguistas.

La 2ª a una Huelga General en todo el territorio español.

Nueva Redacción de la Ley Sindical.

Se crean organizaciones de CCOO en Cros, Lorilleux, Destillerías Barrau, Caldererías Badalonesas, Riviere S.A., y Piher.

Tienen lugar varias detenciones de miembros de CCOO en una escuela de la calle Cardenal Tedeschini, en el barrio de Sant Andreu de Barcelona.

Como reconocimiento del hecho nacional, durante la primavera se crea la Comisión Obrera Nacional de Catalunya (CONC).

Huelgas y despidos en Hispano Olivetti (HO), cuyo dirigente más entregado y militante de CCOO, era el badalonés Manuel Armenteros.

Invierno de 1967/68 en «Los Pinos» entre Sta. Coloma de Gramanet y Badalona tiene lugar la 1ª Asamblea de las CCOOJJ y en cuyos primeros documentos firmaban como COJ.

1968 24 de Febrero. 2.000 vecinos de Santa Coloma de Gramanet se manifiestan reclamando una Clínica sanitaria.

Durante el 1º de mayo, en el Barcelonés Nord se organizaron columnas de manifestantes para ocupar los sindicatos verticales, que estaban protegidos por policías de uniforme y de paisano. Pese a ello, los locales se ocuparon.

Septiembre. Boicot en Santa Coloma a la línea de autobuses

número 3 en protesta por su escaso servicio.

ETA ejecuta durante el verano y en respuesta a la muerte de su militante Txiqui Txebarría al comisario jefe de la policía secreta política en San Sebastián Melitón Manzana. Es su primer atentado llevado a cabo sobre una persona.

1969 En la madrugada del día 17 de Enero, muere al lanzarse por una venta

y estrellarse contra el suelo el estudiante madrileño Enrique Ruano. Poco tiempo antes había sido cruelmente torturado por la Brigada de Investigación Social (BIS) y el miedo le hizo tomar esa determinación.

Entre el 24 de Enero y el 25 de Marzo el gobierno español decreta un nuevo Estado de Excepción en todo el territorio del Estado.

29 Diciembre. En la Rambla de Badalona son detenidas cuatro personas qiue pretestaban contra el Proceso de Burgos. Quedo detenido.

Pese al Estado de Excepción, las CCOO del Barcelonés Nord mantuvimos nuestras asambleas todos los domingos al aire libre. En la parte más alta del campo de futbol del LLefià del barrio del mismo nombre. Coincidiendo con el primer domingo en que se estableció el Estado de Excepción, sobre nosotros aparecieron tres «jeeps», uno de ellos llevaba montada una ametralladora trípode bien visible. Permanecimos impasibles nuestra asamblea. Ellos se fueron y nosotros terminamos nuestra asamblea. Nunca más volvieron a aparecer.

Tiene lugar la 5ª Reunión General de CCOO

1970 21 de Julio. Huelgas en Granada, 3 trabajadores de la construcción mueren durante una manifestación en defensa de su Convenio Colectivo como consecuencia de disparos de la policía y la Guardia Civil.

3 de Diciembre. Se inicia el conocido como «Proceso de Burgos» en que 16 miembros de Euskadi Ta Askatasuna (ETA) se-

rán procesados y cinco de ellos condenados a muerte. En la Rambla de Badalona son detenidas por la Guardia Civil 4 personas. Dos de ellos: Antonio Domínguez y Miguel Guerrero son retenidos arbitrariamente.

300 personas se encierran el 12 de Diciembre en la Abadía de Montserrat en protesta por el proceso de Burgos.

Importantes luchas ciudadanas en Santa Coloma reivindicando un Ambulatorio del que la ciudad carece.

Nuevo Decreto de Convenios Colectivos.

Manifestaciones en solidaridad con los trabajadores de la construcción de Granada.

Nuevo Estado de Excepción. A pesar de ello, las CCOO del Barcelonés Nord siguen llevando a cabo cada domingo sus asambleas abiertas y públicas en el descampado situado por encima del campo de fútbol del barrio de Llefiá.

Luchas en SEAT, Tornos Cumbre e Hispano Olivetti.

En el Pabellón del Price (hoy inexistente) se celebra un festival de poesía bajo el lema «92 poetas en busca de un pueblo» y que Pere Portabella filmó. El lleno fue más allá del «absoluto».

1971 Proceso de Burgos. Las condenas a muerte de cinco etarras son conmutadas el 01.01.1970 gracias a las movilizaciones y la presión popular.

Siguen las acciones en solidaridad con los obreros de la construcción de Granada.

En FECSA tiene lugar la constitución «oficial» de las CCOO bajo el lema «Cuanta conmigo».

Entre febrero y abril se movilizan en Santa Coloma de Gramanet se llevan a cabo varias manifestaciones, con sus correspondientes cargas policiales, exigiendo un nuevo – y necesario – ambulatorio. La más numerosa fue la del 10 de marzo que congregó 10.000 personas y hubo varios heridos. Al año siguiente fue inaugurado.

También en Santa Coloma de Gramanet y durante los días 20

y 28 del mes de marzo tuvieron lugar manifestaciones solicitando semáforos por la cantidad de accidentes habidos en la carretera que une esta ciudad con Badalona.

Elecciones sindicales. La participación se limita al 50%.

A nivel de Catalunya, varias huelgas y paros en la industria textil y banca.

24 de junio, es detenida la Coordinadora Nacional de CCOO en el convento de los monjes oblatos de Pozuelo de Alarcón, que daría lugar al conocido como Proceso 1.001.

El 18 de octubre, el miembro de CCOO, vecino de Santa Coloma de Gramanet y obrero de SEAT, es asesinado por disparos de la policía en las puertas de su empresa, Antonio Ruiz Villalba.

También el 18 de octubre tiene lugar en el barrio de la Salut Alta de Badalona una manifestación de mujeres contra el barraquismo y el exceso de costo de los contadores de la luz.

En noviembre, en la Masía de Can Butinya en Badalona y con la participación de unas 50 o 60 personas tiene lugar la puesta en marcha comarcal de la Asamblea de Fuerzas Políticas.

El 7 de noviembre, en la parroquia de Sant Agustí tiene lugar la 1ª Assamblea de Catalunya.

1972 24 de febrero. Manifestaciones por una clínica de asistencia sanitaria en Santa Coloma de Gramanet.

8 de marzo, jornada de lucha de CCOO.

Abril, jornadas de lucha en solidaridad con los obreros navales de El Ferrol.

20 de marzo, los trabajadores de la Empresa Naviera Bazán se declaran en huelga. Hubo dos muertos por disparos de la policía.

26 de abril, en Santa Coloma de Gramanet, el Barrio del Raval. Más de 1.000 vecinos se manifiestan pidiendo semáforos.

El 4 de julio en el barrio de Pomar de Badalona es incendiado un autobús en protesta por la subida del transporte. Par-

ticipan unas 150 personas. También se pide la libertad de los presos políticos.

20 de agosto, conflicto en Casadesport, Santa Coloma de Gramanet. Despiden a 220 trabajadoras.

Octubre, luchas contra los consejos de guerra.

En los días 21, 25 y 28 de octubre los vecinos del Barrio de Las Oliveras en Santa Coloma exigen renta limitada para sus viviendas, mejoras en ellas, urbanísticas, del transporte público. Tuvieron lugar cargas policiales.

El 8 de noviembre en el barrio de San Roque (Sant Roc) un millar de vecinos cortan la circulación en la vía principal del barrio por la muerte de un niño y la falta de semáforos.

Elecciones sindicales.

Huelgas en textil y banca.

Acciones por un nuevo Ambulatorio en Sant Adrià de Besós.

1973 Del 11 al 15 de enero tienen lugar en Santa Coloma de Gramanet una huelga del personal sanitario y manifestaciones populares por insuficiencias en el nuevo ambulatorio inaugurado.

8 de marzo, jornadas generales de lucha.

El 30 de enero varias mujeres cortan la circulación en la calle Mestre J. Martorel ly Avenida Baró en petición de semáforos. El 12 de marzo ocupan la plaza del Ayuntamiento.

7 de febrero, en el barrio de Pomar de Badalona. Manifestación contra la instalación de un estercolero en las proximidades del barrio. Según las corrientes de viento, en mismo verano, los vecinos se veían obligados a cerrar las venranas de sus viviendas.

26 de marzo, nuevas manifestaciones en el barrio del Rabal de Santa Coloma de Gramanet pidiendo semáforos.

3 de abril. Muerte por disparos de la policía del obrero de COPISA que estaba trabajando en la construcción de la Térmica del Besós, Manuel Fernández Márquez.

8 de abril, Concentración en el cementerio de Badalona en homenaje a Manuel Fernández Márquez. En el barrio de Pomar, próximo al cementerio tienen lugar una misa en su recuerdo y se marcha en manifestación al cementerio

Los días 17 y 24 de mayo vecinas de los barrios del Arrabal y de Santa Rosa de Santa Coloma de Gramanet se manifiestan con velas pidiendo mejoras en la iluminación.

En julio en el barrio de las Oliveras de Santa Coloma de Gramanet tienen lugar varias movilizaciones por mejoras urbanísticas, ausencia de iluminación, aceras y mejoras en un campo deportivo. Boicotean el pago de alquileres. Las acciones se repetirán el 10 de diciembre.

El 5 de julio 100 mujeres del barrio de las Oliveras en Santa Coloma de Gramanet cortan el acceso al barrio por las insuficiencias en el transporte público.

Días 24 y 25 de septiembre. Detención de los miembros del Movimiento Ibérico Libertario (MIL): Salvador Puig Antich, el vecino de Badalona Santiago «Santi» Solé Amigó, Josep Lluís Pons Llobet y Xavier Garriga Paituví.

Los días 23 de noviembre y 1 de diciembre tiene lugar en el barrio de Singuerlín de Santa Coloma de Gramanet sendas manifestaciones de mujeres solicitando un mercado público en el barrio.

20 de diciembre. Carrero Blanco sufre un atentado y fallece.

27 de diciembre, en medio de una gran tensión nacional después de la ejecución de Carrero Blanco, se lleva a cabo el llamado proceso 1.001 contra los detenidos el 24 de Junio de 1971 en el convento oblato de Pozuelo de Alarcón.

1974 11 de enero. Trabajadores del Ambulatorio de Santa Coloma mantienen 4 días de huelga.

En Santa Coloma de Gramanet, barrio Riu Sud y en el margen izquierdo del Rio Besós tiene lugar un festival infantil solicitando un paseo a lo largo del mismo y contra la construcción de una vía rápida que se quiere construir en su lugar.

2 de marzo. Salvador Puig Antich es ejecutado mediante el «garrote vil» en La Modelo de Barcelona.

Durante el mes de marzo tiene lugar varias acciones en Santa Coloma de Gramanet contra la subida del transporte.

Para dar «credibilidad legal» a su condena, se incorpora a ésta la ejecución de un reo común de nacionalidad polaca (posteriormente se supo que su nacionalidad real era alemana) Heinz Chez.

En el caso de Puig Antich periódicamente se ha pedido la revisión de la causa teniendo como base la petición de una prueba balística, siempre denegada y, con ello, la denegación de la revisión de la causa.

12 de marzo, los ciudadanos de Santa Coloma llevan a cabo un boicot al transporte que dura 25 días.

17 de mayo. Incendio en la empresa textil Haissa sita en el barrio de La Morera en Badalona. A causa de unas deficientes de seguridad mueren en el incendio cinco mujeres y un hombre: Antonia LLanes Costa, Eusèbia Lausen Fusté, Glòria Parra Marín, Josefa Lumbreras López, Francisca Vico Morales y Francesc Andreu Morales. Días después tiene lugar un funeral en la parroquia del barrio anexo a La Morera, Pomar, teniendo lugar cargas policiales sobre las personas congregadas al mismo.

24 de mayo, los barrios de Santa Coloma de Gramanet Raval y Sta. Rosa llevan a cabo actos de protesta en petición de mayor iluminación en sus calles.

5 de julio. El Barrio de Can Franquesa de santa Coloma se moviliza en solicitud de que el transporte público llegue hasta el barrio.

13 de septiembre, ETA lleva a cabo un atentado en la cafetería «Rolando» de la calle Correo de Madrid, a la que acudían varios policías, entre ellos miembros de la BIS: 11 muertos y 30 heridos.

Octubre, vecinos de los barrios de Badalona San Roc y Pomar

deciden no pagar el alquileres en protesta por el estado de varios bloques y deficiente urbanización.

21 de octubre. Santa Coloma de Gramanet, movilizaciones para impedir que la zona conocida como «El motocros» por haberse realizado allí competiciones de tal tipo, fuera convertida de zona de viviendas y en su lugar se construyera un parque público. El lema será: «Motocros zona verde y equipamientos».

El 27 de octubre tienen lugar en el espacio conocido por «el motocross» se convierta en zona de grandes construcciones urbanísticas. Durante la celebración reivindicativa tuvo lugar un festival infantil que la policía interrumpió mediante cargas y gran espanto de los presentes.

20 de noviembre, atentado contra Carrero Blanco y juicio en el TOP a Marcelino Camacho y otros dirigentes de CCOO, pidiéndoles 1.001 años de cárcel. El caso fue conocido como el «proceso 1.001».

Diciembre: acciones contra la carestía de la vida y la represión

Badalona, vecinos de las Plazas de «Las Palmeras» y de «Trafalgar» se manifiestan por su conservación.

Huelgas en todo España y ramos de la producción. En Sant Adrià de Besós la empresa Tornos Cumbre.

1975 Durante los días 23 y 30 de enero tienen lugar en el barrio de Llefia de Badalona manifestaciones con velas por la falta de alumbrado.

En febrero, en el barrio de Llefia de Badalona tienen lugar diversas luchas por problemas del alcantarillado y la pavimentación. Tienen lugar fuertes cargas policiales.

4 de febrero, en el barrio de San Roc en Badalona. Otro niño es atropellado ante un instituto por la falta de semáforos. Miles de personas se manifestaron, entre ellos muchos estudiantes, pese a las cargas policiales.

Marzo/Abril. Boicot al transporte público en Santa Coloma

que durará 25 días. El 8 de julio son detenidos J. Mª Martí, Alfonso Gómez, José Sánchez, y Jaume Patrici Seyrac.

También en Badalona y durante los meses de marzo y abril la ciudad vive un estado de tensión por la oposición a la construcción de un puerto deportivo en la ciudad. El día 15 de abril en el Ayuntamiento de la ciudad una gran bronca ciudadana. En mayo se llevan a cabo varias manifestaciones de protestas con cargas de la Guardia Civil reprimiéndolas.

Mayo, tienen lugar en santa Coloma de Gramanet protestas contra unos nuevos ambulatorios inaugurados llenos de insuficiencias.

En junio, en el barrio de Singuerlín de Santa Colma de Gramanet tiene lugar una manifestación de mujeres por las carencias de escuelas y transporte público.

25 de abril. Revolución de los Claveles en Portugal.

Agosto. La empresa Casadesport (piel) de Santa Coloma de Gramanet. Despide a más de 200 trabajadoras.

El 9 de marzo en «el motocross» siguen las luchas contra las instalaciones urbanísticas que se quieren llevar a cabo y exigiendo la instalación de zonas verdes, escuelas, zonas sociales y ambulatorios.

Los días 5, 25 y 26 de julio, en el barrio de Llefia de Badalona hay diversas y variadas acciones populares exigiendo que el solar de Gran Sol previsto en principio para equipamientos no sea urbanizable en bloques de viviendas.

27 de septiembre, son ejecutados los miembros del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) José Humberto Baena, José Luís Sánchez Bravo, Ramón García Sanz y los miembros de Euskadi Ta Askatasuna (ETA) Ángel Otaegui y Juan Paredes Manot (Txiqui). En protesta por tales ejecuciones la mayoría de países occidentales retiraron sus embajadas. Entre los que no lo hicieron estuvo EEUU. Estos fueron los últimos ejecutados por el general fascista Francisco Fran-

co Bahamonde ya gravemente enfermo, y a las puertas de la muerte ocurrida el día 20 de Noviembre. Ni en sus últimos días fue capaz de sentir compasión.

6 de noviembre, el Sahara «español» es entregado a Marruecos.

20 de Noviembre. Después de una larga agonía, muere el general dictador. Francisco Franco Bahamonde (o Baamonde), dejando España en una profunda crisis política y económica.

11 de Diciembre, más de 600 ciudadanos de Badalona dirigen un escrito pidiendo que él su ayuntamiento se pronuncie por la Amnistía.

Ese mismo día después de haber recorrido varias empresas y lanzado octavillas en Badalona y Santa Coloma de Gramanet promoviendo una huelga en la construcción en la comarca, son detenidos los vecinos de Santa Coloma de Gramanet: Francisco Téllez Luna, Alejo Castellano Blázquez, Alfonso Moya Cachinero y Emilio Contreras Fernández que fueron brutalmente torturados por la Guardia Civil y muy especialmente Francisco Téllez Luna.

Huelgas en el Baix Llobregat. Es detenido el ciudadano de Badalona Manuel Moreno Mauricio, que detentaba el dudoso record de ser el badalonés con más años de condena sufridos bajo el fascismo, 18 años.

Huelga en ESESA, de Badalona..

Huelga en SEAT, 500 despidos.

Elecciones Sindicales.

La Unión General de Trabajadores (UGT) es legalizada de facto al serle autorizada un Congreso en las Escuelas de Formación Profesional de Tarragona. E l franquismo todavía estaba vigente.

Durante el mes de diciembre y los meses de enero, febrero y marzo del año siguiente tiene lugar en Santa Coloma de Gramanet luchas multidinarias exigiendo la ampliación del puente que une esa ciudad con la de Barcelona convertido en

un «cuello de botella» que alarga los recorridos hasta en 45 minutos.

1976 6 de Enero, en Santa Coloma de Gramanet, miles de personas exigen Can Zam como zona verde.

El 1 de febrero en el barrio de Llefia de Badalona se repiten las manifestaciones con velas por la falta de alumbrado.

16 de febrero, Santa Coloma de Gramanet, unas 5.000 personas exigen escuelas gratuitas.

29 de febrero, Badalona, primera manifestación legal en España por la Amnistía Total.

3 de marzo, en Vitoria miles de trabajadores se manifiestan y varios cientos se encierran en la Iglesia de San Francisco de Asís. Fraga Iribarne da orden de desalojarlos, produciéndose cinco muertos y decenas de heridos.

5 de abril, veintiséis presos se fugan del penal de Segovia, entre ellos Oriol Solé Sugrañes que se desorientó y perdió en el monte, teniendo un encontronazo con la Guardia Civil que lo mató al intentar huir. Iba desarmado.

Durante el mes de marzo tiene lugar en Santa Coloma de Gramanet un nuevo boicol al transporte por el intento de subida del precio de los mismos.

30 de abril. Encuentro y concentración en el cruce del Paseo. de Gracia con el de Sant Joan de diversas columnas de manifestantes provenientes de diversos barrios de Barcelona bajo el lema de: «Llibertat, Amnistía i Estatut de Autonomía!.

27 de mayo, Badalona se constituye la Assamblea Democràtica.

19 de junio. Se constituye la Assamblea de Catalunya en Sant Felip de Neri.

29 de julio. Llega a Badalona la «Marxa per la Llibertat».

18 de septiembre en Badalona, cientos de personas se concentran ante el Ayuntamiento por la falta de escuelas en Llefià, Bufalà Y Nueva Lloreda. 20 personas son heridas por las cargas de la policía.

1977 23 de enero, el estudiante madrileño Arturo Ruiz García es asesinado por un comando ultra-derechista.

El 24 de enero son ejecutados cinco abogados por grupos nazi-fascistas procedentes de las cloacas del franquismo en la calle Atocha de Madrid.

El 9 de abril el Partido Comunista de España (PCE) es legalizado y pocos días después, durante la semana santa, el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC).

El 28 de abril son legalizadas las CCOO, siendo, «casualmente», la última de todas las organizaciones políticas y sindicales en serlo.

15 de junio, tienen lugar las primeras elecciones generales democráticas después del franquismo, triunfando la Unión del Centro Democrático (UCD).-

23 de octubre, Tarradellas es presentado públicamente en Barcelona.

En julio, en Barcelona, CCOO decide constituirse en sindicato.

No era este el proyecto de la organización político-social que constituía en sus orígenes CCOO, pero la autorización para-legal que el franquismo había concedido a la Unión General de Trabajadores (UGT) después de una reunión tolerada y pública en la Escuela Profesional de Tarragona con vistas a cerrar el paso a CCOO, no dejaba otra alternativa.

Agradecimientos:

En relación a las luchas vecinales en el Barcelonés Nord he hecho uso del libro: «*El moviment veinal al Barcelonés Nord*» de José Miguel Cuesta Gómez.

ÍNDICE

Prólogo..... 10

Con pasado y con futuro..... 19

Largo introito
Tres ejemplos
El porqué de mis memorias

Los primero años.....24

Mis predecesores
¿La guerra ha terminado?
Recuerdos de la niñez
¿Qué sé entonces de mis padres? Decían…
Mi padre
Sobre la pérdida de la Guerra civil y el bloqueo
Algunos datos
¿Y en el resto del mundo?
Mi madre y su actitud humana
Prosigue mi infancia
Y el pueblo venció
Mi pubertad

El gran salto adelante..... 87

«Tertulia» se convierte en cine club y más…
El Cine Club tras mi detención
Pequeñas historias sobre los cine club
El síndrome de los ciegos y el elefante

Entro en el mundo laboral..... 104

Mi vida sentimental
De la autarquía al desarrollismo
La organización «científica» del trabajo… y la plusvalía
Un conflicto

RRHH en ENASA-Pegaso… y en todas las empresas
¿Y el Partido?
Nuevo salto cualitativo en las luchas obreras
La vida y las actividades siguen

Fotos 156

Soy detenido. Una nueva etapa 178

Vivencias en la Modelo
Detalles de la vida carcelaria
La censura en las cárceles
El negocio interno del dinero
Convivencias y extraños hechos
La Guardia Civil y mi madre
Tras mi puesta en libertad… me caso
Buscando trabajo
Inundaciones en el Vallés

Mi ingreso en las comisiones obreras 217

1964-1968
Me incorporo a Industrias Fleck
Transformación de mi vida político-laboral
Un coche de segunda mano
La vietnamita y la multicopista, herramientas de propaganda
Vuelven a detener a Bernardo Fernández Pérez
Marcelino Camacho en Badalona
La alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura
El cine en la clandestinidad
Primero de Mayo de 1966
El «polvillo negro»
Manifestación contra el referéndum
El «Núcleo»
Una «nadie» inolvidable
Fundación de las Comisiones Obreras Juveniles (CCOOJJ)
Primero de Mayo de 1967

A la Vall D'Uxó (1967)
Las operaciones Rastrillo y Rana
Un confidente en CCOO
Dos paradojas en relación con el 11 de septiembre de 1967
Entre abril y octubre de 1967
Dejo la Comisión Obrera Nacional de Catalunya (CONC)

Los años siguientes 267
Máquina de escribir portátil Hispano Olivetti
La Guardia Civil me registra
Solidaridad con Vietnam: el valor y el miedo se contagian
El Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios de Barcelona (SDEUB)
El cuartel de la policía en Terrassa
La huelga del textil en Terrassa
Experiencia museística
Mi nombre de guerra

Nueva fase carcelaria: Carabanchel y Palencia 274
*Detenci*ón *en el Sanatori de l'Esperit Sant en Santa Coloma de Gramenet*
Mayo del 68
Carabanchel
Al penal de Palencia

En las *Comissions de Solidaritat de Catalunya* *290*
Festival Popular de Poesía
Ángel Rozas Serrano parte al exilio
Congreso de la abogacía en León
Año Nuevo en la Jefatura Superior de Policía. «El de la guitarra» y Carles Vallejo
San Sebastián, 1971
L'Assemblea de Catalunya
El ambulatorio de Sant Adrià de Besòs, 1972
Exposición en Milán para CCOO

El asesinato de Manuel Fernández Márquez

Última detención 306

Francisco Puerto Otero
Salvador Puig Antich y Santiago Soler Amigó
En libertad provisional. La Farándula, Sabadell

Las CCSSCC entre 1973 y 1977 318

Con la Unión Militar Democrática (UMD)
La pérdida de un amigo
El caso Téllez
La Associació Catalana d'Expresos Polítics
Reparto de juguetes en Gavà, 1977
La Campanya mundial contra la fam
Las Sis Hores de Cançó de Canet, 1976
La Sala Villarroel
Badalona por la «Amnistia Total», 29 de febrero de 1976
Por la amnistía general y laboral en Sant Adrià de Besòs
40º aniversario del PSUC en el Barcelonès Nord
En Florencia con las Brigadas Internacionales
En Barcelona con Marcos Ana
El Movimiento Democrático de Mujeres (MDM)

Calidoscopio (o cajón de sastre) 333

La señora Pilar Rahola
L'Associació de Familiars de Presos Polítics (AFPP)
¡Cuidado con los pasaportes!
De merienda con el SPF
Filmado para la TV alemana

El posfranquismo y los años en el PCC 340

Comienzan los viajes: Polonia
La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
Checoslovaquia
Anécdotas antitabaco

Bus, incineradora y viviendas del barrio de Pomar de Badalona
Teresa Bohigas
Las primeras elecciones sindicales
Sentencia 300/78, Amnistía laboral total, 5 de mayo de 1978
Primeras elecciones municipales en Badalona
Primer Congreso Internacional de Mujeres Uruguayas, 1980
Solidaridad con Nicaragua: un museo
El 23-F
El V Congreso del PSUC y el Eurocomunismo
Breves biografías
Mi posición
¿Cómo y por qué me fui del PSUC?

Y la vida sigue... 388

Contra lo OTAN,1986
L'Associació Catalana d'Amics del Poble Saharaui
Mención honorífica
De cine
La excedencia de ENASA-Pegaso
Comienzo a colaborar en CCOO
¡Y en esas llegaron los iaioflautas!
La causa argentina
Badalona y la memoria histórica
Con futuro
Preguntas de un obrero lector

Epílogo 407

Anexo 1 409

Anexo 2 416

Anexo 3 420

Anexo 4 421

Anexo5 424

Cronología..... 426